

ae



Las páginas prohibidas de *El libro de las maravillas* de Marco Polo custodian un secreto milenario: el de un hombre que fue devuelto a la vida cuatro días después de su muerte.

MICHAEL
CRANE
La secta de
LÓZARO



Lectulandia

Las páginas prohibidas de *El libro de las maravillas* de Marco Polo protegen un secreto milenario: el de un hombre que fue devuelto a la vida 4 días después de su muerte. El diecisiete de febrero de mil seiscientos Giordano B. fue quemado vivo en la ciudad de Roma. Huyendo de la Inquisición y transformado en depositario de las últimas palabras del maestro, Tommaso Grozio, uno de sus jóvenes discípulos, se acaba refugiando en Benarés. Allí conocerá a un emisario del emperador de China que busca desde hace unos años las paginas perdidas de *El libro de las maravillas* de Marco Polo, relacionadas con una extraña secta de Lázaros. En busca de un conocimiento que semeja superar todo lo imaginable, Tommaso decide proseguir las huellas de Marco Polo. En su periplo se tropieza con incontables riesgos, mas también con descubrimientos que le permitirán avanzar en su investigación sobre el poder de la taumaturgia, desde la comunidad de Qumrán hasta Jesús de Nazaret, y de allí a la secta que adora el nombre de Lázaros, el hombre que venció a la muerte.

Lectulandia

Michael Crane

La secta de Lázaro

ePub r1.1

FLeCos 14.08.16

Título original: *La setta di Lazzaro*
Michael Crane, 2006
Traducción: Pablo Manzano

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El muerto salió; llevaba los pies y las manos atados con vendas y la cara envuelta en un sudario.

(Jn 11, 44)

Un gran número de judíos... fueron, no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos iban a verlo y creían en Jesús.

(Jn 12, 9-11)

Prólogo

—**E**stá muerto, ¿lo entiendes? ¡Muerto! ¡No puedes hacer nada por él!

Natán gritaba. La obstinación del otro lo sacaba de sus casillas.

—¡No, eres tú quien no lo entiende! —Lázaro empujó al amigo con ira—. Él está muerto... ¿y qué? ¡Mírame! ¿Acaso yo no estoy vivo? ¡Dilo!

—Estás vivo —admitió Natán—, y por eso quisieron matarte: muchos lo seguían porque creían que te había resucitado...

—Por eso, el hecho de que esté muerto no significa nada, ¡nada!

El otro callaba, confuso y turbado. La mirada baja.

Lázaro lo miraba. Habría querido traspasarlo con la mirada para ver qué agitaba su ánimo, qué escondían sus palabras. Después, cayó en la cuenta. Abrió la boca por la sorpresa y la cerró con urgencia:

—¿O... tú no crees que me trajera de la muerte a la vida?

El otro no quería mirarlo a los ojos. Jadeaba.

Lázaro lo cogió por los hombros y lo sacudió.

—¡Habla! ¡Tú estabas allí! Lo viste todo. Por lo que recuerdo, yo podría haber estado dormido también, pero tú estabas allí. Llevaba sepultado cuatro días, ¿no?

Natán callaba. Asentía con la cabeza, pero no conseguía decir nada.

—Tú también participaste en la fiesta, bailaste, lloraste, me abrazaste... ¿qué significa eso? ¿Mentiste? ¿Te dejaste engañar? ¡Habla!

—Sí, estuve allí. Tú estabas muerto, dijeron. Tus hermanas lloraban. Todos estaban desconsolados. Y tú estabas sepultado... desde hacía varios días.

—¿Y entonces?

Pero Natán se sustrajo al ímpetu de aquellas preguntas. Levantó la mirada; por un instante, sus ojos se encontraron. Lázaro leyó en ellos miedo, duda y rebelión:

—¡Y ahora Él está muerto! En la cruz. Lo han visto todos. ¿Quién lo salvará? ¿Tú? Si de verdad él te resucitó, quiere decir que no ha querido utilizar su poder para sí... si lo tenía de verdad... ¡eso es todo!

Lázaro se apartó del amigo. Volvió la espalda, se puso a mirar afuera, hacia la lejanía, entre las cuatro casas de la aldea de Betania. Una luz intensa inundaba la calle. Entrecerró los párpados: también cuando salió del sepulcro le había costado, más que nada, volver a habituarse a la luz.

De repente, pasó un camellero, con pocas mercancías sobre el animal. Iba solo, miraba alrededor.

Raro. Insólita la hora, insólita aquella soledad en la carretera hacia Jerusalén.

Natán volvió a hablar. En su voz, una desolada resignación.

—¿Ves al hombre que está pasando? —dijo.

—Sí, lo veo —respondió el amigo de Jesús.

—Es un espía. Uno de los hombres que te vigilan día y noche. Tienen orden de matarte inmediatamente si intentas ir hacia la ciudad... hacia la tumba del maestro. No lo han hecho ya porque la gente cree en el milagro que te ha dado la vida y se escandalizaría de la muerte de un inocente. A Jesús, en cambio, han conseguido hacerlo pasar por culpable...

Un breve silencio. Natán concluyó:

—Después pasará todo. Cuando lo hayamos olvidado a él, todos te olvidarán también a ti.

Lázaro escuchaba. Reflexionaba.

No era una mentira, un escrúpulo, una sospecha exagerada.

Era cierto.

Jesús había muerto, condenado por crímenes infames. Él era el amigo salvado de la muerte.

Muchos pensaban, ciertamente, que el resucitado habría podido realizar, a su vez, aquella magia.

Se volvió.

La pregunta estaba escrita en la mirada de Natán. Quién sabe cuántos se la repetirían en aquellas horas. Y, por eso, prudentes, los enemigos del Nazareno habían decidido, ciertamente, tomar medidas.

Se miraron de nuevo. Natán balbuceó:

—Tú... podrías verdaderamente...

Lázaro sostuvo un largo momento aquella mirada. Después, se movió decidido. Tomó su bastón. Se preparó para salir.

—¿Adónde vas? —preguntó el amigo, alarmado.

Lázaro, el resucitado, se detuvo en el umbral. La luz del exterior inundó la estancia. Ahora era Natán quien entrecerraba los ojos.

—Voy adonde todo comenzó —respondió con voz firme—. Debo huir, ¿no? Si quieres, puedes seguirme.

Natán no preguntó. Ya habría tiempo.

Salieron juntos.

Unos ojos atentos escrutaron la plaza. Unas manos fuertes agarraron los mangos de los cuchillos. Los dos se pusieron en marcha, pero no hacia la Ciudad Santa.

Caía la tarde. El sol se ponía a sus espaldas cuando se alejaban hacia el desierto, haciendo que sus propias huellas se perdieran.

Durante toda la tarde, dos frailes dominicos estuvieron mirando atentamente el portón de la cárcel de Tor di Nona. En Roma, el mes de febrero era templado; se anunciaba la primavera del año del Señor de 1600.

El tendero, que los había visto irrumpir en la casa inmediatamente después del toque de mediodía, no había hecho preguntas cuando le dijeron que eran dos agentes del tribunal encargado de vigilar los alrededores del palacio. Ninguno de los religiosos que había hecho su entrada en el triste edificio había escapado a su mirada.

Fue una auténtica procesión: una u otra de las poderosas familias consagradas que tenían casas en la ciudad quería poder enorgullecerse de haber llevado al arrepentimiento al célebre hereje ahora condenado.

Tommaso Grozio, el más robusto de los dos, ya imaginaba la edificante predicación que un hospitalario o un jesuita habría querido hacer en los días sucesivos, antes de que se extinguiese el interés popular por aquel largo proceso y por la hoguera: «¡Gracias a nosotros, aquel gran doctor de muerte, aquel célebre blasfemo contra la Trinidad, el negador de la divinidad de Cristo, ha muerto en gracia de Dios, recibiendo su pena en el fuego, en expiación de sus pecados!».

Al pensar en tanta complacencia sentía cómo la rabia ascendía por su interior, incontenible.

La voz de Nicola Pisani, su compañero, lo distrajo de aquellos pensamientos.

—¿Pero cuántos son? —preguntó el amigo.

—He contado siete, de cuatro órdenes distintas...

—Cada uno está con él una hora, por lo menos. ¿No vendrán durante toda la noche?

—No, la oscuridad está reservada a la reflexión. Cuando dejen de llegar, nos presentaremos nosotros. Mañana, al alba, vendrán otros, hasta el último minuto útil.

Nicola asintió. Nunca había asistido a la ejecución de un hereje. Era Tommaso quien se encargaba de las cosas del mundo. Conocía el gusto de la disputa, la controversia y, si era necesario, la violencia. Él amaba sus libros y, en el secreto de la noche, sus pociones, sus alambiques. En el largo silencio que siguió, volvió a pensar en la discusión que habían tenido aquella mañana y reanudó el penoso discurso:

—Perdóname, pero... ¿estás seguro de que un veneno no sería la solución más justa?

Tommaso lo miró y captó en los ojos negros del amigo la espontánea bondad que no conseguía encontrar con tanta facilidad en sí mismo. Con paciencia, le replicó:

—Lo tienes aquí contigo, ¿no?

Nicola bajó la mirada, tímidamente, y sacó del amplio hábito un frasquito oscuro. Se lo enseñó al otro y osó insistir:

—Sufrirá menos, lo sabes. Me has dicho que, como hereje impenitente, no lo estrangularán antes de que las llamas lo alcancen y laceren sus carnes...

Tommaso hizo un gesto de impaciencia y trató de volverle la espalda. Pero Nicola lo agarró por la manga y continuó:

—¡No! Déjame acabar. No es solo por esto. Pienso también que aquellas hienas no deben tener la satisfacción de verlo morir así. ¡Lo quemarán igual, pero él ya será libre!

El otro se limitó a mirar a los ojos al amigo alquimista.

—¿De verdad quieres matar a Giordano Bruno, el hombre que nos ha revelado la infinidad del universo, privándolo de su último acto de valor frente al mundo ignorante que lo odia?

Nicola pareció confuso. Aquellos argumentos le hacían perder de repente toda determinación. Pero Tommaso había reflexionado e, inesperadamente, concluyó:

—Escucha, haremos esto. Tú lleva el veneno, él decidirá qué hacer. *Él* decidirá, ¿entiendes?

Nicola asintió con decisión. Se abría una mínima posibilidad para su conciencia turbada: no se habría perdonado para el resto de su vida no haber hecho algo contra aquel horror.

El sol ya se había puesto cuando un trío de franciscanos desconsolados abandonó la prisión.

Esperaron aún unos minutos, que parecieron una hora. Después, los dos amigos se movieron. Atravesaron la calle con el paso solemne de los hombres de religión investidos de una misión sagrada y llamaron al portón.

Por la mirilla, el carcelero los miró estupefacto.

—¡Pensaba que la procesión había terminado! —comentó con voz seca—. Estáis aquí por ese maldito dominico, ¿no? Volved mañana. Se hace de noche, está cansado. Y además es inútil: a los últimos prácticamente los ha echado...

Tommaso se había preparado un argumento al respecto:

—Tenéis razón, pero nosotros somos de su misma familia, hermanos... dejadnos solo media hora...

El hombre comenzó a girar sus llaves y se oyó descorrer la barra.

—Será solo media hora —dijo apenas abierta la puerta—. Me han avisado que, al contrario de lo habitual, aún vendrán pronto a interrogarlo...

Tommaso, que ya estaba entrando, se detuvo y miró al carcelero.

—¿Lo van a interrogar? ¿Y quién? ¡Va contra el procedimiento!

El otro le dio una pista.

—¿Y qué queréis que sepa? Vendrá un cardenal, uno de los jueces. Me lo han hecho saber con un mensaje que ha llegado esta mañana. Decía que estuviese preparado, que abriera, que me asegurara de que el prisionero estuviera solo. Y yo

cumplo las órdenes, ¿qué queréis que haga? En realidad, pensé cuando llamasteis que serían ellos...

Tommaso reflexionaba. Nicola lo sacudió:

—¡Vamos entonces! ¡No hay mucho tiempo!

Un guardia los escoltó por el corredor. La celda del condenado no estaba lejos. Los soldados que estaban ante la pesada puerta de madera y hierro se echaron a un lado cuando vieron aparecer dos nuevos hábitos. El guardia abrió y los frailes entraron en la semioscuridad.

Bruno estaba sentado en un catre. Tenía la cabeza apoyada en una mano y ligeramente inclinada. Delante tenía extendida una hoja de pergamino, en la que estaban escritas unas pocas líneas.

Pero la pluma estaba apoyada en el suelo. No se volvió cuando los oyó entrar. Visto así, de espaldas, tenía el aire cansado del hombre derrotado.

—¡Maestro! —dijo Tommaso. Su voz resonó firme, pero la emoción le impidió decir nada más.

Al escuchar aquella palabra, el condenado se recuperó y se volvió. Su mirada era intensa.

Nadie lo había llamado «maestro» aquel día.

Se abrazaron y se intercambiaron frases de consuelo, contentos y turbados al mismo tiempo.

No se veían desde hacía dos años.

—¿Cómo lo habéis hecho?

—No importa —dijo Tommaso—. Estamos aquí, no podemos hacer más...

Se sentaron donde pudieron y volvieron a mirarse sin saber por dónde comenzar.

Después, Nicola halló el valor de la desesperación y se atrevió a señalar rápidamente el veneno. Pero el frasco permaneció en su bolsillo. Bruno comprendió sus intenciones, pero rechazó aquella solución y le reprendió con dulzura. Ellos le dieron noticias sumarias de sus últimos movimientos, de los últimos estudios.

—¡Alquimia! —proclamó Nicola—. Una lucha continua contra la materia para que nos revele sus secretos...

—Mnemotecnia, maestro —añadió Tommaso—, para dominar todos los saberes, conteniéndolos en la mente que los ordena según un único principio superior...

El condenado los escuchaba y asentía. El entusiasmo de los dos jóvenes le encogía el corazón. El pensamiento de la muerte oprimía su pecho con más fuerza.

Los discípulos vieron pintarse la angustia en el rostro de su guía.

Cambiaron de tema.

Habían seguido el proceso en cada una de sus fases, dijeron, y Tommaso comunicó la noticia que debía consolar al hombre próximo a su fin:

—Hemos salvado copias de vuestras obras cuando fueron quemadas

públicamente hace tres meses ante la escalinata de San Pedro. El Santo Oficio ha dispuesto todo lo necesario para procurarse el mayor número posible de estas y hacerlas llegar también de Nápoles, Venecia y Francia. ¡Pero hemos salvado tantas que son suficientes para suministrarlas a las bibliotecas de los espíritus más abiertos de Europa!

Hablaron de otras iniciativas que pretendían emprender para difundir el pensamiento del hereje.

Bruno los escuchaba y se lo agradecía, pero sin la atención y la gratitud que esperaban. Alternaba momentos de exaltación con profundos silencios. Se concentraba; después, a ratos, se ausentaba, encerrado en sus pensamientos, en un mundo ya poblado de fantasmas.

Tommaso pensó varias veces que el hombre estaba al borde de la locura. Temía que se pusiese a gritar de un momento a otro.

Nicola callaba y miraba a aquel sabio con ojos húmedos. En un momento, tocó el frasco que le pesaba en el bolsillo y tuvo la tentación de envenenarse; tanta era la tristeza del momento.

Recordaron que no había tiempo que perder.

—Vuestros jueces vienen ahora a interrogaros —dijo Tommaso.

A oír esas palabras, el condenado se puso en pie de un salto y miró al discípulo con mirada alucinada. Este se espantó. Vio que en los ojos del hombre había una luz nueva: un relámpago de esperanza... o quizá un terror extremo, indecible:

—¿¡Vienen!?! ¿Quiénes? ¿Cuándo?

—En... una hora, creo. Uno solo. Uno de los cardenales del colegio... pensaba que lo sabíais.

Bruno se puso a caminar por la estancia.

—¡Es él! ¡Viene, viene! ¡Ha hecho como que no lo entendía! ¡Pero ahora viene...!

Grozio y Pisani se miraron. Daba pena ver la angustia que había invadido a Bruno.

—¿Hay... alguna esperanza? —preguntaron en voz baja.

El condenado se detuvo y los miró como si solo en aquel momento se hubiese acordado de que estaban en la estancia. Inesperadamente, tras un breve silencio, sonrió y dijo:

—¿Esperanza? Sí. Si supiese más...

—¿Si supieseis... qué?

Pero el hombre ya no los escuchaba. Hablaba para sí:

—Vendrá con un evangelio, ciertamente... pero no tendré tiempo de suscitar en él las dudas necesarias...

Tommaso trató de descifrar aquel misterio que lo fascinaba:

—¿Dudas... a propósito de qué?

En aquel momento, se oyó el ruido de las cerraduras y los pasos que anunciaban a

los recién llegados.

Bruno se exaltó, elevó los ojos al cielo y dijo:

—¡Señor! ¡Es el momento! ¡Que venza la verdad!

«Está loco», pensó Tommaso.

Los otros llegaban. Él abrazó al condenado, lo estrechó con fuerza. Lloraba.

Devolviéndole el abrazo, Bruno le susurró al oído:

—Id, espíritus puros. Nuestras almas, un día, serán una. No me olvidéis... leed los evangelios, pero leedlos *verdaderamente*... yo no he tenido tiempo... Marcos, capítulo dos, versículo tres: es la clave...

Tommaso balbuceó:

—¿Qué... qué queréis decir?

El filósofo se liberó del abrazo y apoyó las manos en los hombros de ambos. En aquel momento, pareció recordar una última cosa. De improviso, se dirigió una vez más su maestro:

—Salvaos, huid, pero, sobre todo, continuad mis investigaciones. Sed ya más eruditos que cualquier otro, aquí en Europa, porque sabed que el origen de toda ciencia mágica está en Oriente y la puerta de Oriente es Egipto, a través del cual se alcanza la sabiduría de la India. Id allí. Buscad la verdad oscurecida desde antiguo por la mentira que hoy domina sobre Occidente...

El guardia abrió.

—Hay una última visita —dijo.

Bruno los empujó hacia fuera.

—¡Marchad, marchad! Quizá la luz esté destinada a vosotros... quizá...

Sin palabras, lo abrazaron una vez más. Salieron. Con los ojos velados por las lágrimas se vieron traspasados por una mirada penetrante. Plantado en medio del pasillo estaba el cardenal Bellarmino, el más célebre y brillante de los inquisidores de la corte romana.

—Dos jóvenes hijos de santo Domingo —dijo, mirándolos de arriba abajo para imprimirse en la mente sus rostros—. No sois de Roma, los conozco a todos. ¿De dónde venís?

Nicola tenía la mirada baja para esconder las lágrimas. Tommaso fue más frío:

—Somos de Venecia.

—¿De qué convento?

Se lo dijeron. El purpurado memorizó la información. Después continuó:

—¿Conocéis al hereje? —y, al decir esto, dio un paso adelante y clavó sus ojos en los del joven que tenía frente a él—. ¿Tenéis alguna esperanza de llevarlo al arrepentimiento... o esperabais escuchar alguna enseñanza extrema?

En aquel momento, resonó, a sus espaldas, la voz excitada de Bruno que, por la mirilla abierta de la puerta de su celda, gritaba en el corredor a pleno pulmón:

—¿Estáis aún ahí? ¡Marchaos, siervos de la bestia! ¡Volved a la oscuridad que os ha engendrado! ¡Largo! ¡Al abismo...!

Los dos jóvenes frailes comprendieron que aquel era el mejor modo de ayudarlos a escapar de una situación embarazosa. Mientras los gritos del condenado parecían resonar en toda la cárcel, superando la confusión, Nicola consiguió responder:

—Lo encontramos en Venecia. Después oímos hablar de él. Sus errores son tan graves que la suerte de su alma siempre la hemos llevado en el corazón...

Tommaso concluyó:

—Pero su obstinación de esta tarde aún turba más... No tenemos bastante... experiencia.

Bellarmino apenas se relajó. Los miró aún largo rato, después tomó su decisión:

—Marchaos... abandonad la ciudad... y olvidad a este hombre. El caso ya es grave, no quiero que se haga necesario tomar otras medidas... ¿entendido?

Saludaron con una inclinación y se marcharon rápidamente. Cuando estuvieron al aire libre, apretaron el paso.

La noche era oscura y fría. Discutieron acerca de cómo ocultar mejor los libros de Bruno que tenían en Venecia, en un lugar secreto del convento.

Pero Tommaso seguía pensando en las palabras del maestro:

—¿Has oído? Dice que ahora nos toca a nosotros buscar...

—¿Buscar qué?

—La sabiduría de Oriente... el verdadero significado de los evangelios...

Cuando estuvieron suficientemente lejos de la cárcel, aflojaron el paso. La duda sobre el éxito del coloquio entre Bruno y su máximo acusador también los atormentaba.

—¿Podrá salvarse aún? —preguntó Nicola con un hilo de esperanza.

—En este punto, tendría que ser imposible —respondió Tommaso.

Se sentaron sobre las gradas de una iglesia, una de las mil de Roma. Decidieron que el día siguiente permanecerían en la ciudad.

Los dos jóvenes discípulos del maestro condenado no fueron los únicos que vivieron horas de tormento en una oscuridad llena de reflexiones.

Bien pasada la medianoche, Bellarmino recibió en el mismo palacio la visita del cardenal Madruzzi.

En el rostro del poderoso consejero del papa, que era considerado el teólogo más importante entre los consultores del Santo Oficio, estaba impresa la preocupación por una circunstancia extraordinaria.

Apenas estuvieron solos, Madruzzi preguntó a su huésped:

—Aún le habéis hablado, ¿no?

—¿Cómo lo sabéis?

—Dejadlo estar, no es el momento de semejantes explicaciones y vos no sois un ingenuo recién llegado a Roma. No importa cómo sé algo, lo que importa es lo que quiero saber...

—¿Entonces?

—Entonces habéis venido a ver a un hereje ya condenado, en la víspera de su ejecución, y os habéis encerrado con él durante una hora. ¡Se trata de un comportamiento que va contra el procedimiento y quiero saber por qué lo habéis hecho!

Bellarmino ostentó una tranquilidad veteada de melancolía:

—Una tentativa extrema de empujarlo al arrepentimiento. Es un acto de piedad cristiana que recomendamos a muchos frailes y religiosos, ¿por qué no me va a ser lícito? Por lo demás, ¿qué os puedo decir? Ha sido un coloquio inútil...

Pero Madruzzi no se dejó desmoralizar.

—Cardenal Bellarmino, hablemos claro. Esta es la segunda anomalía a la que he asistido en estos días...

El patrón de la casa se inquietó:

—¿Qué pretendéis decir?

—Me refiero a la última sesión del tribunal, la del 20 de enero, cuando el papa, vista la obstinación del acusado, ordenó la condena formal y la entrega al brazo secular para su ejecución.

—¿Y bien?

—En aquella ocasión, teníais en vuestras manos un último memorial escrito por Bruno y dirigido al papa. Lo mostrasteis abierto, pero no lo hemos leído...

—Cierto, como era justo hacer. Los cuarenta días concedidos al hereje para arrepentirse habían pasado. El texto que nos hizo traer llegó tarde a propósito, con desprecio al tribunal...

Madruzzi se adelantó y midió las palabras:

—No discuto que no se leyera entonces; en caso contrario lo habríais hecho de inmediato. Únicamente, no puedo dejar de poner en relación vuestra lectura de ese documento extremo con la extraña visita de esta noche...

Bellarmino vaciló. Madruzzi insistió:

—Aquel texto. ¿Lo habéis conservado?

El teólogo miró fijamente al poderoso visitante. Después, replicó con una pregunta:

—Es el papa quien os manda, ¿no es cierto? ¿Tanto miedo tenéis de ese hombre?

El otro no se descompuso:

—Es el hereje más sabio, refinado, hábil, mejor introducido en las cortes europeas con el que hemos tenido que vernos en los últimos veinte años. Y vos lo sabéis. No queremos que una sola gota de su veneno siga en circulación y, quizá... turbe la conciencia de un teólogo profundo y fiel... como vos.

Bellarmino reflexionaba. Había querido saciar su curiosidad, su sed de conocimiento. Ahora no habría podido afrontar las consecuencias. Pero había una consideración que le impedía sentirse atrapado: su coloquio con Bruno había sido ciertamente un fracaso, aunque no por el motivo que apenas había esbozado.

Tomó una decisión:

—Bien. Visto que venís animado de tan santa preocupación... —y se levantó, tomó un escrito de un montón de documentos que llenaban una escribanía y se lo entregó al colega que casi había dicho que dudaba de él.

—Leed: es el último memorial de ese infeliz hombre —dijo con tono decidido, casi como un desafío—. Leed y considerad de qué veneno hemos escapado.

Madruzzi tomó el pergamino, se acercó a una vela y empezó a leer.

Un minuto después, su mirada, profundamente turbada, se fijaba en los ojos del experto teólogo:

—No... no entiendo. No se había hablado nunca de estas cosas. Parece un delirio...

Bellarmino sonrió amargamente:

—¿De verdad no entendéis? —Tomó de nuevo la hoja devolviéndola a la mesa—. Tampoco yo... y quizá sea mejor así. Mientras lo procesábamos por cuestiones relativas al cosmos, la transmigración de las almas, la omnipotencia de Dios, Bruno siempre ha dudado, ha redactado memoriales defensivos complejos y articulados, ha prometido abjurar y después se ha retractado. Y nosotros no nos dimos cuenta de que todo eran estrategias para ganar tiempo. Mucho tiempo, como sabéis. ¡Y todo para poder seguir pensando... en esto!

Madruzzi se había sentado. Estaba con las manos apoyadas en los brazos del sillón y miraba el fuego en la chimenea. La mirada fija. Bellarmino callaba, y le preguntó:

—¿Había llegado a concentrarse en este... argumento y esperaba obtener de nosotros tiempo para que lo dejásemos indagar? ¡Parece mentira!

El teólogo consultor del tribunal se plantó delante del visitante nocturno y concluyó:

—No ocurrirá. No le daremos tiempo para profundizar en esta investigación. En el fondo, esta sería la verdadera amenaza: un hombre que acaba reinterpretando nuestros santos evangelios, que consideramos canónicos desde hace mil quinientos años y, con pruebas inauditas, cambia su significado. Sería mucho más que una herejía, ¿no estáis de acuerdo?

—Sí, pero ¿cuánto había avanzado ya en esta reflexión?

Bellarmino miró a su huésped con firmeza, impasible, y, con un tono decidido que no admitía réplica, dijo:

—Estaba apenas en los inicios, estoy seguro. —Después se acercó, atrajo hacia sus ojos la mirada del viejo purpurado y añadió—: Y esto bastará. Bastará también al papa, ¿entendéis?

El alba surgió sobre una ciudad dispuesta a excitarse.

En la plaza Campo de' Fiori, la leña para la hoguera estaba amontonada desde la

tarde anterior y en aquellas horas muchos habían dormido al raso para ocupar los puestos de primera fila.

Estaba todavía oscuro y los vendedores ambulantes más madrugadores ya organizaban sus mercancías a su alrededor.

—¿Qué piensas? ¿Vendrá gente? —se decían unos a otros.

A las primeras luces, bandas de ruidosos mocosos recorrían las calles. Después de la primera misa, sacerdotes seculares y religiosos se acercaban al lugar de la ejecución.

—Un hereje peligroso —explicaban a las personas que les preguntaban—. Un mago, un blasfemo.

—No lo estrangularán, ¿no? —preguntaban muchos.

—No, desde luego. Es impenitente. Arderá vivo, aunque esto no lo salvará del infierno, donde seguirá ardiendo eternamente —informaban aquellos pastores de almas—. Y, por lo demás, se le ha prestado toda la atención —insistían—, ha tenido un proceso que ha durado ocho meses. En cambio, nuestro Señor Jesucristo, que era inocente, ¡fue condenado en una noche!

Mientras la plaza se iba llenando, se formaba una larga procesión delante de la cárcel.

Grozio y Nicola Pisani asistían al desarrollo de los acontecimientos desde el mismo escondite del primer día.

—¿Quiénes son estos religiosos? —preguntó Nicola.

—Miembros de la Compañía de San Juan Decapitado. ¡Los mataría con mis propias manos! —increpó Tommaso. Después trató de calmarse. El amigo estaba turbado, pálido, tembloroso—. Lo sacan y lo acompañan en oración a la hoguera —añadió en tono más tranquilo.

Habían comprendido que todo se desarrollaba según las previsiones. Nicola admitió el fin de sus esperanzas extremas:

—Entonces... el coloquio nocturno con Bellarmino no ha servido para nada...

Tommaso miró a su amigo, después le puso una mano sobre el hombro y dijo:

—Se acabó. Estamos solos. Vamos a verlo morir.

El condenado salió, vestido con un hábito penitencial gris.

El cortejo recorrió rápidamente las vías de la ciudad, entre muchedumbres que gritaban y descargaban su desprecio y su frustración:

—¡Arde diablo!

—¡Muere sabiondo!

—¡Aquí está, el antipapa!

—Un auténtico asno. ¿Tienes miedo, eh?

Los chiquillos tiraban basura contra el hombre señalado por todos.

El hereje y su escolta en oración alcanzaron la plaza. Allí avanzaron lentamente,

entre dos cordones de guardias que se esforzaban en mantener abierto el paso hasta un poste plantado en medio de un alto montón de leña.

Alineado, a los lados del patíbulo, estaba todo el tribunal que había desarrollado los interrogatorios y emitido la sentencia. Entre los cardenales, destacaba la alta figura de Bellarmino. Con el ceño fruncido, escrutaba la muchedumbre aguantando la repugnancia.

Un rincón reservado, para no mezclarse con el vulgo, albergaba algunas literas sobre las que nobles manos femeninas apartaban ligeramente las cortinillas de las ventanillas para admirar al célebre mago en el momento en el que lo desnudaban por completo. El teólogo recordó en aquel momento que la leyenda de Giordano Bruno comprendía también su fama de amante fogoso y bien dotado, capaz de satisfacer los deseos de mujeres de media Europa.

El condenado parecía aislado del mundo, murmuraba algunas palabras para sí.

Lo cogieron y lo ataron firmemente al poste. Después, le colocaron una mordaza de madera en la boca para impedirle gritar en los largos momentos de atroz agonía.

En aquel momento, Bruno pareció comprender que nunca podría haber hablado y se sacudió, como si hubiese recordado de repente el motivo por el que se encontraba allí.

Bellarmino vio a dos hombres de armas que prendían fuego a la leña en diversos puntos. Después volvió a mirar, inquieto, al célebre filósofo.

Mientras ya brillaban las primeras llamas, Bruno volvía la mirada ansiosa a una parte y a otra.

A sus pies, la plebe enloquecía.

Los rostros de los hombres y mujeres estaban descompuestos en dementes expresiones de alegría.

Después, las llamas crecieron intensas y envolvieron de improviso toda la figura del hombre atado, escondiéndolo por un instante a la vista. La multitud, imaginando su dolor, estalló en un único grito de triunfo. Hasta que un golpe de viento inclinó el fuego y el humo y los ojos del agonizante, magnéticos, atrajeron la atención de todos.

Sobre la plaza, cayó un instante de irreal silencio.

Bellarmino seguía escrutando el rostro del hereje, como a la espera de la revelación de un secreto fatal y, de repente, se dio cuenta de que el hombre había reconocido a alguien.

Un último brillo de aquellos ojos, un mensaje extremo recorrió Campo de' Fiori.

Bellarmino siguió la dirección de la mirada de Bruno y, estupefacto, reconoció entre la multitud a los dos jóvenes frailes dominicos con los que se encontrara la tarde anterior: su inmovilidad y el evidente duelo creaban un agudo contraste con la plebe que gritaba, que los rodeaba por todas partes.

El cardenal se volvió, tratando de atraer la atención de los guardias más cercanos. Pero era el momento culminante de la ejecución y todos, alrededor, se agitaban trastornados.

Después, el condenado, envuelto por altas lenguas de fuego, desapareció de la vista, y un estrépito de frustración se extendió entre la gente.

Se oía ahora fuerte el crepitar de las llamas, mientras se elevaba el murmullo de las incesantes oraciones elevadas al cielo por el alma del quemado vivo por numerosos religiosos presentes en la plaza.

Solo cuando disminuyó la euforia de la multitud, el teólogo logró indicar a un capitán a los dos hombres que quería fuesen detenidos de inmediato. Tommaso vio el gesto resuelto.

—¡Nicola! —gritó, sacudiendo al amigo que lloraba a su lado—: ¡Bellarmino nos está señalando! ¡Ven, ven!

Se abrieron paso entre la multitud, mientras todos comentaban el espectáculo y el olor a carne quemada que juraban sentir en el aire.

Fue la confusión lo que los salvó.

Huyeron, dispersándose por los callejones de Roma.

La tempestad había pasado.

—El primer temporal de la nueva estación... —dijo uno, quitándole importancia, por la carretera de Jerusalén.

—¡Una auténtica tormenta! —insistían otros, lamentando los daños en las casas, en los establos y en las tiendas, o el terror de los animales alborotados que aún no se habían calmado del todo—. Ha habido también un terremoto, ¿no lo habéis sentido?

Después, incluso por los callejones más remotos, corrieron voces de que se habían producido daños en el templo.

Un hombre, que a media tarde se encontraba en el patio exterior del sagrado edificio, juraba en voz baja que había visto correr a guardias y sacerdotes, con expresión aterrorizada, dirigiéndose directamente al Santo de los Santos.

Sus oyentes le prestaron atención al principio, después prevaleció el escepticismo:

—¿Pero qué dices? ¿Acaso tú puedes entrar en las salas interiores del templo?

—No, pero...

—¡Entonces, cállate, en vez de pregonar cosas de ese estilo!

También otros, bien informados, redujeron las cosas a límites razonables:

—Por fuerza, tenía que haber agitación en el templo. El sumo sacerdote y los suyos han conseguido que se condene a muerte al tal Jesús, sin que la muchedumbre intercediese por él y sin que sus muchos discípulos trataran en serio de liberarlo. ¿Acaso os parece un resultado que se pudiera obtener sin cierta agitación? Habrán detenido a algún otro loco...

Así, mientras entraba la noche y comenzaba la Pascua, todos los interrogantes sobre aquel intenso temporal y sobre aquellas rápidas sacudidas se olvidaron.

Era el crepúsculo. En la ciudad se apuraban los últimos preparativos para la fiesta, interrumpidos, aquella tarde, por el espectáculo de las tres ejecuciones capitales que los romanos habían querido llevar a cabo rápidamente para garantizar la paz en aquellas horas.

Sobra la colina, las dos cruces laterales ya habían sido liberadas de sus cadáveres. Los soldados habían arrancado los cuerpos de los dos delincuentes que nadie había ido a reclamar y los habían echado a toda prisa a una fosa común.

Con el del medio, en cambio, había que tener un poco de piedad.

Dos soldados, encargados a propósito de vigilar el desarrollo de la operación, observaban el grupito de hombres y mujeres que, con cuidado, descolgaban de la cruz el cuerpo del condenado.

—Lo llevan a la tumba de piedra de un hombre rico —dijo el primero, al que le

habían confiado algunos detalles en relación con su cometido—. Ahí está, el que está mejor vestido. Los otros dos hombres son sus esclavos, probablemente no hebreos, dado que tocan el cadáver...

—Tiene valor —comentó el otro legionario después de haber mirado al personaje que había señalado—. Un hombre respetable que se hace notar como amigo de aquel revoltoso. Para conseguir su muerte, se ha movilizadado todo el sanedrín...

—No tendrá nada que perder. Ahora que ha muerto, nadie más seguirá al tal Jesús. ¿No ves que ahí solo están mujeres y siervos? Ya no le preocupa a nadie...

—¿Y nosotros por qué estamos aquí? ¿Qué tenemos que vigilar?

El primero frunció el ceño.

—Creo que debemos asegurarnos... de que lo sepultan de verdad...

El otro sintió un escalofrío. Refrescaba y había sido una jornada muy dura.

—¿Y qué quieres que hagan con el cadáver de un pariente si no lo sepultan?

El compañero le cortó:

—¿Te pagan por hacer preguntas?

—No, pero... has dicho...

—¡No he dicho nada! Ahora lo llevan a una hermosa tumba y nos vamos todos a casa, ¿de acuerdo?

Callaron y volvieron a mirar la escena.

Solo una hora antes, José había hecho que lo recibiera Pilatos. El gobernador lo recibió de pie, ante la entrada del pretorio. Estaba nervioso, evidentemente airado por el desarrollo de aquella jornada, pero no olvidaba sus deberes de magistrado romano, aunque de una provincia de locos: un hebreo conocido no habría podido hablar con él, un pagano, entrando en su casa la víspera de Pascua, so pena de no poder celebrar la fiesta. Había salido, en consecuencia, pero su dosis de disponibilidad se había acabado por aquel día.

José esbozó una ligera inclinación llena de respeto.

—Gobernador...

—¿Qué queréis? —lo interrumpió aquel con aspereza. Viendo los vestidos del hombre acomodado, la larga barba respetable del observante de la Ley, habría querido decir: «¿Qué queréis *ahora?*», pero se contuvo, limitándose a cargar de odio su mirada.

José miró al romano y comprendió que no podía alargarse en ceremonias.

—Quiero un permiso que solo vos podéis conceder. Un acto de piedad que os honraría...

El otro hizo un gesto de fastidio. El hebreo temió que lo quisiese echar sin más y concluyó rápidamente:

—Jesús ha muerto, lo han asegurado vuestros soldados. Quiero que me permitáis llevarme su cadáver y sepultarlo... en una tumba... adecuada.

Ya estaba, lo había dicho. Ahora tenía que esperar la reacción del astuto hombre de poder.

Pilatos reflexionó rápidamente:

—¿Una tumba... en la que podrían ir a llorarlo? ¿Una tumba que podría convertirse en un símbolo?

—¡No! ¿Qué pensáis?... Nadie en este pueblo llora a un profeta derrotado. Si ha venido a menos, quiere decir que el Altísimo no estaba con él. Es la prueba más evidente de la falsedad de su predicación.

Pilatos sonrió.

—Debo creerlos, dado el encarnizamiento con el que han pedido su muerte. ¿Erais vos discípulo suyo?

José vaciló. Se había esperado aquella pregunta, sabía explicarse. Pero no estaba seguro de la respuesta, ni siquiera frente a su propia conciencia. Al final, decidió que no tenía nada que perder.

—Lo he sido —respondió—, he... esperado...

Pilatos se irguió. Estaba cansado, pero también estaba intrigado.

—¿Habéis esperado qué?

—Que fuese un buen maestro de la Ley antigua. Un hombre de paz.

—¿Paz decís? A mí me ha hablado de verdad y ha farfullado de un reino que no es de este mundo. No son cosas que se consigan sin trastornar los intereses de los otros...

José no insistió. Inclino la cabeza. Era necesario que aquella conversación acabase allí. Y, además, no había tiempo que perder.

—¿Entonces? —preguntó con humildad.

—¿Entonces qué? —Pilatos no estaba satisfecho. Aquella gente no respondía nunca a las preguntas, ni siquiera a las más directas.

—Entonces... ¿el cuerpo?

El gobernador llamó a voz en grito a un subordinado. Entró un centurión alto y fuerte, quizá el jefe de su guardia personal.

—Este hombre quiere el cuerpo del rey de los judíos. El cuerpo del profeta crucificado hoy. Quiero que os aseguréis de que lo sepultan bien. ¿Entendido?

El soldado inclinó la cabeza y después se acercó a José, examinándolo con aire amenazador, como si ya lo tuviese por culpable de quién sabe qué delito.

—Seguidme —dijo, y era una orden.

El hebreo se apresuró detrás del oficial, mientras agradecía y se afanaba en tranquilizar a su noble interlocutor con palabras vagas. Pero Pilatos ya volvía a entrar en su mansión, volviendo la espalda a aquella ciudad absurda.

—Bueno, se lo llevan. Sigámoslos.

—¿Será largo el camino?

—No, es aquí cerca, ¿ves ahí abajo? Es un cementerio con tumbas excavadas en la roca.

Los dos soldados se pusieron en marcha, manteniéndose a cierta distancia, pero sin preocuparse de que no se notase su presencia: el reducido grupo de los dolientes debía saber que estaba siendo vigilado y que habían recibido la orden de referir con exactitud el lugar y la modalidad de la sepultura.

Dos esclavos robustos sostenían los extremos de una sábana, sobre la que el cuerpo llagado había sido depositado con amor. Las mujeres lloraban.

Los romanos observaron que los parientes habían dejado a los pies de la cruz la corona de espinas que se había encajado en la cabeza del condenado. Uno de ellos esbozó una rápida sonrisa: se habían divertido por la tarde con aquel hombre; había sido una bella ejecución, visto el valor y la calma que él se obstinaba en mantener.

Recorrieron todos ellos unos pocos centenares de metros.

Después, los dos esclavos metieron su carga dentro de una gruta. Salieron casi de inmediato. Las mujeres entraron entonces, junto con el rico hebreo.

Pasaron unos minutos.

—¿Qué hacen? —preguntó el soldado más inquieto.

—Lo envuelven en la sábana, lo perfuman... ¿qué sé yo? ¿Tienes prisa?

—Si te digo la verdad, no me tengo en pie.

En aquel momento, vieron que todos estaban saliendo.

Los dos esclavos trataron de mover la gran piedra circular que debía cerrar el sepulcro. No consiguieron moverla rápidamente. El viejo hebreo también se puso a ello, pero apenas se movía.

Los dos soldados se miraron.

—Vamos, movámonos. Se está haciendo de noche —dijo el que más sabía.

Se acercaron y, con modales bruscos y ostentando frialdad, ayudaron a cerrar el sepulcro.

Tommaso observaba satisfecho su trabajo.

Sobre la larga mesa estaban representados con realismo diversos tipos de peces. Nunca se había sentido un gran artista, pero se dijo que aquella naturaleza muerta era lo mejor que había creado hasta aquel día.

Llamó a Nicola, que estaba en la estancia que utilizaban como cocina, sala de estar y dormitorio.

Este se asomó al estudio, con el rostro sonriente.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Nicola fingió admirar durante largo rato la pintura, incluso los detalles, pero eran ya tres días en los que el amigo le pedía consejo y opinión mientras seguía trabajando.

Después de una pausa adecuada, dijo:

—Digo que ningún pescadero, aquí en Benarés, podrá vender nunca un pescado tan fresco y apetecible. ¡Parece vivo! La gente se verá atraída por el cartel y después se desilusionará ante la mercancía...

Su amigo aceptó la broma. Era una bellísima pintura, se veía, aunque estuviese destinada a una finalidad tan humilde.

Fuera comenzó a llover, como todos los días a aquella hora exacta de la tarde.

Era su cuarta estación del monzón estival.

Vivían en Benarés, en la India, desde hacía cuatro años.

Para vivir se dedicaban a pintar carteles. Era también una buena cobertura.

—Ahora, descansa —sugirió Nicola—. Te he preparado una infusión y he abierto el tarro de aquella miel de las montañas que compré ayer a un comerciante afgano que iba de paso.

Tommaso aceptó la invitación, dejó pinceles y colores y fue a sentarse en uno de los escabeles de la cocina.

—El té está bien, la miel es para ti. Todo el mundo sabe que he aprendido a tomar la antigua bebida como es debido: ¡amarga! ¿Cuándo aprenderás?

Nicola sonrió resignado:

—Entonces no voy a tentarte. ¡Bébelo como te dé la gana!

Bebieron a breves sorbos en las tazas decoradas. Estaba bueno, como muchas de las cosas que encontraron en aquella tierra.

Se relajaron.

—¿Recuerdas cuando empezamos?

De nuevo, hablaron de sus primeras semanas en Benarés. Aquel recuerdo siempre ponía a Tommaso de buen humor.

Al principio los habían mirado con cierta desconfianza. Los indios amaban las imágenes y llenaban sus templos y sus santuarios domésticos de figuras y de escenas de la vida cotidiana. Pero no por eso las representaciones, de hombres, dioses o animales, eran consideradas como simples adornos. En una figura, siempre había algo sagrado. Algo que infundía respeto, que tenía poder, que debía estar rodeado de atenciones, si no adorado.

Por eso, cuando habían comenzado a proponer a los comerciantes de tejidos representar, a la entrada de sus negocios, a bellas mujeres envueltas en los mejores saris o guerreros orgullosos con altos turbantes, las primeras respuestas habían sido incómodas. La idea gustaba, pero los dos eran extranjeros. Probablemente nobles, por su elevada estatura, las largas barbas y la mirada directa y curiosa. Pero extranjeros.

¿Qué se escondía detrás de su oferta? ¿Qué magia?

Temiendo consecuencias nefastas, alguien los había denunciado a los brahmanes de uno u otro templo de aquella ciudad, que tenía miles. Uno de estos, un anciano respetado, se había dignado visitar a los dos hombres y los había interrogado. Después había hecho que le mostrasen algunas pinturas y las había examinado un largo rato. Uno de los temas que le habían presentado era una mujer con facciones orientales.

—Es una princesa egipcia —dijeron, y contaron que la habían visto en aquellas tierras.

Al brahmán, aquella figura le había parecido una diosa y, como prueba de la inocencia de su arte, había pedido que le dejaran pasar una noche en su casa con aquella pintura colgada en la pared. El descanso debería ser absoluto.

Los dos aceptaron la prueba.

Al día siguiente, ninguna sospecha recaía ya sobre ellos, porque el brahmán declaró que había dormido y que ni siquiera había soñado con la bella señora.

Desde entonces, recibiendo encargos cada vez más numerosos, habían pasado de los primeros carteles, pintados al aire libre en medio de niños escandalosos, a la posesión de un estudio.

En pocos meses, entre los comerciantes se había despertado una verdadera y auténtica moda. Los «pintores de Occidente» recibían encargos sin interrupción. También los pagos eran regulares, sobre todo desde que habían hecho circular la voz de que tener en casa o en la tienda una imagen no pagada acarrearía gravísimas desventuras.

Y así se habían establecido en Benarés, la ciudad sagrada, y en poco tiempo habían adquirido la fama de hábiles artesanos, hombres prácticos y probablemente ricos.

Se rieron, como hacían siempre.

A la entrada de la pequeña casa aparecieron en aquel momento dos hombres sonrientes, que se mostraron aún más joviales entre el sonido de las risas de los jóvenes occidentales.

El primero era un anciano, con la larga barba blanca y los vestidos también blancos del brahmán. El segundo era mucho más joven y robusto. Vestía la indumentaria elegante y cómoda del hombre de negocios y de mundo, y no era indio.

—¿Podemos divertirnos nosotros también? —preguntó el brahmán, haciendo una inclinación con las manos juntas en señal de saludo.

—Un té no estaría mal, mientras esperamos que la lluvia deje de encerrar en casa a los clientes —añadió el comerciante.

Pisani se levantó y se dedicó a hacer los honores de la casa.

—Huang-Minsha, el más célebre comerciante de Pekín, al que la China entera no bastaba para hacer dinero, y Rabindranath Tagi, el más estimado y venerable maestro de Benarés. ¡Acomodaos! ¿Tenemos algo más digno que una simple bebida que ofrecer a estos dos representantes de todo Oriente?

—Insisto. Si el té que habéis preparado es el mismo cuyo aroma percibo en el aire, servirá perfectamente —dijo el chino.

Nicola sirvió la infusión que había preparado en abundancia, vista la costumbre de aquellos amigos de ir a verlos a aquella hora.

Los dos huéspedes mostraron su aprecio por el contenido de sus humeantes tazas. Como Tommaso se apresuró a subrayar, ambos rechazaron la miel como si la misma idea de turbar la armonía del té con otro sabor fuese una especie de blasfemia.

Los cuatro charlaron largo rato, hasta que cesó la lluvia.

Después, el sol, que iluminaría la ciudad hasta la noche, los sacó al exterior, cada uno a su trabajo.

Aquella noche, el comerciante afgano, a lomos de su asno y ya dispuesto a partir, habló por última vez con su cliente más importante en Benarés. El hombre con el que solo se había encontrado una vez, pocos días antes, llevaba vestidos negros y, en la noche sin luna, se había movido con tal circunspección para acercarse a él que ni siquiera le dejó intuir que se estaba aproximando.

—¡Me habéis asustado! —protestó.

—Hay que mantener el secreto, ¿no crees? ¿Has hecho como convinimos? —preguntó el otro con urgencia, mirando a su alrededor.

—Sí. Aquel hombre de Occidente es verdaderamente goloso, como decíais. Atraer su atención, exaltar la calidad de la miel y ofrecerle después un tarrito de degustación, casi como un regalo, ha sido fácil.

—¿Y era el tarrito que te di yo, seguro?

—¡Seguro!

El otro sonrió satisfecho. Después, sacó del vestido un pequeño saquito de cuero,

se lo dio al afgano y dijo:

—Aquí lo tienes, toma. Es más de lo que habíamos acordado. Ahora, desaparece y no vuelvas más a Benarés, ¿entendido?

El hombre sopesó la compensación. Era cierto, debía de tratarse de una bella suma.

—No temáis, no me veréis más por esta parte. La India es grande, ya lo sabéis.

—Bueno, vete.

—¡Salud! —dijo el comerciante y arreó al asno, que echó a andar, después de haber mirado aún a su cliente con aire astuto, como para imprimir en su memoria sus facciones.

El hombre vestido de oscuro lo vio alejarse. Aquella última mirada no le había gustado. Una rápida reflexión atravesó su mente. «No», se dijo, «la India no es *lo bastante grande*». Antes de que el comerciante volviera la esquina, miró de nuevo a su alrededor y, tomada su decisión, lo siguió.

—¡Eh, tú! —llamó—. ¡Una última cosa!

El hombre se detuvo y dejó que lo alcanzase. Él le dijo:

—No has probado la miel que te di, ¿no?

—Claro que no —respondió el comerciante con aire de estar de acuerdo.

—Malo —dijo el hombre, brusco. Después, con un gesto rapidísimo, clavó en el vientre del afgano un largo cuchillo que sacó del vestido. El otro suspiró, trató de decir algo, pero la hoja, empujada hacia arriba con fuerza, le cortaba el aliento. Por la boca salió un torrente de sangre y cayó hacia atrás, deslizándose de la silla.

El asno, asustado, rebuznó con fuerza.

El asesino aferró con toda urgencia el saquito con el dinero y huyó en la noche, mientras el asno despertaba a media ciudad.

Cuatro hombres llevaban el cadáver. Eran siervos del viejo brahmán. Parias, seguramente. En realidad, Nicola no tenía parientes en aquella ciudad: en aquella parte del mundo, y a falta de familiares, nadie que no perteneciera a una casta muy humilde podía ser designado para prestar aquel servicio sin mancharse con una impureza difícil de borrar.

Tommaso observaba la escena, petrificado.

Habían envuelto el cuerpo de su amigo en una amplia sábana blanca, tejida de una sola pieza. El comerciante de telas preciosas que tenía el negocio vecino al de ellos había honrado con aquel don al extranjero difunto.

Llovía.

El italiano seguía pensando en lo mismo. Estaban allí, se decía, en los confines del mundo, juntos, desde hacía cuatro años. Y ahora se había quedado solo.

Depositaron el cadáver sobre la pila de leña húmeda.

«¿Cómo va a quemarse así...?», se dijo.

Al fragor del agua que se precipitaba sobre todo se unía el lamento de los tres músicos que había hecho llamar el sacerdote. La tabla, el sitar, las voces agudas llegaban al alma de los asistentes entre la profundidad de la desesperación y el deseo de vivir más allá de aquel cielo gris, más allá de los confines marcados por el gran río que discurría majestuoso a sus espaldas.

También el brahmán recitaba una fórmula en la lengua más antigua de aquella tierra.

Cumplido su cometido, los cuatro sirvientes se inclinaron ante el extranjero, el pintor de carteles que lloraba la muerte de su socio en los negocios. Después, se alejaron y se detuvieron a la distancia debida, sobre una amplia escalinata, una de los centenares que llevaban al Ganges, distribuidas durante millas a lo largo de su curso.

Todavía no había fuego. El joven occidental interrogó con la mirada al celebrante y este dejó de rezar inmediatamente, como si pudiese hacerlo en cualquier momento, y se acercó a él, cortés, inclinando ligeramente la cabeza para prestarle atención.

—¿Y el fuego? —preguntó Tommaso.

Le incomodaba mostrarse tan inquieto, como si tuviese prisa, pero la muerte del amigo, aquella circunstancia terrible, imprevista, lo hundía en el desánimo y lo privaba de puntos de referencia. Era un exiliado, un fugitivo, pero nunca se había sentido tan incompetente. Los músicos continuaban lamentándose aunque no conocieran al difunto, el brahmán rezaba a sus dioses, en los que ni él ni su difunto amigo creían en realidad, y él solo quería huir del yugo de la angustia.

El anciano sacerdote pareció comprender sus sentimientos. Le sonrió y le susurró: —Dentro de poco cesará la lluvia, seguramente. Después, el calor secará la leña

lo necesario. Entonces vendrá el fuego, que cumplirá su obra...

Tommaso asintió. Decidió, una vez más, confiar en el sabio amigo, en aquella gente que los había acogido con tanta naturalidad en Benarés, en la ciudad de los mil colores.

Volvió a mirar el cuerpo.

Una hora antes, en casa, mientras terminaban de envolverlo y le cubrían el rostro, le había llegado por última vez de la máscara inmóvil aquel mudo reproche, aquella obscena pregunta: «¿Qué hago aquí? ¿Cómo ha ocurrido?».

No había podido pensar en una sepultura. Allí no se usaba, a los indios les parecía una locura. Habría tenido que transportar el cadáver varias millas, llevarlo fuera de la ciudad, excavar en la tierra roja y encerrarlo en la oscuridad: una auténtica blasfemia.

De repente, el lamento se interrumpió.

La lluvia cesó.

El brahmán callaba y lo miraba. Sin que él se diese cuenta, se había reunido una pequeña multitud. También había aparecido el fuego: dos vivas antorchas que hacían brillar los pechos musculosos de los hombres responsables de aquella tarea.

El anciano conocedor de los ritos lo invitó, con dulzura:

—¿Quieres recitar una oración de tu religión?

Tommaso miró al hombre con estupor.

Sobre el Ganges se alargaban las sombras de la tarde, la hora más dulce, la que hace parecer buenos los rostros de todos los hombres.

El italiano avanzó un paso. De la oscuridad de su mente vacía emergieron algunas palabras en latín, meditadas durante mucho tiempo cuando era estudiante de teología. Las pronunció con el mismo tono enigmático con las que habían sido escritas, en la Biblia, miles de años antes:

—Sí, Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser; pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo, y la experimentan quienes le pertenecen...

Bien. Era el momento.

Las llamas se elevaron altas, luminosas, purificadoras.

El calor, el humo en el aire; después, el agua del río sagrado se llevaron al compañero de tanta huida y tanta búsqueda.

A sus pies, junto a él, ardía su tesoro: un tratado de alquimia, inacabado, que, para poseerlo, muchos nobles de Europa habrían dado parte de sus bienes.

Ni siquiera la alquimia había dado los resultados esperados. No lo había salvado de la enfermedad ni de la muerte.

Pronto todo estuvo acabado.

Tommaso entregó una moneda a los músicos, que le desearon paz y prosperidad. El pintor de carteles podía permitirse aquel gasto.

Al entrar de nuevo en el estudio que era suyo y había sido también de su socio encontró, esperándolo, el trabajo inacabado que ahora tendría que desarrollar solo.

También las preguntas que habían compartido pesaban todas, ahora, sobre su inteligencia.

Cerró la puerta, se sentó en un escabel y se aisló de las voces del barrio. Las de los artesanos del cuero, del marfil, de las piedras preciosas, de las telas preciosas, de las sedas y los brocados. Precisamente en aquellos días, su amigo y él tenían que terminar, en colores vivos, el cartel de un negocio de telas.

Pero la imagen del fuego seguía atormentándolo, insinuando en su mente un recuerdo doloroso: cinco años antes, en Roma, en una hoguera como aquella, había sido quemado vivo, su maestro y amigo, aquel Giordano Bruno, que los había hecho, al mismo tiempo, sabios y malditos, filósofos y magos, amantes de la verdad y herejes excomulgados.

Y buscados.

Al fin, la muerte, paciente carnicera de toda la humanidad, había ejecutado la condena de la Inquisición, pronunciada años antes también sobre Nicola y sobre él. La condena por la que habían escapado.

Era difícil decir si el alma de su amigo habría sufrido algún daño por la maldición de la Iglesia, cuyos efectos se creían eficaces hasta el Cielo.

Le parecía sentir la carcajada del compañero alquimista, concentrado sobre sus alambiques, por la noche, tras la puesta del sol, en el rincón dispuesto al efecto en su estudio:

—Y el alma, después, ¿qué será de ella verdaderamente?

Tommaso apretó las manos en un movimiento de rebelión. Estuvo tentado de decir una blasfemia. Después, se tranquilizó y sonrió, por primera vez aquel día.

—¿Qué será el alma? ¿Qué será la muerte? —se preguntó en voz alta.

Silencio.

Se levantó y comenzó a prepararse algo de comer.

De los tres, solo había quedado él para buscar respuestas.

Necesitaba energías.

Marcos, capítulo dos, versículo tres. Aquella era la llave de la verdad, según Giordano Bruno. El punto de partida para leer los evangelios. Para leerlos «verdaderamente».

En los días de la fuga, Nicola y Tommaso habían recordado muchas veces el pasaje que les había indicado el maestro. Y era casi siempre Grozio quien lo recitaba con voz apasionada.

Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaúm, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta, y él les exponía el mensaje. Llegaron cuatro llevándole a un paralítico y, como no podían meterlo por causa del gentío, levantaron el techo encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico.

Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico:

—Hijo, se te perdonan tus pecados.

Unos letrados que estaban allí sentados razonaban para sus adentros: «¡Cómo! ¿Este habla así, blasfemando? ¿Quién puede perdonar pecados más que Dios solo?».

Jesús, dándose cuenta en seguida de cómo razonaban, les dijo:

—¿Por qué razonáis así? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico «se te perdonan los pecados» o decirle «levántate, carga con tu camilla y echa a andar»? Pues para que sepáis que el hombre está autorizado para perdonar pecados en la tierra... —le dijo al paralítico—... A ti te digo: ponte en pie, carga con tu camilla y vete a tu casa.

Se puso en pie, cargó en seguida con la camilla y salió a la vista de todos; todos se quedaron atónitos y alababan a Dios diciendo:

—¡Nunca hemos visto cosa igual!

—¿Qué sentido oculto vio nuestro maestro en este pasaje de la Buena Nueva? —había preguntado Nicola a Tommaso.

Y Grozio, pacientemente, había recordado al amigo la interpretación de aquellas frases oscuras. Una interpretación misteriosa, capaz de ver más allá del velo de las palabras y bastante alejada de la aprendida en Venecia, en el colegio de los dominicos. Sabía que la Madre Iglesia no habría aprobado sus conversaciones.

—Es un pasaje extraño, difícil —vacilaba—. Nuestro Señor está dentro de una casa y anuncia la Palabra a una multitud que no puede oírlo. ¿Qué sentido tiene esta incongruencia? Y después, el paralítico. Llega, además, a través de una abertura en el

tejado. Es indicio cierto de la gran dificultad para entrar en el misterio y acercarse a la verdad...

—¿Y los cuatro portadores? ¿De qué son símbolo?

—Quizá de los evangelistas —afirmaba, meditabundo, Tommaso—, mientras que Jesús es el centro de la vida, la fuente de todo secreto. Solo para una meta tan alta merece la pena hacer los sacrificios a los que se sobreponen el paralítico y sus portadores. Pero no es este punto el que más perplejo me deja...

—¿Cuál, entonces?

Grozio había mirado a Nicola con intensidad:

—La palabra griega que indica la curación del paralítico es la misma que indica la resurrección. Quien escribiese esta página no podía ignorar que habría desorientado a los fieles y causado estupor. Quiere decir que solo acercándose a la verdad, a Jesús, es posible... ser inmortal, pero lo comunica hablando de una curación de las heridas del cuerpo. ¿Cuál es, pues, la verdad que debemos creer? Y sobre todo, ¿por qué reflexionar aún en estos escritos adrede tan poco claros? Quien tiene fe piensa no obstante que el Señor ha estado con nosotros, que su enseñanza nos acompañará siempre. Y entonces, ¿qué ha permanecido oculto?

El joven alquimista no sabía cómo replicar. Pero Tommaso no tenía necesidad de que lo incitasen:

—¿A qué quería referirse Giordano? No lo entiendo. Quizá, en sus últimos años, desarrollara investigaciones sobre las que prefiriese conservar el secreto, incluso con nosotros. ¿Por qué, entonces, después de habernos invitado a releer el pasaje de Marcos, nos empujó a trasladarnos hacia Egipto y Oriente?

Precisamente para buscar una respuesta a esas preguntas, al abandonar a toda prisa Roma, se habían encaminado a Egipto. La tierra madre de la religión originaria. La fuente de la sabiduría milenaria a la que el filósofo quemado vivo los había dirigido. Buscando en las orillas del Nilo, se decían, habrían honrado la deuda del reconocimiento con su maestro.

Pero el viaje no había sido fácil ni había tenido un final feliz.

Todo aquel indagar y hacer preguntas, la afanosa búsqueda de los pocos ancianos aún depositarios de un saber ahora perdido, el detenerse ante las escasas huellas visibles de la antigua cultura, el hacer cálculos a los pies de las pirámides habían llamado pronto la atención de los musulmanes, extremadamente suspicaces frente a cualquier cristiano que no fuese un mercader.

—El bey os espía —les había revelado un sirviente— y sabe que estáis buscando las huellas de los magos y de los sacerdotes que habitaban en Egipto antes del islam. ¡Estad atentos! En estas tierras, los infieles nunca están seguros. ¡Y quien rechaza la verdad del profeta Mahoma corre un grave peligro!

Ponderaron aquella advertencia y estuvieron más atentos por la urgencia de una

investigación que se había convertido en una cuestión de vida o muerte.

Fue inútil.

El bey los denunció al bajá, el defensor de la verdadera fe, que no podía tolerar en Egipto, provincia del imperio del sultán de Estambul, a maestros de herejía. Pensó detener a los dos, interrogarlos e intercambiarlos, con la adecuada compensación, con las autoridades de Venecia o de Nápoles: dos herejes, probablemente buscados, podían representar una óptima mercancía para un príncipe cristiano deseoso de causar buena impresión en Roma o de afirmar, protegiéndolos, su orgullosa autonomía de pensamiento.

Pero los dos occidentales no estaban tan desprevenidos.

—Es hora de marchar —susurró Tommaso una noche, sacando al compañero del sueño—. ¿Oyes nuestros animales? Alguien trata de llevárselos.

Huyeron de Alejandría a pie, exactamente como les había ocurrido en Roma, dejando a los armados enviados a capturarlos sus ropas vacías, tiradas en el rincón de un caravasar.

Los últimos dineros traídos de Italia les sirvieron para unirse a una caravana de mercaderes que se dirigía al sur. Vestidos como mercenarios del desierto, se embarcaron para la India en un puerto del mar Rojo.

Después de veinte días de navegación estaban en Goa, base comercial del imperio portugués. Pero habían abandonado a toda prisa la ciudad y su barrio europeo: demasiados cristianos podían alimentar frente a ellos el mismo interés manifestado por el bey de Egipto.

Así habían aceptado el riesgo.

Se vistieron como indios, se dejaron crecer la barba y se broncearon la piel al sol. Después se adentraron en el corazón de la India, dirigiéndose hacia el norte, hacia el conocimiento de los secretos de aquella gran madre, aún más antiguos que los de Egipto.

Lo hicieron de tal modo que, encontrado un alojamiento en Benarés después de varios meses de vagabundeo y de aventuras, se habían convertido en dos honestos pintores de carteles. Y un día, el brahmán Tagi, el mismo que los había examinado, les pidió que le pintaran, según un antiguo modelo, a Visnú tumbado sobre la serpiente Sesa, mientras una diosa, bajo la apariencia de una espléndida doncella, le masajeaba los pies.

Aquella obra había sellado el nacimiento de una nueva amistad.

El brahmán los introdujo en los secretos de los *Veda*, los escritos milenarios precedentes a toda otra sabiduría humana. Ellos revelaron el sistema mnemotécnico de Giordano Bruno, gracias al cual sabían aprender de memoria una página tras una sola lectura o un relato con solo escucharlo una vez, y los sabían repetir de la primera a la última palabra, sea en el sentido normal, sea de la última palabra a la primera.

Merced a aquel arte podían viajar sin necesidad de llevar una biblioteca. Gracias a ella, albergaban en sus mentes saberes antiguos y modernos.

A la espera de conocer aquel saber supremo que todos ha generado y a todos unifica.

Tommaso recordaba bien la noche en la que Nicola y él ofrecieron al brahmán la síntesis de su sabiduría.

Para hacerse entender, trazaron ante el indio un esquema de la organización de sus mentes:

—Mira —había comenzado Grozio, mostrando al brahmán el diseño secreto—, son cinco ruedas concéntricas. Cada una de ellas está dividida en treinta partes que contienen letras del alfabeto latino de la A a la Z; después, letras griegas y hebreas...

—La rueda más importante es la central. —Había intervenido Nicola, porque, cuando se trataba de aquel saber compartido y oculto a los demás era como si fuesen la misma persona y podían quitarse la palabra—. Aquí se encuentran las imágenes de los treinta y seis decanatos del Zodíaco, derivados de las antiguas divinidades astrales egipcias. Siguen cuarenta y nueve imágenes de los planetas...

—Siete por cada uno de los siete planetas...

—Después están el *Draco Lunae* y las veintiocho mansiones de la Luna...

—... Y, finalmente, otras treinta y seis imágenes, tres por cada una de las doce casas de horóscopo...

Al oír las relaciones astrológicas, el brahmán asentía fascinado. Los indios no compraban un terreno, no se casaban, no ponían nombre a un hijo y ni siquiera atravesaban un puente sin haber elaborado antes el horóscopo correspondiente a cada una de estas operaciones. Así, mientras los dos extranjeros exponían, entusiastas, un esquema que podía comprender todo posible vínculo de las fuerzas celestes, el sabio anfitrión los interrumpió y les propuso que la exposición continuase únicamente después de hacer venir a su humilde morada a un brahmán de ciencia más sólida.

Se pusieron de acuerdo en un encuentro nocturno, dos días más tarde. Cuando se presentaron en la casa del indio, los brahmanes eran tres. Aquel con el que ya habían hablado estaba sonriente y amable; los otros dos, suspicaces y prudentes. Pero solo media hora después, la estancia estaba cargada de pasiones. En efecto, la conclusión de la primera y sumaria exposición de los europeos los llenaba de entusiasmo:

—De este modo, todo el mundo celeste y todos sus influjos se reproducen en el interior de la mente humana. Cuando se le muestra un nuevo contenido...

—... Un texto, un discurso, una imagen, la fachada de un templo, la forma de una hoja...

—... Basta que esa noticia se inserte en uno de los sectores de las cinco ruedas para que pueda recuperarse en cualquier momento en que sea necesario, porque todas las formas dependen del influjo de las cosas celestes y son asociables a ellas.

Los brahmanes no sabían qué decir.

Grozio y Pisani habían ofrecido cada uno una prueba de memorización,

aprendiendo de un vistazo largos textos escogidos por sus anfitriones. Después concluyeron:

—Funciona, evidentemente, cuando uno se ha sincronizado con la mente del cielo, que es el espejo del entero cosmos, y se conoce el arte combinatoria de cada parte de un discurso o de cada objeto con su correspondiente celeste...

Había sido una gran velada. Desde entonces habían progresado mucho en el conocimiento recíproco y el número de sus alumnos había aumentado rápidamente.

Todos ellos pertenecían a la casta más elevada. Alguno habría querido pagarles a cambio de sus conocimientos, pero ellos siempre lo habían rechazado. Valía, decían, el principio del intercambio: misterios de Occidente a cambio de antigua sabiduría oriental.

Así conocieron a Huang.

—No te sorprendas, amigo pintor —había dicho el brahmán Tagi observando el rostro maravillado de Tommaso—, esta noche hemos traído con nosotros a un huésped un poco... especial.

El extranjero que los acompañaba, afirmó el hombre de religión, era un sabio chino interesado por conocer doctrinas nuevas.

—Y comerciante —añadió él con orgullo, inclinándose ante los dueños de la casa —, miembro de una familia que, desde hace siglos, recorre la Ruta de la Seda, los Huang-Minsha. Somos tan activos e influyentes que llevamos nuestras mercancías hasta la corte de Pekín.

—¿Y por qué te encuentras aquí? —preguntó Nicola.

—Porque conocer al hombre me permite hacer con él mejores negocios —respondió con convicción—. No importa de qué color sea su piel ni cuál sea su historia. Saber cómo está hecho su dios, eso importa. De este modo —añadió guiñando el ojo—, me es más fácil hablar con él y venderle algo...

Todos rieron y el brahmán concluyó:

—¿No os había dicho que es un hombre sabio?

El chino acudió también las noches sucesivas.

Tomaba asiento, escuchaba y asentía.

Preguntado por Nicola, que le pedía noticias sobre la astrología de su país, dijo que no era lo bastante competente en aquella materia, pero prometió interesarse por ello ante sus parientes y colegas. No quería, afirmó contrito, que su participación en aquellas reuniones pareciese del todo anónima. Deseaba hacer una aportación concreta... hasta que, después de apenas dos semanas, por algún motivo relacionado con sus negocios, el hombre debió partir, no sin haber prometido, antes de dejar la ciudad, que volvería enriquecido por los tesoros de la sabiduría china.

Todo esto sucedió mucho tiempo antes.

Desde entonces, cada vez que sus largos viajes lo llevaban a Benarés, Huang

ocupaba el lugar que le tenían reservado en el reducido círculo de los discípulos de Grozio, Pisani y del brahmán Tagi.

Los dos occidentales estudiaron detenidamente y con entusiasmo la cultura india. Y, aunque apreciaban los antiguos y arraigados conocimientos, todavía no podían dejar de notar los límites.

También los sabios de la India trataban de buscar que de lo alto de los cielos emanase el orden de su vida, pero esto se manifestaba sobre todo en la observancia de los ritos exteriores, inmutables, tanto más eficaces cuanto menos comprensibles: gestos repetidos siempre del mismo modo, silencios, incienso, ofrendas sobre pequeños altares, plegarias en lenguas antiquísimas, lavatorios, ayunos. Uno de ellos había dedicado años a perfeccionar técnicas de meditación, pero también la práctica de enemas cada novilunio.

—Para que los interiores estén siempre limpios, como las palmas de las manos que no realizan trabajos pesados.

También esta era la sabiduría de la India...

Recordando aquellos encuentros, Grozio esbozó una mueca.

De repente, se dio cuenta, con todo el dolor de su corazón, que tanto buscar en la cultura de otro pueblo había apagado lentamente en su corazón el fuego encendido por Bruno. Y las preguntas sobre el significado de la curación del parálítico se habían ido desvaneciendo poco a poco de sus mentes. Pensó que, quizá, la respuesta a aquellas preguntas hubiera podido ahorrar a Nicola su atroz final. Y sollozó, con los ojos llenos de lágrimas.

Recogió lentamente los platos de barro en los que había consumido una simple sopa y se preparó para irse a la cama. El día del funeral de su compañero se deslizaba hacia una noche oscura, atormentada por recuerdos angustiosos.

La mañana siguiente, comenzó a abrirse paso en la mente del hereje veneciano un poco de claridad.

Paseaba a la orilla del Ganges, como hacía cada día, observando con mirada distante a hombres y mujeres que tomaban el primer baño purificador de la jornada.

Graves pensamientos y dudas se agolpaban en su mente.

Nicola lo había dejado solo y ahora pesaban juntas sobre él las expectativas del maestro Bruno y de su amigo.

La muerte, impuesta por los hombres o «natural», había cobrado su peaje. Se habían acercado a la puerta de la sabiduría y quizá por ello habían sido castigados.

Pero había otra cuestión que lo inquietaba: se habían ocupado de los secretos del cielo para plasmar en ellos sus mentes. Habían despreciado las débiles enseñanzas cristianas a propósito del alma y de sus deberes para buscar en la antigua sabiduría de

los egipcios y del Oriente la verdadera llave del saber, del poder, de la libertad. Y al hacer todo esto habían ignorado el cuerpo. Sucede, se dijo, a quien es bastante joven y se siente fuerte y con salud. Pero no había sido un bien dejarse sorprender así por la naturaleza.

Se sentó.

Ante él, una joven emergía de las aguas del río, envuelta en un elegante sari que, bañado, se adhería a sus formas. Si hubiese estado desnuda no habría resultado más seductora. Tommaso se puso a mirarla. Ahora la muchacha se ajustaba los cabellos, de un negro brillante, y, al realizar aquel gesto elemental, elevaba los brazos, tensaba los músculos, hacía resplandecer al sol la piel ambarina salpicada de gotas.

«El cuerpo...», pensó Tommaso, atraído e inquietado por aquella visión. «El cuerpo sano, lleno de vida. El cuerpo que ama, que goza, que se exalta...».

Estaba excitado y se sorprendió. En aquellos años habían vivido prácticamente como frailes dedicados a una causa sagrada.

La muchacha salió del río hacia la escalinata en la que estaba sentado Grozio. Caminaba hacia él con paso elegante, con un ligero contoneo de caderas. Llevaba los ojos bajos, pero se adivinaba el corte alargado, subrayado por una línea de alheña.

Al pasar a su lado lo traspasó con una mirada consciente y una enigmática sonrisa. Sabía perfectamente que el hombre la estaba observando desde que salió del agua.

Él no pudo menos que admirarla aún y sentirse invadido por el fuego del deseo. La habría tomado de inmediato, allí, sobre aquella piedra, ante el río sagrado, a la luz del sol.

Pero ella ya se alejaba, con lentitud estudiada, dueña de su belleza y de sus pensamientos.

Él se impuso no volverse, no ceder a la vista de las espaldas derechas, los brazos flexibles, los glúteos tensos. Permaneció mirando el río, majestuoso testigo del paso de la vida. Dejó que el placer sensual lo abandonase y se obligó a pensar en cosas graves.

Volvió al recuerdo de la enfermedad del amigo.

¿Por qué había muerto tan de repente?

¿Y por qué no había podido hacer nada para salvarlo?

Insectos fastidiosos, de picadura dolorosa, habían transmitido, apenas llegados a tierras tropicales, enfermedades recurrentes. Tenían picores, manchas en la piel que maceraban por la continua sudoración provocada por el aire siempre cargado de una humedad pegajosa, insoportable.

Después habían superado las primeras crisis de disentería, el esfuerzo de adaptarse a las nuevas comidas y parecía justo así.

Eran fuertes y los empujaba la sed de conocimientos. El cuerpo los seguía, dócil.

Al final habían trabajado y se habían dedicado a sus investigaciones, al diálogo con los brahmanes, al estudio de antiguas escrituras.

De vez en cuando, Nicola caía preso de altas fiebres, que lo agotaban y se adueñaban de él durante diez días seguidos. Él no sabía cómo curarlo y tampoco los sabios indios. Ante la enfermedad, se encogían de hombros. Sobre todo, se cuidaban bien de no acercarse al enfermo. «Por temor a la impureza», decían. O simplemente por miedo de enfermar a su vez.

Había, sí, «sanadores», que vendían bazofias y tiras de papel que llevaban fórmulas misteriosas para aplicarlas en la frente, la muñeca, el pecho, la garganta del paciente.

Eran charlatanes y se hacían pagar bien, sobre todo de los extranjeros, pintores de carteles, artistas residentes en el barrio de los artesanos.

La fiebre de Nicola, por fortuna, se pasaba sola.

Él y Tommaso sabían que volvería, pero ¿qué importaba?

Estaban aprendiendo siempre nuevos aspectos de aquella civilización y no se daban cuenta de que ninguno de sus saberes contemplaba la posible curación del cuerpo enfermo. Si acaso, se hablaba de cómo conservarlo sano: dieta vegetariana, baños, caminatas, enemas, ejercicios de respiración y relajación a la búsqueda del perfecto equilibrio entre el alma y el cosmos.

Medicinas, ninguna.

Cuando, pocos días antes, Nicola había caído de nuevo presa de la fiebre, había perdido la conciencia durante horas y horas. Después la había recuperado, pero deliraba, recitaba fórmulas alquímicas. Y esta vez, en contra de lo que solía ocurrir, la fiebre no cesaba. De hecho, empeoró rápidamente.

La crisis no se parecía a las pasadas.

Nicola se contorsionaba de dolor, empapado de sudor. Llegó a maldecir, esperando morir. Cuando perdió la sensibilidad en los brazos inertes, Tommaso imploró al brahmán Tagi que le encontrara a un médico, un verdadero médico.

Aquel se encogió de hombros, desde lo alto de su sabiduría.

—¿Un médico? —había preguntado—, ¿y para qué? La muerte es parte de la vida. Tu amigo es un hombre justo, pacífico y sabio. Renacerá como un maestro para muchos. Un bien, para él y para el mundo...

Y así Tommaso veló solo al enfermo. Le secaba el sudor, le hablaba, le daba continuamente de beber, la única forma de cura de la que tenía conocimiento. En el agua, hervía hierbas y algunas hortalizas. Así lo alimentaba. La sabiduría doméstica india sabía hacer esto. Nada más.

Y sin decir una palabra más, a la vuelta de dos noches, Nicola Pisani había muerto, entre el llanto del amigo y las hieráticas letanías de los brahmanes. El asomarse a la ventana, una hora antes del deceso, de un mono que descendió quién sabe por qué de un árbol, fue considerado signo de buenos augurios. La frente del difunto fue coloreada de rojo con agua de lluvia y arcilla mezcladas para formar un

barro espeso.

—Tierra roja y agua caída del cielo —había recitado el brahmán—, el encuentro entre el don del cielo y el suelo, símbolo de toda fecundidad y de toda nueva vida...

Tommaso dejó hacer. Impotente: durante los preparativos para la pira final, había vuelto a comprobar que aquellos sabios de una tierra lejana solo sabían cuidar del alma.

Y ahora estaba allí, a la orilla de un río que habría tocado la tierra de la India durante toda la eternidad.

Decidió que no podía quedarse en aquel punto.

Se levantó.

Tenía una pregunta que hacer al brahmán.

—¿Combatir contra la enfermedad... o la muerte? Sí, existen estos saberes, pero deberéis buscarlos en los textos antiguos, interpretarlos, recoger indicaciones prácticas. Nada me impulsa en esa dirección...

Tommaso insistió.

—¿Pero vos no conocéis ya todas las escrituras? Si no de memoria, al menos por razonamientos...

El anciano Tagi sonrió.

—Veo que os habéis hecho de mí una elevada idea, pero debo corregiros. Yo no conozco de memoria y no domino las veinticuatro mil estrofas del *Ramayana*, las cien mil del *Mahabharata* y las dieciocho mil del *Bhagavata*. Precisamente por eso son para nosotros tan interesantes vuestras enseñanzas de mnemotecnia...

—¿Y a quién puedo dirigirme, entonces?

El anciano vaciló.

—¿Por qué no queréis ayudarme? —insistió el italiano.

—Porque temo perderos...

—No puedo renunciar a la búsqueda de la verdad, maestro. Y ahora solo quedo yo, de tres que éramos, para querer romper el velo que nos separa de la auténtica sabiduría...

El brahmán asintió.

—Hay un hombre, un *pandit* famoso, el maestro de todos nosotros. Él sabe, y sabe también descubrir en los escritos diversos razonamientos... pero solo si conseguís convencerlo de la sensatez de vuestra búsqueda.

—¿Dónde vive? ¿Está en la ciudad?

—No —sonrió el brahmán—, no soporta la ciudad y no practica los ritos del Ganges. No los necesita, dice. Su río sagrado es el discurrir de las estrofas de los antiguos textos. Está en una pequeña aldea de campesinos, un punto insignificante de la inmensa llanura al pie de las montañas del norte. Vive con poco y cada noche, para todos, recita y cuenta, cíclicamente, de principio a fin, una parte de los poemas

sagrados sin saltarse una sola página. Cuando, después de algunos años, ha terminado, vuelve a empezar desde el principio, sin ceremonias. Se dirige a todos y no pide compensación, pero no responde a preguntas. Se va a él y se escucha, eso es todo. Por eso, con el tiempo, ha perdido a los discípulos más nobles y ricos que se le unían de las cortes de los marajás o de las escuelas de diversas religiones. Ningún alumno acepta estar solo escuchando mientras una noche tras otra se cuentan las fabulosas empresas de Rama o de Visuá Mitra, que a muchos no creyentes les parecen solo fábulas de mil colores...

—¿Hay comida en aquellas tierras para un par de brazos dispuestos a trabajar durante el día en el campo?

—Sí, hay comida y techo. El campo siempre es hospitalario, especialmente para un peregrino que viaja solo, en busca de la verdad.

Tommaso miraba al viejo amigo. También el otro escrutaba sus ojos claros, en silencio. Y cuando estuvo seguro de haber leído en ellos la determinación más fuerte, se resignó.

—Venid esta noche, para una última lección, a mí solo. Después os enseñaré el camino y estudiaremos también, juntos, cómo tratar de convencer al *pandit*. Pero esto con una condición.

—¿Cuál?

—La promesa de que volveréis aquí en el caso de que no encontréis lo que buscáis. Aquí donde volveremos a escrutar juntos los astros. ¿Volveréis?

Tommaso sonrió al brahmán Tagi.

—Volveré, lo prometo.

La luz del crepúsculo escoltaba a los habitantes de la aldea mientras se acercaban a una pequeña cabaña que en nada se distinguía de las demás y él se unió al grupo.

Tommaso había llegado por la mañana, y lo miraban con curiosidad pero no con asombro. Evidentemente, eran muchos los desconocidos que llegaban a aquel rincón remoto de la India. Y los campesinos que, al caer la noche, después de una jornada de trabajo en los arrozales, se acercaban a paso lento a la morada del *pandit* casi no hacían caso al occidental.

A medida que llegaban a la cabaña, los niños se sentaban delante, las mujeres detrás de ellos y los hombres en tercera fila. Alguno se había llevado una colchoneta gastada, probablemente la misma en la que dormía por la noche, y hacía sentar a su lado a un amigo o a alguien de su edad.

Tommaso Grozio, respetuoso, se acurrucó junto a los otros.

Cuando todos terminaron de acomodarse, el *pandit* salió. Era, ciertamente, un viejo de aire sabio, vestido con dos telas blancas entrelazadas en torno a los costados y con el pecho velloso, un tiempo enérgico, expuesto a los rayos del sol. Solo ya en la preparación de su servicio vespertino había asumido un aspecto que lo distinguía de los demás: la mañana siguiente, con un instrumento al hombro y el aire cansado se confundiría con el resto.

El hombre esbozó una inclinación, después se sentó en la posición del loto y, sin preámbulos, comenzó a contar.

—Lavana era el rey de un antiguo reino llamado Uttarapatha. Una tierra bella y próspera. Los súbditos lo amaban y respetaban y él cada día se sentaba y escuchaba en la sala de la asamblea a ministros, secretarios, peticionarios y visitantes. Un día llegó ante él un forastero...

Tommaso se dejó cautivar por aquella cálida voz inspirada. A su alrededor se había hecho un gran silencio. Todos, del más grande al más pequeño, veían con los ojos de la mente lo que el viejo estaba contando.

La leyenda era fascinante.

«El forastero que se había presentado en la corte era un chamán. El rey lo invitó a mostrarle lo que sabía hacer siempre que fuera algo nuevo, porque su reino estaba lleno de magos y eruditos».

—Os mostraré una proeza en la que nadie ha pensado nunca —respondió seguro el visitante.

Tanta seguridad irritó al soberano:

—No quiero ver levantarse en el aire una cuerda, con alguien que trepa por ella.

Y el otro respondió:

—Ese es un truco viejo como el mundo. No tengo la intención de castigar con ello a vuestra majestad.

El rey insistió:

—¡He visto una y mil veces las pieles de una cobra y de una mangosta cobrar vida y combatir entre ellas!

—¡Qué cosas! —rio el mago—. ¡Eso lo he hecho cuando era un niño! ¡No quiero molestar a esta noble asamblea!

Al final, después de haber excluido todas las ilusiones más conocidas, el rey aseguró al mago que si hiciere algo verdaderamente nuevo se lo recompensaría, pero, en caso contrario, le cortaría la cabeza.

Después de que el extranjero aceptara el reto, el rey le dijo:

—Comienza, pues. Saca tu bolsa.

—No tengo bolsa —dijo—. Solo tengo estos —respondió el mago, señalando sus ojos y abriéndolos de par en par.

—¿Solamente qué? —preguntó el rey, elevando la mirada. Y apenas sus ojos encontraron los del mago todo cambió a su alrededor.

Ministros, sirvientes, visitantes y solicitantes desaparecieron, y él se encontró en una vasta dehesa en la que pastaba un caballo de negrísimo pelaje. Turbado, miró a su alrededor, escrutó el horizonte, pero no pudo reconocer el lugar en el que se encontraba. Pensó en pedir ayuda y, para ello, saltó sobre el caballo para llegar a un lugar habitado. Pero el animal, furioso, trató primero de tirarlo. Después, emprendió el vuelo y arrastró al rey, que, con dificultad, ya estaba aferrado a él, sobre campos, bosques, colinas y montañas. Al final se zambulló en un espeso bosque y aquí consiguió desmontar a su caballero. El hombre se encontró colgado de un alto árbol, aferrado a una rama para salvar la vida.

Una familia de monos lo rodeó, poniéndose a jugar con él y a espulgarlo, sin ningún respeto.

Él cayó al suelo y no se hizo daño porque atravesó el espeso follaje. Pero llegó al suelo sucio, hecho polvo y asustado.

Caminó durante días, durmiendo bajo los árboles, aterrorizado por los rugidos de las bestias nocturnas. Finalmente, encontró a una mujer, pobre y en absoluto bella, que llevaba comida a su padre al campo. Le imploró que le diese aquella comida, diciendo que le compensaría porque era un rey poderoso. La mujer se rio y lo desafió:

—Yo pertenezco a una casta inferior, no puedo dar comida contaminada por mis manos a un noble rey; acabaría en el infierno, y tú conmigo.

Él le respondió:

—Tienes razón, bromeaba, perdona por lo que te he dicho. No soy un rey, sino un pobre desgraciado. ¡Dame de comer!

La mujer lo desafió:

—Si te doy de comer, ¿prometes casarte conmigo? Solo casándote conmigo serás

igual que yo y no cometeré pecado alimentándote.

El hombre, desesperado y aún convencido de estar viviendo un sueño, aceptó.

Se celebraron las bodas. Pasaron muchos años. Los dos tuvieron cinco hijos y los hijos crecieron. Uno de ellos murió en la guerra. Otro se convirtió en ladrón y el padre tuvo que luchar para impedir que fuese ajusticiado. Un tercero buscó la vía de la sabiduría, pero cayó en el vicio y murió de embriaguez. Un cuarto enfermó y nadie pudo curarlo. Un quinto acabó siendo un humilde campesino y fue el sostén de su anciano padre que, entretanto, también perdió a su mujer.

Tras una larga y atormentada existencia, el hombre que quizá había sido rey, no se acordaba muy bien, murió.

—En aquel momento —concluyó el *pandit*—, el soberano se despertó. Vio que estaba sentado en el trono ante la asamblea. Los ministros lo rodeaban. Preguntó: «¿Habéis estado siempre aquí?». «Ciertamente», respondieron. «No nos hemos movido, ¿qué te sucede?». Y él: «¿Pero cuánto he dormido?». «Bueno, un minuto, quizá dos». «¡Pero yo he vivido setenta años, el tiempo de toda una vida!». Lo buscaron, pero del mago extranjero no encontraron huella alguna...

La historia había acabado.

El *pandit* no hizo ningún comentario.

La pequeña multitud se recuperó. Estaba oscuro y la luz de la luna los iluminaba. Pero no se dieron cuenta, incluso a Tommaso le pasó lo mismo.

Todos se levantaron, dieron las gracias al *pandit* con una inclinación de cabeza y se fueron a casa. El anciano respondió a cada uno con una inclinación idéntica y después se volvió para entrar de nuevo en la cabaña.

Tommaso lo llamó:

—¡Maestro!

El hombre se detuvo y se volvió lentamente con una sonrisa indulgente.

—No soy un maestro. Las historias de los hombres antiguos son maestras. ¿No has escuchado? ¿Qué quieres entonces? Sabe que no responderé a ninguna pregunta.

—También yo quiero contarte una historia —respondió Grozio de inmediato.

Aquellas palabras gustaron al anciano, que dio un paso hacia el extranjero:

—Yo conozco *todas* las historias... —dijo.

—¡No las de mi tierra! —insistió Tommaso.

El hombre pareció reflexionar y escrutó las sombras, ante sí, de donde provenía aquella voz tan convencida. Después se adelantó algo más y preguntó:

—Tienes un acento curioso. ¿De dónde vienes?

—Entre quienes te han visitado, soy, ciertamente, el hombre que ha venido de más lejos. Vengo de allende las montañas del Norte, de allende el océano, de allende las fuentes del Ganges, del Indo y del Brahmaputra. Por eso conozco otras historias que tú no has podido aprender.

—¿Historias... de otro mundo?

Ahora los dos estaban frente a frente. Tommaso sonrió abiertamente:

—Ponme a prueba, como hizo el buen rey con aquel mago y aprendió la naturaleza del tiempo, que no es un día ni dos días ni el período de toda una vida ni los tres mil años de un día de Brahma...

—¿Y qué es el tiempo? —preguntó el viejo, dándose cuenta de repente de que él mismo había hecho una pregunta.

—El tiempo no es nada —respondió de inmediato el extranjero.

Y se concluyó el acuerdo.

A cambio de trabajo y de comida, Tommaso contaría al *pandit* historias de Occidente, sin hacer más preguntas.

Pasaron meses.

Grozio y el *pandit* compartieron la habitación, el trabajo y la comida. Por la noche, después de que el maestro indio hubiera contado a todos una nueva historia o recitado un nuevo pasaje de los poemas antiguos, los dos entraban en casa, donde Tommaso, según el acuerdo, contaba una historia de Occidente.

Comenzó por los poemas clásicos: la *Ilíada*, la *Odisea*, la *Eneida*. Recitaba grandes fragmentos de memoria y otras partes las resumía deliberadamente. Después recitó poemas caballerescos y sagas populares. Al final, a petición del *pandit*, contó parte de la historia sagrada, de las Escrituras de los hebreos y de los evangelios.

Una noche, cuando el sabio indio comprendió que había recibido un cuadro completo de la tradición de Occidente, maravilló a su huésped con una propuesta inesperada.

—Querido amigo, has sabido sorprenderme ofreciéndome historias en vez de plantearme preguntas. Pero yo sé que, como todos, acudiste a mí sobre todo para satisfacer una necesidad, es decir, para obtener una respuesta. Nuestra convivencia me es muy grata, pero siento que el peso de tu inquietud turba el aire que respiro y esto no está bien. No quiero, pues, retenerte más tiempo. Formula ahora tu pregunta, dame tres días de tiempo y yo te responderé con el relato extraído de los *Veda* que mejor pueda iluminarte.

Ante aquellas palabras, Tommaso se mostró tan entusiasmado que el *pandit* comprendió que había visto bien. Así, después de haber aguantado durante todo aquel tiempo, el italiano expuso la duda que conllevaba el riesgo de quitar todo entusiasmo a su búsqueda de la verdad.

—He acudido a vos impelido por el espectáculo de la enfermedad y de la muerte —dijo. Su voz era firme, pero el ánimo aún estaba turbado—. Sé que los hombres pueden ser ignorantes, crueles e injustos, y mi maestro y amigo fue víctima de estas imperfecciones. Pero es la injusticia de la muerte en sí la que me hace sufrir verdaderamente. ¿Para qué vivir, buscar, conocer si el sufrimiento está emboscado y golpea tanto al inocente y al sabio como al culpable y el ciego? ¿Hay en vuestra escritura una enseñanza que ayude a combatir los males del cuerpo y, si es posible, a

retrasar la muerte?

El viejo escuchó aquellas palabras sin mostrar emociones. Se daba cuenta de que aquellos interrogantes estaban lejos de él. De todos modos, no hizo ningún comentario. Confirmó, por el contrario, su promesa y dio las buenas noches al extranjero, prometiéndole que escogería para él la historia más adecuada.

Tres días después, en la oscuridad de una noche sin luna, después de haber hablado a toda la aldea de una princesa en busca de dotes extraordinarias para el hijo que esperaba, el *pandit* conversó por última vez con el huésped extranjero.

—Tengo dos regalos para ti —manifestó apenas se sentaron uno frente a otro, a la luz de una pequeña lámpara. E inmediatamente entregó al italiano una hoja de papel enrollada, atada con una elegante cinta de seda.

Tommaso desató el nudo y desplegó la hoja.

Un finísimo pincel había trazado sobre aquella superficie la doble representación de un cuerpo humano, visto de frente y de espaldas. Distintas partes del cuerpo estaban delimitadas con cuidado y cada una tenía un nombre, mientras una serie de puntos estaban marcados con números.

Los escritos estaban en dos lenguas: hindi y chino.

—¿De qué se trata? —preguntó, intrigado.

—Del don, insuficiente, de un visitante como tú. También él, en vez de hacerme una pregunta, me convenció de que lo ayudase ofreciéndome un fragmento de la sabiduría de su patria. Pero no sabía contar historias como tú, mientras que este esquema del cuerpo, aunque erudito, no me impresiona y no me sirve: ¿Para qué dividir en partes lo que la naturaleza ha unido tan sabiamente en armonía?

Pero Grozio seguía mirando aquella tabla fascinado.

—Veo que te interesa... —comentó benevolente el *pandit*—. Y, por tanto, mi primer regalo te ha gustado.

—¿Aquel hombre era chino?

—Un comerciante chino. Se llamaba Huang-Minsha y venía como tú, de Benarés.

—¿Huang-Minsha? ¡Lo conozco! —replicó estupefacto Tommaso—: ¿Y qué te preguntó?

El *pandit* escrutó una vez más al amigo con aquella típica mirada suya, como un padre que observa indulgente a un hijo que no consigue realizar el cometido asignado y, sin embargo, debe insistir, porque solo así se adueñará de la habilidad necesaria.

—Tú buscas fórmulas para curar el cuerpo. Él creía tenerlas ya, como ves. Pero esto, aunque su presente fuese menospreciado a mis ojos que el tuyo, yo aprecié principalmente su pregunta. Él no solo me preguntó del cuerpo. Quería saber también del alma y de su futuro: el auténtico objeto de la sabiduría de la India.

Tommaso escuchaba concentrado. Incluso aquel cortés reproche encerraba para él un gran beneficio.

El *pandit* concluyó:

—En todo caso, si me quieres escuchar, te contaré ahora el mismo pasaje de los *Veda* que le conté a él, el del mantra de la inmortalidad, porque el cuidado del alma y el verdadero valor del cuerpo, para nosotros, coinciden. Después, no me preguntarás más. Dormiremos y mañana, al alba, saldremos juntos: yo para los campos, tú a tu destino.

Tommaso asintió.

El viejo comenzó a narrar.

—En los tiempos más antiguos, dioses y antidioses combatían incesantemente por la posesión del mundo. En estas luchas, los dioses perdían siempre, porque, cuando un demonio terminaba muerto, poco después volvía a levantarse, vivo y fuerte como antes, mientras los dioses morían para siempre.

»El misterio de aquella inmortalidad era impenetrable y ni siquiera el jefe de los dioses, Brihaspati, dios de la sabiduría, conseguía descubrirlo.

»Finalmente, conocieron el motivo de su desventura: al lado de los demonios estaba Sukrá Akariá, conocedor de un mantra esotérico por el que los muertos podían volver a la vida.

»Los dioses se interrogaron: ¿cómo entrar en posesión del mantra? Se decidió enviar a la tierra a un discípulo que hiciese que le enseñasen la fórmula de aquel gran sabio. Para la empresa, fue escogido Kaca, el hijo de Brihaspati.

»El joven llegó a la corte de los demonios, se presentó a su rey, junto al que estaba Sukrá Akariá como consejero, y se ofreció a servir a los demonios si el gran sabio lo escogía como discípulo. El sabio aceptó acogerlo en su casa y le impuso reglas de vida austera y la obligación del celibato.

»El tiempo pasaba y el muchacho progresaba en conocimientos y habilidades. Pronto la hija de Sukrá Akariá puso sus ojos en él y se enamoró.

»Pero los demonios habían comprendido el peligro que estaban corriendo: si Kaca aprendía el mantra, para ellos sería la ruina. Así, lo sorprendieron en el bosque, mientras pastoreaba el ganado, lo mataron, despedazaron el cuerpo y se lo dieron como comida a los perros y a los lobos que se dispersaron por el campo y los bosques.

»Cuando comprendió lo que había pasado, la hija de Sukrá Akariá le imploró que salvara al discípulo, confesándole su amor por él. El padre, que la amaba, la satisfizo: pronunció el mantra y llamó al muchacho por el nombre. De inmediato, los pedazos del cuerpo de Kaca se abrieron paso por los intestinos de las bestias y en poco tiempo estuvo de nuevo reunida su persona y él estuvo vivo.

»Pocos días después, los demonios sorprendieron de nuevo solo al discípulo. Lo mataron de nuevo, y esta vez trituraron el cuerpo hasta obtener una papilla que dispersaron en el mar. Pero también esta vez el sabio pronunció el mantra y el joven

volvió a la vida.

»Entonces los demonios recurrieron a un remedio extremo: quemaron el cuerpo de Kaca, obtuvieron una ceniza finísima y la vertieron en el vino que bebería Sukrá Akariá.

»Por la noche, en la mesa, el maestro bebió con ganas aquel buen vino. Cuando la hija se acercó a él a pedirle por tercera vez que reencontrara al amado, el hombre pronunció el mantra y el nombre del difunto pero, para gran sorpresa suya, aquel le respondió desde sus vísceras y le reveló la obstinada violencia de los demonios.

»Profundamente turbado, Sukrá Akariá pensó en el mal uso que los demonios hacían de su sabiduría y prometió no volver a servirles. Ahora, sin embargo, no sabía cómo recuperar al joven discípulo.

»Dijo a su hija, que estaba deshecha en lágrimas ante él: “Puedo resucitar a tu amado pronunciando el mantra y su nombre, pero él vivirá solo si yo pierdo mi vida, dejando que él me destroce el estómago”.

»La hija se negó a escoger: “Te quiero a ti y quiero a mi amado, ¡encuentra otro sistema!”.

»Fue entonces cuando Sukrá Akariá escogió la solución que cambió el curso de la historia de los dioses y así lo anunció solemnemente: “Cuando Kaca salga de mi cuerpo no podré evitar morir, pero antes le habré enseñado el mantra de la inmortalidad, de manera que podrá resucitarme una vez salido de mi vientre”.

»Y así ocurrió.

»Cuando Kaca aprendió el mantra, Sukrá Akariá lo hizo salir de sí, muriendo; después, fue resucitado por el discípulo.

»Ante tal espectáculo, los demonios se replegaron, espantados: ahora los dioses eran sus iguales y pronto el poder absoluto sería suyo. En el cielo, acogieron, en efecto, al joven Kaca como a un triunfador y de él aprendieron el mantra, del que hicieron un uso sabio. El joven, a su vez, no pudo aprovecharlo para sí, porque, obstinándose en el respeto de su voto de celibato, rechazó como esposa a la hija de Sukrá Akariá, que tanto había implorado por él. La mujer lo maldijo, haciendo ineficaz el mantra para él, que tan heroicamente lo había hecho suyo.

»Y desde entonces, quien aprende el mantra de la inmortalidad no puede salvarse a sí mismo.

Y así terminó el relato.

El *pandit* había pronunciado la última parte de aquel discurso con la voz rota por la emoción.

Después calló, inclinando la cabeza, absorto en profunda meditación.

Como habían convenido, Tommaso no hizo preguntas. Permaneció en silencio largo rato, después se retiró a dormir.

A la mañana siguiente, a la hora habitual, se levantaron y salieron juntos. En la encrucijada en la que se separaban sus caminos, los dos se estrecharon fuertemente la mano.

Inesperadamente, el *pandit* quiso dejar al amigo una última enseñanza:

—El camino de la India termina aquí. Pero serías un pésimo discípulo si pensases que este no lleva muy lejos. Ahora tienes un mapa distinto a mano, que viene de una tierra igual de antigua. Recórrela, si quieres, pero recuerda la enseñanza de los *Veda*: la búsqueda de la inmortalidad es búsqueda del poder y ese deberá ir acompañado de sabiduría. ¿Te acordarás?

Grozio asintió; después unió las manos y las llevó a la frente y, con una inclinación, se despidió de la sabiduría de la India.

Tommaso vivió el viaje de retorno a Benarés con un estado de ánimo nuevo.

El *pandit* había dado a su pregunta una respuesta muy distinta de la esperada, sin embargo, sentía que lo había llevado al buen camino.

Reflexionaba sobre la última narración del sabio indio con quien había vivido meses de encanto, de poesía, de misticismo.

¿Era aquella la huella que debía seguir? ¿Debía convertirse en discípulo de un yogui? ¿Debía estudiar también él los *Veda* y aprenderlos de memoria dejando que la salud del alma garantizase lo indispensable de la del cuerpo?

Porque, verdaderamente, era difícil creer que el mantra de la inmortalidad fuese algo más que una leyenda. Nada tenía que ver con la religión de sus padres, con las enseñanzas y las sencillas palabras de curación pronunciadas por Jesús en el momento de sanar al paralítico. Y todo, lo comprendía, se reducía a una sola pregunta: ¿qué podía hacer y en qué dirección debía buscar para que las teselas del mosaico encontrasen su lugar?

A lo largo del camino, en las noches transcurridas en algunas casas hospitalarias, desenrollaba la hoja de papel china y estudiaba aquel esquema del cuerpo humano con avidez. No le sorprendió que viniera de Huang-Minsha, hombre sabio y siempre en actitud de búsqueda. En realidad, aquella curiosa coincidencia le confirmaba la opinión de que nada en el mundo sucedía por casualidad y que todo se desarrollaba según una ley superior e inescrutable.

Aquella a la que él dedicaba su investigación.

Cuando recibió el rollo no se dio cuenta inmediatamente de que en una esquina de la parte superior estaba dibujada una serie de cinco agujas de diversa longitud y espesor. Aquellos instrumentos debían estar en relación con los puntos señalados en el cuerpo humano: ¿la cura suponía pinchar aquellos puntos con las agujas?

La pregunta era fascinante, porque abría nuevos horizontes y sugería la existencia de una cultura aún no explorada.

¿Su meta, pues, era China?

Pero ¿cómo se introduciría en aquel país lejano, ahora que estaba solo?

Se preguntaba aún cuando comenzó a recorrer las calles abarrotadas de la ciudad de Benarés y, llegando a las proximidades del barrio de los artesanos, lo reconocieron

y festejaron su llegada los habituales grupos de niños.

—¡El extranjero ha vuelto! —gritaban—. ¡Ha vuelto el pintor de carteles!

Muchos comerciantes de aquella calle se asomaron a la puerta para saludarlo con simpatía. Fue una sorpresa, para él, encerrado desde hacía tiempo en sus reflexiones, verse así reconocido y bien recibido.

Pero una sorpresa mayor lo esperaba en el umbral de su casa.

—Bienvenido, venerable Tommaso Grozio. Mi pequeña escolta y yo te estamos esperando desde esta mañana. El día de mañana nos pondremos en marcha para venir a buscarte allí donde te ha enviado el consejo del sabio brahmán Tagi...

Huang-Minsha, el comerciante chino que había recorrido sus mismos caminos hasta el *pandit*, le había hablado con una gran sonrisa.

Tommaso lo miró estupefacto; después lo saludó con afecto, y en los ojos del otro encontró la silenciosa confirmación del pequeño secreto que los unía.

—¿Por qué están contigo estos hombres?

E indicó la media docena de jóvenes chinos que, con vestimenta civil pero el aire enérgico de la escolta armada, flanqueaban a Huang.

El hombre de negocios le hizo señal de sentarse y, cuando se hubieron acomodado y contado los últimos acontecimientos, le reveló el motivo de aquella visita.

—¿El emperador?

El estupor de Grozio no podía ser mayor.

Huang-Minsha, en cambio, no se descomponía. Tenía el aire del mensajero que lleva la noticia de una importante promoción, de un honor inesperado, de una gracia.

—Sí, su majestad ha recibido informaciones sobre ti a través del indigno amigo que tienes delante. Busca desde hace algún tiempo a sabios de Occidente y, cuando he referido a sus ministros vuestro conocimiento, se me ha ordenado que te conduzca hasta él.

—Pero ¿qué quiere de mí?

—Quiere escucharte, aprender tu lectura de los astros, el arte de la mnemotecnia... tu ciencia, en suma. Verás que sabrá recompensarte, teniéndote cerca de él en su palacio de Pekín y permitiéndote estudiar la antigua civilización china...

—Hizo una breve pausa y miró a los ojos a Tommaso para subrayar sus últimas palabras—: La más antigua de las civilizaciones.

Grozio se levantó, pensativo. Después, sacó de su alforja el rollo de papel que le entregara el *pandit*. Se lo mostró al comerciante y le dijo bromeando:

—Tengo una cosa que te pertenece.

Huang reconoció de inmediato su presente al viejo indio. Sonrió abiertamente al italiano y le hizo un elocuente gesto de entendimiento. Después dijo:

—Consérvalo. Ese fragmento de nuestra ciencia volverá a China con nosotros. Y

te garantizo que allí sabrás más. En efecto, otros muchos tesoros del conocimiento te esperan...

—Quiero la «vida», mi querido amigo. ¿Sabéis verdaderamente algo de eso en China?

El oriental sonrió e hizo una inclinación:

—Ven y verás. ¿Buscas el origen? Bien: está en el Imperio del Medio.

No hubo más que añadir. Tommaso se rindió a aquella perspectiva. Habría dicho sí, lo sabía. Aunque le había parecido que volvía a casa, al entrar aquel día en Benarés, China lo llamaba.

Nada, ahora lo comprendía, habría aplacado nunca su sed de conocimiento.

—¿Adónde vamos, Lázaro? ¿Hay una meta?

Vagaban desde hacía dos días bajo el sol del desierto de Judea. Recorrían senderos apenas trazados, se introducían en estrechas gargantas excavadas por los torrentes ahora secos. Descansaban en las horas más calurosas al abrigo de alguna roca sobresaliente. Bebían poquísimos, pero el agua comenzaba a escasear.

Avanzaban como si hubiesen perdido la orientación, como si estuviesen condenados a morir bajo aquel sol abrasador y en aquella desolación.

Natán sentía crecer en sí la duda y un sentido de rebelión. En un momento, se plantó en la cumbre de una de las innumerables colinas, recién escalada con creciente fatiga, y gritó:

—¡Quiero saber adónde vamos!

Lázaro se volvió y lo miró. Vio la preocupación en los ojos del buen judío que nunca se había alejado más de quince millas de Betania. Sintió el impulso de alejar de sí a aquel buen amigo, de obligarlo a que volviera a casa. Pero desde el día en que había salido de una oscuridad horrible, total, reclamado a la vida por una voz que no esperaba volver a oír, la idea misma de la soledad lo aterrorizaba. Sabía que si llegaba la noche y lo sorprendía solo, en el silencio del desierto, estaría con seguridad muerto.

Y además el hombre que lo acompañaba tenía derecho a una respuesta.

—Buscamos un refugio seguro —dijo—, pero debemos... merecérnoslo.

—¿Qué quieres decir? —A Natán no le gustaban los enigmas.

—Que más que encontrar, debemos ser encontrados.

—¿Y por quién? —Se alarmó el otro.

Lázaro trató de bromear:

—¡Esperemos que por aquellos justos!

Natán no replicó. Escrutaba, perplejo, el monótono paisaje.

Lázaro se acercó y puso una mano sobre el hombro del compañero.

—Vamos. ¿Te fías de mí?

El otro miró la mano del amigo de Jesús, el resucitado, y asintió. Después, juntos, reemprendieron el camino.

Durante toda la mañana no hubo más preguntas.

Avanzaron durante largo rato; después se detuvieron en un punto que a Natán le pareció familiar.

—Pero... ¡estábamos aquí a mediodía del primer día de camino!

Lázaro hizo un gesto.

—Tengo razón, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y por qué hacemos esto?

Esta vez, Lázaro dio una respuesta precisa:

—Porque debemos superar una prueba, observar un... rito.

—¿Y ahora qué sucederá?

—Es nuestro tercer día de viaje, hoy proseguiremos hasta el mar Muerto, nos detendremos a la orilla y... probaremos el agua.

Natán protestó:

—¿Estás loco? ¡Está saladísima, nos dará una sed que no podremos apaciguar de ninguna manera!

—¡Lo sé! —dijo Lázaro sin descomponerse—. Pero así daremos a entender que necesitamos ayuda.

—¿Y a quién se lo daremos a entender?

El resucitado dirigió una amplia mirada al entorno. Después sonrió y respondió:

—A quienes nos están siguiendo, por fin, desde hace dos horas por lo menos...

—¿Quiénes? ¿Los has visto? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Cálmate. Ya te he dicho que confíes en mí. Tú no puedes saberlo, pero hemos entrado en el territorio que los esenios controlan como halcones para mantener alejados a los paganos y a los intrusos.

—¿Los monjes del Qumrán? ¿Quieres acercarte a ellos? ¿Y por qué no hemos llamado directamente al monasterio?

—Porque quien quiera acercarse, incluso un hombre que desee unirse a ellos para toda la vida, debe seguir un recorrido que demuestre su voluntad de conversión. Un recorrido que no todos conocen y que supone hacer gestos simbólicos...

Natán comenzaba a comprender:

—¿Del tipo de... vagar por el desierto durante tres días y beber el agua venenosa de aquel mar maldito?

—Exacto. Los novicios de la comunidad, que durante dos años al menos tienen encomendada la vigilancia, tienen que alejar, incluso por la fuerza si es necesario, a quienes se acerquen al monasterio por el camino principal, pero señalan a sus jefes la presencia de hombres que muestren haber perdido el camino, que no tengan refugio y parezcan no buscar uno y que estén tan desesperados que acepten beber aguas amargas.

Natán tragó saliva con dificultad y preguntó:

—¿Y... cuánta tendremos que beber?

Lázaro sonrió:

—Una gota, amigo mío. La que te quede en la punta del índice después de haber metido la mano. Te aseguro que basta para sentir en la boca la amargura de una vida descarriada, que quieres cambiar por completo y que escupes con repugnancia. Este es el significado del gesto.

A la caída de la tarde, llegaron al mar y siguieron el rito.

Apenas hubieron escupido en la tierra, dos jóvenes con pequeñas azadas en las manos y cubiertos solo con un taparrabos blanco surgieron del desierto y se hicieron notar en la cima de una altura. Uno de ellos llevaba a la espalda una amplia mochila.

Lázaro respondió a sus señales. Después se sentó.

Y mientras los esperaban, Natán le preguntó:

—Están casi desnudos. ¿Y para qué sirven las azadas?

—Son novicios. Como te he dicho, viven al menos dos años fuera de la comunidad, aprendiendo a sustentarse en el desierto. Dejan que la piel sea quemada por el sol y usan las azadas para excavar raíces del terreno y, sobre todo, para sepultar con cuidado sus excrementos...

—¿Y tú cómo sabes todas estas cosas?

El resucitado escrutaba el horizonte con mirada grave.

—Me lo dijo un maestro que las conocía bien —respondió. Después miró al amigo y añadió—: ¿Te sorprende?

Natán se rindió.

—Empiezo a pensar que no tengo que sorprenderme de nada...

Los dos jóvenes novicios se detuvieron a distancia de voz.

—Estamos impuros, no quieren tener un contacto cercano con los extraños —explicó Lázaro al amigo.

—¿Quiénes sois? —gritó uno de los dos.

—Yo soy Lázaro y él, Natán, de Betania —respondió el resucitado.

—¿Por qué vagáis por el desierto? ¿No sabéis que es peligroso?

—Queremos hablar con una autoridad, en el monasterio del Qumrán —replicó Lázaro. Después añadió, pronunciando con cuidado las palabras—: Buscamos a alguien, allí, que quiera hablar conmigo.

Los dos no dejaron ver que les afectara aquella petición. De la mochila sacaron un pellejo y dos puñados de dátiles. Dejaron en el suelo aquellos dones y gritaron:

—Bueno, con estas provisiones podéis volver a casa.

Lázaro replicó, sin vacilar:

—¡Entraremos en el monasterio o moriremos! Id a referir nuestro mensaje y mi nombre. Después nos encontraréis aquí.

Los novicios asintieron y se alejaron rápidamente, desapareciendo de su vista en las gargantas del desierto.

Esperaron varios días, entre la orilla del mar y las sombras del desierto rocoso. Esperaron hasta que se les terminó la comida, hasta que el agua del pellejo fue tan poca que resultaba demasiado peligroso tratar de regresar.

Esperaron hasta que las gargantas comenzaron a quemar de sequedad. Hasta que la desesperación se apoderó de Natán.

—¡Me has traído aquí para morir! —protestó con sus últimas fuerzas.

Al final yacieron desmayados en el cauce seco de un torrente en donde habían excavado inútilmente.

En el delirio, Natán vio, o creyó ver, un escorpión que pasaba por la espalda del compañero tumbado de cara al suelo. Después percibió sombras de pájaros en vuelo rasante sobre ellos. El olor de un chacal. El silencio. La oscuridad.

Lázaro se despertó dolorido. La garganta seca, una gran debilidad en todo el cuerpo...

Estaba en una estancia fresca, en la penumbra de una tarde soleada, protegida por cortinas oscuras en las ventanas.

Un joven novicio se ocupaba de él.

El resucitado trató de alzar la cabeza, pero la piel del cuello, lacerada por quemaduras, explotó de dolor. También la lengua, hinchada, no le permitía articular palabra. Su pregunta se expresó, muda, en sus ojos abiertos como platos.

—Estáis en Qumrán —dijo el joven monje, sonriéndole y haciéndole deslizar en la boca gotas de agua fresca con una esponja—. Estáis aquí, como queríais, a riesgo de perder la vida. —Después se acercó a Natán, que yacía al lado de su amigo y deliraba, susurrando palabras sin sentido, y añadió—: Tu amigo, en efecto, arde de fiebre. Quizá no lo supere.

Lázaro experimentó una profunda pena, trató de volverse, de tocar con una mano la de su compañero. Después se adormeció de nuevo.

La mañana siguiente, Natán aún estaba de lado hacia él, pero estaba muerto. Dos novicios, en absoluto silencio, estaban envolviendo el cadáver en una sábana.

Después de que se llevaran el cuerpo, las lágrimas corrieron durante horas por el rostro y por el cuello del resucitado, quemándole en sus llagas.

En cuanto estuvo en condiciones de hablar, recibió la visita de un miembro anciano de la comunidad.

El hombre, envuelto en una túnica gris, no se presentó. Se limitó a una breve inclinación de saludo y se dispuso a sentarse, con aspecto de autoridad. Lázaro lo miraba con insistencia, como si quisiese penetrar con la mirada el secreto de aquel desconocido.

—Así que eres Lázaro de Betania —dijo—, aquel del que se cuenta que murió, fue sepultado y después resucitado.

—Yo soy.

El monje permaneció en silencio durante largo rato. Después asumió una expresión grave, preocupada.

—¿Por qué has venido a nosotros? —preguntó con severidad—. ¿Pretendes que

te creamos? ¿Pretendes... que te sigamos y nos pongamos a adorar a Jesús de Nazaret como si fuese el Mesías?

—He venido por un solo motivo —respondió Lázaro.

—¿Cuál?

—Quiero saber por qué estoy vivo.

—¿Y nos lo preguntas a nosotros? —replicó el anciano con aspereza—. ¿Qué te dijo tu profeta?

—Me dijo que, pronto, también él estaría muerto. Nosotros, sus amigos y también sus discípulos, no le creímos. ¿Quién podía pensarlo? Pero él insistía y me dijo que, cuando ocurriera, debía venir aquí... Me explicó también lo que debía hacer para ser acogido por vosotros...

—¿Y una vez aquí? —ahora el monje había sumido el tono de un inquisidor.

Lázaro no protestó. Sintió que no tenía la fuerza. Solo había una palabra que repetir con fe:

—Jesús me dijo que aquí había alguien que habría querido hablar conmigo en cuanto oyera mi nombre...

—¿Te dijo quién era aquel hombre?

—No. «Tu nombre», dijo, «hará que se manifieste».

El anciano se levantó. Su mirada permanecía severa.

—Por tu culpa la comunidad está dividida. Todos conocen la fama que te acompaña y la inmensa mayoría de nosotros, yo incluido, estaba dispuesta a dejarte morir en el desierto antes que acogerte y escucharte... pero ahora... —vaciló— ha ocurrido algo nuevo.

Lázaro se mantuvo a la espera.

Con voz grave, como vencido por la importancia de lo que iba a decir, el monje hizo su anuncio:

—Cuando, finalmente, nos volvimos a él, cosa que hacemos raramente, descubrimos que... que el maestro de justicia quiere hablar contigo.

Lázaro se sentó de un salto, sin prestar atención a los dolores que le recorrían todo el cuerpo. Sintió los fuertes latidos de su corazón. Estaba emocionado, pero también asustado, y no podía ocultarlo:

—¿El maestro de justicia? ¿Hay un nuevo maestro de justicia?

El otro se congratuló por tanta sorpresa.

—¿Entonces, no sabías nada...?

—No, conozco la leyenda... y ahora temo, como es justo...

El anciano se mostró más indulgente:

—¿Y qué sabes? Dímelo.

—«Maestro de justicia» es el título con el que se recuerda al misterioso personaje que hace dos siglos fundó vuestra comunidad. Vosotros lo consideráis el hombre de perfecta pureza. Todos saben que no podrá haber otro hasta el fin de los días. ¿No es así?

El monje sonrió:

—¿Conoces el nombre del actual sumo sacerdote del templo de Jerusalén?

—Sí, Caifás.

—Bien. Nadie lo sabe, pero el vértice de nuestra comunidad, que considera impuro el templo construido por el impío Herodes, ha escogido siempre entre sus miembros a un maestro de justicia, es decir, a un hombre que se contrapone al sumo sacerdote de aquel templo como el Sol a la Luna. Su identidad debe permanecer siempre secreta, también para muchos de los monjes que residen aquí, hasta que llegue el alba del último día. Solo entonces, el maestro de justicia que esté en aquel momento se manifestará para recibir de manos del Omnipotente la posesión del verdadero Templo y guiar la parte pura de Israel al reino que viene. Y por este secreto, la gente cree que solo ha habido un maestro originario y que, cuando venga otro, será el fin.

—¡Pero debe de tratarse de un hombre excepcional!

—Tú mismo juzgarás. Ahora descansa, te espera una nueva prueba, menos dura que la del desierto, pero tal que te obligará a mirar en ti mismo, antes de ver con tus propios ojos a la nueva esperanza de Israel.

Dicho esto, el hombre hizo una respetuosa reverencia y salió.

Lázaro se quedó solo, reflexionando sobre los últimos acontecimientos. La muerte de Natán le dolía, porque se sentía responsable: su miedo a la soledad, se decía, había matado a aquel hombre bueno y generoso. Y ahora descubría que Jesús, sin prepararlo de ninguna manera, lo había puesto sobre un camino imprevisto.

Unos días después, con la máxima sencillez, el novicio que lo cuidaba le dio las indicaciones para el encuentro.

—Levántate, sal de esta estancia. Recorre el muro que circunda el patio interior hasta el canal que lleva el agua de la cisterna mayor hacia el centro del edificio. Allí verás que el agua desaparece bajo tierra y hallarás una pequeña puerta, ya abierta. Entra y haz lo que se te diga.

Lázaro obedeció, se levantó y salió fuera, a la luz deslumbrante del sol de la primera hora de la tarde.

Siguió el recorrido indicado por el novicio y entró, agachándose, por la pequeña puerta abierta. Por el paso repentino de la luz cegadora a la completa oscuridad, no pudo darse cuenta de las dimensiones de aquel local y, en cuanto alguien a sus espaldas cerró la puerta que había atravesado, se quedó en completa oscuridad.

Se quedó inmóvil, sin puntos de referencia. Esperó para habituar los ojos y reconocer alguna huella de claridad. Pero pasaron algunos minutos y la oscuridad y el absoluto silencio se impusieron a sus sentidos, dilataron el tiempo y lo desorientaron.

Un temor sutil y después una sensación de pánico lo invadieron. Sentía latir su corazón. Dominaba con dificultad el ansia de respirar. Dio algún paso inseguro.

Llamó:

—¿Hay alguien?

Le respondió el eco de un ambiente que le pareció vacío y muy grande.

Estaba paralizado.

Veía discurrir en la mente pensamientos confusos que se dispersaban rápidamente.

No tenía nada que hacer. Esperó mucho tiempo, no supo calcular cuánto. No se atrevía a sentarse, pero empezó a sentirse cansado: la rigidez del pánico que lo dominaba hacía que le dolieran los músculos. Con movimientos cautos se sentó en el suelo, sobre la fría piedra.

Después, de pronto, oyó claramente una voz. Parecía provenir de cerca, pero también esta confundía sus sentidos: era como si quien hablaba estuviese bien detrás de él, bien a su lado y de inmediato delante. Era la misma oscuridad quien hablaba:

—¡Lázaro de Betania! ¡El resucitado! ¿Qué quieres de nosotros?

El amigo de Jesús respondió a la oscuridad.

—¿Eres tú? ¿Eres... el maestro de justicia?

—Soy yo quien te ha preguntado. Responde: ¿por qué estás aquí?

Lázaro dominó su miedo. Estaba todavía oscuro, pero ya no estaba solo. Consiguió reflexionar y responder:

—He querido sentir el sabor amargo del agua de muerte porque debo encontrar la luz.

—¿Y quién te ha dicho que debías sentir ese sabor?

—Jesús de Nazaret, el hombre que me resucitó de la muerte... creo.

Se hizo un momento de silencio. Después, la voz volvió a hablar:

—Como está escrito, lo impuro debe morir al fuego que lleva la luz. Tú quieres encontrar al maestro de justicia y lo verás cara a cara. ¿Sabes por qué no has sido sometido, primero, a un lavatorio ritual para purificarte de tus pecados y de toda mancha de perversión?

Lázaro vaciló. Reflexionaba. La pregunta que había oído contenía una amenaza evidente. Después, respondió con voz firme:

—¡No tengo necesidad de lavatorios de la secta de los esenios, ni del bautismo de Juan en el Jordán, ni de la oferta de purificación en el falso templo... no los necesito porque he pasado a través de la inmersión en la muerte misma!

Una pausa, después una nueva pregunta. La voz se hizo amenazadora:

—¿Afirmas, pues, que has sido verdaderamente resucitado?

—Sí. Por eso soy puro, no por mi voluntad, sino por el don de un maestro de luz.

La voz lo urgió:

—Tu maestro ha muerto. ¿Lo sabes?

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Él está muerto y yo estoy vivo. ¿Puedes ayudarme a comprender por qué?

La voz lo invitó:

—Ven.

En aquel momento se oyó un chirrido. En el fondo de la estancia, en un punto que Lázaro no esperaba que estuviese tan alejado, entró un hombre portando una pequeña lámpara de aceite encendida.

El amigo de Jesús caminó lentamente hacia aquel puntito luminoso que ahora había sido dejado en el suelo. Avanzando, se dio cuenta de que una de las paredes de la larga estancia era curva y se acercaba a la otra, restringiendo el espacio en la dirección en la que se estaba moviendo. Junto al fondo, vio que la pared opuesta a aquella por la que había entrado era apenas suficiente para que pudiese acomodarse delante del hombre que lo esperaba sentado.

La llamita era verdaderamente minúscula. Solo en aquella oscuridad total había podido servirle de guía.

El maestro de justicia miraba a Lázaro con serenidad. Lázaro respondió a aquella mirada con una temerosa sonrisa. Escrutó el rostro del hombre puro cuya existencia ignoraban casi todos en el mundo y, de repente, tuvo un sobresalto, que lo hizo ponerse en pie de un salto de nuevo. Su voz, turbada, rompió el silencio de la estancia:

—¡Pero... yo te conozco! Tú eres... Tú eras...

No lograba concluir la frase. Estaba aterrorizado.

El maestro sonrió abiertamente:

—Buenos días, Lázaro de Betania. Cálmate. Sí, yo soy: el leproso al que Jesús curó en Cafarnaúm, fuera de la ciudad.

Lázaro se rindió a la evidencia y al dulce sonido de aquella voz pacífica. Se sentó de nuevo y estrechó su rostro entre las manos. Después alzó la mirada y dijo, como razonando para sí:

—¿Y entonces, el puro de los puros, el hombre sin mancha, la imagen viviente de la parte inocente de Israel... es quien había sido excluido de todo contacto humano por su enfermedad?

—Sí —respondió el otro—, Jesús, a quien tú conoces, quiso mandarme, curado, como mensaje a los esenios, para decirles que él conocía el secreto de la purificación absoluta y podía ejercitar el arte supremo, en nombre de Dios.

—Yo te conocí antes de que enfermases... —continuó Lázaro—. Eras comerciante e ibas de ciudad en ciudad. Un día desapareciste de la circulación y supe que habías enfermado. Después me contaron aquel milagro. Él te dijo: «Preséntate a los sacerdotes, como dice la Ley...».

—Cierto, pero se refería a los responsables del Qumrán. Ni siquiera les reconocía aquel título a los otros, que se hacen llamar sacerdotes y se vanaglorian del templo construido por un rey pagano y sanguinario...

—¿Y qué pasó cuando te presentaste aquí?

—Ya me conocían, porque yo, leproso, había llamado a estas puertas. Quería que me acogiesen como novicio externo hasta la muerte, que parecía próxima. Por lo

demás, ya vivía en un desierto, no podía entrar en ninguna ciudad ni recorrer una vía frecuentada: tanto valía que escogiese convertirme en un voluntario aislado, con mi taparrabos blanco y una azada. Esperaba así implorar la misericordia de Dios por mis pecados... y después morir.

—¿Y qué te dijeron los miembros de la comunidad?

—Que nunca había ocurrido que un maldito por Dios buscase ser acogido en una comunidad de puros. La decisión era grave y en aquel año el maestro de justicia había muerto y aún no se había escogido a uno nuevo...

Lázaro sonrió. Ahora comprendía:

—Y así tú, desesperado, acudiste a Jesús y le dijiste: «Si quieres, puedes curarme...».

—Ya se hablaba de él. Para mí fue una tentativa extrema. Y descubrí que podía hacerlo verdaderamente: me tocó, dijo una palabra y sané. Después, inesperadamente, cuando le conté mi historia, me mandó de nuevo aquí y, ante el milagro, la comunidad de los puros me nombró secretamente maestro de justicia.

En este punto, el hombre hizo una pausa; después se inclinó hacia delante, para escrutar la mirada de Lázaro:

—Y si esto le sucedió a quien solo fue curado, ¿que será con el resucitado?

Lázaro evitó aquella mirada y aquella pregunta. Bajó la cabeza y casi susurró.

—No me tientes, maestro. Yo no soy nadie... estoy aquí por esto.

El otro asintió.

—Ya, como el mismo Jesús te indicó. Pero también yo tengo poca luz para ti. Por eso he traído conmigo una débil luz. Estamos en el umbral de un misterio grande... pero yo, que aquí soy llamado maestro, no poseo la llave.

—¿Y por qué Jesús me ha mandado a ti? ¿Quiere que me haga esenio? ¿Que viva puro, en la penitencia y en la espera?

—Tú serás quien decida. Pero, entretanto, reflexiona: aún no sabemos verdaderamente quién era Jesús. Sabemos solo que era cierto que, en cuanto oyese tu nombre, yo querría hablar contigo. Habría debido hacerlo, entre nosotros hay un vínculo y este vínculo es él: el sanador, que me sanó, y... el resucitador, que te devolvió la vida a ti.

—Entonces debo vivir contigo. ¿Es así?

—Por ahora, intercambiamos lo que tenemos de él. Yo te he contado mi historia, cuéntame la tuya.

Y Lázaro narró, lo mejor que podía, los días de su atroz enfermedad, la ayuda de Jesús, mandado llamar, que nunca llegó. La pérdida de los sentidos. La muerte, que todos le habían atestiguado. Después, una voz: «¡Lázaro, sal fuera!», su salida a la luz que lo cegaba, la emoción de todos. El llanto de las hermanas, de los parientes, mientras lo liberaban de las vendas.

El maestro escuchó con atención.

—En aquel momento, ¿no oíste ninguna otra palabra de él?

—No. Estoy seguro, solo la orden de salir.

El monje reflexionó en alta voz:

—Cierto: tú estabas muerto. Yo estaba enfermo, pero vivo...

Lázaro se interesó por ello:

—¿En qué estás pensando?

El hombre cuyo rostro y cuyas manos habían estado desfigurados por las llagas de la enfermedad miró a su huésped y le dijo:

—Creo que hay aún una cosa de él que debo darte. Como he dicho: un pequeño fragmento de luz. Y después una palabra.

Y mientras decía esto, sacó un objeto de debajo de su túnica y se lo pasó a Lázaro.

Era un pequeño triángulo de oro, cortado con precisión en tres lados iguales.

—Antes de saludarme, me dio esto y me repitió la palabra con la que me había curado: *Devadatta*.

—¿*Devadatta*? ¿Qué significa?

—Lo ignoro, como ignoro el significado de esta figura. Tómallo todo. Es lo que podemos compartir: él quería que hablásemos y yo no tengo nada que añadir a estos dones.

Y mientras decía estas palabras, el maestro se levantó.

Lázaro permaneció sentado un instante, girando la joya entre los dedos. Después se levantó a su vez y concluyó:

—Un símbolo y una palabra cuyo significado ignoramos. Son... mensajes, para interpretar.

El maestro le sonrió abiertamente. Y salió, dejándolo solo, ante la puerta entrecerrada. Solo con nuevas preguntas.

Era ya invierno en Pekín.

El viento gélido proveniente de las misteriosas llanuras del norte barría las calles. Los caminantes se envolvían en sus vestiduras y se encajaban en la cabeza capuchas y sombreros para evitar que se los llevase el viento.

Nadie se fijaba en Tommaso Grozio, el extranjero que pasaba por aquellas mismas calles. Además, alguno, con la mirada fija en el suelo para evitar resbalar en tramos de pavimento helados, chocaba con él. Ciertamente, si hubieran reparado en él, muchos se habrían asombrado y pronto se hubiese reunido a su alrededor un grupo de gente curiosa.

La presencia de extranjeros en Pekín era un acontecimiento rarísimo. Los permisos para atravesar China se concedían con parsimonia y también era difícil que un hombre llegado de la periferia del Imperio del Medio pudiese entrar en la ciudad y deambular sin ser molestado.

El asombro, además, hubiese sido aún mayor si hubiesen notado que aquel personaje había salido para su paseo por uno de los portones de la muralla externa de la Ciudad Prohibida. Un extranjero en Pekín era algo sorprendente, un extranjero en la corte, ¡un acontecimiento inimaginable!

Tommaso recorrió un largo trecho por las vías de la ciudad, antes de volver a entrar en el palacio del Hijo del Cielo.

Sus pensamientos eran de nuevo sombríos.

Habían llegado a la capital hacía un mes y de inmediato, siguiendo un orden explícito, se habían presentado, Huang y él, a uno de los eunucos adscritos a la antecámara del emperador. El funcionario, un tal Li-Tadou, les había causado gran impresión, sentado en un trono preciosísimo, con un alto gorro de seda roja, un bastón de mando que parecía un cetro y un nutrido grupo de guardias armados y de sirvientes dispuestos ante él, de rodillas, a modo de filtro entre su espléndida persona y los humildes visitantes.

Si no se lo hubiesen advertido de antemano, Tommaso habría pensado que Li-Tadou era el emperador. El tono con el que se había manifestado evidenciaba también la alta estima que el ministro tenía de sí mismo.

Apenas se habían postrado y una voz solemne los había presentado, el hombre había hecho una mueca, como si el sonido del nombre Tommaso Grozio fuese para él una especie de blasfemia.

Después había escuchado, al oído, quién sabe qué informe secreto de un colaborador suyo y, finalmente, se había dignado hablar:

—¡Extranjero! —dijo, pronunciando aquella palabra como si hubiese dicho «¡bárbaro!». El intérprete, a su lado, no solo traducía sus palabras, sino que respetaba

también la entonación—. Has sido convocado a la Ciudad Prohibida para rendir un servicio al Hijo del Cielo. El emperador en persona solicita verte —y esta consideración había sido pronunciada también con cierto aire de condescendencia y de duda al mismo tiempo—. Pero los procedimientos que regulan el acceso a la presencia de nuestro soberano pueden ser acelerados, no evitados. Establezco, pues, que presentes a mi exclusiva atención un detallado informe sobre tu persona en, al menos, ocho folios mayores y en correcta caligrafía. Escribirás tu nombre, cuál es tu familia, de dónde vienes, dónde has vivido en los últimos cinco años, quién te ha acompañado en el viaje a China hasta aquí, qué ciudades has atravesado y con quién has tenido relaciones. Después describirás tu profesión y tus competencias... —Y aquí el eunuco se había levantado ligeramente de su asiento, con aire indagador—. El emperador busca el conocimiento y nosotros, considerando que de las tierras extranjeras no podemos obtener otra cosa que algún artefacto y algún truco fútil, queremos saber si verdaderamente merece la pena que te encuentres con él y te escuche...

Terminada la fatigosa audiencia, se les asignó un alojamiento a Tommaso y a Huang-Minsha. Se trataba de una cabaña, más bien pequeña y en posición reservada, colocada en uno de los inmensos jardines de la muralla exterior del palacio.

Delante de la minúscula casita estaba dispuesta una guardia armada: dos hombres que se relevaban cada seis horas. Tommaso había discutido aquel tratamiento con Huang, pero este no se había mostrado turbado por tal procedimiento.

—¡Somos prisioneros! —sostenía el italiano—. ¿Qué significa? ¡Decías que el emperador quería verme y me toca pedir de rodillas ser tolerado en su antecámara!

—Tranquilízate, amigo extranjero. Es el procedimiento. Puedes salir... para breves paseos. Estás gozando de un honor negado a muchos poderosos mandarines de las provincias más ricas. El emperador quiere verte cuanto antes y lo deduzco del hecho de que hayamos tenido que esperar un mes fuera de los muros de palacio, presentando, al menos, tres súplicas sucesivas: la primera es quemada sin abrirla siquiera...

—Pero, si quiere escucharme, como dices... ¿no tiene el poder de hacerme comparecer ante sí de inmediato?

El chino reflexionó. Después, bajando la voz, se acercó a Grozio y le dio una respuesta cargada de insinuaciones:

—Su poder no tiene límites, obviamente, pero mucho depende de lo que le refieran...

—¿Quiénes?

—Los eunucos que cuidan de él y del ceremonial de su corte. Los más importantes son tres. Cada uno administra una parte de los procedimientos y filtra al Hijo del Cielo las informaciones que le parecen más... útiles.

Tommaso se hizo rápidamente una idea de su situación:

—¿Un eunuco desea que comparezcamos ante el emperador Wan-Li, mientras

otros no quieren?

—Podría ser así. Pero no es solo esto. He entendido que, más que impedir tu encuentro con el emperador, alguno quiere conocer bien de antemano el contenido.

—¿Y por qué?

—Porque saber es poder y todo nuevo saber, como el que tú llevas, puede representar una amenaza.

—Pero yo solo quiero aprender el arte médica de la China y sus principios, y ofrezco, a cambio, mis conocimientos y mis tradiciones. Lo escribiremos en el informe para Li-Tadou...

—Cierto —concluyó Huang con aire tranquilizador y una nota de astucia en la mirada—, lo escribiremos. Y después procuraremos estar seguros de que el emperador conozca verdaderamente tu disponibilidad... porque el informe se extenderá en triple copia y recorrerá tres canales distintos, cada uno independiente del otro...

Tres informes idénticos, de ocho folios, en perfecta caligrafía china.

Requerían quince días de trabajo.

Y, una vez entregados, no sabían que pasaría en un mes, antes de que alguien se interesara por ellos.

—¡Entra, extranjero!

Tres hombres armados habían penetrado en su cabaña pasada la medianoche, obligándolo a seguirlos. Ahora, tras recorrer infinitos pasillos y atravesar numerosas salas, se encontraban en el corazón de la Ciudad Prohibida.

La inquietud de Tommaso y Huang, asustados por aquella acción de fuerza, aumentó al ver abrirse la puerta de una pequeña estancia.

En el centro, en la posición del loto, estaba sentado un hombre anciano de aspecto distinguido. A sus pies, en el suelo, ardía la débil luz de una lámpara de aceite. En el pequeño espacio así iluminado solo se distinguía un cojín: apoyados sobre él, había un libro cubierto y un folio de papel extendido. Los tres hombres que los habían conducido hasta allí hicieron en silencio una rápida inclinación y salieron.

Cuando se quedaron a solas, el viejo invitó con un gesto lento a Tommaso y a su amigo comerciante a sentarse. A la tenue luz, el anfitrión miró al europeo a los ojos. Después, sin hacer preguntas y sin presentaciones, tomó el folio y se lo pasó al extranjero. Huang le tradujo las palabras siguientes:

—Tommaso Grozio, toma el folio y lee en voz alta las líneas que hemos copiado de este libro.

La petición era precisa y no admitía réplica.

Tommaso tomó el folio, vio con asombro que estaba escrito en italiano y leyó:

—*Señores emperadores, reyes y duques, y todos los demás que queréis*

conocer las diversas generaciones humanas y la diversidad de las regiones del mundo, leed este libro: encontraréis contadas en él las grandísimas maravillas y las grandes curiosidades de las gentes de Turquía, de Persia y de China, de India y de otras muchas provincias.

Levantó la mirada. El chino lo escrutaba.

—¿Sabes de qué libro se trata?

Tommaso no vaciló:

—Sí, es *El libro de las maravillas* de Marco Polo, de Venecia...

El hombre sonrió, satisfecho, y desveló el pequeño volumen que había tenido cubierto hasta aquel momento.

Luego se lo entregó al visitante.

Grozio lo estudió brevemente, maravillado: tenía entre sus manos un ejemplar de la obra de Polo, en italiano. Impreso en Bolonia en 1563, casi cuarenta años antes, y rico en maravillosas ilustraciones realizadas a mano. Intrigado, se lo devolvió al dignatario.

—¿Cómo lo habéis conseguido?

—Siguiendo los pasos de tu paisano, al cabo de los siglos, nuestra tierra se ha convertido en meta de otros muchos viajeros. Algunos bienvenidos, como los comerciantes, otros menos... —y aquí hizo una breve pausa—, como los hombres de religión que tratan de convertir a los hijos del Imperio del Medio al extravagante Dios de los cristianos. Sea como fuere, lo hemos recibido como regalo del gobernador de una provincia lejana, que quiso así atraerse los favores del trono. Él, a su vez, lo recibió de un hombre de negocios, agradecido por la hospitalidad recibida... y por los buenos precios de nuestras sedas.

Después añadió:

—¿Lo has leído?

La ocasión era ideal para impresionar al dignatario:

—Conozco amplios pasajes de memoria —afirmó Tommaso con orgullo—. Tratándose de un libro lleno de descripciones, imágenes y continuas novedades, es un óptimo instrumento para ejercitar el arte de la mnemotecnia.

—¿De verdad? —preguntó el chino, asombrado.

Después, sacó de un mueblecito bajo que tenía a su lado un rollo de papel que extendió ante él y, mirando al italiano, preguntó:

—¿Cómo prosigue la introducción que has empezado a leer?

Huang se volvió a Tommaso un poco preocupado. Aquel examen tenía visos de ser decisivo. Pero él mostró una ligera sonrisa y empezó a recitar, mientras el otro traducía.

—Esto os contará ordenadamente el libro: lo que messer Marco Polo, sabio y noble ciudadano de Venecia, vio y experimentó. Pero también de

aquellas cosas que él no vio y, sin embargo, las oyó a personas dignas de fe. Por eso las cosas vistas las referirá como vistas y las otras, como oídas, a fin de que nuestro libro sea veraz y sin ningún engaño...

—Bien, basta —lo interrumpió el anciano cortesano—. No he hecho copiar más del texto italiano y no tengo aquí toda la traducción, que el emperador conserva personalmente. Lo que has dicho me basta como prueba.

Después sonrió aún, con evidente satisfacción.

Se levantó y se acercó a la pared de la pequeña estancia. Sacó de nuevo algo de un armario y volvió a sentarse.

En una carpeta de cuero, que abrió delante de sus ojos, había otra hoja pequeña. Era solo un fragmento de pergamino, con los bordes estropeados y de aspecto antiguo. Con el paso del tiempo, la humedad había amarilleado la trama y ahora la tinta traspasaba de una parte a otra: el texto, escrito por ambas caras, tendía a confundirse.

El hombre entregó a Tommaso la carpeta abierta y el pergamino, que manejaba como si de una reliquia se tratase. Después ordenó:

—Lee aquí, sin tocarlo.

Grozio se concentró. También aquellas frases, escritas por una mano ansiosa con una caligrafía densa y apresurada, estaban en italiano. Empezó a leer, deteniéndose cuando encontraba palabras indescifrables y se hacía verdaderamente difícil distinguir una línea de otra.

—... decisión inevitable... sufrimiento... no podemos revelar... el secreto que el Gran Kan ha querido que nosotros descubriésemos... para nosotros la vía de Oriente y de sus reinos está cerrada para siempre. Solo en la cristiandad... este secreto puede estar custodiado...

Después, el chino dio la vuelta al fragmento, manejándolo delicadamente con dos bastoncillos y Tommaso leyó la otra cara.

—Consolación, pero también poder...

Al final había dos líneas prácticamente ilegibles y unas pocas últimas palabras.

—... sospecha de herejía, de hecho confusión de la fe de muchos...

Eso era todo.

El mandarín cerró la carpeta y la selló atando fuertes las cintas de seda que se utilizaban al efecto. Tommaso, sorprendido por aquel documento tan antiguo, trataba

de reflexionar:

—También estas parecen palabras escritas por Marco Polo...

—Es lo que pensamos —confirmó el chino—, porque lo recibimos como un fragmento del diario del comerciante europeo...

El occidental levantó la cabeza:

—¡El diario que le fue robado en Turquía, en la última parte de su viaje de regreso a la patria!

—Sí, así es —dijo el hombre. Después se levantó y devolvió al armario el pequeño tesoro. Se sentó de nuevo, sonrió, se echó hacia delante con aire de comprensión y dijo—: Ahora debéis iros, mis hombres os conducirán a vuestro alojamiento. Nadie debe saber que nos hemos visto y, sobre todo, no debes decir una palabra sobre lo que os he mostrado...

Huang se levantó de inmediato, Tommaso protestó:

—Pero yo...

—Tened confianza, Grozio de Venecia. Después de lo que hemos hablado esta noche, vuestro encuentro con el Hijo del Cielo está próximo. Muy próximo. Y ya no habrá necesidad de más informes ni súplicas. ¡Marchad!

Tommaso se dejó conducir fuera.

El corredor estaba oscuro, pero los tres hombres que los esperaban hicieron acto de presencia de inmediato y los acompañaron de vuelta, por otro camino, a la cabaña. Donde no había vuelto a aparecer, observaron con inquietud, la guardia que les asignara durante las semanas precedentes Li-Tadou.

Al día siguiente, Huang hizo que Tommaso le contara todo lo que sabía a propósito de Marco Polo, que tanto interesaba al dignatario de la corte con el que estuvieron por la noche. Y el italiano satisfizo de buena gana su curiosidad, porque esto le permitía reflexionar sobre muchos misterios de aquel coloquio.

—Marco Polo es considerado por nosotros el primer europeo que viajó a Oriente a la distancia más extrema. Con su padre y su tío, se convirtió además en ministro y embajador ante la corte del Gran Kan Kublai, cuando China estaba gobernada por los mongoles después de la conquista del mítico Gengis Kan...

—Pero esto ocurrió hace mucho tiempo.

—Han pasado más de tres siglos.

—¿Y qué importancia pueden tener la vida y las aventuras de aquel hombre después de tanto tiempo?

Era la pregunta que atormentaba también a Grozio.

El noble chino había atribuido a la lectura del fragmento de Marco Polo el valor de un conocimiento secreto. Y debía de ser así: en caso contrario, ¿qué sentido tendrían términos como «consolación» y «poder», o expresiones como «confusión de la fe»? Y después estaba aquella palabra, «herejía», que, en la mente del veneciano,

evocaba de inmediato visiones de sangre, dolor y confesiones mediante extorsión...

—¿En qué piensas? —preguntó el amigo comerciante.

Tommaso se recuperó y ocultó los pensamientos negativos:

—Escucha. De los viajes y de las misiones llevadas a cabo por cuenta de aquel emperador, Marco Polo dictó un relato a un compañero de prisión, un tal Rustichello, que le hizo de secretario. De ahí nació un libro que todos conocen como *El libro de las maravillas*, lleno de noticias nunca oídas hasta entonces sobre las tierras de Oriente y sobre China. Pero aquel libro está basado en los recuerdos de Polo y no en las notas tomadas durante el viaje.

—¿Y por qué? Sin duda sabía escribir, si era un comerciante...

—En efecto, escribía y dibujaba. Pero durante el viaje de regreso a Venecia, mientras atravesaba Turquía, le robaron su diario, con los textos y los dibujos sobre las exploraciones y los encuentros de tantos años. Y él volvió a casa conservando los mil descubrimientos hechos únicamente en la memoria.

—¿Le robaron el diario? Contenía verdaderamente un secreto, pues.

—Los ladrones sustrajeron a Polo las bolsas y todo lo que de precioso llevaban encima y, probablemente, solo más tarde se percataron de haberse llevado también los papeles de Marco. Quizá en aquel momento decidieran tirarlos o los conservaran por simple curiosidad, habida cuenta de que casi seguro no sabían leer...

—O se los vendieron al mejor postor —comentó el chino.

—No lo sabemos —concluyó el italiano—. El hecho es que Marco Polo consideró sus notas como irremediablemente perdidas y, reducido a la cárcel como prisionero de guerra, contó sus aventuras a Rustichello. Y así nació el libro que nuestro anfitrión de esta noche tenía consigo. En Europa se han hecho muchísimas ediciones y ha sido traducido e ilustrado. Está en todas las bibliotecas de príncipes, nobles y ricos burgueses...

—Pero, si se trata de un libro del que existen tantos ejemplares, ¿por qué el eunuco le atribuye tanta importancia y se lo hace traducir, indicándonos que no digamos a nadie que lo posee?

—¿Un eunuco? ¿Aquel hombre es también un eunuco de la corte?

—Sí, de los más ancianos y estimados por su sabiduría. Es uno de los tres a los que se ha hecho llegar tu informe y, como ves, ha manifestado inmediatamente su interés, aunque lo disimule dentro de la máxima reserva...

Tommaso calló. Observaba distraídamente por la ventana a los dos guardias que, de ordinario, estaban delante de la pequeña casa charlando entre ellos. Habían reaparecido a primera hora de la mañana.

—Un eunuco nos trata con aspereza y nos hace vigilar —reflexionó en alta voz—; otro corrompe a los soldados del primero y organiza un encuentro secreto de pocos minutos para asegurarse de que conozco a Marco Polo y su célebre libro. Después me muestra un fragmento de un antiguo pergamino que podría pertenecer al diario considerado perdido por el mismo Polo...

Se volvió. Huang lo escuchaba con atención.

—Un hermoso misterio —concluyó, inquieto—. He venido a China con la esperanza de estudiar vuestra cultura en la escuela de los mejores maestros y me encuentro casi prisionero. Sobre todo, el primer coloquio relacionado con el saber dura poquísimos y no tiene por argumento un libro oriental, sino un libro occidental, que conozco muy bien y que en Italia leen por la noche a los niños...

Huang sonrió. Sí, la situación era, ciertamente, extravagante. Después volvió a mostrarse interesado y preguntó al extranjero:

—Pero ahora aclárame una cosa. Que conozcas de memoria muchas páginas de *El libro de las maravillas* no me sorprende, conociendo tu prodigiosa memoria. ¿Pero cómo has hecho para afirmar con tanta seguridad que aquel segundo fragmento fuese escrito de puño y letra por Marco Polo?

—Todo lo hacía pensar. El pergamino estaba amarillento y la escritura parcialmente estropeada. Aquellas pocas palabras, además, se referían evidentemente a un viaje. Y, en fin, me las han mostrado después de la prueba de conocimiento, que he superado, del libro original y conocido en toda Europa. Aquellas líneas no forman parte del libro que yo conozco, pero vienen de la misma mano. Estoy seguro. La cuestión, sin embargo, es otra...

—¿Cuál?

—No comprendo por qué la curiosidad y el interés del emperador por los escritos de Polo se consideran inconvenientes o incluso peligrosos, hasta el punto de tenerlos en secreto. ¿Qué dices, tú que conoces las intrigas de esta corte?

Huang extendió los brazos con la mirada perpleja de quien se encuentra ante un enigma insoluble.

—No puedo ayudarte. Solo sé que, si aquel hombre nos ha dicho que pronto nos recibirá el emperador, esto sucederá. Parecía entusiasmado, como si acabase de hacer un descubrimiento del que su señor quedará muy satisfecho. Evidentemente, habiéndose entrevistado contigo y verificado tus conocimientos, posee una carta ganadora que jugar en la partida contra los otros eunucos.

—¿Y esta partida tiene una finalidad?

—Ciertamente. El eunuco que tiene acceso más frecuente al Hijo del Cielo y goza de mayor favor ejerce después un poder más grande a la hora de escoger a los gobernadores de las provincias y en la administración de los bienes del Estado. Cada eunuco representa un partido y el emperador Wan-Li no puede liberarse de su influencia.

—¿Y el que nos ha hecho levantar esta noche tiene mucha?

—Se llama Xi-Madong y fue compañero de juegos del Hijo del Cielo. Tiene casi su edad y desciende de una familia muy noble. Hay quien dice —añadió el comerciante bajando la voz— que, en realidad, es hermano de Wan-Li. Un hermano no reconocido, obviamente...

—¿Y cómo es que Xi-Madong no tiene una supremacía indiscutida sobre los

otros eunucos?

—Porque el emperador no puede correr el riesgo de que lo acusen de favoritismo. Sus ministros son muchos y él debe estar atento a mantener el equilibrio de poderes. Ellos mismos, además, mantienen una atenta vigilancia recíproca. En general, cuando está en juego un asunto de Estado, cada uno pretende una parte.

—¡Pero es la anarquía!

Huang arqueó las cejas, como si hubiese escuchado una palabra nunca oída.

—No —dijo—, es la tradición.

Tommaso calló por unos instantes y después preguntó:

—¿Y los encuentros nocturnos, como tres ladrones que prepararan un golpe, forman parte de la tradición?

Huang sonrió.

—No hay que extrañarse de nada en la Ciudad Prohibida. Pero no te quiebres la cabeza, pronto lo sabremos. Tú, mientras tanto, repasa cuantas más páginas de Marco Polo puedas recordar, pero sin decir palabra a nadie. ¿Entiendes?

—No temas —resumió el italiano—, no hay otra manera de matar el tiempo...

Un sol pálido salió y se puso más veces. Las lunas se recuperaron.

—Huang, ¿tampoco hay hoy noticias de la corte?

—Ninguna, pero cada día podría ser bueno para la llamada ante el emperador.

El comerciante chino sonrió y ofreció al compañero una taza de té, preparado en el pequeño fuego de la cabaña.

Grozio sorbió en silencio la aromática bebida caliente y reflexionó.

Dos encuentros con dos poderosos dignatarios: este era el balance de tres meses de permanencia en Pekín. Mientras su impaciencia crecía y la nieve caía cada vez más densa sobre los tejados de la Ciudad Prohibida, más veces había reflexionado sobre Li-Tadou y Xi-Madong. En el primero había observado la suprema soberbia; en el segundo destacaba el aspecto austero, las pocas palabras y la evidente satisfacción ante su rapidez con respecto al libro de Marco Polo. Había pensado una y otra vez en las frases inconexas de aquel fragmento del diario perdido del veneciano, preguntándose qué interés podría encerrar para el chino y de qué modo le habría servido al emperador de gran parte de Asia. Y cuanto más reflexionaba, más aumentaba su desconcierto. No era esto lo que Huang le había prometido para convencerlo de que dejase Benarés, y no era esto lo que buscaba. No tenía miedo, pero aquel adensarse de los misterios lo inquietaba cada día más.

Hasta que, en una gélida tarde a finales de febrero, todo estuvo claro de repente. Por decisión de sus anfitriones, por decisión del emperador.

Y esta vez fueron ellos quienes recibieron, en la pequeña cabaña, la visita de los poderosos.

Cuando los despertaron, el sueño de la tarde ya había sobrepasado el umbral del primer torpor.

Y ahora trataban de quitárselo de encima.

—Has superado todos nuestros exámenes. Te hemos encontrado paciente. Has sabido esperar. Signo al mismo tiempo de fidelidad y de equilibrio. Dotes de los verdaderos sabios. Si no hubiese sido así, no te habría bastado para ganarte nuestro favor el conocimiento profundo del antiguo libro que te mostramos...

El dignatario hizo una pequeña pausa, como para asegurarse de que su interlocutor le había comprendido. Después continuó:

—Extranjero, a nuestros ojos eres un hombre digno de confianza. Por eso, el emperador ha decidido encomendarte un encargo de gran prestigio...

Tommaso interrumpió al anfitrión y señaló a Huang, que sostenía al jefe chino. Con voz firme, protestó:

—He sido conducido a China para ser llevado a la presencia del Hijo del Cielo. Y, en cambio, me encuentro una vez más ante un gran mandarín. Se me ha dicho que el emperador deseaba conocer parte de mi ciencia. ¿Dónde está? ¡Quiero hablar con él!

Zhang-Hou, agachado sobre su sillín de viaje, suspiró y lo miró despreciativo.

—No me induzcas a arrepentirme de los elogios que te acabo de dedicar. Y no me muestres toda tu ignorancia de nuestros usos. El Hijo del Cielo no necesita tu ciencia. No necesita de la ciencia de ningún hombre. Y no tiene ninguna necesidad de encontrarse contigo.

Grozio no replicó.

Esperaba una ayuda del comerciante, que lo miró impotente. Huang temblaba literalmente de miedo. Tenía frente a él al tercer y más influyente de los eunucos de la corte. Interviniendo, habría arriesgado su misma vida.

Tommaso reflexionó velozmente. Lo habían puesto a prueba y a él no le quedaba otra salida que adaptarse a ello. Se volvió al dignatario en tono conciliador, pero no de sumisión.

—En una cosa tenéis razón. Soy paciente. Y creo firmemente que al conocimiento se puede llegar por muchas vías, comprendidas las más inesperadas.

Zhang-Hou sonrió, astuto.

—Has dicho bien. Y, sin saberlo, quizá prefigures el futuro. Porque del encargo que recibirás ahora podrás extraer una sabiduría mucho más grande que la simple a la que ahora aspiras.

Tommaso, sorprendido, miró al chino.

—¿Qué queréis de mí?

El eunuco, por toda respuesta, extrajo de los pliegues de la túnica un nuevo

fragmento de pergamino, muy bien envuelto. Y lo pasó al italiano, que leyó en voz alta el texto casi garabateado.

—Esto he visto con mis ojos... domar las fuerzas de la naturaleza... asesinados... las fuerzas de los infiernos derrotadas... solo así el gran Temuyín ha podido construir su imperio... allá donde yace... hoy, a pesar de mi silencio, la historia avanza, y cuando la secta de Lázaro quiera iluminar...

Grozio dio un salto.

Aquella alusión a una secta, la secta de Lázaro, de la que nunca había oído hablar, encendió de inmediato su fantasía. Y no le sorprendió que el texto que tenía Zhang-Hou fuese más importante que el que le mostrara Xi-Madong un mes antes. Lo que contaba Huang sobre el laborioso reparto de los encargos y honores entre los dignatarios del palacio era indudablemente cierto.

Dirigió al poderoso una mirada interrogativa.

—Te lo pregunto una vez más, Zhang-Hou. ¿Qué queréis de mí?

—Un secreto, hombre de Europa.

—¿Un secreto? ¿Cuál?

—El secreto de Gengis Kan.

Y mientras la sorpresa se adueñaba de sus oyentes, el mandarín añadió, solemne:

—El secreto de la fuerza y de la debilidad, de la victoria y de la derrota, del mando y de la obediencia. El secreto del Imperio de las Estepas.

Tommaso puso las manos sobre las rodillas y cerró los ojos. Sentado con las piernas cruzadas, dio un largo suspiro y meditó sobre las palabras del corpulento eunuco.

Después sonrió, casi olvidado de la presencia de los otros.

Su compañero Nicola y aún más su común maestro Giordano Bruno, lo habrían juzgado sin duda como un signo del cielo. No creían en el Dios de la Iglesia de Roma, no creían en los dioses paganos, no creían en la superstición. Pero creían que el destino de los pueblos y de las naciones estaba ligado al destino del universo, a través de algún inescrutable hilo, en una densa trama capaz de unir todos los seres vivos, pobres y ricos, poderosos y débiles. Con la mente, Tommaso contempló en un solo instante al maestro ajusticiado, al *pandit*, al brahmán Tagi y a su joven amigo alquimista: tan distintos uno de otro y, sin embargo, tan semejantes. Y aunque ahora no conociese el sentido oculto en las palabras de Zhang-Hou, comprendió que también aquel nuevo misterio cuadraba con su investigación y la de cuantos habían buscado antes que él:

—El secreto de Gengis Kan.

Desde allí partiría para resolver las dudas que siempre lo habían atormentado. Y

quizá Lázaro, el resucitado, uno de los personajes más misteriosos de las Escrituras, lo conduciría cerca del misterio.

Volvió a abrir los ojos, ansioso por saber.

—¿Qué significa lo que has dicho?

Zhang-Hou no se hizo de rogar.

—El Gran Kan Kublai, como ya has comprendido tú mismo, había confiado a Marco Polo una importante misión.

—¿Cuál?

—Recorrer las tierras de Asia a la búsqueda del secreto de Gengis Kan, su gran antepasado, o Temuyín, según el nombre que se le impuso al caudillo cuando nació en las cercanías del río Onon.

Tommaso no comprendía aún.

—Explicaos mejor, señor.

El otro replicó, impaciente:

—Reflexiona, extranjero. En pocos años, Gengis Kan construyó un imperio inmenso, que iba desde la tierra de los Yin, nuestros predecesores, a los altiplanos de Persia habitados por los seguidores de Mahoma, a muchos meses de viaje de Pekín. Y lo erigió con un ejército de apenas setenta mil hombres. Todos, ya en la época, se preguntaban cómo lo había hecho. Y por qué, muerto él, aquella potencia se desvaneció tan deprisa. Según la leyenda, fue sepultado en Mongolia, cerca de una montaña de nombre desconocido, junto a cuarenta vírgenes y cuarenta caballos que le darían placer en el más allá. Espero por él que haya sido así verdaderamente, porque, en el curso de pocos decenios, su imperio terreno ya mostraba terribles indicios de disgregación. Kublai se preguntó cómo podía haber ocurrido todo eso, y se dio la más lógica de las respuestas.

Grozio comenzaba a comprender, pero dejó que el interlocutor terminase su narración.

—Kublai sabía que a Gengis Kan, para unir y conservar en paz aquellos inmensos dominios, no le bastaba la habilidad militar de sus jefes o el ardor en el combate y la ferocidad de sus hombres, ni siquiera la habilidad diplomática de sus embajadores. Solo una poderosa ayuda le había permitido vencer la resistencia de muchos pueblos, derrotar a la multitud de ejércitos diez veces más numerosos que el suyo, gobernar con sabiduría y guiar a la prosperidad el imperio. Kublai ardía literalmente de deseo de comprender y confió la misión de descubrir aquel secreto a Marco Polo que, sin embargo, se burló de él...

Tommaso escuchó, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Numerosos descendientes de los antiguos conquistadores mongoles habitaban aún en Pekín y sus duros rasgos le resultaban inconfundibles por la calle. Como esculpido en la roca, privados de toda dulzura, infundían temor solo con verlos. El discurrir de las generaciones no parecía afectar a aquellos rostros salvajes. Quizá Marco Polo hubiera encontrado lo que buscaba. Quizá hubiera descubierto un secreto tan grande que lo

llevara a no revelarlo a Kublai Kan y guardarlo para sí. Pero, en tal caso, el viaje de retorno a Europa debía de haber sido muy similar a una fuga, una fuga llena de angustias y miedos, una fuga de la muerte segura.

—¿En qué consistía esta ayuda?

El eunuco señaló el fragmento que el italiano tenía entre las manos.

—No lo sabemos. ¿En los consejos de los más grandes sabios que hayan nacido en tierras de Asia? ¿En una magia oculta que debilitara a sus enemigos en el campo de batalla? ¿En las ricas semillas que hacían que los campos de su imperio fuesen siempre fértiles? Quizá el mongol poseyera todo esto, la clave que uniera los pueblos y venciera las divisiones, la clave de la paz entre las naciones. Y quizá fuese a dársela la misteriosa secta de la que escribía Marco Polo.

—¿Para qué me habéis llamado?

—Tú encontrarás esta clave.

—¿Yo?

—Tú, que vienes de su misma tierra, buscarás el diario del comerciante europeo y el tesoro escondido en él. Tú desvelarás el misterio de la secta de Lázaro. Para esto te hemos llamado y este es el encargo que te confiamos.

Tommaso no replicó.

Aquellas frases rotas, escritas por Polo y llenas de duda e incertidumbre, lo turbaban, poniéndolo sobre aviso: el secreto de Gengis Kan era peligroso. De repente inquieto, preguntó en tono duro:

—¿Por qué tu emperador quiere poseer tanta sabiduría? ¿Y por qué precisamente yo deberé ayudarlo a realizar sus planes? Un conocimiento tal es difícil de manejar, y en las manos equivocadas podría causar gran daño. ¿Qué rey no se dejaría caer en la tentación de conquistar el mundo?

Zhang-Hou apretó los ojos hasta que se convirtieron en dos finas aberturas, hundidas sobre los pómulos. Se esforzó por dominarse.

—Eres un imbécil... —gruñó—. ¿Qué otras tierras crees que nuestro soberano querría añadir a las suyas? Nuestro imperio es tan grande y comprende pueblos tan diversos que la prudencia nos aconseja no ampliarlo más. No... —sacudió la cabeza, calmándose—, el Hijo del Cielo no ambiciona el secreto de Gengis Kan por afán de conquista.

—¿Por qué, entonces?

Grozio insistía. Tenía derecho a saber.

El chino escogió bien las palabras:

—El Hijo del Cielo quiere defender China, la tierra de los grandes ríos, el reino que desafía los milenios. Y arde en deseos de que la dinastía Ming permanezca en el trono durante largo tiempo, a fin de que nuestro pueblo siga siendo feliz, como lo es ahora. Fueron los Ming quienes expulsaron a los mongoles, hace más de dos siglos, y solo con los Ming será posible evitar que el Imperio del Medio caiga nuevamente bajo el dominio de los bárbaros.

Tommaso miró directamente a los ojos del mandarín.

—¿Tengo libertad para escoger mi destino?

—No.

—¿Puedo negarme?

Zhang-Hou sonrió.

—No puedes... y sé que tampoco quieres. Te hemos evaluado largo tiempo, Tommaso Grozio, y sabemos que tu sed de conocimiento supera cualquier miedo y cualquier vacilación.

—¿Pero cómo lo haré?

—No estarás solo. Tu amigo Huang-Minsha irá contigo. Habéis estado juntos durante muchos meses, de viaje y aquí en Pekín. Ahora estáis ligados por doble vínculo.

El comerciante fue a protestar, pero la mirada autoritaria del eunuco lo incitó a callar.

—Tendréis una escolta armada y un salvoconducto del emperador, que os protegerá hasta donde se extiende su influencia.

Tommaso se encogió de hombros.

—Estos son detalles que tienen poco valor. Mi pregunta tenía otro significado.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo encontraré lo que buscamos? ¿De dónde partimos? ¿Cuánto tiempo tendremos?

Zhang-Hou alzó una mano, invitándolo a sosegar.

—De los antiguos papeles que atestiguaban los viajes de Marco Polo para Kublai Kan no queda nada. En aquella época, los mongoles se servían de muchos extranjeros, a los que encargaban numerosas misiones. Pero el escaso número y la gran ignorancia de los conquistadores no beneficiaron la administración del imperio que, durante mucho tiempo, se reveló insuficiente. Dudo que se hiciera ningún informe sobre las investigaciones del comerciante europeo. Pero, aunque se redactara, se ha perdido.

Grozio señaló los fragmentos.

—¿Y estos? ¿Cómo han llegado a vuestro poder?

—Un comerciante mongol llegado del monte Alcaz lo trajo a Pekín hace cerca de un año. Pero esta es la única cosa que sabemos de su procedencia. Hace solo muy poco que uno de nuestros mejores escribas traductores los ha recuperado en el Archivo Real, permitiéndonos comprender su importancia. Allí, cerca del monte Alcaz, irás para comenzar tus investigaciones.

El italiano calló e inspiró profundamente. Observó a Huang que sería su compañero; después dirigió al eunuco una mirada preocupada:

—Tendremos que recorrer por mar y por tierra este inmenso continente, superar altísimas montañas, vencer el calor de los desiertos, sufrir la lluvia de los monzones. Afrontaremos peligros y enfermedades que pondrán en peligro nuestra vida. ¿Cuánto

durará todo esto?

—Muchos años. Pero no temas. Con el favor del cielo, nuestro emperador vivirá todavía mucho tiempo. Mientras vosotros seguís las huellas del diario de Marco Polo, nosotros permaneceremos aquí, a la espera de vuestros informes y, en fin, de vuestro retorno, pacientemente.

Grozio inclinó la cabeza.

—¿Cuál será la pena si no cumplo mi misión?

En la cabaña caían ya las primeras sombras de la noche.

—Pagarás con la vida, hombre. Pero si tienes éxito...

—¿Qué obtendré del emperador?

Zhang-Hou se levantó con dificultad del sillín de viaje, imitado por Tommaso y por Huang-Minsha. Habló en nombre de su señor:

—Descubre el secreto de Gengis Kan, mago de Occidente, y el emperador te dará los tesoros más grandes del reino. No dinero, no regalos, no poder, sino la gloria de los sabios de China...

Grozio hizo una breve inclinación.

Su corazón estaba alborotado.

Su mente ya viajaba por los altiplanos del Asia central.

Y era sincero cuando prometió:

—Lo intentaré... lo intentaré con todas mis fuerzas.

—En tus ojos veo desaprobación...

Huang se postró a los pies del trono del Hijo del Cielo.

La gran sala de la armonía celeste estaba vacía. Fueron despedidos los ayudas de cámara y los heraldos. El soberano había dirigido también un gesto de despedida a sus principales consejeros. Solo quedaban él, sentado en el trono, y el comerciante. Entre las innumerables columnas lacadas, su voz resonaba profunda, propagándose desde el precioso pavimento marmóreo hasta los altos techos taraceados.

—Señor mío, vos tenéis poder pleno sobre la tierra y sobre el destino de los hombres que la habitan. Podéis comportaros como mejor creáis...

—¿Pero?

Huang no replicó.

El emperador Wan-Li sonrió benévolo.

—Me perdonarás, Zhang-Hou, si he adoptado tu identidad para el último breve encuentro con el extranjero. Yo soy el emperador y no puedo mostrarme a hombres de rango tan bajo. Este pequeño expediente nos ha permitido sortear las normas de la etiqueta real... y me ha permitido satisfacer una gran curiosidad: conocer al fin al sabio que tanto ha encendido tu imaginación en los pasados meses.

Zhang-Hou, que vestía desde hacía mucho tiempo las ropas del comerciante Huang, se enorgulleció por aquel cumplido. Desarrollaba bien su propio servicio y lo sabía. Desde que había abandonado la corte, se sentía aún más útil a su propio país. Se había alejado voluntariamente de los mil problemas de Pekín: los gastos desorbitados de la multitud de parásitos que habitaban en la Ciudad Prohibida, la corrupción de los funcionarios, la inquietud del ejército de mercenarios acampado al lado de la capital y, sobre todo, la presión creciente de los manchúes que, desde la frontera del norte, comenzaban a moverse hacia el Imperio del Medio. Durante los tres últimos años, como heraldo de Wan-Li, había hecho más firme el prestigio de la China en las tierras profundas de Asia... aunque, a causa de esta ausencia, había tenido que luchar para conservar su propia autoridad entre los cortesanos del emperador.

Afirmó, solícito:

—No me cabe duda de que, gracias a su ciencia y su perspicacia, será útil para nuestros fines. Y ha sido fácil ponerlo de nuestra parte. Con una miel envenenada, eliminé a su amigo Nicola, cuya salud ya no era muy buena. Y él, una vez solo, cayó como fruta madura en mis manos, sin sospechar de la red que había tejido a su alrededor. Ha sido necesaria mucha paciencia, pero ahora recogeremos los resultados de nuestro trabajo...

—Has sido hábil —concedió el emperador—, demostrando, una vez más, que

eres mi más fiel servidor. No abandones al extranjero ni un solo instante. Sustráelo a las garras de nuestros enemigos, exteriores e interiores. Sabes a qué me refiero: guárdate de las intrigas de Li-Tadou, con su carácter caprichoso y, sobre todo, de las sutilezas de Xi-Madong, que, superficialmente, parece el más equilibrado de los hombres...

El dignatario sonrió para sí: los dos eunucos habían palidecido al reconocerlo, vestido de comerciante, junto al sabio occidental, pero no habían osado abrir la boca. También ellos, aunque poderosos, debían someterse a la ley del emperador.

—Protégelo, en fin, de sí mismo: no quiero que caiga víctima de las mismas dudas que asaltaron a sus predecesores. El viaje y la búsqueda de Tommaso Grozio no deben cerrarse como el de Marco Polo. Tráemelo de nuevo aquí con el secreto de Gengis Kan. Si trata de huir de su destino, tráeme aquí, al menos, el secreto. Gracias a ello, China dominará el mundo: todos los pueblos y las tierras nos estarán sometidos. Y tu poder crecerá enormemente.

Los ojos de Huang brillaban.

—Se hará tu voluntad, mi señor.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

Una sola pregunta había bastado a aquel comerciante para alarmarse. Lázaro descubrió que, en Galilea, debía ser mucho más prudente de lo que había imaginado.

El hombre insistió:

—¿No quieres responder? ¿Cómo te llamas?

—Soy Natán, de Betania —respondió decidido.

El comerciante sopesó la respuesta:

—Natán de Betania... un judío, pues.

—Cierto, ¿te sorprende?

—¿Y por qué estás en la ciudad?

—Busco trabajo. Soy campesino, pero las tierras que trabajaba para un patrón de Jerusalén han sido confiscadas por los romanos...

—¿Te ofreces a jornada completa?

—Sí. Quiero evitar la esclavitud. He repartido mi familia entre los parientes, pero ya no tengo casa y debo volver a empezar desde cero...

—No llores demasiado, tanto no me conmuevo. Aquí, a Cafarnaúm, llegan muchos mendigos. Y a menudo son personas que van peor vestidas que tú. Escucha: yo no tengo nada que ofrecerte, pero, si sigues por esta calle, llegarás a una plaza donde están trabajando duro para construir la nueva sinagoga. Pregúntales, sé que tienen necesidad de brazos porque, en esta estación, los campesinos están en los campos para la recolección...

—¿Una nueva sinagoga?

—Sí. La vieja era demasiado pequeña, dicen los rabinos.

En la voz del comerciante, una nota de vacilación atrajo la atención de Lázaro.

El hombre prosiguió:

—Y, en efecto, la ciudad está creciendo y viene gente de lejos también...

Lázaro lo animó, adoptando un tono cordial:

—Ahora también estoy yo, ¿no? ¡Y yo voy todos los sábados a la sinagoga!

El comerciante le sonrió:

—Será... sin embargo, no es solo por esto —y al añadir la frase siguiente, se inclinó un poco hacia delante, como si confiase un secreto—. El hecho es que en la sinagoga vieja había algo que no marchaba bien...

—¿Y que le hace pensar eso?

El comerciante, habituado a ser el más informado sobre las actividades de aquella y de otras ciudades, prosiguió con convicción:

—Han destruido la sinagoga vieja y construyen la nueva, un poco más grande, pero sobre el mismo terreno. ¡Sin embargo, han decidido no utilizar tampoco una

parte de las piedras de la vieja!

Lázaro sacó las conclusiones, pero se fingió ingenuo porque quería que se expresara el otro:

—¿Y... qué significa eso?

—¿No lo entiendes, majadero? ¡Significa que la sinagoga anterior estaba maldita!

Lázaro se inquietó:

—Maldita... Ocurrió lo mismo en Hebrón después de que los romanos, hace años, entraran armados en sábado y mataran a muchos hombres que estaban allí. Dijeron que eran rebeldes y no tuvieron piedad... Pero en aquel caso, la sinagoga fue purificada y, pasados cuarenta días, los fieles volvieron a frecuentarla...

El comerciante asumió el aire de importancia de quien está de vuelta:

—Es como dices, imagino. ¡Pero aquí ha sido peor!

Ahora Lázaro estaba verdaderamente asombrado.

—¡En aquella sinagoga —continuó el hombre— enseñó durante muchos sábados Jesús de Nazaret, el falso profeta, el maldito condenado a muerte por el sanedrín! ¡Aquí comenzó a sembrar sus mentiras... y mucha gente le creía!

—¿Jesús de Nazaret enseñaba en la sinagoga? ¿Dejaban que lo hiciese?

—Así es, y no solo: entre aquellos muros hizo también magia con la ayuda del demonio. ¡Y esto siempre en sábado, en manifiesto desprecio de la ley más sagrada!

Lázaro comprendió que la hostilidad con respecto a Jesús había alcanzado una intensidad inesperada. Se preguntó cómo podría seguir adelante con su indagación.

El comerciante lo miraba, satisfecho por el efecto de sus palabras.

—Y por eso es necesario construir una sinagoga nueva —concluyó complacido. Después renovó su invitación—: Ve allí, pues, si buscas trabajo.

El resucitado le dio las gracias y partió con paso decidido calle abajo adonde resonaban las voces del mercado.

En la plaza, la excavación de los cimientos del nuevo edificio todavía estaba incompleta. Lázaro observó que los obreros que estaban en el tajo no eran muchos.

Se presentó al capataz y se ofreció para aquel día y para los sucesivos.

El hombre estaba sentado sobre un bloque de piedra y se daba aire con un abanico basto. Escuchó su oferta y lo miró de arriba abajo, para ver si era bastante robusto.

Lázaro dijo que estaba dispuesto a empezar de inmediato, pero el otro lo detuvo.

—Debe venir el rabino —dijo—. Es él quien decide quién puede trabajar en esta obra...

Y sin dejar tiempo de réplica al extranjero, se levantó y fue a llamar a la puerta de una de las casas que daban a la plaza. Salió de ella un anciano, que se acercó a Lázaro mirándolo con suspicacia. En cuanto estuvo a su lado, quiso saber cómo se llamaba y de dónde venía. Luego, preguntó con severidad:

—¿Sabes que estamos construyendo aquí?

—Una sinagoga... he oído.

—Exacto. Entonces sabes que el trabajo no pueden realizarlo manos impuras. Lázaro bajó la cabeza, en señal de humildad.

—Pienso que soy digno —replicó.

—Lo veremos, sígueme.

El viejo lo condujo a su casa, cerró la puerta y lo interrogó:

—¿Eres hebreo?

—Sí.

—¿Estás circuncidado?

—Sí.

—Muéstramelo.

Lázaro levantó la túnica y apartó el taparrabos. El anciano le examinó el pene y asintió satisfecho. Después reanudó su interrogatorio:

—¿Conoces el *shemá*?

—Sí.

—Recítalo.

—Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Tú amarás al Señor Dios tuyo con todo el corazón, con toda el alma y con todas tus fuerzas...

—Bien, es bastante. Seguirás las órdenes del capataz sin discutir. La paga es de un denario al día, del alba a la puesta del sol. Hoy comienzas a la mitad de la jornada, por lo que tendrás medio denario. Debes procurarte tú la comida y podrás dormir en la cuadra de aquí al lado, donde guardamos también los aperos de trabajo. ¿Alguna pregunta?

—No.

—¡Ponte a trabajar y enorgullécete de participar en una obra tan santa!

Lázaro asintió con convicción y salió.

Un minuto después, bajó a la excavación con una azada y empezó a remover y a transportar tierra a la superficie en grandes espuestas, descargándolas en un carro que estaba allí con ese fin.

A la caída de la tarde recibieron la paga.

En silencio y con aire humilde, Lázaro se colocó el último de la fila para recibir su medio denario.

Observó entonces que al menos la mitad de los obreros, todos ellos hombres a los que había visto trabajar con energía, no se ponían en fila con los demás, sino que dejaban los aperos en la cuadra y se dispersaban luego por las calles de la ciudad.

Preguntó al hombre que lo precedía:

—¿Y esos? ¿No les pagan?

El otro le sonrió con aire malicioso y respondió:

—¡Esos trabajan solo para evitar la condena!

—¿Qué condena?

—La reservada a los secuaces de Jesús. Unos cuantos creyeron en él aquí. Y, para no ser excluidos de la sinagoga y quedar mancillados por la infamia, sufren una pena de trabajo voluntario para construir la nueva sinagoga.

Lázaro seguía observando a aquellos hombres que se alejaban. Uno de ellos entró en una casa no muy distante de la plaza.

—Entonces es gente de Cafarnaúm... —concluyó girándose hacia el compañero.

—Cierto, toda la gente de Cafarnaúm que no quiere ser expulsada de la ciudad en la que ha nacido. El tal Jesús armó un buen lío aquí.

Cuando fue su turno recibieron la paga y después cenaron todos juntos al aire libre al fondo de la excavación, donde hacía más fresco.

Lázaro habló poquísimamente de sí mismo y escuchó mucho. Pero los obreros que no tenían casa, como él, eran todos de otras ciudades y no sabían nada, o fingían no saber, de lo que le interesaba: las acciones de Jesús en la ciudad donde había comenzado su predicación.

Más tarde, mientras se adormecía tumbado en la paja maloliente de la cuadra, se hizo una idea de la situación. Estaba en Cafarnaúm y tenía una cobertura óptima, pero precisamente aquí, donde Jesús había enseñado durante mucho tiempo y llevado a cabo muchos milagros, su nombre estaba rodeado de sospechas y de miedo. Y mientras pensaba en cómo conseguir hacer hablar a quienes habían visto al maestro en acción y podían saber más cosas de él, se adormiló, acompañado por los sonoros ronquidos de sus compañeros de fatigas.

Esperó, y su paciencia se vio recompensada.

—La ciudad está llena de espías del sanedrín y también de los romanos —le informó, pasados unos días, con la apariencia de hacer un comentario sin importancia, uno de los trabajadores penitentes que vivía no muy lejos de la obra. Aquella confianza sorprendió a Lázaro, que ya comenzaba a desesperar de poder abrir brecha en el muro de silencio que parecía envolver los hechos de aquellos días.

—¿Y qué quieren descubrir? —preguntó con prudencia.

—Buscan a los seguidores de Jesús... —dijo el hombre, y lo miró con ojos insinuantes.

El resucitado se mostró sorprendido.

—No pensarás que yo...

—¡Calla! —lo interrumpió y bajó la voz—. Lo imagino por tu forma de comportarte con los demás: eres muy educado y tratas de ahorrar esfuerzos; o tú mismo eres un espía, y entonces te advierto que aquí no hay nada que descubrir, o... eres uno de ellos. Y eres listo, porque te has escondido del mejor modo posible.

Lázaro no logró detener una leve sonrisa.

—¿Qué piensas? ¿Y si fueses tú el espía?

—¿Y tú, tienes algo que esconder?

Se miraron en silencio largo rato. De alguna manera, ambos se habían expuesto y decidieron no retroceder.

—Dejemos pasar aún unos días —sugirió el penitente—; después podré alojarte en mi casa por una noche. ¿Te gustaría?

—¿Comer una verdadera cena? ¿Por qué no?

—Bien, en mi casa podremos hablar mejor.

Después de una semana transcurrida trabajando sin dar problemas y sin llamar la atención, una noche los dos se acercaron a la pequeña casa del penitente.

La puerta chirriante daba a una única estancia. Los tres hijos del hombre estaban sentados en el suelo sobre viejas esteras. Su mujer saludó a Lázaro con una inclinación, después de ponerse un velo sobre la cabeza, y lo invitó a tomar asiento, excusándose por la humilde cena que podían ofrecerle.

Comieron casi en silencio, entre las risas ahogadas de los niños excitados por la presencia de un extraño. Cuando hubieron acabado, acostaron a los pequeños en un rincón en las mismas esteras sobre las que habían cenado y esperaron un poco a que se durmieran a la débil luz de una pequeña lámpara de aceite.

Inesperadamente, fue la mujer quien inició la conversación.

—Mi marido me ha hablado mucho de ti en estos días... —dijo, dirigiéndose a Lázaro con una amplia sonrisa.

—¿Y qué te ha contado? —respondió el extranjero.

—No inquietes a nuestro huésped —dijo el hombre, invitándola a callarse. Después se volvió a Lázaro—: Mi mujer quiere decir que, desde hace unos días, me pregunto sobre ti, como te he dado a entender en la obra. Veo que eres un hombre educado y que tu mente está ocupada por pensamientos que no tienen que ver con el trabajo que nos ocupa. Me pregunto... qué estás buscando. Pero, si no quieres hablar de ello, no te preocupes. Mi familia y yo te ofrecemos nuestra amistad y, como ves, no tenemos nada que esconder...

Lázaro tranquilizó a su compañero poniéndole una mano sobre el hombro.

—Tampoco yo tengo nada que esconder, no temáis. Solo tengo curiosidad por lo que pasa en la ciudad. Me pregunto... —vaciló.

El anfitrión lo animó:

—¿Qué te preguntas, Natán de Betania?

—En suma, me pregunto, por ejemplo, en qué consiste exactamente tu culpa...

El penitente lanzó una mirada a su mujer. Entre los dos intercambiaron un gesto de entendimiento. Fue ella quien respondió:

—Mi marido no ha hecho nada y de lo poco que ha hecho no consigue arrepentirse en realidad...

Lázaro callaba. No quería despertar ninguna sospecha.

La mujer, animada por una nueva mirada de su marido, prosiguió:

—Fue uno de los cuatro que, arrastrado por el entusiasmo de lo que estaba

aconteciendo en la ciudad, llevó ante Jesús a un amigo suyo completamente paralizado...

—¿Y él qué hizo?

El hombre continuó el relato:

—Jesús estaba en una casa y había mucha gente delante de la puerta. En aquellos días, eran tantos los que querían verlo, tocarlo...

—¿Tocarlo? ¿Y para qué?

—Para ser curados.

Lázaro se mostró pensativo.

—Entonces era cierto... —dijo tras un momento de silencio—. A propósito de estas curaciones solo había oído algunas voces confusas...

—Era cierto, sí. ¡Aquí muchos lo han visto con sus propios ojos! —dijo la mujer, animándose.

—¿Y a vosotros cómo os ha ido? —preguntó Lázaro al marido.

—Nuestro amigo llevaba meses completamente paralizado. Ya solo deseaba morir. Era un peso para sí y para su familia. Nosotros queríamos ayudarlo y no nos íbamos a echar para atrás antes de haber hecho aquella tentativa. Decían que Jesús había curado a muchos enfermos, ¿por qué no a él?

—¿Y entonces?

—Entonces, nos hicimos notar entre todos —dijo el hombre con una risa ligera—, y por eso hoy no puedo evitar hacer penitencia pública. —Después se puso serio y prosiguió la narración—: Como no podíamos entrar en la casa por la puerta... subimos al tejado.

—¿Al tejado? Pero Jesús estaba dentro de la casa, has dicho.

—Cierto, en realidad, levantamos el techo y metimos a nuestro amigo en su camilla.

—¿Y una vez dentro?

—Jesús le habló y, poco después, ¡él mismo salió sobre sus piernas, llevándose su camilla!

Lázaro sintió un escalofrío.

—¿Y qué le había dicho Jesús?

El hombre extendió los brazos, resignado.

—Nunca lo hemos sabido. Él no nos lo quiso decir. Afirmó que se trataba de un secreto entre los dos. Quienes estaban en la casa oyeron a Jesús un discurso extraño, que se refería al perdón de los pecados. Pero Jesús hizo aquel discurso para los escribas que habían venido para investigar sobre él. Al hombre curado, en cambio, le susurró algo y después le prohibió revelarlo. Y él respetó aquella orden...

Lázaro no pudo esconder su curiosidad:

—¿Y dónde está ahora aquel hombre?

—Ya no está aquí, desde hace mucho tiempo —respondió el otro—. Nadie sabe dónde fue a parar. Desde que Jesús se fue de Cafarnaúm y marchaba alrededor del

lago de Genesaret, por otras ciudades de Galilea, incluso en Samaria y al final en Judea, él seguía yendo a la sinagoga, rezaba, daba gracias a Dios por el milagro...

—Pero el rabino de la sinagoga y los otros escribas de la ciudad no lo miraban con buenos ojos —prosiguió la mujer—. No se atrevían a hacerle mal ni a echarlo, porque muchas personas venían a verlo, hacían que les diera testimonio del milagro y trataban de conocer el secreto de aquella curación. Él hablaba poco. Repetía a todos que dieran gracias «al Dios de Jesús». Después, un día donó a la sinagoga una teja con una inscripción grabada por él mismo. «En señal de agradecimiento al Omnipotente», dijo, y como memorial del prodigio que lo había curado delante de tantos testigos. Se la dio al rabino que, reacio, la recibió prometiendo que la pondría en un rincón de la pared exterior, pero después no lo hizo y la escondió de inmediato, antes de la caída de la tarde... dijo que era blasfema.

—¿Y el hombre?

—No sabemos dónde habrá ido a parar —dijo la mujer—. Aquel mismo día saludó a sus pocos amigos, entre los que estaban los cuatro que lo habían llevado ante Jesús, y después desapareció. Alguno dice que lo vio alejarse por la carretera hacia Judea, llevando a la espalda, enrollada, su camilla.

Lázaro observaba la pequeña llama. La primera huella que le proporcionaba una indicación parecía desvanecerse de repente. Pero decidió no rendirse.

—Aquel hombre —preguntó— no era el primero que Jesús sanaba en esta ciudad, ¿no es así?

—No, en los días precedentes curó a muchos, como te he dicho. Por eso fuimos en su busca... —respondió su compañero.

—Pero fue el primer parálítico —añadió la mujer con un punto de orgullo—. ¡Los otros tenían enfermedades menos graves! Él y sus amigos —dijo señalando al marido— creyeron que tenía posibilidades aún más grandes. ¡Y tenían razón!

—Ya —comentó el hombre—, y ahora estamos aquí. Jesús ha muerto como un delincuente, el amigo sanado y desaparecido, y a mí me toca trabajar sin paga durante una estación entera.

—La inscripción escrita por él —preguntó Lázaro—, ¿qué decía?

—¿Y quién pudo leerla? Solo la vio el rabino...

Permanecieron en silencio unos minutos.

Los niños roncaban bajito. La luz estaba a punto de apagarse. En aquella familia, el aceite era un lujo. Educadamente, Lázaro dijo que estaba cansado y que era hora de dormir. Pero la mujer tenía una última pregunta:

—¿Y tú, extranjero, no has oído contar algún hecho del tal Jesús en Judea? ¡Dicen... que incluso había resucitado a un hombre!

Lázaro miró a la mujer.

—No, no sé nada. Nunca he tenido nada que ver con él, ni me han hablado así, largo y tendido, como vosotros. Y os lo agradezco...

La mañana siguiente, Lázaro se ofreció a acompañar el carro que transportaba fuera de la ciudad la tierra de la excavación.

Junto al campo, el carretero y él se pusieron a descargar los escombros en una fosa.

Como había pensado, también habían llevado allí las piedras que componían la vieja sinagoga. Le sorprendió, no obstante, que fuesen tan pocas.

—¡Para el rabino no iban bien —bromeó su compañero—, pero para tanta gente corriente que se construye la casa con sus manos, también sirven aunque estén malditas!

Lázaro sonrió amargamente. Ahora la esperanza de recuperar, entre aquellos escombros, la piedra con la inscripción del paralítico curado era aún más remota de lo que había esperado.

Y mientras retornaban, ignorando al carretero que seguía charlando y bromeando, concluyó que solo había una posibilidad de comprender el misterio.

Por la tarde, como ocurría a menudo, vio que el rabino salía de su casa para una de sus visitas a algún notable de la ciudad o para alguna ceremonia doméstica. Siguió con la mirada los pasos del hombre que, por regla general, no volvía antes de un par de horas.

Apenas se alejó, mintió al capataz, lamentándose de un fuerte dolor en la espalda.

—Hoy solo cogeré media paga. Ahora busco un poco de sombra y descanso y mañana estaré como nuevo...

Llevó su herramienta a la cuadra y prestó mucha atención a que nadie lo mirase. Una vez dentro, actuó con rapidez. No fue difícil forzar la portezuela que unía la cuadra a los locales habitados. Prestó atención a cada rincón, tratando de dejar las cosas como estaban. Había una estantería con rollos dispuestos en orden, instrumentos de escritura, capas para la oración. Estaban los muebles normales de una casa.

Subió a la estancia superior. Era una sala amplia y luminosa, con alfombras de colores dispuestas en el suelo para acomodar a los visitantes y conversar con ellos. Estudió las paredes y no encontró nada.

Concluyó que la idea de que el rabino pudiese haber conservado aquella inscripción era equivocada. Descendió a la planta baja y se dispuso a salir. Después, algo atrajo su mirada: sobre el escritorio estaba, enrollada, una hoja de pergamino. La extendió y vio que el rabino había trazado algunas líneas de texto. Leyó y descubrió que se trataba de una especie de informe a los sacerdotes del templo de Jerusalén.

El resucitado sonrió: el rabino parecía muy preocupado por excluir que la loca predicación de Jesús fuese aún seguida entre la gente de Cafarnaúm.

Iba a dejar el rollo en su sitio cuando oyó los pasos de alguien que se acercaba a la puerta e introducía la llave para abrirla.

Lázaro no tuvo tiempo de pensar. Se precipitó de inmediato escalera arriba y se refugió en la estancia superior. Pero no consiguió moverse en completo silencio.

El rabino entró, sudó por un momento y después preguntó con voz desencajada:

—¿Hay alguien ahí?

Lázaro no respondió. Aguantaba el aliento.

El anciano avanzó por la estancia, mirando a su alrededor. Después se dispuso a subir a la planta superior.

En un instante, el resucitado decidió jugar la única carta que le quedaba.

Apenas entró el rabino en la sala, lo atacó desde detrás de la puerta con energía, le tapó la boca y le torció un brazo detrás de la espalda.

El hombre gimió de dolor y de sorpresa.

—¡Si pides ayuda te rompo el brazo y después te mato! —le susurró al oído.

El rabino asintió con energía. Temblaba.

—Ahora te destapo la boca, porque tenemos que hablar, ¿entiendes?

Otro gesto de asentimiento.

Lázaro liberó la boca del viejo, que empezó de inmediato a hacer preguntas y a protestar:

—¿Quién eres? ¿Eres... un espía del sanedrín? No tengo nada que esconder, ¡ya lo ves!

«Un espía del sanedrín...», pensó Lázaro. E inmediatamente, manteniendo doblado el brazo, le dijo al viejo:

—Sí, soy espía del sanedrín. ¡Hemos descubierto que en tus informes falta algo importante!

—¿Y qué es? —Se inquietó el rabino.

—Entre las diabluras que acaecieron aquí en la ciudad estuvo también la presunta curación de un hombre parálítico, ¿no es así?

—Sí... ¡He informado de ello!

—Cierto, ¡pero no lo has dicho todo!

El anciano sollozó:

—He escrito todo lo que sabía, ¡lo juro!

—Faltaban dos cosas, que nos han hecho sospechar... no sabemos dónde ha acabado aquel hombre y sabemos, en cambio, que vino a saludarte antes de partir...

—S... sí. Se fue y no me dijo adónde iba. Ni siquiera él estaba seguro. Deliraba acerca de un «Dios de Jesús» y quería realizar una peregrinación siguiendo sus huellas...

—¿Y no te dijo más? ¡Piénsalo bien!

—Me... me dio una piedra, con una inscripción blasfema. No he hablado de ella por el simple motivo de que la destruí inmediatamente...

—¿Y qué tenía escrito? —preguntó Lázaro apretando aún más su presa.

—Era... era un círculo. El sol creo. Y un triángulo, con un vértice que tocaba el círculo. Y debajo estaba escrita una palabra incomprensible...

—¿Cuál?

—*Dhanamjaya*... No la comprendía y también aquellos símbolos me parecieron

extranjeros. Aquel hombre se había consagrado a la adoración de un dios falso... y destruí aquel testimonio blasfemo de veneración...

Lázaro relajó la presa. El rabino dio un paso adelante; después tuvo que sentarse sobre una alfombra, por el dolor y la ansiedad.

—Ya sé bastante —le dijo Lázaro con severidad—. Y te creo. Ahora déjame salir y guárdate de hablarle a alguien de esta... visita. —Después se adelantó y, antes de acercarse a la escalera para descender, dijo aún—: Quedaos con mi último día de paga; lo ofrezco para la construcción de la sinagoga pura.

Quince días de camino siguiendo las huellas de un curioso peregrino.

Hacia Egipto, la tierra de los adoradores del Sol.

Alguien recordaba aún haber visto pasar por la carretera principal a un hombre con una camilla enrollada a la espalda. El hombre había llegado con seguridad a Heliópolis, la ciudad situada al principio del gran delta del Nilo, puerta del antiguo imperio y un centro de culto de entre los más importantes de aquella provincia romana.

Lázaro ignoraba si el hombre que había sido paralítico se había detenido en la ciudad. Pero, convencido como estaba de tener que comenzar allí su búsqueda, no perdió tiempo y se mezcló con la multitud de fieles que llevaban dones y elevaban incienso y oraciones a Hathor, diosa de la fertilidad, representada sobre las paredes del templo principal, en el acto de amamantar al hijo divino de Ra, el Sol.

Rodeado por una muchedumbre que se deshacía en aclamaciones, en el resonar de las melodías de los cánticos sagrados, el resucitado miraba aquella imagen y rogaba haber tenido la intuición justa.

Dejándose arrastrar por los creyentes, en medio de los cuales se distinguía a diversos romanos y griegos dedicados al redescubrimiento de las antiguas divinidades y de los cultos egipcios, llegó a los umbrales del edificio sagrado, ante el solemne portón donde algunos sacerdotes recibían las ofrendas de los peregrinos.

No tenía nada que ofrecer y no hablaba la lengua de aquella gente, pero, ante un sacerdote, trató de hacerse comprender mostrando su tesoro: el triángulo de oro.

El hombre intentó coger el objeto, pero Lázaro lo retrajo y estudió la reacción del egipcio a la vista de su amuleto. El otro, impaciente, lo echó con malos modos.

Pasó entonces a un segundo celebrante, empujando a la gente que protestaba contra aquel extranjero invasor. También le mostró la pequeña joya, sin provocar otra reacción que un irritado estupor.

Hizo lo mismo con un tercero y un cuarto hombre del templo.

De un tirón, una mano fuerte lo aferró por un hombro y lo sacudió con energía.

—¡Eh! ¿Pero qué estás haciendo? —le gritó un hombre en arameo.

Él se volvió. El peregrino, que venía como él de Oriente, estaba furioso, pero también picado por la curiosidad.

—¿Esperas hacerte entender? —le dijo. Después, se le acercó, observó el triángulo de oro y le preguntó—: ¿Quieres venderlo, en vez de ofrecerlo?

—No. Estoy tratando de descubrir si un hombre que tenía uno igual ha estado aquí antes que yo... ¿puedes tú hablar con ellos? ¡Ayúdame! ¡Te recompensaré!

El hombre se volvió a uno de los sacerdotes, ignorando la presión de las personas que empujaban y tendían los brazos detrás de él.

Mostró el triángulo e intercambió unas palabras con el egipcio. Este sacudió la cabeza, pero señaló al sacerdote que estaba unos pasos más adelante. Se acercaron a él y consiguieron interpellarlo.

Esta vez, el hombre asintió con una sonrisa. Después, hizo una seña a los demás para que los dejaran pasar.

Lo siguieron, bajaron una breve escalinata y recorrieron un amplio pórtico, que dominaba la explanada llena de gente. En las paredes había inscripciones y pinturas en honor de los dioses y escenas de la vida cotidiana, algunas de magnífica factura, otras más ingenuas y de rasgos menos elegantes. Lázaro comprendió que se trataban de imágenes ofrecidas al templo en recuerdo de una gracia o como intercesión por alguna necesidad particular.

Y en un punto de la amplia pared estaba el objeto que el resucitado esperaba ver: una camilla, colgada de un clavo por un hombre que un día estaba postrado y hoy caminaba libremente.

Conmovido, hizo que la persona que le estaba ayudando preguntara adónde había ido el hombre que había dejado aquel exvoto.

El sacerdote respondió sin dificultad. El intérprete se volvió y le dijo a Lázaro:

—Tu amigo, un hebreo, se ha consagrado a Ra. Ha hecho voto de castidad y ahora asiste a la escuela del templo.

Por la alegría, el resucitado abrazó al hombre que le hablaba y después le recompensó con un denario.

La diosa, que ofrecía un seno al hijo de Ra, asistía inmóvil a la escena.

Un chacal hizo oír su ulular desde una lejana duna del desierto.

Lo noche lo envolvía todo. Una pequeña hoguera daba luz a los dos hombres a los que el destino había reunido. Estaban sentados sobre una alfombra de hierba. El Nilo, silencioso, discurría a su lado.

Lázaro concluyó su relato y puso en el suelo el triángulo de oro que le había dado el hombre que había sido leproso, y ahora era el maestro de justicia de los esenios.

El novicio del templo de Ra recogió el objeto que relucía a la claridad de las llamas y lo sobrepuso al triángulo que tenía en su poder.

Eran idénticos.

Las palabras misteriosas pronunciadas por Jesús al llevar a cabo los dos milagros eran, en cambio, diferentes.

—¿Y dices que todos los que fueron curados por Jesús recibieron de él un triángulo de oro y una palabra... mágica?

Lázaro sonrió. También para él el enigma seguía siendo impenetrable. Pero comenzaba a comprender algunas cosas.

—No, no todos —respondió—, sino solo los que fueron curados de una enfermedad por primera vez. Los primeros de una serie: el primer leproso, el primer paralítico y así sucesivamente...

—¿Y qué te hace pensar eso?

—El hecho de que, cuando yo conocí a Jesús, en la última fase de su vida de maestro, en Judea, él realizaba curaciones y yo estuve presente... pero a ninguno, estoy seguro, le daba un objeto así ni le revelaba una palabra secreta. Cuando he visto que hizo esto con el primer leproso y después contigo, en Cafarnaúm, ciudad en la que comenzó a manifestarse como sanador, he pensado que fue así...

—Pero dime —preguntó el hombre que quería hacerse egipcio—, ¿no crees que él vino a Egipto?

Lázaro sacudió la cabeza:

—No lo sé...

El otro insistió:

—Tú dices que él era amigo tuyo y que te resucitó. ¿Pero sabes que vivió su infancia aquí, en la periferia de esta ciudad?

—Lo sabía, pero él no parecía darle mucha importancia a este hecho...

—Él fue amamantado en Egipto, como el joven dios representado en las paredes del templo, ¿y dices que este hecho no fue importante?

—Digo solo que su misterio es más grande... ¿no lo crees?

El novicio se levantó, ágil, sobre sus piernas. La conversación había acabado.

—Y yo digo que él partió de aquí —dijo con convicción— y, en consecuencia, también yo volveré a partir de aquí.

Lázaro también se levantó.

—Es justo —dijo—. Pero también es justo tratar de aclarar el misterio. Tú y otros muchos fuisteis curados. Yo, resucitado. A mí, quizá, me toca el cometido de comprender el vínculo que nos une para siempre.

El hombre que ahora era en todo semejante a un egipcio asintió gravemente:

—Entonces esto es para ti —dijo tendiendo a Lázaro su triángulo de oro también—. Yo ya no lo necesito y tú has recibido de Jesús la vida, un don más grande. Mi palabra de curación, de ninguna lengua conocida por nosotros, ya la conoces.

Y se despidieron después de un mudo abrazo.

—¿Adónde iremos, Tommaso?

La Ciudad Prohibida y la misma Pekín ya estaban a sus espaldas, y durante dos días llevaron sus caballerías hacia el norte. Viajaban solos porque así lo habían decidido, rechazando a los soldados generosamente ofrecidos por Zhang-Hou. Como única escolta, los caballos de reserva, que les serían más útiles que cualquier escuadra de soldados. Ellos mismos llevaban, para su defensa personal extrema, una espada corta y un puñal. Pero ciertamente, pensaba Grozio, no era el tipo de instrumento con el que se sintiera a gusto. En cuanto a Huang, esperaba no tener que volver a verlo nunca en acción con las hojas. No habían partido para combatir. Matar no era su oficio.

Se volvió hacia el amigo comerciante.

Era el momento de satisfacer su curiosidad.

—Lejos de aquí —respondió—. Hacia la meta que el mismo Marco Polo nos indica.

Y a la mirada interrogativa del chino, replicó:

—«Allá donde él yace»: así dice el fragmento del diario del viajero. Es la única indicación del lugar que tenemos a nuestra disposición, y el veneciano la dio porque, evidentemente, la consideraba fundamental.

—Pero nadie sabe dónde está sepultado Gengis Kan —objetó inmediatamente Huang—. También Zhang-Hou afirmaba que su tumba es desconocida. ¿No sería mejor encontrar al comerciante? Él nos diría cómo obtuvo aquellos fragmentos...

—¿Qué sabemos del comerciante? Solo una cosa: que viene del monte Alcay. ¿Sabes decirme tú dónde se encuentra esta cima?

El chino permaneció en silencio.

A pesar de lo que había insistido, ninguno de los geógrafos de la corte estaba en condiciones de indicar la ubicación del monte Alcay. Con arreglo a lo que sabían, podía encontrarse en cualquier punto de Asia.

—Y entonces —preguntó el chino, desorientado—, ¿por qué nos estamos dirigiendo al norte? ¿Cómo piensas encontrar la tumba de Gengis Kan? ¿Y cómo podemos salir airosos en una empresa que nunca nadie ha sabido llevar a término?

Grozio parecía ganar tiempo.

Cerró los ojos y se concentró. Después, a plena voz, recitó:

—Debéis saber que todos los Grandes Kanes descendientes de Cinghys Kanestán enterrados al lado de una montaña grande, llamada Alcay. Los grandes señores de los tártaros son llevados desde el lugar en el que mueren, aunque mueran a cien jornadas de viaje de aquella montaña.

»Y os digo otra cosa: que cuando los cuerpos de los Grandes Kanes son llevados para ser sepultados a esta montaña, todas las gentes que se encuentran en el camino por donde se lleva al muerto, en el espacio de cuarenta días de viaje, todas son pasadas a filo de espada y muertas.

»Y cuando los matan les dicen: “Id a servir a vuestro señor en el otro mundo”. Y así matan los caballos, e incluso los mejores, para que el señor los tenga consigo en el otro mundo.

Tommaso volvió a abrir los ojos, e hizo frente a la expresión dubitativa y maravillada del comerciante:

—¿Has oído el antiguo relato sobre la sepultura de los soberanos mongoles? Son palabras de *El libro de las maravillas* de Marco Polo. ¿No te parece una coincidencia extraordinaria? Encontremos el monte Alcay, amigo Huang, y encontraremos al comerciante que vendió sus mercancías en Pekín. Con él, descubriremos el secreto de Gengis Kan...

—¿Y la misteriosa secta de Lázaro? ¿Qué la vincula a Marco Polo y al gran Temuyín?

Grozio no respondió.

Desde que el emperador le había presentado los fragmentos del diario del comerciante veneciano, no había cesado de hacerse las mismas preguntas.

Pero para esas no tenía respuesta.

Tommaso recordaba perfectamente el pasaje del evangelio de Juan que contaba la prodigiosa historia del amigo del Mesías.

Lázaro de Betania, el hermano de María y Marta, había caído profundamente enfermo. Cuando las dos mujeres lo mandaron llamar, Jesús había respondido a los discípulos: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino para honra de Dios, para que ella honre al Hijo de Dios». Se preparaba así para sanarlo. Solo insistiendo había vencido, sin embargo, la resistencia de los discípulos: atemorizados por la posibilidad de una persecución, no querían volver a Judea.

«Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, voy a despertarlo». Los discípulos replicaron: «Maestro, si duerme se curará». Jesús se refería a la muerte, pero ellos lo interpretaron del sueño natural. Entonces Jesús les dijo claro: «Lázaro ha muerto. Me alegro por vosotros de no haber estado allí para que tengáis fe. ¡Ahora vamos a su casa!». Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a sus compañeros: «¡Vamos también nosotros a morir con él!». Jesús no había entrado todavía en la aldea: seguía donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con María en la casa dándole el pésame, al ver que se levantaba y salía a toda prisa, la siguieron pensando que iba al sepulcro a llorar. Cuando María llegó adonde estaba Jesús se le echó a los pies diciéndole: «Señor, si hubieras estado aquí no

habría muerto mi hermano». Al ver llorar a María y a los judíos que la acompañaban, Jesús se reprimió con una sacudida y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Ven a verlo, Señor». Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¡Mirad cuánto lo quería!». Pero algunos de ellos dijeron: «Y uno que le abrió los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera este?». Jesús, reprimiéndose de nuevo, llegó al sepulcro: era una cueva cerrada con una losa. Dijo Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del difunto, le dijo: «Señor, ya huele mal, lleva cuatro días». Jesús insistió: «¿No te he dicho que si tienes fe verás el poder de Dios?». Entonces quitaron la losa. Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Gracias, Padre, por haberme escuchado. Yo sé que siempre me escuchas; lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Luego gritó muy fuerte: «¡Lázaro, sal fuera!». El muerto salió. Llevaba los brazos y las piernas atados con vendas y la cara envuelta en un sudario. Jesús les mandó: «Desatadlo y dejadlo que ande». Muchos de los judíos que habían ido a casa de María y habían presenciado lo que había hecho creyeron en él.

Tommaso sabía que, desde aquel día, los judíos decidieron matar a Jesús. Porque, por boca de Caifás, sumo sacerdote, se había profetizado que la muerte de uno solo era mejor que el peligro para toda la nación: los romanos no tolerarían que se extendiese el movimiento mesiánico desencadenado por el Cristo.

¿Pero Lázaro?

Grozio, como su maestro Bruno y muchos otros antes que él, nunca creyó que Lázaro hubiese sido resucitado realmente. Estaba convencido de que los discípulos de Jesús, primeros compiladores de las Escrituras, habrían representado en el hombre de Betania su antigua vida para surgir a una nueva existencia en el Espíritu. Por eso el Mellizo había dicho: «¡Vamos también nosotros a morir con él!». Se trataba de un rito de iniciación, al que todos los nuevos adeptos tenían que adherirse. Pero ahora, aquella alusión de Marco Polo.

Cuando la secta de Lázaro quiera iluminar...

¿Iluminar qué?

¿Y qué secta? ¿Una secta que se inspiraba en Lázaro y en el acontecimiento vivido por él? ¿Una secta fundada por Lázaro en el curso de su misma vida? Esto habría llevado al personaje bíblico fuera de las páginas legendarias del evangelio para hacerlo llegar a la concreción de la historia.

Tommaso sintió un escalofrío.

El buen tiempo había reemplazado al frío de los meses invernales y ellos habían abandonado hacía tiempo la rica y fértil China.

Una mañana, superado el paso de Hutag-Ulul, vieron extenderse finalmente a sus pies la inmensa superficie esteparia del altiplano mongol. Hasta donde alcanzaba la vista, un mar de baja hierba amarga, único y pobre alimento de los animales de los nómadas.

—Es una empresa imposible —murmuró dubitativo Huang, conmovido por aquella vastedad—. ¿Hacia dónde nos dirigiremos?

—Solo podemos seguir adelante y adentrarnos en el país —replicó Grozio en tono estimulante—; encontraremos a alguien que nos indique convenientemente.

Cabalgaron sin detenerse, salvo para comer y dormir, vadearon diversos cursos de agua y atravesaron muchos valles herbosos. Pero tuvieron que esperar hasta el ocaso del tercer día para divisar unas tiendas negras que se destacaban en el horizonte contra el resplandor del sol poniente.

Solo estas resaltaban en el desierto de la estepa y Tommaso, de repente, sintió como nunca le había ocurrido el fuerte deseo de sentarse junto al fuego, de hablar con seres humanos semejantes a él, de escuchar una voz viva. Desde hacía demasiado tiempo viajaban mudos, presa de malos pensamientos, por las desnudas tierras al norte de la China.

La vista de las tiendas disipó en pocos instantes la melancolía de su ánimo. Sonrió a Huang, que le correspondió, también él aliviado. Y de inmediato se percataron de que, en las proximidades del pequeño campamento, un rebaño de ovejas se alimentaba de la escasa hierba de la planicie. Un pastor a caballo montaba guardia.

Empujando lentamente a los animales, se acercaron.

—¿Por qué son solo dos las tiendas? —preguntó Tommaso, sorprendido.

—Los mongoles no viven en tribus como los nómadas de otros pueblos —le explicó el chino—. Las tiendas son siempre pocas y acogen a una sola familia. Están orgullosos de su independencia y no quieren compartir con nadie estos espacios vastísimos. Afirman que pueden cuidar de sí mismos y que no necesitan a nadie del mundo exterior. Entre un grupo de tiendas y otro hay también varios días de camino. —Después, inesperadamente y con tono de desprecio, añadió—: Son salvajes, pero su compañía hoy es mejor que nada...

El pastor alzó una mano en señal de saludo.

El hombre calzaba altas botas, hasta las rodillas, y una chaqueta, bien ceñida por una faja.

Sin proferir palabra, tomó las riendas de los caballos y los ayudó a desmontar. Después, los invitó a entrar en su morada.

Grozio atravesó el primero el umbral y dirigió una mirada a su alrededor. La tienda era redonda y su interior, acogedor. Se inclinó respetuosamente ante el pequeño altar doméstico: comprendió, gracias a la luz que se filtraba del exterior, que estaba orientado al norte e intuyó que todo, en aquel minúsculo ambiente, servía para

reproducir el universo. La puerta se encontraba en el lado opuesto, hacia el sur, y los mástiles de sostén centrales, a mitad de camino entre el altar y la entrada, no podían ser sino los ejes del mundo. Conmovido, sintió que aquella gente tan alejada de él era hija de la misma tierra que lo había parido, y comprendió que algo más profundo lo unía a ellos. El puesto de honor también se encontraba al norte, próximo al del señor de la casa: Tommaso se sentó en silencio, con las piernas cruzadas, agradeciéndolo con una inclinación al cabeza de familia. Se llamaba Had. Después, la mujer, que tenía por nombre Gunga, puso el hervidor sobre la estufa y se dispuso a hervir el agua para el té.

—¿No preferís vivir en una verdadera casa? —preguntó Huang al mongol.

—No puedes moverte si tienes una casa —le respondió con sencillez, pasando por alto el acento de suficiencia del comerciante. Y añadió que, aquel año, para encontrar buenos pastos, ya se había desplazado la familia tres veces. Para desmontar la *ger* no se tardaba más de una hora.

—¿Vivís aquí dentro todo el año?

Tommaso pensaba en las gélidas temperaturas de la estación invernal, y dudaba que las paredes de fieltro de la tienda pudieran proteger del frío a la familia.

El hombre resumió:

—Con el otoño, nos trasladamos a las praderas que están a menor altura para guardar en seguro los rebaños y matamos muchas cabras y ovejas, para comer bien y reforzarnos el cuerpo. Pero no tenemos alojamientos más sólidos que este.

Después, el nómada, curioso, se inclinó hacia Huang y le susurró algo al oído. El chino asintió y, a su vez, le habló a Grozio.

—Had pregunta cómo se encuentra aquí el extranjero que viene de tan lejos.

Tommaso respondió sin desviar la mirada deferente de su anfitrión:

—Dile que estamos buscando el monte Alcaj. Dile que estamos seguros de ir en la dirección justa. Pregúntale si ha oído alguna vez ese nombre.

El comerciante tradujo la pregunta, pero la expresión desorientada del pastor dejó claro de inmediato que nunca había oído hablar del monte. En el rostro de los dos huéspedes se pintó la desilusión y, a renglón seguido, el nómada, como para disculparse de su ignorancia, ordenó despreocupadamente a la mujer que le sirviera una taza de té hirviente a Grozio. Después, dirigió a los dos hombres una invitación.

—Dice que te contará la historia del joven Temuyín, de manera que sepas realmente de qué temple está hecho el pueblo de Mongolia.

Tommaso se dispuso a escuchar, y se extendió sobre la estera que Gunga había preparado para ellos. Así, mientras la noche se adueñaba de la estepa, la voz del pastor penetró con facilidad en su conciencia, aturdida por el calor de la tienda y por el cansancio. El viejo casi cantaba, más que recitar, y solo se interrumpía para beber leche de yegua fermentada.

—En el tiempo en que nació el gran Temuyín, en Mongolia vivían treinta tribus de nómadas. Eran hombres bastante pendencieros, depredadores, incapaces de

obedecer las órdenes de un jefe. Y el chico sufrió en propia carne la experiencia de este talante malvado, porque, cuando tenía nueve años, su padre Yisugai fue envenenado por un miembro de una tribu rival. Era una venganza: Yisugai, jefe de tribu de bajo rango, había expoliado a aquellos hombres. Abandonados a su suerte, para sobrevivir, Temuyín y sus hermanos pescaron y cazaron marmotas, mientras la madre recogía bayas. Pero el joven era inteligente y pensó de inmediato hacerse de aliados. Uno de ellos era Yamuqa, que se convirtió en su *anda*, su hermano de sangre. Otro era Togril, el jefe de una tribu amiga. Ellos mismos fueron a socorrer a Temuyín cuando unos rivales raptaron a su mujer niña, Borte. Él se la arrebató con las armas y fue aquella la primera batalla victoriosa del jefe.

El pastor hizo una pausa y saboreó un sorbo de leche.

—Ya hombre, Temuyín sometió a su control muchas tribus mongolas, con la conquista o concediéndoles el botín de sus correrías. Y cuando derrotó al clan que había matado a su padre, no tuvo piedad de ninguno. Los hombres fueron masacrados; las mujeres, violadas y después reducidas a esclavitud, junto con los niños, y hoy no queda huella de aquella tribu. Pero el predestinado todavía debía guardarse de la traición de los amigos. Yamuqa y Togril, aliados un tiempo y celosos de su creciente poder, se le opusieron duramente, hasta que su ejército quedó destruido en una feroz batalla que duró tres días. Al fin, Temuyín derrotó también a los Naiman, la última tribu enemiga poderosa. El mismo Yamuqa, huido, estaba con ellos. Cuando fue capturado, pidió una muerte rápida y el jefe se lo concedió: él mismo fue a cortarle de cuajo la cabeza. Nadie podía ya obstaculizar el ascenso del hijo de Yisugai, y poco antes de cumplir los cuarenta años de edad, el *kuriltai*, la gran asamblea mongola, lo coronó Gengis Kan, que quiere decir el Jefe Fuerte, el Soberano Océano, el Dominador del Mundo. Desde aquel día, comenzaron a florecer las leyendas sobre su valor, y todas comenzaban así: «Erase una vez un lobo gris azulado cuyo destino había sido decidido por el Cielo Supremo. Su mujer era una cierva rubia...». Estas historias me las contó mi padre, yo se las he contado a mis hijos, y ellos se las contarán a mis nietos. De manera que la fama de Gengis Kan, honor de nuestro pueblo, dure eternamente...

Tommaso se agitó, pensando en cuanto había oído.

Dejó que transcurriesen entre ellos unos momentos de silencio; después preguntó:

—Tu relato es muy interesante, anciano, y nosotros viajamos precisamente sobre las huellas de Gengis Kan, el conquistador. ¿Cómo hacer para encontrar la dirección justa en nuestro camino?

El hombre reflexionó unos instantes.

Al final dijo:

—Fiaos de la sabiduría de nuestras tradiciones. Solo así llegaréis adonde deseáis.

Y tras estas palabras, Grozio cerró los ojos, cayendo en un sueño profundo, agradecido por tener sobre la cabeza un techo, tranquilizador aunque frágil, tras varias semanas de viaje.

El águila había vuelto.

Con las plumas apelmazadas y trozos de carne en el pico, se posó en el brazo de Terai, el halconero que, como sus aves, cultivaba desde milenios el instinto cazador del feroz animal:

—Cuando los mongoles vinieron al mundo —había dicho—, el águila ya temblaba en su brazo.

El hombre, aunque experto, tenía que esforzarse para sostener la rapaz, que alargaba las largas alas, movida por el deseo de emprender de nuevo el vuelo.

Terai cazaba a menudo desde aquella altura.

Observaba cómo su compañera evolucionaba majestuosa por el aire en círculos cada vez más reducidos hasta que individuaba la presa y se le echaba encima. Entonces saltaba sobre ella y la agarraba: debía llegar antes de que dañara con las garras la piel del animal capturado, o de que este hiriese al ave debatiéndose en la agonía.

—Aquí no llueve —había contado—, y la roca de esta tierra es imposible de cultivar. Sin mi amiga, moriría.

Sostenía a su hembra con amor.

El animal, más agresivo que el macho, compensaba con su hambre y con su vista agudísima la pobreza de Terai, procurando el alimento para sí misma y para su hombre. Grozio no comprendía cómo había conseguido conquistar el favor del animal.

—Capturarla es sencillo. Amarro una red y la tiendo al aire libre, sujetándola con delgados bastones. En medio, pongo una liebre muerta y un cuervo vivo. Cuando el águila desciende para espantar el cuervo y robar la liebre, la trampa salta y la red le cae encima. Las verdaderas dificultades empiezan cuando trato de domesticarla.

Aquella mañana habían visto un ejemplar en cautividad: tenía las patas atadas con tiras de cuero fijadas a un bloque de madera, y el bloque de madera estaba unido a una cuerda. Cada vez que trataba de volar, el animal acababa cabeza abajo.

—Se debate también durante dos días —explicó el mongol—, pero yo soy más paciente que ella. Y cuando se rinde, exhausta, puedo adiestrarla para que venga hacia mí después de la caza.

Ahora el animal estaba nuevamente dispuesto a emprender el vuelo. Pero, por un instante, el hombre la aguantó, susurrándole algo a una oreja, con voz dulce y persuasiva.

Después, afirmó solemnemente:

—Donde se detenga para agarrar la presa, aquella será la dirección que deberéis tomar, la dirección en la que surge el monte que buscáis.

Tensó el brazo y el águila se alejó de inmediato, rompiendo el aire con el batir de sus alas. Subió a lo alto, cada vez más, hasta convertirse en un punto indistinguible contra el azul profundo del cielo. Ya muy distante de su amo, la vieron detenerse,

abandonándose, majestuosa, a la corriente. Un instante después la vieron descender. Solo realizó en el aire dos giros, antes de lanzarse en picado hacia tierra. No divisaron qué animal había visto, a cuál le habría tocado en suerte la terrible presa de aquellas garras. Pero la imaginaban aferrando las patas de su presa y golpeándola en la cabeza con el pico, una y otra vez, hasta matarla.

—Vamos —dijo Terai.

Alcanzaron pronto la gran rapaz.

Una espléndida zorra apenas había dejado de debatirse entre sus garras.

El mongol silbó suavemente y el águila volvió a posarse sobre su brazo. Le puso la capucha, dispuesto a regresar a casa. Después se volvió hacia Tommaso y Huang, mientras con la mano libre indicaba el Oriente.

—El águila se ha dirigido hacia donde surge el sol. Id también vosotros hacia aquella parte. Y allí encontraréis respuesta a vuestras preguntas.

El sicario estaba sentado, cauto, delante del fuego.

La llama, bajísima, era poco más que una rojez sobre las brasas ardientes, y él la cubría con su propio cuerpo, escondiéndola a la vista.

En aquella planicie interminable, carente de relieves y de árboles, incluso el resplandor más fugaz podía percibirse a millas de distancia. Y, ciertamente, él no quería ser visto por sus «clientes».

Comió con gusto el pan tostado, después cubrió rápidamente los restos del fuego y se envolvió en las pieles de animales que lo protegían del frío de la noche. El cielo estrellado, único testigo de su fogata, parecía alzarse amenazador sobre él. Antes de adormilarse, lo observó con atención. Reconoció Dubhe y Merak, las dos estrellas mayores del Carro Mayor: la línea que las atravesaba apuntaba directamente hacia la Polar, en el Carro Menor, señal del polo norte celeste. Y halló en ello confirmación de lo que ya había comprendido durante el día, gracias a la observación del Sol. El chino y el europeo se dirigían al Este, desde hacía ya bastante tiempo.

Él sabía bien qué buscaban, pero no sabía si lo habrían encontrado.

En cualquier caso, tenía órdenes precisas.

No debía tocar un cabello a ninguno hasta que no resultara evidente que se acercaban peligrosamente a la meta.

Respetaría las órdenes.

No le gustaba matar.

Y, ciertamente, solo a cambio de un buen montón de dinero podía aceptar asesinar a uno de los hombres más poderosos y peligrosos de China.

El sicario era prudente. Sabía con quién tenía que habérselas. No se arriesgaría a fracasar.

La llanura del río Onon se extendía a sus pies, hasta perderse de vista. Las lluvias estivales la habían recubierto de un manto de aguas, del que apenas estaban emergiendo ahora los ricos pastos. En breve, el pueblo de los pastores podría moverse de nuevo, en el eterno vagabundeo de los nómadas, a la búsqueda de la hierba más grasa.

—En alguna parte, aquí alrededor —dijo Huang, en voz baja y cargada de respeto—, nació un día un niño al que se le impuso el nombre de Temuyín. Y por eso, precisamente en este lugar, miles de niños se reúnen cada año para celebrar su recuerdo. Entre ellos, quizá, alguno igualará en el futuro su empeño... y volverá a darnos quebraderos de cabeza.

Grozio no respondió.

Observaba asombrado a miles de jovencísimos nómadas que cabalgaban en la llanura en un carrusel sin fin y descargaban así su propia exuberancia.

—Es la fiesta de Naadam —explicó el comerciante—. Durante dos días, los pequeños mongoles competirán en frenéticas carreras de caballos, se enfrentarán en el tiro con arco y se revolcarán por la tierra en la lucha.

Tommaso observó que el más pequeño de los participantes podía tener quizá cinco años, mientras que el mayor no superaba aparentemente los doce. Junto a ellos, divisó a muchísimas chicas.

—He ahí algo que para nosotros no sería posible...

—Muchas cosas de los mongoles no son posibles en los pueblos civilizados —refunfuñó Huang—. El gran Gengis llevaba siempre a las mujeres consigo a la batalla. Seguían a los hombres con cometidos precisos.

—¿Cuáles?

—Matar a los heridos a cuchilladas y recuperar las flechas.

Grozio, perplejo, observó al chino:

—Huang, hay una cosa de ti que no entiendo...

—Te escucho —respondió, seco, el otro.

—Muestras siempre gran admiración por Gengis Kan... pero también un gran desprecio por su pueblo.

—Venero al conquistador —respondió sin reticencias el comerciante—, el genio universal que puede hacer de un pueblo el más fuerte de la Tierra. Me da pena y detesto esta masa de ignorantes. Ni siquiera siguiendo a un jefe tan grande han sido capaces de elevarse de su estado primitivo. Tenían el mundo en sus manos y lo han dejado escapar.

Después, al ver un repentino ondear de las cabezas, espoleó el caballo y se acercó al centro del campamento:

—¡Sígueme! ¡Está sucediendo algo!

Cuando desmontaron, tuvieron que abrirse paso a codazos entre la multitud de adultos. Y pronto comprendieron qué había inducido a aquellos hombres a ignorar la carrera de los niños para reunirse alrededor de las tiendas. Allí se estaba desarrollando un espectáculo decididamente más interesante. Un grupo de soldados chinos atacaba ferozmente a cuatro mongoles de mala pinta, culpables de alguna fechoría.

Huang se burló al oír a sus compatriotas.

—¿Qué sucede? —le preguntó Tommaso.

—Son cuatreros —respondió el comerciante—, y reciben el justo castigo por su delito. Robar ovejas, cabras o caballos en un país que vive de estos animales es una culpa peor que el asesinato.

Los soldados estaban masacrando a bastonazos a tres de los mongoles.

—¿Por qué el cuarto está atado al palo?

—Es el jefe... y por como ha quedado, deben de haberlo tratado antes a base de

bien.

El hombre tenía la ropa hecha jirones. Largas manchas de sangre se apreciaban sobre su cuerpo, y el rostro, hinchado por los golpes, no mostraba rasgos humanos reconocibles. Había perdido el conocimiento, y Grozio comprendió que a él le tocaba la condena mayor. Nunca habría esperado, sin embargo, ver a su compañero intercambiar una mirada de entendimiento con el jefe de la escuadra y acercarse al hombre apaleado.

Tommaso se horrorizó, intuyendo lo que ocurriría.

Huang tomó la espada, que le entregaba el oficial, y la elevó en el aire, manteniéndola recta ante sí.

—¿Estás dispuesto a pagar por tus errores? —susurró al condenado.

El hombre atado al palo apenas elevó la cabeza. Ni siquiera tenía fuerzas para gritar. El chino descargó el golpe con fuerza. La hoja penetró en el cuerpo del mongol a la altura del hombro derecho, atravesó el tórax y salió por abajo, hacia el costado izquierdo. En el silencio atónito de la muchedumbre, se sintió claramente su siseo y el ruido gorgoteante de las carnes laceradas.

Tommaso, sacudido por las arcadas, se inclinó para vomitar.

Y de repente, recordó lo que Marco Polo decía de la justicia mongola:

La justicia se hace allí como os diré.

Es cierto que, si alguien roba una cosa pequeña, no por esto pierde la vida. Se le dan siete bastonazos o doce o veinticuatro, hasta ciento siete, según la importancia de la ofensa.

Pero si alguno roba tanto que deba perder la vida, como un caballo u otra cosa grande, es cortado por la mitad con una espada. Y solo si paga nueve veces el valor del bien robado se salva la persona.

Estaba aún inclinado hacia el suelo, con la boca llena de un sabor amargo, cuando una mano se posó en su hombro.

—De este modo damos una lección a todos, incluidos los niños. Y se la damos según su ley. —Miró hacia Huang, que sonreía, irónico—: Nos place respetar los usos de los pueblos sometidos...

Grozio se incorporó, espantado, y, por primera vez, se preguntó quién era verdaderamente el hombre que respondía al nombre de Huang-Minsha, comerciante chino.

Tommaso divisó Karakorum, la antigua capital del Imperio de las Estepas, extendiéndose de repente ante él.

Grande y bien diseñada, ocupaba la amplia explanada a los pies de la colina. Distinguía con claridad los distintos barrios y la trama regular de las calles, e imaginó

a los maestros constructores de Gengis Kan que, desde aquel mismo punto de observación, habían decidido qué forma dar a la ciudad. Observó la tierra alrededor, buena para cultivar, y las aguas del río. No le sorprendía que el *condotiero* hubiese escogido un lugar tan favorable. Y estimó que en Mongolia no debía de haber muchos más lugares tan buenos como aquel.

Ahora, de la ciudad no quedaba más que un cúmulo de ruinas. Y un solo hombre la custodiaba, un nómada pagado por los chinos para que mantuviese alejados a sus compatriotas de aquel lugar.

—Preocupaciones inútiles —observó Huang—, y dinero malgastado. En Pekín temen que esta gente pueda hacer de Karakorum un santuario de la pasada grandeza mongola. Se equivocan. Hoy los pastores solo piensan en sus animales. —Después añadió—: Es un lugar de muerte. Pero debemos, no obstante, acampar aquí por la noche...

Desmontaron del caballo y buscaron el resguardo de un muro que los protegiera, al menos en parte, del fresco nocturno. Aunque fuese verano, tras la puesta del sol la temperatura descendía notablemente. Después, mientras hervían un puñado de arroz al fuego, Tommaso se volvió al guardián de la ciudad, que hasta aquel momento no había dicho palabra alguna.

—¿Dónde vivía Gengis Kan?

El hombre se sorprendió por su costumbre de estar en silencio y respondió:

—Ninguno de nosotros cree que Temuyín habitase realmente en uno de estos palacios.

—¿Qué quieres decir?

—Era un nómada, y estoy seguro de que viviría como cualquier mongol, desde hace milenios: en una tienda, fuera de la ciudad, bajo las estrellas. Aquí quizá habitaran dignatarios y funcionarios...

—No te dejes engañar por las palabras de este hombre —intervino, irónico, Huang—, las tiendas del emperador probablemente se asemejasen a auténticos palacios móviles. —El chino se rio—: Era un gran conquistador, pero seguro que no rechazaba las comodidades ligadas a su posición...

Grozio miró a su alrededor.

—Son unas ruinas imponentes...

—Cierto —afirmó con orgullo el mongol—, difícilmente la tierra volverá a ver a otro jefe tan poderoso y ambicioso como Gengis Kan. Y Karakorum reflejaba su fuerza.

Después, indicando lo que quedaba de las murallas, explicó:

—Eran altísimas y tenían cinco mil pasos de largo, porque debían proteger el corazón del Imperio de las Estepas. El palacio de Gengis Kan era de granito, sostenido por sesenta y cuatro grandes columnas de madera. Y dentro del perímetro de la ciudad se construyeron mezquitas, iglesias, edificios de todo género, almacenes y establos.

—¿De dónde sacó el dinero necesario para edificar todo esto?

—Por aquí, extranjero, pasaba uno de los ramales de la Ruta de la Seda —e indicó hacia Occidente—. Temuyín controlaba el tráfico que unía China a las tierras de las que tú provienes. El imperio se construyó sobre la sangre de los guerreros, pero su centro latía gracias a comerciantes y artesanos. Gengis Kan volvía aquí al término de cada campaña, y aquí recibía a los poderosos extranjeros. A menudo llegaban embajadores europeos, pero también venían los príncipes rusos y caucásicos y, naturalmente, los chinos.

—Al ver estas ruinas, no se diría que la gloria de Karakorum durase mucho —observó Grozio—. ¿Qué sucedió?

El vigilante reflexionó un momento.

Ya había entrado en su papel y contaba con la misma expresión soñadora que habían notado en el rostro de Had, el nómada.

—Cuando Gengis murió, en Karakorum se reunió la gran asamblea que escogió como Kan a su hijo Ogedei. Y Ogedei embelleció aún más la ciudad, haciéndola una de las más famosas y poderosas de su tiempo. A Ogedei le sucedió Guyuk, hijo de Gengis, que debió combatir contra muchos rivales para mantener el poder. Murió joven y Karakorum quedó sin soberano, hasta que fue elegido como rey Mongke, al que siguió Kublai, nieto de Gengis Kan.

Una sombra cubrió el rostro de Huang, y el chino susurró:

—Sabemos bien quién era...

El otro hizo como si no lo hubiese oído:

—Kublai, elegido Kan, se dedicó a las cosas del imperio, reformando la administración. Después, prestó oídos al reclamo de guerra que venía de su sangre y partió a la conquista del mundo. Cuando optó por transferir la capital a China, Karakorum, la ciudad querida por Gengis, se convirtió en una simple capital de provincia. Siglo y medio después de su creación, los chinos de la dinastía Ming la saquearon, destruyéndola. Quisieron vengarse de la opresión sufrida por mano de mis antepasados, y se dice que en aquella ocasión murieron muchos mongoles, y más de setenta mil fueron hechos prisioneros.

—La historia sigue su curso —comentó, seco, Huang—, y nadie puede cambiarla...

Tommaso se alejó unos pasos del fuego.

Desde la entrada del eje principal de la ciudad se destacaban a derecha e izquierda las ruinas de los mayores palacios de la capital.

Después, se inclinó: un destello metálico atrajo su atención. Era una moneda. El perfil del caudillo miraba hacia Oriente. Allí —el veneciano lo sabía— se conservaban las riquezas en las que Gengis Kan ponía su mirada amenazadora. El Oriente, la China: aquello había sido el corazón de sus deseos. Pero solo su nieto había colmado las ambiciones: someter la milenaria civilización del río Amarillo y del río Azul.

Grozio cogió un puñado de arena.

Entre sus dedos se deslizó un pedazo de cuero, quizá un fragmento de una correa. Comprendió que toda la vida cotidiana de Karakorum, en sus mil detalles, estaba sepultada bajo sus pies. Para sacarla a la luz, bastaría patear simplemente la tierra que todo lo recubría.

Al final, la voz de Huang lo rescató, interrumpiendo sus pensamientos.

El chino se le había acercado y no escondía su preocupación:

—Mañana partiremos a primera hora. Para alcanzar las montañas de Mongolia tenemos que recorrer todavía un largo camino. Y tu esperanza de que alguien nos encaminase ha resultado vana. Ni siquiera el vigilante de la antigua capital, que no es precisamente el más ignorante de los mongoles, ha oído hablar nunca del monte Alcay...

Tommaso se puso en pie y abrazó con la mirada la vastedad de las ruinas de Karakorum.

—Tienes razón, hasta ahora, nadie ha sabido decirnos dónde se encuentra el lugar de la sepultura de Temuyín. Pero estamos seguros de estar en el camino preciso. Y tengo una idea...

Sonrió ante la mirada sorprendida del compañero.

—Huang, es hora de volver a la civilización.

El sicario espoleó el caballo, poniéndose lentamente en marcha hacia abajo por la cresta de la altura.

Se preguntó qué había sucedido.

El chino y el italiano habían abandonado la dirección seguida durante semanas, que los había llevado a las montañas nororientales de Mongolia, y habían virado de improviso hacia el sur.

Cuando el sol estaba ya alto en el horizonte, comprendió que no se trataba de una desviación momentánea, y echó una ojeada al mapa. Los dos hombres solo podían estar dirigiéndose hacia la gran ciudad de Modot.

¿Qué esperaban encontrar? Sin duda, no solo provisiones.

Debía de tratarse de otra cosa. Reflexionó y comprendió que solo había una posibilidad. Tenían que encontrar a alguien.

El sicario acarició inconscientemente con los dedos la empuñadura de la espada. Intuyó que se acercaba el tiempo de acción.

Y un escalofrío le atravesó la espalda.

El rostro de Gengis Kan lo miraba desde el portal del palacio del gobernador de Modot, la capital de la mayor provincia mongola.

Tommaso no pudo menos que pensar, irónico: «El dignatario enviado por Wan-Li para gobernar estas tierras es chino y no es estúpido. Sabe que mostrar a los nómadas el rostro del antiguo conquistador significa ganarse la mitad de su apoyo... a pesar del homenaje debido al Hijo del Cielo».

El veneciano se acercó a la gran placa de bronce finamente trabajada. El caudillo mostraba los duros rasgos orientales de los mongoles, acentuados por el mentón cuadrado. Unos finos bigotes descendían hasta las comisuras de la boca, marcada por unos labios llenos, y un mechón de cabellos sobresalía del casco con plumas que denotaba su rango. La nariz era fuerte y fina, la mirada, fruncida: pero unos ojos tan vivos no explicaban qué había llevado a aquel hombre a la conquista del mundo. Sus descendientes lo juzgaban un gran caudillo, un pacificador y unificador. Otros pueblos lo consideraban un demonio, salido de las tinieblas al frente de una horda de diablos para sembrar muerte y destrucción en el mundo.

Nadie, y esto era el tormento del emperador Wan-Li, sabía cómo lo había hecho. ¿Cómo habían podido sus ejércitos atravesar intactos unos desiertos inaccesibles? ¿Quién le había transmitido, y tan rápidamente, la capacidad de construir unos rodillos letales y el secreto del fuego inextinguible? ¿Cómo habían conseguido desviar el curso del Amur Darya, el gran río, para inundar y conquistar la ciudad de Urgenc?

Tommaso reflexionó sobre la escasa ayuda que Marco Polo le ofrecía en aquel caso. Tampoco él, en *El libro de las maravillas*, se había extendido en detalles sobre las extraordinarias conquistas de Gengis Kan. Y sí que habría habido que contar. En especial para un viajero que muchas veces se detenía en torno a personajes bastante menos destacados. En cambio, sobre el mongol había sido parco. Grozio volvió con el pensamiento al escaso fragmento en cuestión.

Ocurrió que, en 1187, los tártaros proclamaron rey a Cinghys Cane. Este era hombre de gran valentía, sabio y bravo; así, cuando fue nombrado rey, todos los tártaros que vivían en aquellas regiones vinieron a él y lo tuvieron por señor.

Cinghys Cane mantuvo el mando bien y con fuerza, tanto que a él acudió una multitud de tártaros increíble. Cuando Cinghys vio tanta gente se preparó con ellos para ir a conquistar otras tierras. Y os digo que conquistó en muy poco tiempo ocho provincias. Y no hacía mal a los que capturaba, ni robaba sus bienes. De hecho, ellos lo seguían para conquistar otras regiones; y

conquistó de este modo muchas regiones. Y todo pueblo seguía de buena gana a aquel señor, viendo su bondad.

Cuando Cinghys se vio rodeado de tanta gente dijo que quería conquistar todo el mundo.

Tommaso no se sorprendía por las alabanzas dirigidas por Marco Polo a Temuyín. Había estado en China en la época de Kublai, descendiente directo de Gengis, cuando los nómadas dominaban gran parte de Asia y, seguramente, le habían presentado al caudillo a su mejor luz. Pero le sorprendía que un observador agudo como el veneciano no se hubiese planteado las preguntas fundamentales.

Que no se hubiese preguntado de qué modo el guía de un pueblo nómada, disperso y poco numeroso, había mantenido unido medio mundo. A qué virtudes desconocidas había recurrido para realizar su obra. Y por qué el recuerdo de estas virtudes se había desvanecido rápidamente en la niebla del tiempo.

—Vos no tenéis los ojos de almendra. ¿De dónde venís?

El gobernador saltó. No estaba habituado a sentirse interpelar de aquel modo, y reaccionó con dureza:

—¡Soy yo quien hace las preguntas, extranjero!

Después se volvió a Huang, que había apoyado la rodilla en tierra.

—¿Por qué tu compañero no se inclina en señal de reverencia? ¿Y cómo puede un hijo del Imperio del Medio hacerse acompañar de un hombre tan patán?

El comerciante respondió sin levantar la cabeza.

—Has visto nuestro salvoconducto, mi señor. Y sabes que venimos de Pekín. Por esto pedimos audiencia, esperando ser escuchados...

El hombre hizo un gesto y los guardias salieron.

Después observó intrigado a Tommaso Grozio.

—Yo vivo aquí desde siempre, porque aquí nací. Pero mis antepasados nacieron en Occidente. Eran hijos —afirmó el funcionario con orgullo— del gran reino de Corasmia. Traídos aquí como prisioneros, sufrieron la esclavitud mientras los mongoles, condenado sea su nombre por la eternidad, gobernaron el mundo. Solo su caída y el ascenso de la dinastía Ming les permitió tener derechos de ciudadanía. Yo no soy chino, pero gobierno una provincia del imperio. Y mi corazón es propiedad del gran Wan-Li.

El dignatario se acercó a las grandes ventanas que daban a la plaza del mercado de Modot. Ordenó a los viajeros que se aproximasen y preguntó:

—¡Mirad cuánta actividad! ¿Oís el batir de los martillos sobre el hierro? ¿Y el olor de las brasas que ablandan el metal? Aquellos artesanos son mis hermanos: venimos todos de la misma tierra...

Y, mientras su mirada se perdía en el vacío, continuó sin hacer caso a los dos visitantes.

—Mis antepasados salieron como esclavos por la gran Puerta de la Alegría de

Samarcanda. De aquella misma puerta salían las caravanas que recorrían la Ruta de la Seda. La ciudad contaba entonces doscientos mil habitantes y sus artesanos producían sillas, lámparas de cobre, porcelanas, lamé de plata. Un acueducto irrigaba la llanura y los jardines florecían. Samarcanda, como Bujará, Merv, Herat y Nishapur, era una ciudad riquísima y prosperaba bajo la guía de Mohamed, soberano del reino de Corasmia. Pero todo esto acabó de repente, cuando Gengis Kan y sus hordas se presentaron delante de las murallas de la ciudad. Irrumpieron como una nube de langostas de la estepa y destruyeron todo lo que encontraron a su paso. Eran más numerosos que las hormigas y las langostas, más numerosos que los granos de arena del desierto y que las gotas de lluvia. ¿Quién habría podido oponérseles? Mohamed tenía un ejército de cien mil hombres, pero ni siquiera ellos eran suficientes para hacer frente a los mongoles. Lo sabía y por eso abandonó la ciudad con buena parte de los suyos.

El hombre sacudió la cabeza:

—Demostró que era un jefe tan agudo y sagaz en tiempo de paz como cobarde y dañino en tiempo de guerra. Pensó en salvar la estirpe y creyó que defendería mejor sus propiedades retirándose. En cuanto a nosotros, después de una sola jornada de combates, nuestros nobles abrieron las puertas de la ciudad y pidieron piedad. Pero Gengis Kan no se mostró misericordioso, y casi nadie salvó la vida. Tenía que vengar una injusticia demasiado grande...

Grozio conocía aquella historia.

Se la había narrado al mismo Huang, en el curso de las largas jornadas pasadas cabalgando en la estepa. Pero dejando que diera rienda suelta a su necesidad de relatar, se congratiarían con el gobernador.

Por eso se volvió a él en tono obsequioso.

—¿A qué injusticia os referís, mi señor?

—Cuando sus posesiones llegaron a lindar con las de Corasmia, el mongol envió a Mohamed, en señal de amistad, una caravana de cuatrocientos cincuenta comerciantes, cargada de jade, marfil, oro y lana de camello blanco. Pero el gobernador de Utrar, sospechando que fuesen espías, los mató. Una ofensa tal quizá pudiera ser reparada, pero Mohamed cometió un error aún más grave. Cuando Gengis mandó a un embajador a pedir que el soberano entregase al gobernador de Utrar para que fuese castigado, el rey mató al mensajero y envió de vuelta la cabeza. Fue un absurdo: los mongoles creen en la inviolabilidad de los embajadores, y matarlos es para ellos un crimen innoble.

—¿Qué hizo el Kan para vengarse?

—En Samarcanda, muchos soldados no querían rendirse y unos mil de ellos encontraron refugio en la mezquita. Pensaban que Alá los protegería. Creían que los mongoles no se atreverían a matarlos en aquel lugar, pero, para los invasores, no suponía diferencia alguna el lugar en el que se escondiesen: los matarían en cualquier sitio. Para hacerlos salir utilizaron las flechas incendiarias y así se inició la carnicería.

Las murallas de la ciudad fueron abatidas, como también la fortaleza que se elevaba en el punto más alto, y destruyeron también el acueducto. Casi cien mil ciudadanos perecieron. Pero otros muchos se salvaron gracias al oficio que desempeñaban. Herreros, tejedores, halconeros, escribas, médicos: los mongoles se llevaron a treinta mil hombres, todos los que podían servir para reforzar su país. Y con ellos partieron seguramente miles de mujeres y niños. Entre aquella muchedumbre estaban también mis antepasados.

El hombre condenó agriamente los terribles eventos del pasado. Después concluyó:

—Mohamed había infravalorado a los mongoles. Muchos de sus oficiales, asustados, no se mostraron fieles y también se le rebelaron diversas ciudades, abriendo las puertas a los invasores. Inalchug, el gobernador de Utrar, que había hecho matar a los enviados de Gengis Kan, combatió hasta el final, lanzando ladrillos desde lo alto de su fortaleza. Nunca se supo qué suerte corrió su cuerpo. Los invasores arrasaron la ciudadela y las murallas de la ciudad. Y también de Utrar, numerosos artesanos emprendieron el camino hacia Mongolia. Tuvieron la triste suerte del exilio... pero siempre es mejor que ser descuartizados vivos.

El gobernador calló.

Al final, se volvió hacia los dos visitantes.

El velo del pasado había desaparecido de su mirada.

Había vuelto el hombre de gobierno, práctico y eficiente, que con su habilidad había conquistado la confianza del Hijo del Cielo.

—Decidme qué puedo hacer por vosotros. Os ayudaré de cualquier modo para complacer a nuestro emperador.

Tommaso replicó:

—Mi señor, deseáramos hablar con tu geógrafo más capaz.

—Ahí está, extranjero, la mejor carta de estas regiones, que se extiende incluso a China y a los altiplanos centrales de Asia...

Deng-Xiao, geógrafo imperial, abrió ante sus ojos un gran mapa de Mongolia. Él mismo, refirió, lo había redactado al término de un largo trabajo de reconocimiento personal del territorio, que había durado años y se había hecho por encargo de Pekín.

Tommaso lo observó con atención y, como esperaba, comprendió de inmediato que no sacaría mucho en limpio.

El mapa indicaba con cierto detalle los nombres de las localidades distantes hasta tres meses de viaje desde Modot, pero su ubicación no podía definirse como exacta. Ni siquiera la escala era precisa y, por consiguiente, las distancias aparecían muy aproximadas. Reflexionó que aquel modelo no tenía nada que hacer con las representaciones ya en uso en Europa gracias al flamenco Mercator. Él había encontrado el modo de disponer sobre una carta plana la superficie curva de la Tierra, disponiendo meridianos de longitud y paralelos de latitud. Aquellas líneas servían de referencia constante a quien quisiese trazar una ruta o recorrido. La carta del chino no

presentaba nada de todo esto. Un marco, en cambio, incorporaba nombres, descripciones e historia de los lugares.

—Deng-Xiao, ¿sabes indicarme el monte Alcay?

—¿El monte Alcay?

El hombre de ciencia asumió un aire pensativo:

—No conozco ninguna montaña que lleve ese nombre. Y si nunca he oído hablar de ella, dudo mucho que exista...

Pero Tommaso insistió.

Quería verificar una remota posibilidad, una hipótesis lejana. Para esto habían venido a Modot y por eso preguntó:

—¿No tienes una carta más antigua?

El otro asintió.

—¡Pues sí! Aquí están los mapas con los que trabajó mi predecesor...

—No —replicó, impaciente, Grozio—. Una carta de viaje mucho más antigua... la más antigua del archivo.

El geógrafo miró al gobernador, que le hizo un gesto de asentimiento: el enviado de Pekín estaba satisfecho. El hombre, entonces, hizo una breve inclinación, retrocedió y desapareció unos minutos.

Cuando volvió, desplegó sobre la mesa una carta bastante más grande que la precedente. Sobre el pesado pergamino, los ríos se desplegaban con curso sinuoso y las abruptas cadenas montañosas aparecían similares unas a las otras. Su ubicación parecía de fantasía, por así decir, en vez de basarse en el análisis personal del territorio.

—Esto es —les informó Deng-Xiao—, este retrocede dos siglos más.

Aunque el mapa fuese manifiestamente poco preciso, Tommaso se dedicó a observarlo con gran atención, punto por punto.

Hasta que prorrumpió en una exclamación satisfecha:

—¡Quizá lo tengamos! ¡Mirad aquí!

El gobernador, el geógrafo y Huang inclinaron la cabeza sobre la carta, en el punto indicado. Con una pequeña cuña en rojo vivo, estaba marcado el monte Nuurvalphay.

—¿Entonces? —preguntó el comerciante, intrigado.

—¿Pero no comprendes? En el curso del tiempo, los nombres de las localidades geográficas cambian. Pero en muchos de ellos quedan a menudo huellas de los precedentes... Nuurvalphay tiene cierta asonancia con Alcay, y es el único de este mapa que presenta tal particularidad.

Metió una mano en el bolsillo y sacó una moneda.

—Ahora, si mi intuición es justa...

Rascó con fuerza el pergamino donde indicaba el monte Nuurvalphay, hasta que debajo apareció una serie análoga de signos.

—¿Veis? —dijo a los sorprendidos compañeros—. A menudo, para ahorrar papel

o pergamino donde no es fácil de encontrar, o porque el documento viejo ya no sirva, se reescribe la hoja. Y mirad aquí...

Bajo el monte Nuurvalphay había aparecido un topónimo distinto: cinco letras desgastadas, pero aún legibles: A – l – cay.

Huang observó, admirado, a su compañero, pero Grozio no le hizo caso. Asumió una expresión meditabunda y comenzó a recorrer la gran sala, arriba y abajo. Los otros seguían en silencio sus razonamientos.

—El comerciante que se presentó en Pekín dijo que venía de la zona del monte Alcay. Y este mismo nombre lo encontramos en *El libro de las maravillas* de Marco Polo. Creímos entonces que el monte habría mantenido el mismo nombre durante todo este tiempo. Sin embargo, nos equivocábamos.

—Nos queda por entender —intervino Huang, perplejo— por qué un hombre de nuestros días utiliza un topónimo de hace cuatro siglos.

Tommaso extendió los brazos.

—Por el momento, la tuya es una pregunta sin respuesta.

Después, se giró hacia Deng-Xiao y ordenó:

—Trae aquí el mapa más actualizado que haya. Verificaremos qué nombre corresponde hoy al monte que en un tiempo fue llamado Nuurvalphay y en una época aún más antigua, Alcay.

El geógrafo abrió de nuevo sobre la mesa la primera carta, la preparada por él mismo. Y en breve les indicó lo que buscaban.

El monte se llamaba Gurvan Nuur.

Ahora sabían dónde ir.

El sicario no tuvo que desembolsar más de tres monedas de plata.

La historia del extranjero y del chino invitados por el emperador a buscar en Mongolia una misteriosa montaña se había convertido rápidamente, al pasar de boca en boca por las salas del palacio, en una extraordinaria leyenda. Y si el jefe de los guardias imperiales era difícilmente accesible y corruptible en tiempos tan rigurosos, los soldados que supervisaban las entradas a la casa del gobernador resultaron pronto más abordables. Respondían con gusto a las preguntas del forastero, y no solo porque los hubiese compensado adecuadamente. Su curiosidad era la diversión final de una jornada finalmente diferente de las habituales. No ocurría a menudo que llegasen de la estepa tantos visitantes interesantes.

—Buscaban una montaña...

—No sabemos cuál, pero seguro que encierra un tesoro.

—Pero qué tesoro, majadero. Buscaban documentos...

—¿Documentos? ¿Y qué iban a hacer con eso? Van en busca del tesoro de Gengis Kan...

—Sea como fuere, ya se trate de un tesoro o de documentos, ahora saben qué

montaña es...

—No, no lo saben. Y después, en realidad, buscan una aldea, a los pies de aquel monte. Y de la aldea no saben nada...

El sicario los dejó hablar.

No escuchó el resto de sus conjeturas, porque ya sabía lo que le servía.

El italiano y el comerciante apenas se habían alejado de Modot. Los había dejado que anduviesen, seguro de recuperarlos en poco tiempo.

Y ahora sabía que se estaban acercando peligrosamente a la meta.

No podía posponer más la ejecución de su encargo.

Actuaría aquella misma noche.

Huang abrió los ojos de repente, despierto por el instinto.

Sobre él, un hombre en pie iba a clavarle una pesada hoja en la cabeza. Se echó a un lado y la espada fue a clavarse en la manta de la silla de montar que utilizaba como cojín.

Le dio una patada al agresor y este cayó, emitiendo un gemido sofocado.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede?

Grozio, despierto por el sobresalto, vio las dos figuras batirse junto a él, al claro de luna.

—¡Tommaso, ayúdame! ¡Ayúdame!

Huang y el sicario luchaban agarrados rodando por el suelo.

Grozio buscó frenéticamente a tientas en su ropa, tratando de encontrar el puñal. Pasó las manos por todas partes, cegado por el sueño y la oscuridad, hasta que metió los dedos en un líquido cálido y pegajoso.

Se lo llevó rápidamente a los labios: ¡sangre! ¿Quién estaba herido?

Se movió con mayor afán aún, rebuscando entre sus pocos bagajes, pero un quejido desesperado lo indujo a volverse.

Había salido de la boca de su asaltante.

Tommaso comprendió que había acabado en las brasas del fuego semiapagado.

Mientras lágrimas de ansia y desesperación le oscurecían la vista, Grozio consiguió agarrar el cuchillo.

Sin pensarlo, se echó sobre los dos luchadores.

Cuando distinguió el perfil robusto del agresor, descargó la mano con toda la fuerza que pudo.

Lo golpeó, pero no sintió hundirse la hoja en la carne.

Él gritó de dolor y se levantó.

Dio unos traspiés y se alejó rápidamente, arrastrando una pierna.

—¡Síguelo! ¡Detenlo! Debemos descubrir quién es...

Tommaso miró la silueta oscura que se alejaba bajo la luna, y después al compañero tendido en el suelo, con el rostro arrugado de dolor.

—¡Síguelo, síguelo...!

La voz del chino se apagó en un suspiro. Huang se había desmayado. Grozio se inclinó junto a él.

Luz, necesitaba luz para ver dónde estaba herido y si era grave. Lo más rápidamente que pudo, encendió un pálido fuego. Insuficiente para calentar al compañero herido, pero lo bastante vivo para permitirle ver en qué condiciones estaba.

Huang tenía los vestidos rotos y una profunda herida en el muslo derecho. La carne aparecía lacerada, como si hubiese sido cortada con una hoja de sierra, y sangraba. Detuvo la hemorragia del modo menos malo posible, con un pedazo de tela.

Después, finalmente, se sentó, con la cabeza entre las manos.

Respiró tres veces a pleno pulmón y esperó a que su corazón dejase de latir salvajemente.

Trató de reflexionar. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué quería su muerte? ¿Iba por su cuenta o alguien le había pagado para que los siguiese y los matase?

Observó una vez más al comerciante. No venía en sí. Su respiración era agitada. Tommaso lo levantó y lo cargó sobre el caballo. Debían regresar a Modot. Allí Huang se podría curar.

Y solo después de que el chino se hubiese restablecido, decidirían si continuar la búsqueda y cómo.

¿Valía realmente sus vidas el diario de Marco Polo?

El sicario se alejó cojeando.

La carne del rostro le ardía y con una mano se apretaba el costado, donde le había golpeado el italiano. Sentía la sangre que salía de la herida, pero no podía detenerse a examinar su gravedad.

Debía volver lo más rápidamente posible a su caballo y alejarse del campamento de los dos viajeros.

Sin embargo, cuando se acercó al animal, se cayó al suelo.

Hizo un esfuerzo tremendo para mantenerse consciente.

Arrancó una tela de una saca y la enrolló, ajustándola bajo la ropa. Después, con grandes esfuerzos montó en la silla.

Aferrado al cuello del caballo, lo arreó. El animal comenzó a andar lentamente.

Aturdido por el dolor, el hombre reflexionó con toda la lucidez que le quedaba.

No podía volver a la ciudad. Sabía que había herido al chino, y sabía que sus adversarios también regresarían a Modot para curarse. Allí, los soldados del gobernador revolverían toda la capital para encontrar al agresor.

No, debía desviarse, proseguir hacia el nordeste, hacia las montañas, y pedir ayuda a los primeros nómadas que encontrase. Y cuando se hubiese repuesto, esperaba que por aquel mismo camino obligado pasasen el chino y el italiano.

Su trabajo aún no había acabado.

—**T**radúcemelo, te lo ruego. No conozco tu idioma.

El chamán de la comunidad, la única que poblaba las áridas pendientes del Gurvan Nuur, tenía entre las manos uno de los fragmentos entregados a Grozio por el emperador Wan-Li, y se había vuelto al italiano con voz baja y llena.

Habían alcanzado el pequeño grupo de casas de piedra la tarde anterior, exhaustos y entumecidos por el frío. El otoño estaba a las puertas y solo el infatigable deseo de llevar a término la misión los había llevado a aquellos valles. Esperar en Modot, después de la curación de Huang, habría significado posponerlo todo casi un año.

Demasiado.

Además, la agresión en la estepa les había hecho comprender que alguien más estaba interesado en el diario de Marco Polo y en los secretos que custodiaba. Porque quien trató de matarlos no era un vulgar bandido. Quienquiera que fuese, debían llegar antes que él. Y que sus jefes.

Desde hacía varias semanas, Huang no encontraba la paz.

Se consideraba un estúpido por haber infravalorado la invitación a la prudencia que le hiciera Wan-Li. Por no haber estado atento a que los siguiesen. Y, sobre todo, por haber dejado escapar al agresor. Habría sabido cómo hacerle hablar. Ahora, mientras trataban con el chamán, el comerciante parecía un león en una jaula.

El hombre de religión, acurrucado en un rincón de su cabaña, estaba cubierto con pesadas pieles de animales, que solo le dejaban descubierto el rostro. Un alto sombrero de lana terminaba en docenas de trenzas que le caían sobre los hombros. Unas mallas de color le llegaban a los muslos. Parecía de una edad indefinible, con los rasgos marcados por el tiempo. Pero, sin duda, había superado los sesenta años. Era más alto e imponente que los otros nómadas y sus gestos parecían más meditados. Había observado el fragmento con atención, intuyendo antigüedad e importancia, y ahora se preguntaba que significarían aquellas palabras. Su actitud era cortés, pero se veía que desconfiaba.

Tommaso leyó:

—*Las fuerzas de la naturaleza... muertos... las fuerzas de los infiernos... solo así el gran Temuyín ha podido construir su imperio... allá donde yace...*—

Después dijo:

—Estamos buscando al comerciante que llevó a Pekín este fragmento. Sabemos que venía de tu aldea. ¿Lo conoces?

El rostro del hombre se endureció. Negó con la cabeza:

—Aquí solo viven pastores. Mis hermanos no son lo bastante ricos como para comerciar con nadie. ¿Cómo puede ser que uno de nosotros haya llevado un documento tan precioso a la capital del gran imperio?

Tommaso guardó silencio un instante. Después preguntó, pacientemente:

—He venido a ti aconsejado por gentes de la ciudad, porque todos te consideran sabio y experto. Para llegar a ti hemos corrido graves peligros. Mi compañero —y señaló a Huang— ha estado incluso en peligro de muerte, asaltado por bandidos. Y esto tengo que preguntarte: ¿a qué se refería mi antecesor cuando hablaba de «fuerzas de la naturaleza» y «fuerzas de los infiernos»?

El chamán reflexionó largo rato antes de responder, y cerró los ojos. Su turbación era evidente. Al final, sus palabras maravillaron a Tommaso.

—No tengo una respuesta para ti... y, si la tuviese, te la ocultaría.

Huang saltó hacia él, pero Grozio lo agarró por el brazo, deteniéndolo. Tenían que convencer a su interlocutor de que hablase y la violencia no serviría de nada. Además, golpear a un símbolo de la comunidad, un hombre de religión que mantenía un contacto directo con los espíritus de los padres, se volvería contra ellos.

De nuevo, se volvió al anciano.

—¿Por qué?

El hombre respiró profundamente y se preparó para explicar con calma.

—Muchos, visitante extranjero, son para nosotros, mongoles, los dioses que habitan el espacio entre el cielo y la tierra. Por encima de todos está Koke Mongke Tengri, el Eterno Cielo Azul, el que ordena el universo. Debajo de él, adoramos a noventa y nueve divinidades o Tengri, asociadas a menudo entre ellas: los cuatro Tengri de los cuatro puntos cardinales, los cinco Tengri de los vientos, los siete Tengri del trueno. El más temible de todos es Erlig Kan, el Tengri de la muerte. El equilibrio entre ellos es preciso y delicado. Por eso está bien no turbarlo. Solo yo, el chamán, estoy en comunicación con las fuerzas de la naturaleza, del bien y del mal, del cielo y de los infiernos. Evocarlas o pretender controlarlas con fines de poder es sacrilegio.

—Sin embargo, el antiguo viajero europeo afirma precisamente esto: que tales fuerzas se avinieron a la construcción de un imperio.

El hombre sacudió la cabeza con convicción:

—Imposible. El Eterno Cielo Azul permea todo y todo ser existente sobre la tierra, y todo cuanto viene de la Madre Tierra encarna su voluntad y sus designios. Por eso, incluso lo que aparece a la vista en su más inmediato significado esconde en realidad muchas divinidades, como Natigai, protectora de las mujeres, del ganado y de las cosechas, o los espíritus de las montañas y de los bosques sagrados, o los espíritus protectores de los lugares. Nadie puede estar tan loco como para pretender elevarse a aquel mundo y hacer de él su instrumento.

—Respeto tu opinión, sabio —aceptó, condescendiente, Grozio—, pero nosotros sabemos que el «loco» del que hablas ha existido. Y quizá hoy alguien cultive el

mismo proyecto. ¿No quieres ayudarnos a proteger el mundo de un gran peligro?

El chamán lo miró despectivo.

—No caigo en tus trampas, extranjero. Para preservar el mundo de los peligros, el hombre no puede hacer mucho. Y la más importante entre las cosas que puede hacer es recordar siempre en las plegarias y homenajear con ofrendas al Tengri Supremo y a los espíritus protectores de los lugares. Solo de este modo podemos atraer su favor y conjurar la ira: nosotros, mongoles, nos comportamos así desde la noche de los tiempos. También Gengis Kan, antes de cualquier acción importante, subía a una altura y se postraba nueve veces ante la divinidad femenina del sol ofreciendo libaciones de *kumiz* y oraciones. Este nuestro antiguo mundo sacro se transmite en los mitos y en las leyendas y se ha conservado hasta hoy.

—Gengis Kan era, pues, un devoto adorador del Tengri...

—Cierto. Él fue uno de sus más grandes fieles desde que al joven Temuyín un chamán como yo le predijo que estaba destinado a convertirse en señor del mundo. Créeme, estaba tan dotado de virtudes y capacidades que no tenía necesidad de ayudas sobrenaturales.

Tommaso calló, inseguro.

Si su interlocutor sabía algo, no quería revelarlo.

—Me han dicho —observó, cambiando de discurso— que, en su corte, el Kan acogía a cristianos, musulmanes, hinduistas y budistas. ¿No contrastaba esto con su fe?

El nómada sonrió, contento de que la conversación versase sobre un tema menos delicado:

—Ahí está el secreto de su grandeza. Ese es uno de los motivos por los que supo tener unido en paz un imperio tan grande. La tolerancia del gran caudillo era conocida en toda Asia. En las ciudades por él conquistadas fueron dadas a las llamas mezquitas y templos, pero no tenía por costumbre castigar a un hombre únicamente por su doctrina religiosa. ¿Los hombres que dirigen las tierras de las que tú vienes son tan prudentes?

—¡Basta de escaramuzas, viejo!

La voz de Huang resonó imperiosa en la cabaña:

—Dinos dónde se esconde el comerciante que estamos buscando o te colgamos por los pies...

El hombre se volvió hacia el enviado del emperador.

—No te tengo miedo, chino...

Huang le dio una bofetada al viejo.

Él se llevó la mano a los labios sangrantes. Y habló con tono amenazador:

—No me golpearás más, extranjero. A menos que quieras que te descuarticen mis hermanos...

Elevaron la mirada hacia las pequeñas ventanas del refugio y vieron los rostros de los nómadas agolpados en torno a las aberturas. En perfecto silencio, escuchaban y

observaban: habría bastado una señal del jefe de la comunidad para darles rienda suelta.

Tommaso se levantó y empujó al compañero. Quería salir vivo de aquella aldea. Además, estaban a un paso de la meta y no podía permitirle que echara todo a perder:

—Dame aún una posibilidad —le susurró al oído—, deja que les hable...

El chino se sentó en un rincón, con la mirada clavada en el suelo. Y Grozio reanudó su coloquio con el anciano como si nada hubiera ocurrido.

—Gengis dijo: «La fortuna más grande de un hombre es dar caza al propio enemigo y capturarlo, apoderarse de todo lo que él posea, dejar a sus esposas arrasadas en lágrimas y duelo, cabalgar en su caballo, usar los cuerpos de sus mujeres». Estas no son las palabras de un hombre tolerante.

—Pero es también el hombre que confesó: «Hecho fuerte, quise descubrir cómo vivían los otros pueblos. Tenía necesidad de su saber para mejorar mi país». Estas son palabras de gran inteligencia. Los soldados de Gengis Kan deseaban oro, joyas, sedas, caballos y esclavos. Pero a él le importaba poco el botín. Hacía la guerra porque la guerra es tradición de nuestro pueblo, pero no deseaba la sangre ni la riqueza de los pueblos vencidos. Estaba siempre dispuesto a tomar lo mejor de los derrotados. De los chinos, por ejemplo, se hizo aconsejar sobre la creación de un buen gobierno. Y muchos hombres del pueblo de los uigures fueron reclutados como contables y maestros. De este modo, los mongoles, de analfabetos, se hicieron capaces de escribir y divulgar su propia historia.

—¿Por qué, entonces —insistió Tommaso—, cuando salió de la mezquita de la Bujará conquistada, Gengis Kan dijo: «Yo doy el castigo de Dios. Si no hubieseis cometido grandes pecados, Dios no me habría enviado contra vosotros»? Estas son las palabras de un hombre que se cree omnipotente, un hombre que se asemeja a sí mismo a Dios...

Los ojos del anciano brillaron:

—Quizá Gengis Kan fuera verdaderamente el enviado de Dios...

—¿Cómo, pues, tuvo su imperio una vida tan breve? ¿Por qué no desafió los siglos?

El nómada hizo un gesto de impaciencia. Después dijo:

—Tienes la respuesta a tales preguntas ante ti, cada día que pasas sobre nuestra tierra.

—¿Qué quieres decir?

—Los mongoles son nómadas, nacidos a caballo. Esto basta para explicar por qué nuestros imperios nunca han durado en el tiempo. Solo un gran jefe como Gengis Kan consiguió mantener unidos a los hombres. Al morir él, los mongoles que partieron desde aquí a la conquista del mundo se establecieron en tierras lejanas y olvidaron sus propios orígenes o volvieron a casa y comenzaron a pelearse entre ellos. Nosotros somos pocos y, si no nos ponemos de acuerdo, difícilmente podemos gobernar unos dominios tan vastos. Esta es la razón del declive de la Mongolia

imperial. Pero, atención: la historia puede volver sobre sus pasos...

Y, al decir esto, restituyó el fragmento del diario de Marco Polo: daba por concluido el coloquio.

—Buscamos el lugar de la sepultura de Gengis Kan. Estamos convencidos de que se encuentra aquí. Ayúdanos...

Quien hablaba ahora, en tono agitado, era Huang. Había agarrado al viejo por el cuello, acercando su rostro al suyo. El hombre rechazó al chino y preguntó, sarcástico:

—¿Os interesa la tumba del gran caudillo? ¿Por qué no lo habéis dicho antes?

Y, sin añadir más, salió de la cabaña, encaminándose al límite de la pequeña aldea. Seguido por los dos viajeros y por el grupo de sus fieles, superó las toscas construcciones de piedra que acogían a viejos y niños, confiados a él durante el invierno, mientras los hombres más valientes se dedicaban a la trashumancia, e indicó a los extranjeros un cúmulo de piedras, no distante del camino principal, en torno al cual estaba reunida una pequeña multitud.

—Esta es la tumba de Gengis Kan —dijo con sencillez. Grozio y Huang se acercaron dubitativos, acompañados por el paso tranquilo del chamán, y se abrieron paso entre la gente para observarla mejor.

El montón de piedras se elevaba a una altura como la de dos hombres y, en su centro, estaba plantado un palo. Tommaso comprendió, junto con lo que ya había observado en la tienda de los nómadas, que se trataba del eje del mundo: a través de aquel palo fluía la energía vital de la tierra. Y, sobre él, ondeaba alto un estandarte.

—En las piedras del *ovoo*, señaladas por un humilde trozo de tela, moran los espíritus —explicó el hombre de fe, anticipándose a sus preguntas—. Este es el templo de la religión de los mongoles, el más simple y eficaz que puedas encontrar en el mundo... y en el que reposa Gengis Kan. Su espíritu encuentra paz en este como en todos los *ovoo* de nuestra tierra...

Mientras Huang, percibiendo la ironía del viejo, estaba furioso junto a él, Grozio observó lo que acaecía.

La fila de los peregrinos se acercaba al *ovoo* y esperaba pacientemente a realizar un extraño rito: cada hombre, mujer o niño daba tres vueltas alrededor del montón de piedras, tirándose encima una de estas a cada vuelta. Participaban así en el alma del mundo, reflexionó Tommaso. Después preguntó en un susurro:

—Recitan fórmulas entre dientes. ¿Qué dicen?

—Piden a la divinidad que se haga presente en su vida.

—¿Solo eso?

El chamán sacudió la cabeza:

—No. Muchos de ellos piden a los dioses que restituyan a Mongolia su pasada grandeza. Según nuestra leyenda, ciertamente, el espíritu de Gengis Kan se reencarnará en un niño, destinado a conducir a los nómadas a nuevas conquistas.

Tommaso sintió un escalofrío.

Quizá los motivos de la reticencia del anciano estaban en aquella respuesta: ¿por qué revelar a un extranjero el secreto de la grandeza del pueblo mongol? Si había un secreto, mejor sería conservarlo hasta el nacimiento del futuro Gengis Kan. Pensaría aprovecharlo a beneficio de una nueva estirpe de conquistadores. Iba a incitar a Huang a alejarse, cuando una mano se posó sobre su hombro.

—Soy yo...

Grozio se volvió y miró al desconocido a la cara.

—Yo soy el comerciante que buscáis, pero perdéis el tiempo. Porque todo está en Pekín...

El italiano abrió la boca para responder, pero no tuvo modo de proferir palabra.

Un borbotón de sangre salió de los labios del hombre, que cayó a sus pies.

Tenía un puñal clavado en la espalda.

Detrás de él, con la mano aún apuntada hacia el mongol, estaba un chino bajo y con una pinta andrajosa. Tenía el rostro parcialmente quemado y la piel horrorosamente desfigurada. Una mueca de satisfacción se extendió sobre sus labios, pero no tuvo tiempo de regocijarse. Huang lo golpeó con la espada y lo cortó limpiamente la cabeza que rodó a los pies de Tommaso.

Mientras el veneciano retrocedía horrorizado y un temblor de miedo atravesaba la muchedumbre, Huang agarró el cráneo del sicario por los cabellos. Acercó el rostro al suyo y escupió a la cara del muerto.

—¡Este es el hombre que trató de matarme!

Después lanzó lejos la cabeza. En el silencio general, los peregrinos rodearon el cuerpo del mongol apuñalado.

—¿Quién era?

Huang gritaba.

—¿Quién era este hombre? Que hable alguien...

Pero la invocación del heraldo imperial cayó en el vacío.

Hombres y mujeres desfilaron junto a él, en silencio.

Miradas hostiles se apuntaban sobre el cadáver del comerciante asesinado.

—Nadie te responderá, extranjero —afirmó solemnemente el chamán—. Este hombre ha violado la regla del silencio...

Vieron al empleado que miraba con cautela a su espalda, mientras dejaba el Archivo Real. Asegurándose de que nadie lo seguía, se alejó a paso ligero y con la cabeza inclinada, subiéndose el cuello de la capa. En Pekín ya estaba de nuevo avanzado el invierno y la nieve caía densa sobre los largos paseos de la ciudad imperial. El hombre llevaba bajo el brazo un rollo de documentos firmemente atados.

—¿Qué pueden ser?

—Borradores de acuerdos con gobiernos occidentales —le respondió Huang a Tommaso—. Este, al parecer, es el trabajo de Lin-Piao. Traducir a nuestra lengua los documentos diplomáticos provenientes de vuestras tierras. Y en verdad, no comprendo por qué precisamente a él, que no es un historiador, le han encomendado la traducción de los fragmentos de Marco Polo.

—Solo hay una posibilidad —reflexionó rápidamente Grozio.

—Exacto —asintió Huang—. Quien le encomendara ese encargo quería que Lin-Piao no comprendiese gran parte del significado oculto de lo que tradujese. Y esperaba que se le escaparan los secretos de Gengis Kan...

—Pero incluso un oscuro funcionario como Lin-Piao está en condiciones de captar el valor de ciertas informaciones fundamentales...

El comerciante observó al amigo:

—¿Te estás preguntando por qué lo han dejado con vida?

—¡Ya! Deben de haber comprado su silencio con un buen montón de oro...

—... O con amenazas igualmente contantes y sonantes.

El italiano le puso una mano en el hombro.

—¡Mira! Va hacia los barrios periféricos de la Ciudad Prohibida.

—Sigámoslo hasta su casa. Recibirá una sorpresa inesperada. Y apuesto que conseguiremos calentarle la tarde...

Habían pasado tres meses desde el día en que el comerciante del monte Alcaz había sido asesinado ante sus ojos. De nada había servido interrogar a todos los habitantes de la aldea y, de nuevo, al chamán.

—Como veis —había sostenido este fríamente—, hay muchos que piensan que nuestros secretos no deben ser desvelados a los extranjeros.

—Yo no soy un extranjero cualquiera —había replicado Huang—, soy chino, enviado por el emperador, Wan-Li.

El viejo escupió al suelo, en señal de desprecio.

—Un chino que hace un momento ha matado a otro chino, y en mi aldea. Vuestra presencia solo acarreará desgracias a esta comunidad. Marchaos...

—¿Cómo se llamaba el hombre apuñalado? Pertenece a tu gente. No puedes no conocerlo...

—Su nombre era Berkhan, y es lo único que sé de él. Se alejaba a menudo con el rebaño. Incluso durante meses. Pero nunca he oído que hubiese viajado hasta Pekín. Es imposible. Siempre ha vivido del pastoreo, y no estaba en condiciones de reconocer el valor de documentos como los que me habéis mostrado. Vais por el camino equivocado...

Huang había alzado de nuevo la mano contra el anciano. Pero esta vez no hubo necesidad de que Tommaso lo parase. Bastó para detenerlo el círculo amenazador de la gente en torno a él.

El chino murmuró:

—Ha sido asesinado mientras trataba de hablarnos y eso demuestra que nos encontramos en el lugar justo...

El chamán sacudió los hombros.

Después, elevó el rostro, en gesto de desafío:

—¿Puedo ocuparme del muerto?

Aquella noche, en la reserva de una tienda, en el corazón de una noche y de una aldea hostil, Grozio se enfrentó a Huang.

—Utiliza de nuevo la violencia y no saldremos vivos de este puñado de tiendas...

—Tú has usado la persuasión —replicó el chino—, pero no has llegado muy lejos. —Después, tras una pausa, añadió apenado—: He metido la pata, lo sé. No tenía que matar al sicario. No debí dejarme llevar por el deseo de vengarme. Habría tenido que evitarlo y hacerle escupir el nombre de quien lo envió...

Tommaso sacudió la cabeza impaciente:

—Tampoco eso hubiese servido...

—¿Por qué?

—Habríamos tenido en nuestras manos un nombre falso. O el nombre verdadero de un mísero intermediario, el anillo de una cadena de la que nunca encontraremos al jefe. ¡No... debemos volver a la raíz de este asunto!

El chino escrutó a su compañero con aire interrogativo:

—¿Cómo?

Tommaso se le acercó.

—Aquel hombre, antes de morir, me ha dicho: «¡Todo está en Pekín!». Estoy seguro de que se refería al diario de Marco Polo. Si queremos arrojar luz sobre el misterio, debemos volver a la capital...

Huang reflexionó, mientras masticaba lentamente un pedazo de pan duro. Habían debido pedir con insistencia que les dieran de comer. Al parecer, el salvoconducto de Wan-Li no conservaba, a tal distancia del Imperio Celeste, mucho valor. Pensó largo rato, antes de hablar.

—El sicario trató de matarme. No lo consiguió, pero no huyó. Hemos sido unos estúpidos pensando que iba a poner pies en polvorosa. Ha venido siguiéndonos y al final ha hincado aquel cuchillo en la espalda del nómada. Era, evidentemente, un asunto demasiado importante: ha querido eliminar un testigo incómodo del asunto concluido en Pekín...

Tommaso asintió.

—¡Cierto! Y como tampoco nuestros adversarios sabían dónde se encontraba el comerciante mongol, para acabar con él, han esperado que nosotros lo descubriésemos. ¿Pero quién podía desear cerrarle la boca para siempre?

—Solo quien supiese por qué motivo lo buscábamos. Es decir, solo quien sepa del manuscrito de Marco Polo...

—¡La corte del emperador!

—¡Ya! Como te ha dicho el pastor, el diario del viajero está en Pekín, y en Pekín se encuentran también nuestros adversarios.

Grozio advirtió una sensación de desesperación insinuándosele velozmente en el ánimo.

—¿Quieres decir que todos estos meses han sido una pérdida de tiempo? ¿Que nos hemos lanzado sobre una pista falsa? ¿Que alguien nos ha alejado a propósito de la capital?

La mirada de Huang se endureció de repente.

—Exacto. Encontremos el diario de Marco Polo y encontraremos también a quien nos ha tendido esta trampa. No se saldrá con la suya...

Tommaso estaba perplejo.

—¿Pero qué pretenden nuestros adversarios?

—No lo sé. Es claro, sin embargo, que juegan una partida grande y compleja, en la que nosotros somos simples peones. —El chino adoptó un aire absorto—: Nosotros recibimos este encargo del emperador, por boca de Zhang-Hou, uno de los mayores dignatarios de la corte. ¿Quién podría querer contrariar la voluntad del Hijo del Cielo?

Tommaso lo interrumpió.

—Tengo otra duda, y aún mayor: ¿por qué quieren impedir que se descubra el secreto de Gengis Kan quienes mandaron al sicario?

Huang, irritado por aquel inútil vagar en la oscuridad, estrelló los restos de la magra cena contra la pared de la tienda y maldijo.

Después, se levantó con aire resuelto:

—Prepárate para partir. Nos iremos esta misma noche, aprovechando las tinieblas. Solo así podremos hacer que se pierdan nuestras huellas. No estamos seguros de que el sicario fuese en solitario y quien haya dado órdenes de seguirnos no debe saber que estamos volviendo a Pekín. Por fortuna, tenemos una ventaja fundamental...

—¿Cuál?

—Solo nosotros conocemos las últimas palabras del comerciante. Nosotros

sabemos que el diario está en la capital, pero nuestros adversarios deben pensar que el viaje continúa. Al no tener más noticias de nosotros, creerán que nos hemos adentrado por las tierras de Asia, siguiendo las huellas de Gengis Kan...

—Y, cuando estemos en Pekín, ¿nos presentaremos de nuevo a Zhang-Hou? ¿Le contaremos lo ocurrido?

—No, no es posible —sacudió la cabeza Huang.

—¿Por qué?

—Porque él es un gran dignatario de la corte. Y exactamente como los demás, aunque sea por motivos que se nos escapan, podría estar implicado en este complot. No, lo haremos de otra manera...

—¿Y cómo? La Ciudad Prohibida es inaccesible y no podremos movernos en su interior sin un permiso de la autoridad.

—Te olvidas de que también yo tengo una posición en la corte —afirmó el chino con seguridad—. Con mi salvoconducto de comerciante imperial podremos volver a entrar en la Ciudad Prohibida sin problemas.

—¿Y después?

—Después descubriremos qué se esconde tras esta maquinación. Y solo informaremos directamente al emperador. Solo actuando en riguroso secreto podemos esperar arrojar luz sobre el misterio...

—¿Por qué no denunciar inmediatamente el complot, Huang? ¿Por qué? ¿A qué precio quieres conquistarte el favor del soberano?

El comerciante sonrió.

—Ya tengo el favor de Wan-Li. El secreto nos ayudará a alejar toda amenaza de su persona. Quien trama atenta contra la seguridad de la dinastía Ming. Está en juego la suerte de China...

Habían vuelto a entrar en Pekín al cabo de un viaje de tres meses, desarrollado en la inclemencia de la estación invernal y en el más absoluto secreto.

A menudo habían mirado atrás, escrutando el altiplano estepario nevado durante millas y millas, en busca de figuras sospechosas. Habían evitado todas las aldeas, pidiendo comida y bebida a las pocas familias de nómadas diseminadas en aquella solitaria extensión. Y habían seguido siempre que era posible ríos y torrentes, lanzando los caballos al agua para no dejar huellas.

Al final, habían llegado a China, seguros de haberse desembarazado de sus perseguidores.

En Pekín, tomaron alojamiento en la Casa de los Comerciantes. La inmensa hospedería, en el interior de la Ciudad Prohibida, albergaba tal número de mercaderes que habría sido muy difícil para cualquiera descubrir allí su presencia. Y con el salvoconducto de Huang superaban ágilmente todos los controles. Solo el Palacio Imperial estaba excluido, pero no tenían necesidad de adentrarse hasta allí.

El comerciante de Macao conocía en la corte a muchas personas y, entre ellas, había quienes tenían deudas de agradecimiento que estaban ansiosos por saldar. Así, no resultó difícil dar con el nombre de Lin-Piao, el traductor de cuya obra había partido todo, cerca de dos años antes.

Ahora, bajo la tormenta de nieve, seguían sus huellas.

Al terminar su turno de trabajo, el empleado entraba finalmente en casa.

—¡Habla!

El hombre, a quien Huang agarraba por el cuello, sofocado, apenas consiguió decir:

—¡Yo... no sé nada!

El comerciante apretó más fuerte.

—¡Habla! ¿Quieres que denunciemos al emperador tu traición?

Lin-Piao palideció.

Sabía perfectamente cuál sería la pena por una acusación así. Incluso la simple sospecha de infidelidad a la dinastía lo conduciría a la horca. Comprendió rápidamente que no tenía salida, pero retiró con fuerza las manos de Huang y replicó amargamente:

—En todo caso, mi suerte está echada. Si hablase, ¿quién me protegería de la venganza de mis jefes?

El comerciante lo soltó.

—Te pondré bajo la protección directa del Hijo del Cielo. Nadie osará tocarte un cabello. Ni siquiera tu jefe, aunque perteneciese a la familia real.

El hombre dudaba.

Después se masajeó el cuello y se encogió de hombros.

—Os diré lo que sé. Yo no quería entrar en este juego y, si lo desean, serán los dioses quienes me protejan. Pero primero —rogó con una leve inclinación—, dejad que prepare un té. Ayudará a todos a razonar con calma...

Y mientras el hombre disponía con gestos tranquilos la bebida aromática, Huang recorría a grandes zancadas la pequeña estancia asignada por el gobierno al empleado del Archivo Real. La docilidad del hombre lo desconcertaba. O decía la verdad, y tenía poco que ocultar, o estaba tramando algo.

Pocos minutos después, Lin-Piao presentó sus tazas llenas de té.

Y no perdió tiempo en preámbulos.

—El encargo me lo hicieron hace cerca de dos años...

—¿Quién?

El empleado se encogió de hombros.

—Solo me encontré con mi cliente tres veces. Vino primero para pedirme que tradujera un pequeño fragmento de un antiguo pergamino. Después vino a entregarme todo el material. Al final, vino para retirar las traducciones. Y en las tres ocasiones, se

presentó por la noche, aquí, en mi casa, entrando sin anunciarse y con el rostro cubierto. No podría reconocerlo de ninguna manera.

La voz del hombre no parecía turbada.

Huang y Grozio le creyeron.

—¿Qué te pidió que hicieses?

—Me entregó sesenta hojas de pergamino de pequeñas dimensiones, dobladas en cuatro, formando un paquete. Y me ordenó traducirlas a nuestra lengua. Cuando desenvolví el paquete y abrí las hojas, me di cuenta de que habían sido arrancadas de su encuadernación y comprendí que formaban parte de un bloque más grueso. Pero no sabría decirte cuántas serían en total...

Tommaso estaba verdaderamente sorprendido.

—¿Y cómo has podido trasladar a tu lengua un texto italiano del *Duecento*?

Fue Huang quien respondió, gruñendo:

—Este no sería el Imperio Celeste, dominador de Asia, si en su corte no estuviesen presentes traductores capaces de interpretar todas las lenguas del mundo.

Después preguntó a Lin-Piao:

—¿Qué contenían aquellas hojas?

—Las notas del viajero italiano Marco Polo.

—¿Conoces *El libro de las maravillas*?

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—Nunca lo he tenido en mis manos, sin embargo, no sabría decirte si el contenido de las notas es similar o diferente de las del libro. En todo caso, empleé dos meses más para cumplir el encargo, trabajando todas las noches a la luz de la candela...

—¿Reconoces esto?

Tommaso le mostró uno de los fragmentos que tenía en su poder.

Lin-Piao acercó el antiguo pergamino a la llamita de una lámpara. Sus manos tocaban la prueba con delicadeza, como si fuese sagrada. La suya era la postura de quien amaba profundamente los libros y la sabiduría que contienen.

—Sí, lo reconozco.

—¿Forma parte del material traducido por ti?

—Sin duda.

Huang, impaciente, lo sacudió por los hombros.

—¿Y qué decía el diario de Marco Polo sobre Gengis Kan y sobre la secta de Lázaro? ¿Qué decía?

El hombre no respondió de inmediato.

Después, sus ojos asumieron una expresión soñadora.

—Cosas extraordinarias, que harían las delicias de cualquier estudioso. Además de relatos de pueblos y culturas nunca antes descubiertos, secretos tales que permiten a quien los posee dominar el mundo. —Y añadió, tranquilo—: Pero yo he olvidado todo, todo...

El comerciante lo agarró por el cuello y lo puso contra la pared.

—¿Qué tengo que hacer para que recuperes la memoria?

—Nada... ya...

Lin-Piao le dirigió una última sonrisa irónica. Después abrió de par en par los ojos e inclinó la cabeza.

Huang lo soltó y aquel cayó al suelo.

El comerciante acercó el rostro a sus labios.

Estaba muerto.

—¡Veneno! ¡Se ha suicidado!

—Se ha llevado consigo sus secretos —observó Grozio. Después, con una nota de dolor en la voz, añadió—: ¿Cuántos más tendrán que morir antes de que haya acabado esta historia?

—Cierto que recuerdo aquel asunto. Sucedió hace tiempo, pero ha sido uno de los más provechosos de los últimos años...

—¿Y cómo ocurrió?

—Compré el paquete de pergaminos del comerciante del que habláis, el mongol de los montes Alcay. Un patán al que nunca había visto antes, que llegaba aquí claramente por primera vez. Lo habría echado fuera de mi tienda si no me hubiese dado cuenta de inmediato que ofrecía material de seguro interés...

—¿Qué quieres decir?

El hombre extendió los brazos.

—Sabed que, en mi oficio, es preciso estar despierto. Yo no conozco las lenguas, pero sé lo bastante para reconocer un texto de Occidente. Sumado esto al hecho de que los pergaminos eran muy antiguos... comprendí inmediatamente que nos reportaría un buen pellizco.

—¿Y qué hiciste?

—Pensé que a mis mejores clientes, todos funcionarios y grandes dignatarios de la corte, les parecería interesante el descubrimiento. Así, gracias a mis amigos, hice circular por la Ciudad Prohibida la noticia de que tenía a disposición cartas manuscritas muy antiguas, de origen europeo. Y esperé...

El librero anticuario, observó Tommaso, no daba signo alguno de nerviosismo. Lo habían encontrado después de haber barrido, en dos días de intensa investigación en la Ciudad Baja, toda la calle de los tenderos que ejercían su mismo oficio. Por prudencia, a ninguno le mostraron el fragmento del diario de Marco Polo. Pero a todos describieron al anónimo comerciante mongol que había vendido el material. Y, finalmente, habían encontrado al comprador de aquellas notas extraordinarias.

—¿Quién se presentó?

Aunque el anticuario se mostrase completamente tranquilo, Huang lo tenía arrinconado en la tienda. Pero no era necesario intimidarlo: el hombre hablaba con

libertad.

—Un sirviente. Observó los pergaminos y me pidió una pequeña parte del documento, con el fin de que su amo pudiese tasar su valor. Yo se la di, fiándome aunque no sabía a qué casa pertenecía. Me convencieron sus modales distinguidos...

—¿Y después?

—Pocos días después volvió, ansioso por comprar todo el lote. Y no pestañeó cuando le pedí en pago una cifra enorme. Se fue con su paquete, feliz por haber concluido el negocio. Y yo, os lo aseguro, estaba más contento que él.

—¿Qué aspecto tenía?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Qué podría decirnos? Era de estatura y corpulencia normales, como tantos otros...

—¿Lo reconocerías?

El librero reflexionó un instante, antes de responder.

—Podría reconocerlo, cierto. ¿Pero qué pensáis hacer?

La pregunta era sensata. Evidentemente, no podíamos hacer desfilar por la tienda a todos los criados de la Ciudad Prohibida.

—¿Recuerdas, al menos, si alguna seña particular lo distinguía de los demás?

El hombre pensó largo rato. Después respondió:

—Quizá sí. Hubo algo que me sorprendió y que me pareció insólito para un sirviente, aunque de alta casa.

—¿Cuál?

—Sabía leer...

—Ahí está la prueba —afirmó Huang con tono irónico—, que, a pesar de la estupidez de la burocracia de este país, puede representar a veces una ventaja...

—¿Qué quieres decir?

El chino mostró a Tommaso una cédula con el sello del Archivo Real y un largo formulario cumplimentado en todas sus partes. Le indicó la firma al final del documento, claramente legible.

—Mao-Xe-Ti: es el nombre del misterioso criado que compró el diario de Marco Polo en la Ciudad Baja y encargó la traducción a Lin-Piao. Esta es su firma.

—No lo entiendo.

Huang dedicó a Tommaso una sonrisa de entendimiento.

—Sin embargo es sencillo. Lin-Piao era un empleado del Archivo Real y Mao-Xe-Ti debió pedir una autorización especial para disfrutar de sus servicios. Esta es una petición de «arrendamiento», como es costumbre en tales casos. Hemos hecho bien en explorar incluso una posibilidad tan remota...

—Quieres decir...

—Así es —asintió el comerciante—, quiere decir que lo que nos contó Lin-Piao era en parte falso. Su cliente no se presentó a él con el rostro cubierto. Y probablemente no se puso en contacto con él en casa, sino aquí, en estas oficinas y a

la luz del día.

—¿Y por qué, entonces, si todo se desarrolló así, el traductor se suicidó ante nuestros ojos?

Huang no respondió.

Tenía necesidad de pensar.

Después, tomó a Tommaso por el brazo, hablándole en tono encendido:

—Mao-Xe-Ti y su amo se han movido abiertamente solo antes de comprender lo importante que era el diario del viajero veneciano. Después, al conocer el valor de esos escritos, han tomado sus precauciones...

—Comenzando por amenazar de muerte a Lin-Piao...

—Exacto. Y quien atemorizara al traductor es, seguro, lo bastante poderoso para cumplir sus amenazas. Por eso Lin-Piao ha preferido suicidarse antes de revelar lo que sabía.

—Olvidando completamente esto...

Tommaso observaba el módulo del Archivo Real: el cuidado y la elegancia con la que los chinos componían incluso un documento sin importancia como aquel lo llenaba de admiración.

—Ya —concluyó Huang—, toda su necesidad de secreto ha entrado en crisis por la escrupulosidad de la burocracia pekinesa...

Grozio escrutó al compañero.

—De todos modos, no será fácil descubrir quién es el amo de Mao-Xe-Ti. En la Ciudad Prohibida viven muchos miles de criados y sirvientes de todo tipo. Y dado el ambiente en el que trabajan, solo unos pocos están, verdaderamente, en condiciones de leer y desarrollar para sus propios amos unos cometidos exigentes como este.

—Tienes razón, pero ahora sabemos algo de nuestro adversario y podemos jugar en su mismo terreno. Tengo una idea.

Tommaso sonrió:

—Creo entender lo que pretendes.

Con una sustanciosa compensación, el librero anticuario de la Ciudad Baja aceptó lanzar el reclamo y puso en circulación la voz de que unos preciosos tomos europeos del Cinquecento estaban en venta en su tienda.

No tuvieron más que apostarse en la trastienda del pequeño negocio, escondidos mediante una simple cortina, y, al cabo de una semana, su paciencia se vio premiada.

Aún antes de que el nuevo cliente se acercara al mostrador, el comerciante les susurró:

—¡Atentos! ¡Es él!

Después se volvió para servirle.

—¿Qué puedo hacer por vos?

—Mi amo desea enriquecer su colección de textos europeos impresos. ¿Puedes

satisfacerme, al menos tú, entre todos los tenderos de esta repugnante calle?

—Claro, señor mío. Sois afortunado. Tengo aquí algo que puede veniros bien...

Tommaso y Huang escucharon aquel preámbulo, imaginando los gestos afables del comerciante y los modales apresurados de su cliente.

Y Grozio sonrió, pensando en la utilidad final de los libros que desde hacía años llevaba consigo por el mundo. Le había costado separarse de ellos cuando Huang se lo había propuesto, pocos días antes, pero esperaba conseguir hacerse de nuevo con ellos en breve.

Ahora se concentró en quien tenía a poca distancia de él. Y, con la máxima cautela, miró un par de veces a la tienda, sin ser visto.

—Aquí están, ilustre señor. ¿Lee estas lenguas?

El siervo miró al tendero con malevolencia.

—Naturalmente que no. Pero mi amo sabrá cómo valorar los contenidos. Dime, mientras tanto, de qué se trata. O más bien, escíbeme una nota.

Y el anticuario hizo lo que le había pedido, anotando escrupulosamente títulos y autores para garantía de sí mismo y del criado.

—Bien... Entrego en sus buenas manos un ejemplar de *De l'infinito universo et mundi* del hereje italiano Giordano Bruno, un ejemplar del *Institutio chrtistiana religionis* del hereje francés Juan Calvino y un ejemplar del *De revolutionibus orbium coelestium* del astrónomo polaco Nicolás Copérnico...

Mao-Xe-Ti tomó los volúmenes.

Después se volvió al anticuario con una nota de suspicacia en la voz:

—Son títulos buscados hasta el extremo... ¿Cómo los has obtenido?

El hombre tenía la respuesta preparada y no se dejó sorprender:

—Es una historia curiosa, pero instructiva. La semana pasada, un diplomático occidental abandonó Pekín rumbo a las islas de Japón, y se vio obligado a dejar su biblioteca antes de partir. Los japoneses quieren evitar que las ideas de los extranjeros se difundan con demasiada facilidad por el archipiélago. Sobre todo las religiosas...

El criado suspiró:

—Entiendo lo que dices... sí, quizá también nosotros deberíamos ser más prudentes... —Y, dicho esto, concluyó, antes de saludar—: Volveré al cabo de veinte días, para restituirte los libros o con el dinero necesario para pagártelos.

Cuando la puerta de la tienda se cerró, el comerciante pasó a la trastienda.

—Se ha ido. Si queréis alcanzarlo, debéis daros prisa. En caso contrario lo perderéis entre la muchedumbre...

Huang y Tommaso salieron.

Mientras seguían a paso ligero al sirviente por las calles y plazas de la Ciudad Baja, el italiano reflexionaba.

Mao-Xe-Ti había propuesto claramente al anticuario la hipótesis de que su amo se negase a adquirir los libros. No era la postura típica del bibliófilo. Era, más bien, la postura de quien buscaba algo en los libros. Y, si no lo encontrase, no quedaría

satisfecho.

—Tenía razón en sospechar que nuestros adversarios no fuesen personas de poco...

Huang arrancó a Grozio de sus pensamientos.

Habían seguido al criado largo tiempo, cruzando a pocos pasos de él el umbral de la Ciudad Prohibida. Y habían bastado algunos minutos para que su destino pareciese evidente.

—¿Quién vive allí?

—El sirviente ha entrado en el Pabellón Azul, el palacio que alberga a los mayores mandarines de la corte. Ahora sabemos dónde se esconden nuestros adversarios.

La partida podía hacerse muy peligrosa.

Y Tommaso sintió de nuevo la necesidad de invitar a Huang a dirigirse a Zhang-Hou o a cualquier otro ministro confiable del emperador.

Pero el comerciante se mostró inamovible.

—¡No! Hemos llegado a este punto y nos las arreglaremos solos. Debemos encontrar el modo de atraerlos a una trampa...

—¡Señorías, honorables consejeros del Hijo del Cielo, infatigables ayudantes de los poderosos mandarines del reino! Escuchad lo que decreta el emperador en memoria de uno de sus más fieles servidores, desaparecido hace poco en el ejercicio de su misión...

Así anunciaba el pregonero recorriendo las plazas y los palacios de la Ciudad Prohibida. Y una muchedumbre de dignatarios, funcionarios y lacayos se reunía veloz alrededor de la voz del hombre. Muchos lo escuchaban por breves instantes, justo el tiempo de entender de qué se trataba. Otros se detenían más tiempo, comentando la magnificencia de Wan-Li, que tributaba el honor del reconocimiento público a un individuo de bajo rango.

Pero ninguno de ellos interesaba de verdad a Tommaso y a Huang. Apostados desde la mañana en las proximidades del Pabellón Azul, esperaban que apareciera un solo hombre, quien los llevaría hasta el jefe del complot. Y finalmente lo vieron: Mao-Xe-Ti descendió la larga escalinata que daba acceso al palacio y se acercó al pregonero.

—Anunciamos, en consecuencia, que el Hijo del Cielo beneficia la memoria del comerciante Huang-Minsha con dos mil quinientas pérticas, que serán entregadas para uso de sus herederos. Dispone otrosí que su nombre sea recordado cada día, desde hoy y durante tres meses, en nuestros templos. Sus bienes, traídos desde Mongolia a Pekín por soldados del Celeste Imperio, están recogidos en el Ala Blanca, donde ha permanecido durante varios meses antes de dejar China para un importante encargo, en el que se ha distinguido especialmente. Quien tenga algo contra su

persona y su pasada acción, reclame ante los organismos competentes. Igualmente, es libre el acceso al templo de los Héroes para quien quiera glorificar el nombre. Esto establece nuestro señor y soberano Wan-Li.

La reacción fue inmediata.

En cuanto oyó que el pregonero hablaba del anónimo comerciante Huang-Minsha, Mao-Xe-Ti volvió rápidamente sobre sus pasos. En pocos instantes había desaparecido de nuevo en el interior del Pabellón Azul. Evidentemente, aquellas noticias revestían gran interés para su amo.

—Ahora —afirmó satisfecho Huang—, solo nos queda esperar. Los responsables del complot no tardarán en ponerse en movimiento...

—¿Y bien?

La voz de Huang cortó el aire como un látigo, y los dos visitantes nocturnos se inmovilizaron.

—¿Qué habéis venido a buscar entre las pobres cosas de un muerto?

Los intrusos palidecieron visiblemente. Después, con lentitud, se dieron la vuelta. A sus espaldas estaban Huang-Minsha y Tommaso Grozio.

La expresión de aquellos hombres cambió, y la máscara de la rabia se apoderó de sus rostros.

—¡Hijo de puta!

—¡Cerdo repugnante!

Habían pasado pocas horas desde que el italiano y el chino vieran a Mao-Xe-Ti precipitarse en el Pabellón Azul para comunicar a sus amos la noticia de la muerte de Huang, y ahora se encontraban en la pequeña cabaña que los había alojado durante el invierno anterior. Escondidos en el interior, habían oído llegar a los visitantes a hora tardía y ordenar a los guardias que se detuvieran fuera.

Quien fuese, deseaba tener las manos libres y no albergaba ninguna preocupación por el secreto.

Después los habían visto entrar y encender una luz.

Grozio, al ver el perfil, tuvo que sofocar una exclamación de sorpresa: había reconocido inmediatamente a Li-Tadou y Xi-Madong, los dos dignatarios a quienes se enfrentara el año anterior.

En breve, ante el «resucitado» Huang, habían perdido toda su sangre fría. Con el rostro alterado por la ira, prorrumpieron en una sucesión de insultos, en el lenguaje vulgar de los carreteros.

—¡Perro sarnoso!

—¡Rata de alcantarilla merdosa!

Huang reía, pero su sonrisa cínica no hacía presagiar nada bueno para los intrusos de alto rango.

Y Tommaso estaba atónito.

Desde el momento en el que los dos habían entrado, una pregunta le rondaba en la mente: ¿dónde estaba Zhang-Hou, el tercer gran eunuco de la corte, el otro único mandarín informado de sus investigaciones y de sus movimientos? También él estaría entre los sospechosos organizadores del complot...

El rencor con el que Li-Tadou y Xi-Madong se dirigían a Huang y la risa sarcástica con la que este los miraba abrieron al fin una espiral en la mente de Grozio. No, no estaba dicho todo. Y fue el seco Xi-Madong quien le desveló la verdad, burlándose:

—No creo, sabio de Occidente, que seas tan experto como haces creer. En caso contrario no habrías viajado por toda Asia sin reconocer, a tu lado, los rasgos y las maneras de Zhang-Hou, uno de los hombres más poderosos del Imperio del Medio...

Grozio se volvió, desconcertado, hacia su compañero de aventuras:

—¿Es cierto?

—Es cierto —confirmó, seco, el dignatario—. Gracias a estas ropas he viajado por Asia en secreto y he llevado a cabo muchos encargos delicados para nuestro soberano. —Después añadió de inmediato, con tono duro—: ¡Pero no es esto lo que importa ahora!

En la estancia se produjo un pesado silencio.

Los tres mandarines se observaron alertas, con las facciones iluminadas por la única débil luz de una lámpara. Estaban prestos a saltar, dispuestos a cortarse uno a otro el cuello para alejar de la propia persona la sombra de la sospecha de infidelidad. Pero la partida, aún antes de comenzar, ya tenía sus vencedores y sus vencidos. El resultado estaba escrito en los corazones de todos. Por eso fue Huang quien lanzó la requisitoria.

Rindió homenaje con una inclinación irónica a sus adversarios:

—¿Qué me dices, gran Li-Tadou? ¿Y bien, poderoso Xi-Madong? ¿Cómo justificáis vuestra presencia aquí? Vosotros, en efecto, sabéis bien que esta es la falsa habitación de un falso comerciante...

Y, como no le respondían, insistió:

—¿Qué buscabais entre las cosas de Zhang-Hou? ¿No sabéis que todo lo que es suyo pertenece al soberano?

—¡Cierto! —replicó Xi-Madong, tratando de alguna manera de reaccionar y salir del punto muerto—. Sabíamos qué misión estabas llevando a cabo y la noticia de tu muerte nos ha entristecido profundamente. Hemos venido para asegurarnos de que nada importante, entre los frutos de tus investigaciones, escapase a nuestro emperador...

Huang lo miró con desprecio:

—¿Venís aquí de noche por eso? ¿No habéis hablado con el Hijo del Cielo? ¿Tenéis su autorización?

—Nosotros no tenemos necesidad de ninguna autorización —gruñó, amenazador, Li-Tadou—, no lo olvides...

—Es verdad —asintió el comerciante—. La corte hace lo que queréis, sin preocuparos de las necesidades del país ni de los deseos del emperador. Veláis solo por vuestros intereses...

—¿Cómo te atreves?

Huang escupió.

—Me atrevo porque tengo las pruebas. Y yo mismo, habiendo sobrevivido a la espada del sicario pagado por vosotros, soy la prueba más evidente de que vuestros planes pueden fallar...

El comerciante se acercó a los dos dignatarios, que retrocedieron un paso.

Ahora hablaba a una distancia suficiente para que su hálito llegase a las caras de los otros.

—Me visteis, hace meses, cuando me presenté en la corte con el sabio Tommaso Grozio. Me reconocisteis y os pareció conveniente callar, porque todo se desarrollaba en el nombre del emperador. Pero lo que habéis hecho antes y después de aquellos días ha sido en el nombre de vuestra avidez de poder.

—No sabemos de qué hablas...

—Adquiristeis el diario de Marco Polo a un anticuario de la Ciudad Baja. Lo entregasteis a un traductor y no habéis comprendido su enorme importancia para el destino de China. Después entregasteis conscientemente al soberano solo una pequeña parte del manuscrito. La que nos mostrasteis también a nosotros. Comprendo muy bien que hayáis querido alejarme de la corte. De este modo, podíais continuar desarrollando vuestros sucios asuntos. ¿Pero por qué habéis mentido a Wan-Li? ¿Por qué no le entregasteis el diario entero?

Los dos mandarines, en apuros, no replicaron. Después, en una tentativa extrema de salvación, Li-Tadou tuvo la fuerza de decir:

—Sin duda habríamos hablado con el emperador cuando todo estuviese más claro...

—¿Qué quieres decir? ¿Cuándo fueseis los primeros en llegar a desvelar el secreto de Gengis Kan? ¿Después de haber explicado los primeros que se escondía tras la secta de Lázaro? ¿Este es vuestro modo de servir al emperador?

Xi-Madong alzó el rostro, con expresión de desafío.

—¡Que tú nos creas o no, no tiene importancia!

—¿Cómo puedo creerte? —continuó Huang—. ¿Quién me asegura que, habiendo conquistado aquellos secretos, no trataríais de disfrutarlos por vuestra cuenta?

Sobre el grupo cayó un plúmbeo silencio.

—Hablaréis con el emperador, seguro... Tenéis muchas cosas que explicarle: por ejemplo, por qué nos habéis hecho seguir, por qué habéis tratado de eliminarme y por qué habéis hecho matar al comerciante mongol. Estoy seguro de que el Hijo del Cielo escuchará con mucho interés vuestras explicaciones. Pero ahora es suficiente...

Con un simple chasquido de dedos, Huang deshizo la tensión.

Los soldados, reclamados por aquel gesto, entraron en la cabaña. Y no tuvieron

necesidad de explicaciones para comprender en manos de quién estaba ahora el verdadero poder.

—¡Arrestados! ¡Y tendrán lo que merecen por su traición!

Ni una palabra de disculpa por haberle mentido en todo aquel tiempo.

Ni una palabra de explicación sobre su falsa identidad.

Tommaso, confuso y dolido, comprendió inmediatamente que sobre aquellas cuestiones no obtendría del chino ninguna aclaración, aparte de alguna justificación genérica fundada en la razón de estado.

Y saber que tanto secreto no había ido en detrimento suyo no le daba suficiente consuelo. Había sido tratado como una marioneta, en un juego más grande que él y del que ni siquiera apreciaba bien los contornos.

A sus preguntas, Huang respondía con evasivas.

Salvo a una.

El comerciante comprendía que al menos aquella curiosidad quedaba satisfecha.

—¿Quién era —había preguntado Grozio— el mandarín de nuestro tercer encuentro? ¿Era...?

—Sí —indicó solemnemente Huang—, era él, era el emperador Wan-Li. Ha querido conocerte personalmente, si bien de incógnito. Y, cuando acabe esta historia, siempre podrás gloriarte, ante tu familia y tus conciudadanos, de haber conocido al hombre más poderoso del mundo.

El italiano lo miró con ira.

—Yo no quiero...

—¿Qué no quieres? —lo apostrofó el comerciante.

Tommaso no terminó la frase.

Sofocó su propio movimiento de rebelión: «¡No quiero ser instrumento en las manos de nadie!», habría querido gritar. Pero se contuvo, embargado de improviso por la misma sensación que lo había suspendido algún tiempo antes, cuando el emperador le había pedido que descubriera el secreto de Gengis Kan.

Entonces había tenido la certeza de que todo estaba ligado, la conciencia de que nada ocurría por casualidad y que aquel encargo era un signo del destino. Intuyó además, aunque débilmente, que incluso aquella aparente sumisión a los planes de otros preparaba quizá algo más grande, la revelación de un designio en el que él mismo, Tommaso Grozio, sería protagonista, descubridor de la verdad, autor de la victoria del Bien sobre el Mal.

—Yo no quiero andar a ciegas... —afirmó con calma.

Y continuó, obligándose a ello y venciendo sus propios temores:

—Para dar un sentido a esta historia, debemos encontrar el diario de Marco Polo.

—Ya he dado órdenes de registrar de punta a cabo los apartamentos de esos dos traidores —asintió Huang—. El diario aparecerá y finalmente podremos dedicarnos al

verdadero objetivo de nuestra misión.

Tommaso no replicó.

Ya no podía fiarse del comerciante.

Tendría que jugar solo por sí mismo.

Pero jugar era inevitable.

Lin-Piao no había mentido.

Aferraba entre las manos un escrito que habría hecho las delicias de cualquier estudioso.

Y Tommaso, que conocía bien *El libro de las maravillas*, podía atestiguar las diferencias que había entre el libro conocido en toda Europa y aquella primera versión autógrafa de las mismas memorias.

Las sesenta hojas de pesado pergamino, densamente cubiertas de signos por ambas caras, habían sido redactadas en períodos diferentes. La mayor parte de las anotaciones estaban fechadas y eran más bien breves, sin superar el par de líneas, y contemplaban un lapso de tiempo comprendido entre 1275 y 1291. Marco Polo había tomado, en consecuencia, apuntes en cada fase de su largo viaje y de su permanencia en China, con la intención, seguramente, de darles una sistematización orgánica una vez de regreso en la patria. Nada que ver, pues, con la progresión en capítulos de *El libro de las maravillas*. Y muchas de aquellas concisas observaciones se referían a lugares, pueblos o personajes que no aparecerían después en el libro. ¿Existían, aún, por ejemplo, los Karazi de Irán? ¿Y los comedores de serpientes de la India sudoriental? ¿Y quién era Mataghoulam, divinidad adorada en el Pamir y del que nunca más había oído hablar?

El italiano se daba cuenta, sin embargo, de que todo esto, aunque de extraordinario interés, palidecía frente a un solo fragmento concreto del pergamino. Por aquellas pocas líneas, muchos hombres habían muerto ya y muchos estarían dispuestos a matar aún.

No estaba seguro.

Con mano trémula, acercó el escrito a la luz de una lámpara de aceite y leyó en voz alta. Estaba solo, en su estancia, en su apartamento, en el interior de la Ciudad Prohibida. Pero debía leer en voz alta para probar, antes de nada a sí mismo, que no se trataba de un sueño.

Y cuando curaban a guisa de milagro a sus soldados, su orgullo y su deseo vehemente de conquistar el mundo crecían, tanto que ni siquiera los consejeros mayores podían frenarlo. En consecuencia, partía siempre para novísimas empresas...

La capacidad de curar a los soldados, enfermos o heridos en batalla.

Ese era el secreto de Gengis Kan.

De ese modo, sus tropas habían podido avanzar por todo el continente de Asia,

siempre intactos por número, fuertes por energía y entusiasmo, imparables también, después de largos y extenuantes combates. No eran las máquinas lanzaproyectiles y el fuego inextinguible, ni armas concretas, ni conocimientos técnicos adquiridos quizá a los mismos occidentales lo que había nutrido las conquistas de Temuyín, sino un poder mágico, porque solo la magia podía justificar aquella expresión: «a guisa de milagro».

Grozio se preguntó quién lo había transmitido al Kan. Quién había considerado justo poner en manos de un hombre tan feroz un poder tan inmenso. Quién había querido transformar, con su propio arte, una peligrosa banda de nómadas en un ejército de endemoniados hijos de Satanás.

Y después: ¿de qué modo? ¿Cómo se ejercía el poder? Esto, Marco Polo no lo decía.

Tommaso se pasó la mano por la frente. Sudaba, a pesar de que el frío invernal penetrase también las estancias de la Ciudad Prohibida. Porque el fragmento continuaba con una frase dramática, que encerraba un significado tremendo.

Y nadie sabe que Cinghys Cane buscaba otro secreto, más grande, tal que solo Dios puede contenerlo. Esto quería que revelara messer Marco...

¡Otro secreto!

¿Y qué secreto podía ser más grande que el ligado a la curación de los soldados heridos?

Había repasado más de una vez todo el pergamino, en busca de una explicación. Pero no había encontrado ninguna. Tampoco una alusión a la secta de Lázaro, además de lo que ya conocían:

Cuando la secta de Lázaro quiera iluminar...

Precisamente a la secta debían de estar ligados los secretos y, sobre todo, el «otro, el más grande», que «solo Dios» podía contenerlo. Algo tan terrible y grandioso como para llevar al hombre al estado divino...

Grozio sentía que la cabeza le iba a estallar.

Marco Polo no había querido revelar más, temiendo quizá por su propia vida o, incluso, por la de quien leyera sus páginas en el futuro. Y se había guardado mucho de incluir en *El libro de las maravillas* alguna referencia a todo esto, como si ni siquiera debiera saberse en Occidente.

Pero había dejado una huella.

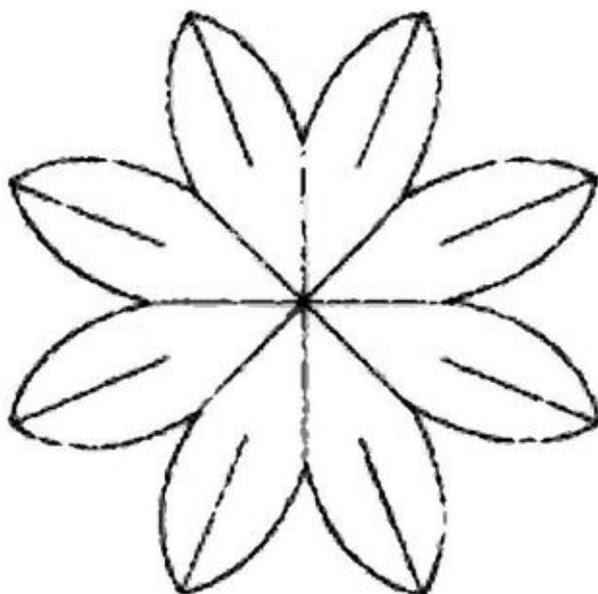
Un misterioso dibujo, inserto por el veneciano en el fondo de sus apuntes.

Allí donde la hoja rasgada del diario se correspondía perfectamente con el tercer fragmento que les mostrara meses antes el emperador, el viajero había bosquejado

con trazos más bien burdos una flor de loto de ocho pétalos.

¿Pero qué significado podía ocultar?

¿Y por qué el europeo había ocupado aquel espacio precioso con el dibujo de un símbolo vinculado a la tradición india?



Tommaso había observado muchas veces la reproducción de la flor tántrica en los templos y en los libros hindúes, y no comprendía que relación quería sugerir Marco Polo entre las flores y el secreto de Gengis Kan.

Además, el dibujo no tenía asociada ninguna palabra de explicación. Como si también fuese peligroso acercarse a su significado. El secreto, parecía sugerir el comerciante, solo podía ser bien custodiado si se conservaba en las mentes y en los corazones...

Grozio cerró el diario.

La búsqueda de la verdad no había acabado.

Quizá solo fuese el principio.

—Ha descubierto que les has ocultado tu identidad durante mucho tiempo. ¿No bastará esto para comprometer nuestros esfuerzos?

El emperador parecía asustado por el giro de los acontecimientos. Pero el comerciante respondió sin dudar.

—No, majestad.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Estoy convencido de que sabré reconquistar su confianza. Pero aun si no fuese así...

Huang se detuvo, pensativo.

Desde lo alto de su trono, el Hijo del Cielo lo observó, impaciente.

—¿Y bien?

—El hereje europeo seguirá adelante con su misión a pesar de todo. Y para moverlo estará el único auténtico motivo que lo ha llevado a abrazarla: la sed de conocimientos...

—Ten cuidado de que ese, a su vez, no lo lleve fuera del camino. Este hombre no debe enorgullecerse sin medida. Su ambición podría acabar siendo peligrosa y volverlo en nuestra contra...

El comerciante sonrió.

—Excluyo tal cosa. Es consciente de sus capacidades, pero humilde. Además, las duras pruebas de la vida lo han forjado como la hoja del mejor acero. Hoy está dispuesto a cortar los nudos de la ignorancia y abrir nuestro camino al conocimiento.

—¿Hacia dónde os dirigiréis?

—Adonde él crea oportuno, para que sea revelado el significado de la flor del loto de ocho pétalos. Y, en fin, para que sea desvelado el secreto de la secta de Lázaros, un personaje de los textos sagrados de Occidente del que nosotros sabemos poco...

—Bien, Zhang-Hou —lo despidió el emperador—. Ve, y recuerda las promesas que te he hecho. El éxito en este encargo te hará muy poderoso...

—No olvidaré vuestra oferta, majestad. Tenedlo por seguro...

Y, con una profunda inclinación, retrocediendo lentamente, Huang-Minsha se separó del Hijo del Cielo.

Sabía que no lo volvería a ver en mucho tiempo.

Huang se miró al espejo y sonrió.

El secreto se había perdido y el mundo había perdido su recuerdo.

Pero ahora quizá la búsqueda de siglos se acercaba a su conclusión.

Gracias al inconsciente italiano, volverían a estar en posesión de los saberes que por naturaleza les esperaban.

Observó su propio rostro.

Era aún el de un ciego entre los hombres, obligado a medirse con los hombres, sirviéndose de los medios de los hombres, débil como ellos, mortal como ellos.

Pronto formaría parte del grupo de los dioses.

Él, hijo de dos razas de Oriente, hijo de China y de Mongolia, crearía una nueva estirpe de dominadores.

—El sanedrín está al completo, Caifás, como ocurre solo en raras ocasiones...

El sumo sacerdote asintió gravemente al secretario que le comunicaba el resultado del recuento apenas terminado: con su mirada fruncida quería subrayar que no era absolutamente necesario que aquel funcionario comunicase también a la asamblea sus impresiones personales.

La reunión de aquel día era de las ordinarias, pero la cuestión que se pretendía afrontar había suscitado evidentemente el interés de los setenta miembros. Estaban todos los fariseos y todos los saduceos, además de los representantes ancianos de las familias más destacadas de la ciudad y de Judea. Estaban sentados a la espera de noticias y dispuestos a dar la batalla ocupando cada puesto del hemiciclo de gradas que estaba a las espaldas de Caifás, sentado en el centro, en primera fila. En la última fila, la más alta, Anás, el poderoso suegro del sumo sacerdote, dominaba con mirada penetrante a todos los demás consejeros. También aquel día, se dijo el presidente de la asamblea, su protector no permitiría que lo pusiesen seriamente en dificultades.

Había llegado el momento. Dando a su voz la necesaria impostación, el sumo sacerdote invitó a los notables que lo rodeaban a ocuparse de la cuestión que tenía agitados a los jefes religiosos y políticos de la Ciudad Santa:

—Hombres justos de Judea —comenzó—, escucharemos, antes de nada, el informe del jefe de la guardia del Templo sobre una cuestión de orden público: la persistencia de la blasfema adoración de Jesús de Nazaret, el falso profeta de Galilea. Discutiremos después las ulteriores medidas que consideremos necesarias para combatir a estos insidiosos enemigos de nuestra fe y de nuestra paz.

Con un gesto, hizo entrar al oficial recién anunciado.

Mientras este hacía su entrada, un murmullo difuso agitaba la asamblea. Caifás sonrió amargamente: desde la noche del improvisado proceso a Jesús, dos meses antes, el nombre del sanador y maestro no había sido pronunciado en la sala de las piedras cuadradas. El hecho de que se hiciese necesario ocuparse de ello aún significaba que la condena a muerte no había bastado para resolver el problema y muchos de entre los enemigos del sumo sacerdote afilaban ciertamente sus armas, en aquel momento.

—¡Salud a ti, Caifás! ¡Y honor al sanedrín de Jerusalén!

El comandante de la guardia del Templo tenía fama de hombre experto y enérgico. Si fuera necesario, también brutal. Ahora estaba firme, en pie, mirando a toda la asamblea que concentraba en él las miradas que le dirigían desde cada asiento.

—Háblanos de los discípulos del Nazareno.

El soldado respondió sin vacilación:

—Están bien escondidos. La mayor parte de ellos han regresado a Galilea, que no

depende de nuestra jurisdicción... —Y aquí hizo una breve pausa, porque aquella observación servía para guardar las formas, mientras que, en el silencio, estaba sobrentendido que los espías de Jerusalén tenían bajo control todo el territorio de Palestina—... Pero sabemos que han vuelto a sus ocupaciones precedentes: a la pesca y al cultivo de los campos. Ninguno de ellos lleva a cabo en este momento obra alguna de enseñanza o predicación. Hay quienes, incluso, se han vuelto a acercarse a la sinagoga de su ciudad, signo evidente de la voluntad de ser readmitidos.

Caifás subrayó la importancia de aquellas primeras buenas noticias:

—Bien, el temor inspirado por nuestra obra de justicia ha dispersado a aquellos malvados y hoy les impide sembrar el veneno de la blasfemia. Y ahora, dime —añadió, poniéndose de nuevo muy serio—, ¿qué ocurre en torno a la sepultura del condenado?

—No perdemos de vista el sepulcro ni un minuto. Los romanos, que lo custodian según la petición de esta santa asamblea, comienzan a relajar su vigilancia. Pero nosotros insistimos, para evitar el riesgo de que alguien quiera robar el cuerpo e inventar infundios a su costa...

—¿Qué infundios, Caifás?

La voz que interrumpía la audición era la de un enemigo personal del sumo sacerdote, uno de los principales representantes de los fariseos. Caifás no se volvió a mirarlo, para que no resultase evidente a todos su irritación: aquel hombre conocía muy bien los delirios de Jesús. Los fariseos habían seguido paso a paso el desarrollo de la predicación del rabí, pero querían, evidentemente, que se hablase en aquella sede para levantar sospechas sobre las decisiones, queridas por el sumo sacerdote y por los saduceos, que habían hecho precipitar a la condena los últimos momentos de la vida del falso profeta.

—Aquel hombre dijo... que después de su muerte, resucitaría —recordó Caifás con cierta vacilación—. Dijo más veces que, pasado cierto tiempo, sería liberado de la muerte...

—¿Y esta afirmación es tan insoportable para nuestros oídos? —respondió su opositor—. Nosotros, los fariseos, creemos en la vida más allá de la muerte, ¡una doctrina que parece evidente de la lectura de las Escrituras!

Aquella profesión de fe desencadenó inmediatamente la protesta de la mitad de la asamblea. Los saduceos acusaban a los fariseos:

—¡También vosotros sois discípulos del Nazareno!

Los fariseos replicaban:

—Hemos combatido a Jesús antes y más que vosotros, discutiendo con él en las plazas. ¡Muchas culpas encontramos en aquel hombre, pero no esta!

Fue Anás, al fin, quien se levantó:

—¡Callaos todos, estúpidos! ¿No comprendéis que la loca promesa de Jesús iba mucho más allá que vuestras interpretaciones?

Todos callaron y se pusieron a escuchar.

El viejo continuó:

—Jesús de Nazaret no hablaba de la resurrección del último día, cuando el Altísimo, precedido de su Mesías, vendrá a reconstruir el reino de Israel. No: ¡Él mismo se atribuía el poder de la vida, blasfemia execrable!

Anás estaba furibundo. Su voz, enronquecida por la edad, resonaba de sincero desprecio. Caifás asintió satisfecho: su suegro había ido derecho al meollo de la cuestión, aunque esta vez el sanedrín no se dividiría, como quizá Jesús había esperado que ocurriese.

Sin dejar que se perdiera la atención que le prestaba la asamblea, el viejo prosiguió:

—¿Habéis olvidado que obró curaciones diciendo que tenía en sí la fuerza del Altísimo, llamándolo «Padre mío» y, al final, osó incluso organizar la resurrección de un chico, de una chica y después la de Lázaro, su amigo? Con estos infundios concentraba sobre sí las esperanzas de muchos inocentes, ¡aunque todos sabemos bien que es imposible que un hombre tenga en sí semejantes poderes! ¡Todo esto no tiene nada que ver con la Ley de Moisés, los profetas y los escritos! ¡Ni siquiera con las interpretaciones de los sabios!

Anás se sentó.

Solo algún fariseo sacudía aún la cabeza, pero en silencio.

Caifás continuó interrogando al comandante de la guardia:

—¿Hay noticias de Lázaro, el cómplice de Jesús, que hemos ordenado arrestar para que sea procesado como su maestro de infundios?

El oficial respondió inclinando ligeramente la cabeza:

—Ese hombre ha desaparecido. Hemos interrogado a sus vecinos, a sus amigos. Tenemos bajo vigilancia su casa, a sus hermanas. Pero de él no hay rastro alguno.

La referencia a las hermanas del buscado estimuló la curiosidad del jefe de una familia destacada de Jerusalén:

—Dinos, ¿qué dicen de Jesús y de Lázaro las hermanas de este?

El soldado miró a Caifás antes de responder. Entre los dos intercambiaron un signo de entendimiento. Después habló:

—No saben nada de Lázaro y pensamos que son sinceras. Pero están convencidas de que Jesús resurgirá pronto, con su cuerpo, como las otras mujeres que se obstinan en visitar el sepulcro cada mañana...

Un murmullo de estupor recorrió la sala.

—¿Y qué quiere decir «pronto»? —preguntó uno, expresando el temor de todos.

—No lo saben con precisión. Dicen: «Después de que haya pasado el tiempo necesario...».

El murmullo de los comentarios aumentó. Caifás dejó que aquellas palabras penetrasen en el ánimo de todos. Luego continuó:

—Esta esperanza obstinada es una amenaza que pende sobre todos nosotros. No importa que sean solo mujeres quienes la cultivan. Los romanos, en su ignorancia, la

consideran una cuestión de mujeres supersticiosas. Sus soldados, para aplacar los ánimos, han ayudado incluso, en los primeros días después de la muerte, a mover la piedra que cierra el sepulcro, para que las mujeres pudiesen embalsamar el cuerpo. Ahora ha llegado el momento de poner fin a esta ilusión...

—¿Y cómo? —preguntó una voz preocupada a espaldas del sumo sacerdote.

Caifás se levantó y miró a la asamblea.

—Tenemos que hacer cuatro cosas: ante todo, seguiremos vigilando a los discípulos más destacados del Nazareno y nos aseguraremos de que continúen con su mismo comportamiento para negar toda esperanza de futuro a su mensaje. Después, en cuanto los romanos retiren la guardia del sepulcro de Jesús, nos encargaremos nosotros de custodiarlo y disuadiremos de cualquier modo las visitas de las que hoy es fin...

Todos, escuchando a la máxima autoridad, asintieron convencidos.

—Como tercera cosa, de ahora en adelante, perseguiremos a todos los que afirmen haber sido curados por Jesús de cualquier enfermedad. Deberán negar públicamente sus presuntos milagros o contribuir a interpretarlos como lo que son: magias hechas posibles por la envidia del bien de Satanás...

La duda se pintó en la cara de algunos fariseos, que escuchaban en silencio. Caifás sabía lo que provocaban aquellas vacilaciones: a algunos de aquellos milagros habían asistido ellos mismos. Pero pensó que no era el momento de vacilar.

—En fin —prosiguió—, también con la ayuda de los romanos, si fuere necesario, procuraremos capturar a Lázaro y darle muerte ante toda la ciudad, mejor, ante todo Israel, por el infundio de que es el «resucitado».

Otra crucifixión.

Un hombre moría lentamente bajo el sol, agotando sus últimas fuerzas en un sufrimiento indecible. Combatía contra las dificultades de respiración y la sensación de ahogo. Trataba de no dejarse ir y, en realidad, enderezaba las piernas temblorosas, apoyadas en el largo clavo que fijaba los pies al madero.

Lázaro se informó por un soldado, fingiéndose solo superficialmente interesado por el destino del hombre colgado.

—¿Está ahí desde hace mucho?

—¡Desde esta mañana! —dijo el joven con un atisbo de fastidio.

El amigo de Jesús llevaba una larga barba, tenía la piel quemada por el sol. Una fina capa de maquillaje, como le había enseñado un maestro egipcio, contribuía a hacerlo irreconocible.

—¿Puedo mirarlo de cerca? —preguntó al soldado.

El otro sonrió con aire de desafío:

—¡Basta con que no trates de bajarlo!

Sin decir una palabra más, Lázaro se acercó. Oyó, detrás de él, al oficial romano

preguntar, suspicaz:

—¿Y quién es ese?

—No lo sé —respondió el soldado—, uno que pasaba... tiene aspecto de extranjero...

El amigo de Jesús no se detuvo. Estaba corriendo un grave riesgo, lo sabía, pero su búsqueda no podía interrumpirse.

Llegó al pie de la cruz y vio que el condenado parecía desvanecido. No conocía su nombre y temía que el hombre que estaba buscando desde hacía semanas fuese él.

En aquel momento se acercaron dos mujeres. Sus rostros estaban marcados por el dolor, pero también llenos de suspicacia.

—¿Qué quieres? —dijo la más joven con aire de desafío—. Mi hermano ya ha dicho todo lo que sabía. ¿Quieres seguir torturándolo? ¡Solo conseguirás hacer que muera antes! —Y escupió al suelo.

Lázaro negó con gesto decidido las malvadas intenciones que le estaba atribuyendo. Miró a la mujer más anciana, pensando que sería la madre. Se enterneció y trató de tranquilizarlas:

—Yo... yo... —balbuceó— lo conocía...

La hermana se alarmó y se le acercó más para hablar con un hilo de voz.

—¿Eres uno de sus compañeros? ¿Y qué has venido a hacer? ¿Quieres matar a un soldado?

Lázaro alzó la mirada y leyó en el cartel que estaba encima de la cruz el motivo de la condena: «Revolucionario, asesino de un soldado de Roma...».

—No, yo no quiero matar a nadie... solo quiero saber si él... es el hombre al que Jesús de Nazaret curó una mano paralizada e inútil, en Cafarnaúm, en la vieja sinagoga...

La joven abrió unos ojos como platos y comenzó a sacudir la cabeza. Pero la madre, con una luz exaltada en los ojos, dijo simplemente:

—Sí, es él. Eso es lo que ha hecho, con aquella mano... —diciendo eso, señaló el cartel que estaba sobre la cabeza de su hijo.

En aquel momento, ahogada, se oyó la voz del ajusticiado.

—¿Quién es... este hombre?

Los tres alzaron la cabeza. Las mujeres comenzaron a sollozar.

No había tiempo que perder. Lázaro habló:

—Soy un amigo de Jesús, el que te curó. Soy el hombre al que restituyó la vida después de la muerte... tengo dos palabras de Jesús en el acto de curar y dos triángulos de oro...

Un solo ojo se abría en aquel rostro hinchado por los golpes. El moribundo miró durante un largo instante al hombre que estaba a sus pies, que afirmaba venir del otro mundo.

—Madre —dijo con toda la fuerza que tenía en el cuerpo—, entrega a este hombre la... señal que te he confiado...

La mujer se alarmó.

—¿La señal del rabí de Nazaret? ¿Y por qué debería privarme de ella? ¡Ahora será el último recuerdo también de ti!

Lázaro miró a la mujer. Se preguntó cómo convencerla. De su túnica sacó los otros dos preciosos fragmentos y se los mostró a la mujer. Ella se turbó.

—Dale también la mía —continuó el condenado—, él... sabrá qué hay que hacer...

Después se volvió a Lázaro y, con el último hilo de voz, susurró:

—*Janardana*.

El amigo de Jesús se aseguró de haber comprendido bien y repitió la palabra. Después recibió de la llorosa mujer el tercero de los triángulos de oro. Vio que era exactamente igual a los otros dos y los ocultó de inmediato.

Ahora, el hombre que había tenido una mano paralizada y se había convertido en asesino callaba. La respiración, antes afanosa, se había detenido. Las mujeres lo miraban con ojos como platos.

Una voz de autoridad, a sus espaldas, apostrofó al resucitado:

—¿Tú quién eres?

Era el oficial romano.

Lázaro se alarmó. Las mujeres, con un gesto instintivo, lo abrazaron ambas, apretándolo con fuerza y rompiendo a llorar.

El oficial intimó:

—¿Eres un pariente? —preguntó a Lázaro que lo miraba conmovido.

Él asintió y, mientras algunos soldados se acercaban para constatar el deceso, se llevó a las dos mujeres de aquel lugar de muerte.

—Así que mis dos discípulos extranjeros han venido a buscarme. Y juntos, además. ¿A qué debo esta visita? ¿Y de qué nace la urgencia que leo en vuestros rostros?

El *pandit* había hablado en tono cordial.

Y no parecía en absoluto sorprendido. Como si algo, en los acontecimientos pasados, le hubiese indicado que Huang-Minsha y Tommaso Grozio volverían a buscarlo a la aldea.

—Nuestra visita, maestro —respondió el veneciano—, tiene un objetivo sencillo. Solo tú en toda la India puedes satisfacer, creemos, nuestras peticiones.

El *pandit* no replicó, y los dos compañeros observaron luces y sombras diseñadas en su rostro por el fuego, encendido ante ellos.

Habían llegado a la aldea aquella mañana, encontrándolo como lo habían dejado, en momentos diferentes, mucho tiempo antes. Exactamente igual a millares de otras aldeas de campesinos perdidos entre los campos de arroz de la India: no más de una cincuentena de humildes cabañas, en torno a las cuales se extendían hasta perderse de vista los campos.

Para llegar a ella, habían abandonado la carretera principal proveniente del norte, dejando a sus espaldas las pendientes boscosas de las colinas que anunciaban la aparición de las montañas más altas del mundo, y habían recorrido un estrecho atajo entre los campos, poco apto para los caballos. Se habían parado a menudo, para dejar pasar una pareja de búfalos uncidos al yugo, un carrito, a una mujer cargada de cestos, un grupo de trabajadores con aperos. Apartados del sendero, ponían mucha atención en no llevar los caballos por el agua estancada, llena de sanguijuelas. Sabían adónde iban y no necesitaban pedir indicaciones: quizá también por eso concitaran muchas miradas suspicaces. Pero nadie osaba interpelarlos ni obstaculizar su camino. Y en aquel país tan inmenso era difícil encontrar a soldados de los miles de soberanos y potentados.

Después, cuando se estaban acercando verdaderamente a la aldea del *pandit*, las cosas cambiaron. Los campesinos, habituados a los visitantes indios y no indios que buscaban al maestro, observaban a los dos sin excesiva sorpresa. En cambio, lo que suscitaba cierto asombro no era la procedencia foránea sino una combinación un tanto extraña: ¿qué podían querer del sabio un occidental y un oriental?

En todo caso, ni la excepcionalidad de la visita cambió las costumbres consolidadas de la población de la aldea. El veneciano y el chino pudieron comunicarse con el *pandit* solo después de que estos, como de costumbre, hubieran contado una pequeña parte de la gran historia tradicional a los hombres y a las mujeres de la tierra.

—Sabéis que no respondo a ninguna pregunta. —Dirigió un gesto de cabeza al chino y miró directamente a los ojos al italiano—: ¿Qué os hace pensar que deba modificar esta sabia costumbre?

Grozio no respondió, porque ninguna explicación podía dar respuesta adecuada a tal pregunta. Pero abrió la cesta y sacó su tesoro.

Ante los ojos del *pandit* aparecieron el diario secreto de Marco Polo y el dibujo misterioso de la flor de loto con ocho pétalos. Y, por primera vez desde que lo conocían, los dos visitantes vieron extenderse en el rostro del hombre una expresión de abierta curiosidad.

—¿Cómo lo habéis obtenido?

Tommaso sonrió para sí. Luego le contó a través de qué peligrosos acontecimientos habían vuelto a la India.

—A menudo he visto la flor de loto entre los símbolos de vuestra religión —concluyó el veneciano—. En mis años de Benarés comprendí lo importante que es para los indios este signo de la pureza y de la belleza. Muchos nobles lo adoptaban como escudo de armas propio. Pero no recuerdo haber visto nunca una flor de loto de ocho pétalos. ¿Puedes decirnos tú, *pandit*, cuál es su significado?

El anciano sabio vacilaba y su turbación era evidente.

Quizá, osó esperar Grozio, había encontrado un buen motivo para incumplir la más importante de las reglas establecidas por él. Quizá responder a la demanda de los visitantes extranjeros pudiese ser útil a todos ellos. Además, Tommaso esperaba quizá una respuesta que pudiera ser ventajosa para toda la comunidad de los hombres.

Al final, la expresión de incomodidad del rostro del *pandit* se suavizó. Algún secreto razonamiento lo había convencido de prestar su confianza.

—La flor de loto de ocho pétalos está ligada a uno de los más grandes misterios de nuestra religión, que muchos sabios han estudiado sin éxito. Y es comprensible que no lo hayas observado nunca: el tiempo para su solución aún está por llegar y, en la espera, nuestra cultura pide no exhibir el símbolo. Cuando llegue el momento, el misterio quedará resuelto y el loto de ocho pétalos se convertirá en un signo abierto a todos.

Huang y Tommaso se adelantaron hacia el viejo.

Estaban ansiosos por descubrir a qué misterio se refería.

—Leo en vuestros rostros un gran deseo —observó el *pandit*—, pero no puedo satisfacer inmediatamente vuestra curiosidad.

—¿Por qué no?

—Porque primero son necesarias otras explicaciones.

El anciano observó una vez más la flor de loto, burdamente dibujada por Marco Polo. Después preguntó:

—¿Sabéis algo de los *chakras*?

Los extranjeros sacudieron la cabeza.

—Los *chakras* son los siete centros energéticos de los que está compuesta nuestra

conciencia y están situados en nuestro cuerpo. Regulan el flujo de la energía en el hombre: permiten que fluya libremente o le impiden discurrir a través de los miembros. Quizá no te sorprenderá saber —dijo mirando a Grozio—, que, en tu lengua, *chakra* significa «rueda» o «vórtice».

El *pandit* iba a continuar, pero el italiano ya lo estaba interrumpiendo.

—¿Cómo puedes decir, maestro, que los *chakras* están situados en mi cuerpo y que componen también mi conciencia? ¿Cómo pueden ser al mismo tiempo una cosa física y no física?

El hombre de religión prosiguió con mayor claridad.

—Los *chakras* no son físicos. Son aspectos de la conciencia, como el aura, el halo de luz que circunda a cada hombre y solo pocos perciben. Aquellos son más densos que las auras, pero no tan densos como el cuerpo físico. Interactúan con este último a través de dos vehículos mayores: las glándulas y los nervios. Cada *chakra* está asociado con unas de las siete mayores glándulas y con un grupo de nervios. Por eso está ligado a partes específicas del cuerpo y determinadas funciones fisiológicas, las controladas por los nervios y la glándula asociados a aquel *chakra*... ¿mis explicaciones te aburren, Huang?

El comerciante de Macao mostraba impaciencia, y el indio se dio cuenta. Pero no le dejó tiempo para responder:

—La vía del conocimiento es dura —recordó a los dos visitantes—, y después de todo, habéis venido vosotros a mí.

—Perdóname, maestro —se excusó Huang—, y te ruego que continúes.

El *pandit* esbozó una sonrisa y prosiguió:

—El *chakra* refleja nuestras decisiones y nuestro modo de responder a las situaciones de la vida. Cuando decido qué pensar, qué sentir y a través de qué sentido experimentar el mundo que me rodea, abro y cierro el *chakra*.

—Repíteme una vez más... —intervino Tommaso.

—Todo lo que sientes, lo que percibes, todos los estados posibles de tu conciencia, cada cosa que experimentas puede estar dividida en siete categorías. —El *pandit* se dirigía concretamente a él—: Cada una de estas categorías está asociada a un *chakra* específico, y ese *chakra* se pone en movimiento mientras tú experimentas, sientes, percibes. Por eso digo que los *chakras* representan al mismo tiempo una parte del cuerpo físico y una cierta área de la conciencia.

—¿Puedo notar su funcionamiento?

—Cierto. Tú puedes notar el buen funcionamiento o el mal funcionamiento de los *chakras*. Cuando tu conciencia experimenta tensión, esta se transmite a una parte determinada del cuerpo y a los nervios que están asociados a ella. Esta parte está controlada por uno de los *chakras*. Y cuando la tensión continúa durante cierto tiempo o tiene una intensidad muy fuerte, se crea lo que los occidentales llamáis «síntoma».

Grozio miró al *pandit* estupefacto.

—¿Cómo puedes, maestro, conocer tan bien mi cultura?

—Escuchar, escuchar siempre, he ahí el secreto —respondió, seco, el hombre—. He tenido aquí muchos visitantes y nunca he pretendido enseñarles nada. Pero he escuchado todo lo que me contaban...

El veneciano permaneció en silencio. Después preguntó:

—¿Por qué tú no lo llamas síntoma?

—Porque yo no miro la realidad como vosotros, los europeos. Pretendéis medir y calcular el mundo... sin embargo, observando el detalle olvidáis el conjunto. Buscáis una respuesta para cada problema, pero ignoráis los problemas que no comprendéis. No comparto vuestro método. A mí me interesa lo que está detrás del síntoma y que no conseguimos ver. Es allí donde se esconde la verdad...

—No te entiendo...

—Es muy sencillo, Tommaso. En tu mundo, el ciego dice: «No puedo ver». En mi mundo, el ciego sabe y dice: «Me impido ver». En tu mundo, el cojo se lamenta de su mal; en el mío, quien no consigue caminar solo debe abandonar la situación que lo hace infeliz.

Grozio reflexionó unos instantes antes de tratar de hacer una síntesis. Después concluyó:

—Entonces, el síntoma me comunica, a través de mi mismo cuerpo, qué problema ata mi conciencia.

—Exacto. Por eso la persona sabia acoge el mensaje transmitido por el síntoma y cambia su modo de ser y de actuar. En breve tiempo, realizada una nueva elección, el síntoma abandonará su cuerpo. Pero todo eso acaece solo en la medida en la que la persona misma hace posible el cambio. Vale decir que en la medida en que es verdaderamente capaz de liberarse de los condicionamientos...

—¿Por qué no me hablaste nunca de los *chakras* mientras estaba contigo?

—Porque nunca me lo pediste.

—¿Y crees que ahora puedo comprender su esencia?

El *pandit* adoptó una expresión meditabunda. Después afirmó, cortante:

—Has equivocado la pregunta. Deberías preguntarte a ti mismo: «¿Por qué quiero aprender a comprender la esencia?».

Una vez más, Tommaso renunció a responder directamente a la provocación del sabio. Ninguna explicación le habría satisfecho. Él mismo, por lo demás, trataba de comprender qué motivación lo empujaba por aquella vía. Así, hizo alusión al misterioso dibujo de la flor del loto:

—El porqué buscado por nosotros está escondido en esta delicada creación de la naturaleza. No nos has aclarado aún que tiene que ver el loto con los *chakras*.

El indio explicó, con mucha sencillez:

—Como has experimentado también tú, Grozio, en nuestro mundo y en nuestra vida todo está ligado. Lo mismo ocurre con los *chakras*. Cada uno de ellos está unido, en misterioso círculo, a un sentido particular, un color, un elemento... y una

flor de loto. El primer *chakra*, por ejemplo, está ligado al color rojo, al sentido del olfato, a la tierra y al loto de cuatro pétalos. El segundo, al color naranja, al sentido del gusto, al agua y al loto de seis pétalos. Pero...

—¿Pero?

—La flor del loto de ocho pétalos —la voz del *pandit* era baja y los visitantes captaron en ella la reverencia probada del hombre sabio por los secretos de la naturaleza— no está asociada a ninguno de los *chakras* principales. Muchas tradiciones, sin embargo, lo asocian al octavo *chakra*, el *chakra* que recapitula todos los demás y que aún no ha sido descubierto. El *chakra* que hace posible todo...

—¿Qué quieres decir, maestro?

Era Huang quien planteaba la pregunta.

—Entre conciencia, cuerpo y *chakra* existe una comunicación misteriosa y subterránea. Quien comprende esto aprende que el cuerpo es un gran mapa de la conciencia y que los *chakras* son medios para una mejor comprensión de sí mismo y de los demás. Según nuestra tradición —el *pandit* bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, quien alcanza el secreto más oculto de tal comunicación puede todo. A él nada le está vedado...

—Gengis Kan llegó cerca. Sabemos que podía curar a sus hombres...

El *pandit* asintió, y una nueva turbación apareció sobre su rostro:

—Sí... pero, como habéis descubierto vosotros mismos, estaba cerca de un secreto aún más grande. Cuál era, no lo sé. Pero seguro que está ligado al octavo *chakra*, a la flor de loto de ocho pétalos. Lo atestigua este burdo dibujo. Ahora os pregunto: ¿por qué el mongol sanguinario, conquistador de Asia, ardía en deseos de poseerlo? Y te pregunto a ti, Tommaso, por segunda vez: ¿por qué deberías alcanzar los secretos del máximo conocimiento?

El italiano no respondió.

Inclinó la cabeza para mirar el fuego.

Bajo la leña, reducida en gran parte a cenizas, las brasas aún humeaban.

Sabía que no podía hacer nada para convencer al maestro de la bondad de sus intenciones. Y esperó a que el *pandit* tomara una decisión. Pacientemente, esperando que una justa intuición moviese el corazón del indio. Hasta que su espera obtuvo su premio.

—Te guiaré al descubrimiento de los siete primeros *chakras* —suspiró al final el hombre—; puedo hacerlo y no tiene nada de malo. Es un conocimiento que muchos han merecido adquirir en el pasado. También tú has mostrado la inteligencia y la sabiduría necesarias. Pero después... —y aquí su voz se hizo solemne—, después todo estará en tus manos. Yo no conozco el secreto del octavo *chakra*. No sé dónde está localizado y no sé a qué poder está ligado. Te tocará descubrirlo, por tu cuenta y riesgo, si de verdad quieres aventurarte por un terreno tan inaccesible.

—Estoy dispuesto —replicó Grozio. Y añadió—: Estoy seguro, maestro, que tu ayuda me protegerá de todo riesgo.

Pasaron tres días desde aquel primer encuentro con el *pandit*, y el viejo indio no añadió nada más a lo hablado. Tampoco dio sus instrucciones. Los dos extranjeros esperaron en vano que les indicase el camino que seguir para el mejor éxito de sus indagaciones. Pero no obtuvieron de él ninguna ayuda.

Hasta que, en la mañana del cuarto día, Huang-Minsha sintió que el vaso de su paciencia estaba colmado.

—Tommaso, el camino que te has dispuesto a seguir es solo la mitad de nuestra búsqueda. Yo debo recorrer otra vía...

—¿A qué te refieres, amigo comerciante?

—Nosotros tenemos una misión precisa que desarrollar para el Hijo del Cielo. Y no podremos llevarla a cabo si no descubrimos el secreto de la secta de Lázaro.

—Solo puede estar ligado a la flor de loto de ocho pétalos. Ambos estamos seguros. ¿Qué otra cosa necesitamos?

—Debemos descubrir si aún existe la secta, dónde se encuentran sus miembros y cómo operan. Has escuchado al *pandit*: nunca ha oído hablar de ella. Estoy convencido de que el loto te aportará un conocimiento teórico y en parte aún oscuro. Demasiado poco: debemos poner la mano sobre hombres de carne y hueso. Son ellos quienes esconden en el fondo del corazón el secreto que buscamos.

Tommaso vaciló.

No se fiaba por completo de Huang y estaba indeciso entre el deseo de mantenerlo a su lado, para poder controlar sus movimientos, y dejarlo marchar para que adquiriese informaciones fundamentales para su búsqueda.

Al final, se resolvió.

Poner a prueba al chino sería la mejor manera de evaluar sus intenciones reales.

—No quiero separarme de ti —dijo—, pero tienes razón. ¿De dónde partirás para tu investigación?

Huang miró alrededor, confuso. Él mismo se había hecho aquella pregunta, sin encontrar una respuesta adecuada. No tenía entre manos ninguna huella útil. Fue el propio Grozio quien vino en su ayuda.

—Apolonio de Tiana...

El comerciante lo miró sorprendido.

—¿Quién era ese?

—Desde hace ya muchas semanas, desde cuando descubrimos que Gengis Kan tenía el poder de curar a sus soldados, tengo fijo en la mente este nombre: Apolonio de Tiana. Y no por casualidad...

—¿Qué quieres decir?

El veneciano no escondía su excitación.

—Pon juntos dos hechos. El primero es este: en el diario de Marco Polo solo encontramos una alusión a la secta de Lázaro. Pero nosotros sabemos que descubrió el secreto: solo ese saber podía empujarlo a nombrarlo con tanta reverencia. Es, pues,

lógico suponer que, en el curso de la misión de Kublai Kan, visitara los lugares y encontrara a las personas que lo ayudaron a adquirir ese conocimiento. Segundo hecho: muchos de los lugares mencionados en el diario no aparecen en *El libro de las maravillas*. ¿Crees, acaso, que es un olvido? Yo pienso que no. El viajero europeo no quería arriesgarse de ninguna manera a que un secreto tan importante cayera en las manos equivocadas.

—¿Y qué tendría que ver con esto el hombre del que hablaste antes?

—Apolonio de Tiana, mi querido Huang, fue, según la tradición, uno de los más grandes taumaturgos de la antigüedad. Vivió en la misma época que Jesús y Lázaro y operó muchas curaciones, tanto que su fama se difundió por todos los pueblos del Oriente cercano y lejano. ¿Y sabes qué es lo extraordinario? Que, en el curso de su vida, recorrió las mismas tierras nombradas por Marco Polo en su diario y que el veneciano excluyó después de su libro...

—¿Adónde quieres llegar?

—No sé si Apolonio nos llevará a la secta de Lázaro. Pero, si hay un sabio del pasado que pueda haber tomado parte, es él. Poco ha quedado de su memoria, pero lo que sabemos lo hacía siempre presente en la mente de mi maestro, Giordano Bruno. Quizá se refiriera a él y a sus obras —añadió Tommaso, meditabundo— cuando nos invitaba a releer el evangelio.

—Bien —concluyó Huang, de nuevo lleno de esperanza—. Me dejaré guiar por las páginas del diario de Marco Polo y me pondré tras las huellas del antiguo sanador. Estoy seguro de que nuestros caminos volverán a encontrarse. Ese día, abriremos juntos las puertas del misterio...

—¿Qué debo hacer, maestro, para acceder al conocimiento de los siete primeros *chakras*?

Era la noche del trigésimo día desde que habían vuelto a encontrarse con el *pandit*. Y por enésima vez, Grozio hacía aquella pregunta al viejo indio.

La respuesta fue la misma de siempre.

—Nada, Tommaso.

—¿Quieres decir que alcanzaré este tesoro estando simplemente quieto?

—No. Pretendo decir que nada podrá acaecer si tratas de realizar tu objetivo con demasiada impaciencia. Deja que el tiempo trabaje para ti...

—No entiendo...

—No tienes que entender. Dedícate al trabajo, como hago yo desde hace decenios, y todo se aclarará en el momento oportuno.

Tommaso volvió a poner en su sitio las herramientas y se sentó fuera de la cabaña, desilusionado. Pero no malgastó energía en razonamientos que no lo llevaban a ninguna parte. Había prometido ponerse en manos del sabio y debía tener paciencia.

Apoyó en la rodilla el diario de Marco Polo.

Faltaban pocas líneas para terminar su trabajo de traducción.

Después se separaría del chino que lo había acompañado durante dos años por las tierras de Asia.

—Nobles ancestros, os lo ruego. Sed propicios a mi misión. Dejad que tome posesión de lo que me espera por derecho. Abatid todo obstáculo en mi camino, permitidme llegar a la verdad en breve tiempo.

Huang permaneció aún en recogimiento durante unos instantes. Después volvió a guardar con cuidado las estatuillas del lobo y del halcón, y cerró su saco.

Ahora sabía qué hacer.

El italiano, hombre justo, recorrería todo el camino de la sabiduría, no le cabía duda. Se serviría de la rectitud de Grozio para alcanzar su objetivo y después eliminaría a un concurrente tan peligroso. Entretanto, no podía quedarse simplemente mirando. Debía favorecer el destino.

Le tocaba descubrir si la secta de Lázaro existía verdaderamente o si no era más que un parto de la fantasía de Marco Polo. Y, si existía verdaderamente, tenía derecho a descubrir cómo, en el pasado, había caído el gran secreto en manos de sus antepasados. Y como se había perdido...

Tenía de nuevo libertad de acción y la disfrutaría al máximo.

En un lugar muy lejano estaba quien esperaba sus noticias, y él mismo estaba ansioso por recibir consejo.

Salió de la cabaña cuando aún no apuntaban las primeras luces del alba.

No despertó a Tommaso ni al *pandit*.

Montó a caballo y se dirigió hacia el norte.

Huang experimentó una fuerte emoción.

El hombre que lo miraba desde la placa de madera situada en la entrada de la escuela de medicina no era egipcio, ciertamente.

Era de aspecto alto y delgado, calvo, vestido al estilo griego, con una larga túnica y una amplia capa que le caía sobre la espalda, y calzado de cuero de becerro. El color de su piel era claro.

Nada que ver con las ropas orientalizantes típicas del Egipto musulmán ni con el color de piel aceitunado de la gente del lugar.

Además, sus facciones habían sido reproducidas de modo natural y realista, en contra de la tendencia a estilizarlas del arte de aquellos lugares.

La placa parecía muy vieja y podía tener centenares de años. Quién sabe desde cuánto tiempo antes desempeñaba su función de insignia.

—¿Necesitas algo, extranjero?

Huang observó al joven egipcio que le había dirigido la pregunta.

Estaba en la entrada de la escuela y lo miraba con insistencia desde que se había parado bajo el retrato.

—Sí, quiero hablar con tu maestro...

—Aquí somos todos maestros —explicó con sosiego el estudiante—, y al mismo tiempo, discípulos...

Y se volvió, haciendo un gesto al chino para que lo siguiese.

Huang había llegado hacía pocos días a Alejandría de Egipto y aquella mañana ya desesperaba de que sus investigaciones tuvieran éxito.

Sin embargo, estaba seguro de encontrarse en el camino justo, porque esto atestiguaba el diario de Marco Polo.

En la ciudad fundada por el grande Alejandro Magno dormimos en un caravasar vasto como nunca habíamos visto.

Y cuando mi padre Mattia fue atacado por un agudo mal de dientes, recurrimos a los mejores doctores de Egipto. La gente del lugar nos contó que existían en Alejandría muchas escuelas de medicina, diversas por origen, sabiduría y tradición. Y nos dirigieron, como a la mejor de todas, a la escuela dicha «del griego»...

Había deambulado durante jornadas interminables por el barrio de los médicos, hasta que los pies le dolieron, sin llegar a nada. Y casi había llegado a la conclusión de que la tradición tan viva cuatro siglos antes estuviese ahora completamente

perdida. Nadie había oído hablar de una escuela fundada o dirigida por griegos.

Hasta que había visto aquella placa.

Y ahora estaba sentado en una sala interior de la escuela, en compañía del gran maestro.

—Alejandría es una ciudad cosmopolita, habituada desde hace milenios a ofrecer refugio a gentes de todas las razas y oficios. Admito, sin embargo, que no todos los días se encuentra uno con un chino. Y, por añadidura, un chino interesado por la medicina...

El hombre observaba a Huang con atención.

—¿Qué os ha llevado a buscarme?

El enviado de Pekín decidió poner las cartas boca arriba.

—Lo que en realidad me interesa es vuestra insignia...

El egipcio enarcó una ceja.

—¿He entendido bien?

—Sí, habéis entendido bien. ¿Quién es el hombre representado sobre la entrada de vuestra escuela?

El médico sopesó a su interlocutor, sin saber si fiarse de él o no.

Después dijo con aire escéptico:

—Los griegos, los romanos, los árabes, los mamelucos, los otomanos... muchos dominadores han puesto bajo sus alas esta ciudad. Y todos, a sabiendas de la cuna de cultura que ha sido, han querido dejar su impronta. Lo han hecho a la manera típica de los dominadores, imponiendo su propia tradición sobre la pasada con la falsa esperanza de que los signos que de ella dejasen prevalecerían para siempre. No sabían que otros los seguirían... —Después concluyó, cansado—: ¿Quién te ha mandado a provocarme?

Huang miró al otro, sorprendido.

—No soy un espía, maestro. No temas... —Y, sonriendo, añadió—: Pero, sin duda, tú eres un hombre importante y, con seguridad, un musulmán observante. ¿No es peligroso para ti expresarte de este modo?

El médico se relajó.

—Excúsame, extranjero, si me he equivocado contigo. —Después, con un gesto de la mano, alejó toda duda y continuó—: Ciertamente, sería más prudente utilizar otras palabras, pero nuestro coloquio es confidencial... Por lo demás, confío en el afecto y en la devoción de mis estudiantes: que me perdonen cualquier juicio imprudente. De mí pueden aprender mucho, y no creo que me denuncien...

—¿Quién es, pues, el hombre representado en la placa de madera que preside la entrada?

—Nuestro fundador, el griego que creó la escuela y le dio las bases para el ejercicio de la ciencia médica...

—¿Cómo se llamaba?

El maestro se encogió de hombros, apesadumbrado.

—No lo sé. Las huellas de un pasado tan antiguo se han perdido en el tiempo. Solo sabemos que venía del pueblo de Tiana, en Capadocia. Pero de su vida no sabemos nada...

—¿Y por qué continuáis manteniendo la imagen expuesta al público?

—Porque la gente la identifica con nuestra escuela, aunque no sepa ni quién es ni qué representa para nosotros. Es nuestro símbolo y nunca podremos renunciar a él.

Huang, que por un instante había creído descubrir algo concreto, sintió que la desilusión se le insinuaba en el ánimo.

—Habrá quedado una huella de sus enseñanzas en vuestra práctica cotidiana...

—¡Cierto! Esto...

El hombre se levantó y abrió un armarito con una pequeña llave. De él sacó una cajita plana y de forma rectangular. La abrió mostrando el contenido al chino: un estilete, extremadamente puntiagudo y con el extremo del mango redondeado.

—Un bisturí, el más manejable y eficaz que haya visto nunca. Incide en la piel sin dañar los músculos que están debajo de ella. La tradición cree que lo utilizó el fundador y, por eso, en el transcurso de los siglos, se transmite de maestro a maestro...

El egipcio bajó la voz.

—En realidad, se cuenta que él tenía poderes taumatúrgicos. Se dice que llevó una vida ejemplar, tal como para ponerla en simbiosis con la naturaleza, y por eso fue capaz de realizar milagros, hacer vaticinios y operar curaciones. Un día, según la leyenda, aquí mismo, en Alejandría, volvió a la vida a una joven romana, imponiéndole las manos y pronunciando algunas frases incomprensibles...

El hombre alzó la mano, para frenar la excitación de Huang.

—Yo no creo en estas fábulas, extranjero. Y nuestra ciencia es enormemente superior a la de hace mil quinientos años. Quizá por eso se hayan perdido las particularidades de su obra...

Y nada más que esa confesión consiguió el amigo de Tommaso Grozio de su estancia en Alejandría de Egipto.

En los calores estivales, quizá aquellos verdes y fértiles valles parecían sedientos por el sol.

Y el paisaje acentuaba el sentido de abotargamiento: las extraordinarias formas que tomaba la roca inducían a Huang a creer que no se encontraba en la Tierra, sino en la Luna.

La piedra arcillosa, modelada por el agua y el viento, creaba masas de grandes dimensiones esparcidas entre las colinas y semejantes a enormes hongos.

Como era blanda y friable, la gente del lugar había optado por excavarla para construir alojamientos. Aquellos hombres y aquellas mujeres no vivían en casas o cabañas, como todos los pueblos del mundo, sino en grutas.

Huang nunca había visto nada parecido.

Y, cuando un pastor lo invitó a seguirlo, subió con él hacia la puerta de una de las casas de piedra, pasando rápidamente del calor exterior al agradable fresco del interior, entrando en un mundo que parecía encantado.

Parecía una casa de muñecas.

El hombre alejó con un gesto a los pequeños que jugaban en la estancia principal, corriendo y saltando sobre una alfombra. Después buscó en un pequeño armario y, cuando encontró lo que buscaba, se volvió hacia el huésped.

—Mira...

El pastor abrió el puño bajo los ojos de Huang.

En su mano, de repente, apareció el brillo de una moneda de plata.

—Mi familia la conserva desde hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo? ¿Decenios? ¿Siglos?

El habitante de Tiana de Capadocia se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero sé que se trata de un período tan largo que todos hemos olvidado cuánto tiempo hace...

Huang no tuvo modo de lamentarse.

Con la moneda entre las manos, se dio cuenta, en efecto, de que había encontrado una pista importante.

Empuñaba un ducado veneciano acuñado en 1245: esto decía el dorso de la preciosa moneda.

Era el signo inequívoco del paso de Marco Polo por aquella aldea. Y la prueba indiscutible de que el viajero, en las rápidas y a menudo oscuras menciones contenidas en el diario, aludía verdaderamente a Apolonio. En su tiempo, también había seguido él las huellas del taumaturgo.

Tommaso tenía razón.

Huang elevó la mirada hacia el pastor, que lo examinaba, curioso.

—Dámela —pidió con fuerza—, la necesito para mis investigaciones...

El hombre se irguió orgulloso ante el extranjero.

—No te la cedería por todo el oro del mundo. Los espíritus de mis antepasados se rebelarían.

El chino se movió velozmente. Dio un empujón al pastor y desenvainó el cuchillo.

—Yo me quedaré con esta moneda. Te aseguro que es un asunto muy importante...

—Primero tendrás que matarme...

—No será necesario —afirmó Huang y, extendiendo un brazo, atrajo hacia sí al más pequeño de los hijos del pastor.

El niño, que tenía cerca de dos años, sintiéndose atrapado, comenzó inmediatamente a llorar. El chino le puso el cuchillo en la garganta.

La mujer del pastor chilló.

—No lo harás... —susurró el hombre, palideciendo.

—Lo haré —rio con sarcasmo Huang— si me obligáis.

Se llevó al pecho al niño, a modo de escudo, y añadió:

—Ahora saldré de aquí y montaré a caballo. Tú no te moverás hasta que el sol comience a ponerse. Dejaré a tu hijo a la entrada del valle, sano y salvo. Pero si me doy cuenta de que me sigues...

—¿Qué harás? —sollozó la mujer del pastor.

—Le cortaré el cuello.

—¡Mamá, ayúdame!

La mujer se desmayó, mientras su marido temblaba, en el esfuerzo convulso de abstenerse de saltar sobre el asiático.

—¡Bien! Estaos quietos...

Huang retrocedió lentamente hasta salir de la casa.

Dejó que sus ojos se habituasen al sol deslumbrante, mientras el niño gritaba y pataleaba desesperadamente.

Cuando montó a caballo, los dos aldeanos estaban todavía dentro.

El pequeño enmudeció de terror.

El chino picó espuelas, seguro de que no lo seguirían.

—Hizo el bien a muchos. Por eso, nosotros, cristianos, lo veneramos como santo, aunque ni Roma ni Constantinopla hayan querido beatificarlo...

El pequeño nicho estaba semiescondido en un rincón del jardín interior, y solo quien conociera su existencia podía encontrarlo sin problemas.

Huang comprendía los motivos de tanta prudencia.

—¿Las autoridades musulmanas de la ciudad no prohíben este culto?

—Solo si se manifiesta públicamente. Cuando se profesa en privado lo toleran sin problemas. Yo he comerciado mucho tiempo entre Italia y Grecia y os puedo asegurar que lo malo que se dice en Occidente a propósito del islam es exagerado...

Después, el hombre señaló el nicho y añadió:

—De todos modos, es mejor no dejarlo ver demasiado. Por eso, cuando Atenas pasó al islam, los dueños de la casa lo colocaron aquí. Antes, como atestiguan los documentos, se encontraba junto a la entrada, en la calle. Y yo he preferido mantenerla en el jardín...

El cristiano, un griego gordo y barbudo, que podría tener cincuenta años, se volvió hacia la efigie y, olvidándose de la presencia del huésped, le dirigió algunas palabras de oración entre dientes.

Huang tuvo así forma de observar el objeto de su veneración.

Retratado de modo extraordinariamente semejante a lo que había visto en Alejandría de Egipto, Apolonio lo miraba sonriente desde el nicho oculto. También en aquella imagen vestía ropas de factura griega, comprendida la larga túnica blanca

ya observada en la orilla opuesta del Mediterráneo. Una lámpara de aceite ardía permanentemente a los pies del nicho, junto a algunas piedras de forma regular, que parecían dispuestas allí a propósito.

—Son exvotos —explicó el hombre—, y contienen las promesas de quien ha recibido del santo alguna gracia.

—¿Quieres decir que abres las puertas de tu mansión a otros creyentes?

—Cierto —respondió aquel con tranquilo orgullo—, mi fe lo pide... En realidad, como sabes, en esta ciudad existía un testimonio más clamoroso del culto de Apolonio, pero fue destruido por los musulmanes...

Huang asintió.

Precisamente había venido a buscar aquel testimonio.

En Atenas, centro del mundo griego y patria de la filosofía que los insignes doctores de las más grandes ciudades italianas estudian, visitamos un pequeño templo.

Se nos dijo que había sido erigido en la época de Roma, y directamente por voluntad del emperador Caracalla. De una altura como de dos hombres pero estrecho, se encontraba en un breve ensanche en el barrio del mercado y una sola inscripción lo adornaba. Era latina, lengua que los comerciantes como nosotros no conocemos. Y ni siquiera la gente del lugar podía comprenderla. A traducirla fue, sin embargo, un sacerdote apóstata y convertido a Bizancio.

Decía: «Aquí recogemos las gracias del sanador griego, que enseñó matemáticas y medicina y nunca reclamó nada a hombre o mujer. Que los dioses conserven su memoria».

Del templete, como era lógico esperar, Huang no había encontrado rastro alguno. Pero al hacer preguntas sobre él le había invitado el comerciante cristiano que lo había llevado a su casa para mostrarle el nicho escondido.

—Si el árbol se reconoce por sus frutos, como dice Jesús —añadió aún—, los de Apolonio de Tiana estaban cargados de amor, altruismo, tolerancia y sabiduría divina. Por donde fuese, difundía sus conocimientos gratuitamente, para el bien del hombre. Y por eso fue perseguido...

—¿Qué quieres decir?

—Muchos detalles de su vida se han perdido, pero sabemos que, cuando vino a Atenas, poco después de los sesenta y cinco años, se puso a enseñar a los pies de la acrópolis. Los emperadores romanos Nerón y Domiciano lo forzaron al exilio, porque no veían con buenos ojos lo que él predicaba. Pero sus tentativas de censurar su conducta fueron inútiles: su comportamiento era puro e irreprochable y se vieron obligados a reclamarlo a la patria. Fueron las mismas autoridades quienes admitieron que de nada podía ser culpable. Tanto es así que, mucho más tarde, el gran Caracalla

quiso honrarlo con el templo que buscabas...

Huang reflexionó largo rato sobre aquellas palabras. Después observó, perplejo:

—Lo que me cuentas es realmente muy extraño. Tú eres cristiano, y veneras a Apolonio como un santo. Pero también un emperador pagano le quiso erigir un altar. ¿Piensas de verdad que él creía en tu Dios?

El hombre sonrió y extendió los brazos.

—Estoy seguro de que sí. En su corazón, seguro que reconocía a Cristo como el Hijo de Dios...

—Que tú sepas, ¿tenía poderes especiales?

El griego bajó la voz:

—Nosotros creemos que Apolonio estaba en constante contacto con su maestro interior, el alma, y que esto le permitía comprender la misma esencia de todo lo que hay en la naturaleza. Comprendía también a los hombres y curaba interiormente a cuantos lo necesitaban...

—Pero yo he oído decir que no se ocupaba solo del alma y que llevaba a cabo también curaciones del cuerpo. Incluso, me han revelado que resucitaba a los muertos...

El comerciante se protegió.

—Solo nuestro Señor Jesús realizaba milagros de tal calibre. Apolonio era un simple hombre, de carne y hueso como nosotros y semejante a nosotros. Precisamente por eso estamos tan unidos a él. Pero nunca he oído que hiciese milagros...

En aquel momento, un siervo pidió audiencia.

Habían llamado a la puerta y la presencia del amo era necesaria.

Huang se sentó en silencio entre las plantas del jardín.

No había obtenido nada.

Descubría las huellas de Apolonio de Tiana, pero estas desaparecían en breve ante sus mismos ojos.

Volvería a Asia.

Y antes de perseguir las escasas memorias del taumaturgo, verificaría un indicio que le ofrecía el diario de Marco Polo.

Un indicio que solo él estaba en condiciones de descifrar.

Un extraño olor atacó sus narices. Venía de la cocina y era agradable.

Entonces escuchó unas voces de mujer.

—¿Crees que le gustará? —preguntó una, preocupada.

El sonido de una carcajada y una respuesta convencida:

—¡Claro, señora! ¿Cómo puede dudarlo?

—Es su primera sopa...

—¿Y bien? Ese niño tiene un hambre de lobo. Desde que llegó a esta casa, no hago otra cosa que entrar y salir de la tienda. Esté segura de que tomará la sopa y también el resto...

Tommaso miró alrededor, maravillado.

Era todo enorme... o él era muy pequeño.

Estaba tumbado, con la cabeza apoyada sobre un blanco cojín. Y a los lados, lo protegían unas altas barandillas de madera. ¿Pero de qué?

Se miró las manos: los dedos eran minúsculos, y no distinguía una falange de la otra.

Estaba inmerso en mantas blancas, y el techo de la estancia parecía altísimo, inalcanzable. Observó las paredes pintadas al fresco de una rica mansión y trató de examinar las vigas de madera.

No lo consiguió.

Comprendió que se encontraba en una cuna y que tenía la vista ofuscada de un recién nacido.

Pero razonaba como adulto.

Se veía a sí mismo en el cuerpo de un niño, pero los pensamientos que se le pasaban por la cabeza no eran precisamente los de un niño.

El olor se hizo más fuerte y miró hacia la puerta. Sintió los pasos que se acercaban, hasta que reconoció a las dos mujeres.

Rosina, la sirvienta gruesa y jovial que lo destetaba.

Y *monna* Giovanna. Su madre.

Habían entrado en la estancia y se acercaban a su cama. La mujer que lo había engendrado llevaba en la mano un plato.

Vio cómo la sirvienta se hacía cada vez más grande y sintió que los ojos se confundían hasta que no pudo ya enfocarla.

Sintió que lo levantaban ligeramente.

La mujer tenía una mano en su nuca y con la otra lo abrazaba.

Su madre se acercó también.

—¿Tienes hambre, tesoro mío?

Sintió que las lágrimas le saltaban a los ojos y que su propia voz respondía con un

gemido de placer.

—Tienes hambre, claro... Ahora te daremos la papilla...

Y, mientras la sirvienta lo sostenía, su madre mojaba el dedo en el plato y lo insinuaba con delicadeza entre sus labios.

Lo lamió.

Sintió que las gotas del líquido templado se escurrían entre la lengua y el paladar y caían en la garganta.

Estaba bueno e identificó el sabor.

Por primera vez en su vida paladeaba el caldo de carne. Sabía que, en los años sucesivos, se convertiría en un glotón.

Agitó los brazos, satisfecho.

La madre sonrió y también la sirvienta asintió, contenta.

—Bravo... Bravo...

Tommaso miró a la mujer y abrió la boca.

Pero esta vez rechazó la comida.

Se echó a llorar.

Fuerte. Cada vez más fuerte. Con sollozos que le sacudían violentamente el cuerpo.

—Pero... ¿qué pasa ahora?

Las dos mujeres, desconcertadas, se miraron una a otra.

—¡Parecía que le gustaba mucho!

No comprendían que lloraba de alegría.

Una mano le hizo volver en sí.

—¡Madre! ¡Madre!

El brazo que tocaba el suyo no era, sin embargo, el brazo dulce de una mujer. Abrió los ojos y descubrió que a su lado estaba el *pandit*.

El hombre esperó a que Grozio recuperase plena conciencia. Después preguntó:

—Cuéntame lo que has soñado.

El veneciano pensó en el sueño recién finalizado. Nunca había experimentado en la noche emociones tan vívidas.

—He soñado que me encontraba en mi casa, en Italia. Y que era pequeño, muy pequeño. Casi un recién nacido. Ha sido... Ha sido...

El indio lo miraba animándolo, pero Tommaso vacilaba.

—¿Cómo ha sido, pues? No tengas miedo.

El hereje se decidió.

—Ha sido... bello.

El *pandit* no dijo nada. Esperaba alguna palabra de aclaración. Y Grozio continuó, contando con calma el sueño concluido con aquel extraño llanto.

—Desde hace mucho tiempo no experimentaba una sensación tal de bienestar. El

olor y el sabor de la sopa eran muy fuertes. Y me han transportado al principio de toda una vida. Ha sido como si...

El sabio anciano lo miró, paciente. Después prosiguió:

—Debes aprender a expresar sin reticencias ni vergüenza lo que experimentas.

—Ha sido como si hubiese cruzado la puerta hacia un yo mismo desconocido. O mejor, hacia un yo olvidado... ¿Tiene un sentido todo esto?

El hombre asintió.

A su alrededor, la aldea estaba sumida en el silencio. Los habitantes dormían, buscando el descanso de las fatigas de la jornada. La luz de la luna aclaraba el breve espacio abierto delante de la cabaña del *pandit*... y Tommaso experimentó una duda repentina.

—¿Cómo has podido despertarme en ese momento preciso?

El maestro indio sonrió, y no respondió... no a aquella pregunta.

—Ahora te diré qué sentido veo en tu sueño.

Tommaso permaneció atento mientras el otro se acurrucaba junto a él y buscaba la cómoda postura de piernas cruzadas.

Has superado la primera prueba. Has descubierto el secreto del primer *chakra*.

El italiano miró al *pandit* estupefacto.

—¡Pero... no he hecho nada!

El viejo sacudió la cabeza y prosiguió:

—El primer *chakra* está situado bajo el hueso sacro, donde reside la *kundalini*, la energía vital, y su aspecto principal es la inocencia. La inocencia es la cualidad gracias a la cual percibimos la alegría pura, sin limitaciones de prejuicios o condicionamientos. La inocencia nos da sencillez y confianza en la vida, y nos da equilibrio y seguridad. Por eso has llorado de felicidad...

—Me he sentido...

—Te has sentido nutrido, cuidado, protegido. Has experimentado nuevamente la alegría pura que el niño experimenta en el seno de la madre e inmediatamente después, cuando depende de ella para todo y no duda ni por un instante que ella le dará lo que necesita. En el sueño, tu ser interior ha encontrado plena satisfacción y ha descargado esta satisfacción del modo más sencillo: llorando de alegría...

Tommaso sonrió. Después se dio cuenta de que el rostro del *pandit* estaba triste.

—Maestro, tú no estás contento...

El hombre se defendió.

—Estoy contento. Pero también preocupado...

—¿Por qué?

—Has superado la prueba, pero la has superado en sueños.

—¿No es suficiente?

—Significa que el centro de tu persona está aún incorrupto...

—¿Pero?

—Pero también que solo llega a la verdad cuando todas las barreras, los miedos y

las tensiones que a diario se elevan entre el mundo y tú quedan abatidos. La noche: el único espacio que deja libre a tu ser interior. Y esto no está bien.

Tommaso replicó desanimado:

—Esos miedos y esas tensiones, maestro, no vienen de la nada. Es el mundo mismo lo que las ha generado. Y yo soy, en todo caso, la causa y la víctima. Conocéis bien los acontecimientos de mi vida. Nunca podré escapar de ellos...

El indio sacudió con fuerza la cabeza.

—¡Error!

—No entiendo.

—Estar en armonía con el mundo significa secundarlo. Esta es la vía para la paz interior. Combatir el mundo significa destrozar esa armonía. No vencerás al mundo oponiéndote a él. Observa...

—¿Qué?

—Hace poco has dicho que, en sueños, se te ha abierto una puerta hacia un tú mismo ya olvidado. Pero ese tú mismo estaba allí. La inocencia existe eternamente dentro de nosotros y no puede ser destruida. Tu vida ha ofuscado el sentido pero no lo ha cancelado. Y en cuanto ha podido, ha vuelto a manifestarse como alegría pura...

—¿Qué debo hacer?

—Debes permitir a tu ser interior que emerja también cuando estás despierto, mañana y para siempre. Tú lo has abandonado hace tiempo, pero, como has visto, él no te ha abandonado. Y está dispuesto a volver...

—Te lo pregunto de nuevo —preguntó Grozio, ansioso—, ¿qué debo hacer?

El *pandit* se levantó para volver a su estera.

—Duerme, ahora. Cuando llegue el momento, comprenderás...

Hacía años que no tocaba a una mujer.

Y le vino rápidamente a la memoria la fugaz aparición de la muchacha a orillas del Ganges, casi dos veranos antes.

Era el día siguiente a la muerte de Nicola, y recordó cuán fuertemente la había deseado.

En cambio, no había pasado nada.

La muchacha había pasado al lado, provocadora y al mismo tiempo inalcanzable, y él había mantenido íntegra su castidad.

No buscada ni querida, sino así, simplemente.

Como extranjero en tierra extraña que rehúye el amor mercenario.

Ahora, sin embargo, todo parecía distinto.

La provocación era más abierta, pero legítima.

Y no había ningún motivo que pudiese inducirlo a renunciar a aquel placer.

Sabía, en efecto, que, aceptando la invitación ritual, cumplía una Ley antigua y siempre respetada: honrar a la diosa Vama, y a las sacerdotisas que le prestaban su servicio.

En el gran templo sobre el río Narmada.

En la ciudad de Jabalpur.

La muchacha apoyó las plantas de los pies sobre su abdomen.

Estaba acurrucada sobre la espalda y tenía las piernas dobladas.

Lo miraba con ojos intensos y pupilas de un negro profundo, como solo las mujeres de aquellas regiones podían tenerlos.

Le agarró los tobillos con ambas manos y dejó que el miembro encontrase naturalmente el camino de la vagina.

Comenzó entonces a empujar, despacio y dulcemente, sin permitirse llegar al fondo. Solo el glande entraba y salía lentamente de la muchacha. Repitió aquel movimiento nueve veces; después se detuvo.

Esperó, para que el placer se atenuara.

Después, elevó el pie izquierdo de la muchacha, llevándoselo a los labios, y empezó a lamer con la punta de la lengua el dedo más pequeño. Y cuando vio a la mujer cerrar los ojos, entró de nuevo en ella. Otras nueve veces, introdujo el pene en la vagina y otras nueve lo retrajo, dejando que el placer le trastornara la mente.

Quiso llevar el propio gozo al máximo, sin llegar al orgasmo.

Al final se retiró, acurrucándose y haciéndose un ovillo junto a ella.

Vio la luz del sol entrar por la fina tienda de algodón y cayó en un leve sopor.

Poco más tarde, la mano de la joven sacerdotisa, posada sobre su vientre, despertó los sentidos de Tommaso.

Él y ella se sentaban con la espalda bien recta, apoyados el uno en la otra.

Pusieron las manos sobre el vientre y expulsaron el aire que les llenaba el pecho.

Después inspiraron lentamente por la nariz y sintieron de nuevo expandirse el abdomen para recibir el aire. El tórax se elevó, desde la base de los pulmones hasta los hombros y, por unos instantes, aguantaron la respiración.

Sin retirar las manos del abdomen, empezaron a espirar por la boca, y el cuerpo volvió a relajarse. Entonces, los hombros y el tórax descendieron y el vientre se vació. Durante un brevísimo tiempo, permanecieron con los pulmones vacíos; después empezaron de nuevo.

Y cuando hubieron repetido suficientemente el ciclo de la respiración, sintieron que la energía de su cuerpo ascendía libre hacia la cabeza.

Tenían la mente libre y lúcido el pensamiento.

Ahora podían entregarse con renovada alegría a los placeres del sexo.

Ahora podían volver a empezar.

La muchacha se puso a cuatro patas, apoyándose en las manos y en las rodillas.

Tommaso, detrás de ella, puso la mano derecha cubierta de aceite de sándalo sobre sus lomos y la masajeó largo rato.

La mujer gimió de placer.

De nuevo, el italiano entró en ella, con una penetración no profunda. Dejó que solo el glande se deslizara en la vagina y cerró los ojos, escuchando el cuerpo de la mujer. La joven lo secundaba con rítmicas contracciones de los músculos internos y lentas oscilaciones de la pelvis. Pero esta vez, cada nueve movimientos, ella echaba atrás el busto, con el fin de obtener una penetración profunda. Y cuando sentía la presión del pene sobre el cuello del útero, lanzaba un nuevo gemido.

Continuaron durante largo rato, porque la tradición enseñaba que los nueve movimientos se repitieran nueve veces. Solo así el acto sexual encontraría una perfecta sublimación.

Y cuando, al fin, sintió su propia energía sexual concentrarse irresistiblemente en el glande, el veneciano decidió que no quería esperar más.

Invitó a la muchacha a volverse y se inclinó sobre ella.

Dobló las rodillas, empujando los muslos hacia el pecho.

Ahora la cubría con su cuerpo.

Los ojos de Tommaso estaban a pocos centímetros de los de la mujer.

Llegó a su útero, con chorros copiosos y liberadores.

Cayó derramado sobre la estera.

Y mientras una sensación de agradecimiento le llenaba el ánimo, se precipitó en un sueño tan breve como profundo.

Nuevamente la muchacha se despertó.

Estaba dispuesta a subir sobre él.

Tommaso sonrió y le acarició el rostro.

—No —hizo una señal—, basta así.

Estaba satisfecho.

La medida estaba colmada.

Unos días después, Grozio retornó a la aldea.

—¿Has encontrado las semillas que buscabas? —preguntó el *pandit*.

—Claro —respondió el veneciano, y depositó dos saquitos al lado de la entrada de la cabaña.

—Había muchos vendiéndolas en la zona del mercado. Me ha sorprendido mucho que ciertas plantas típicas de América hayan llegado también a India...

Y sonrió, pensando que su maestro habría sido el primero, en aquella orilla del río, que intentara el cultivo del maíz.

Después le contó su experiencia en el templo de Vama, y el sabio escuchó con gran atención.

—Has superado la segunda prueba —respondió plácidamente—, has descubierto el secreto del segundo *chakra*.

—¿De qué modo, maestro?

El *pandit* parpadeó benevolente.

—Es importante comprender cuándo es necesario parar...

Y el italiano comprendió entonces que, en el momento del discernimiento final, rechazando un nuevo acoplamiento, había alcanzado y sabido distinguir el equilibrio perfecto.

Deseaba encontrar el orgasmo.

Así había sido.

Cuando el placer llegaba al máximo, allí debía tener fin. Aunque la tentación fuese aún fuerte. Pero todo esto se había desarrollado en su mente y en su corazón sin que se diese cuenta de que ocurría. ¿Cómo había conseguido encontrar el punto de llegada justo?

Se dispuso a escuchar la explicación del *pandit*.

—El segundo *chakra* se encuentra en el centro del abdomen y es el *chakra* asociado a la comida y al sexo. Dirige la comunicación del cuerpo con el ser interno, para que comprendas qué quiere el ser interno, qué necesita y qué encuentra placentero. Descubrir el secreto de este *chakra* significa estar en condiciones de

escuchar al ser interior.

El maestro parecía particularmente contento, y el veneciano se alegró.

—No te sorprendas de mi satisfacción, Tommaso: me alegra saber que no has soñado. Estabas bien despierto, como has podido advertir en la plenitud de los sentidos. Has seguido el impulso sano y natural del ser interior, y has sido capaz de comprender cuándo detenerte. Has dado un paso adelante hacia la realización de la tarea que te había asignado.

—Creo que me ha guiado el instinto...

—Cierto —asintió el maestro indio—, pero no solo. Has sido paciente y no has buscado el primer y más violento placer. Además, llevando a cabo con la sacerdotisa los ejercicios de la respiración has dado salida distinta a tu energía sexual y has permitido que la *kundalini* recorriera el cuerpo entero. Ya no concentrada solo en los lomos, sino difundida para iluminar a toda la persona. Comprendida tu misma mente...

—¿Piensas que mi ser interior está ya dispuesto para salir a la superficie? —preguntó, esperanzado, Tommaso.

—¡Oh, no! —Sacudió la cabeza el *pandit*—. Es demasiado pronto. Pero ya no está tan prisionero como hace una semana. Eres un buen alumno, Grozio, y aprendes rápido...

El veneciano no replicó, conservando aquellas palabras en su propio ánimo para la meditación.

Dirigió una inclinación al maestro y se dispuso a salir.

Le esperaba el trabajo de los campos.

Para su nuevo encuentro con el maestro de justicia, los monjes del Qumrán ahorraron al huésped pruebas y pasajes en oscuridad. Hicieron subir a Lázaro a la segunda planta del edificio principal del monasterio. Mientras procedían, el monje que lo acompañaba le permitió incluso detenerse algunos minutos en el *scriptorium*, una de las salas más protegidas.

El resucitado descubrió que, a cada hora del día, como en aquel momento, había al menos quince miembros de la comunidad dedicados a copiar antiguos manuscritos. Aquella visión lo alegró: pronto tendría necesidad de toda la sabiduría de aquel lugar de estudio.

La espera en la estancia superior no fue larga. El hombre al que Jesús había curado de la lepra y de la maldición de la impureza entró pocos minutos después que él y lo saludó efusivamente.

—¡Larga vida al resucitado! La bendición del Altísimo vaya sobre tus pasos...

Lázaro se sintió animado por aquellas palabras y por la evidente satisfacción de quien las pronunciaba:

—Y el Altísimo os bendiga también a ti y a tus hermanos, maestro, porque vuestra puerta se ha abierto esta vez con presteza para acoger a un peregrino cansado, odiado por muchos y atormentado por mil preguntas...

El maestro asintió y se sentó sobre la amplia alfombra tendida en el suelo, en el centro de la estancia. Lázaro hizo lo mismo.

—Tengo conocimiento del odio de quienes querrían echarte mano en la ultratumba. El sanedrín ha decidido abolir toda huella de la misericordia de Dios en esta tierra y por eso amenazan además de a ti, a todos los que digan que han sido curados por Jesús. ¿Lo sabías?

Lázaro frunció el ceño:

—Lo ignoraba. Esto hará aún más difícil mi búsqueda...

El maestro confirmó la triste noticia e inmediatamente cambió de tema:

—Pero tú, en cambio: ¿has comprendido algún fragmento del misterio del profeta de Dios?

Como respuesta, el amigo de Jesús extendió sobre la alfombra, ante su interlocutor, los tres triángulos de oro que poseía.

—Sí —dijo—, tengo estos y tres palabras: *Devadatta*, *Dhanamjaya* y *Janardana*.

El maestro repitió con seguridad la primera palabra, la que Jesús le había enseñado al curarlo; después pronunció despacio las otras dos. Era evidente que no tenía para él ningún significado reconocible.

—No son palabras de una lengua que conozca y no parecen tampoco del lenguaje de las gentes de Fenicia ni de Siria... —comentó—. ¿Y estos fragmentos de luz? —

añadió, observando los tres triángulos.

—Hay un solo lugar en el que hacen pensar —dijo Lázaro—, aunque de un modo incompleto...

—¿A qué te refieres?

—A las pirámides de Egipto. Un paralítico de Cafarnaúm, el primero al que Jesús curó de una total enfermedad, está convencido. Es allí donde lo he encontrado. Se dice que el Nazareno, que estuvo en su infancia exiliado en Egipto, aprendió allí el secreto de la potencia de los dioses y vino a nosotros para revelárnoslo...

El maestro reflexionaba.

—¿Jesús sacerdote del culto de Ra... un... adorador del sol?

—Sí.

—¿Pero qué hebreo, educado en la fe de Abraham y enemigo de los ídolos, podría adorar al sol en vez de a su creador?

Lázaro asintió. Compartía aquella duda.

—Es extraño, como dices. Además, el rabí de Nazaret ha predicado mucho, pero nunca en ese sentido...

Callaron ambos, siguiendo el curso de sus pensamientos.

El maestro tomó los tres triángulos. Los superpuso para asegurarse de que eran iguales; después los dispuso uno al lado de otro.

—Ningún símbolo de nuestra fe contiene este elemento geométrico. La casa de Judá está representada por un león rugiente. La fe y la adoración del Altísimo está simbolizada por el candelabro de los siete brazos, que nos recuerda el número sacro... pero el triángulo nos es desconocido, como signo...

—En todo caso, no estamos al final de la investigación —dijo Lázaro. Y, mirando a los ojos al maestro, que lo miraba a la espera, prosiguió con voz segura—: Hasta ahora he descubierto tres primeros milagros: un leproso, un paralítico y un hombre con una mano paralizada. A cada uno de ellos corresponde una palabra distinta y un triángulo. No sabemos con certeza si las palabras que conocemos forman ya una frase completa ni si los tres triángulos componen una figura. Pero sabemos que los milagros de Jesús fueron muchos y de otros distintos tipos... No, no estamos al final...

—Estoy de acuerdo, faltan diversos elementos. El primer ciego, el primer mudo...

—O personas afectadas por enfermedades en las que no pensamos en absoluto...

El maestro miró más allá de la ventana, abierta a un cielo limpidísimo. Su mirada era serena. Lázaro pensó que estaría recitando mentalmente una oración. Después, el hombre se volvió al resucitado y le preguntó:

—¿Y ahora qué harás, Lázaro de Betania?

—Pasaré algunos días escondido aquí, si me lo permites. Me siguen los pasos cada vez con mayor insistencia y, cada vez que atravieso una ciudad o un pueblo haciendo demasiadas preguntas sobre gente que fuese curada por Jesús, dejo huellas

evidentes de mi sospechosa encuesta...

—De acuerdo —dijo el maestro—. ¿Y después?

—Y después iré a ciudades que aún no he visitado y donde aún no he levantado sospechas...

—Acepta entonces dos consejos.

—Te escucho. —Lázaro se sintió feliz por poder compartir el peso de la búsqueda con aquel hombre sabio.

—El primer consejo es que vayas a Jericó, el oasis que el pérfido Herodes ha transformado en una ciudad romana. Nosotros, los esenios, la consideramos una abominación, llena como está de imágenes de falsos dioses, y la hemos rodeado de ermitas, en las montañas circundantes, para ofrecer oraciones en reparación de tanta idolatría. Pero Jesús no temió atravesarla ni permanecer en ella breves períodos. También la llenó de milagros. Sé que fue curado un ciego, mientras estaba en la calle pidiendo limosna...

Lázaro sonrió:

—Continúa, te lo ruego.

El maestro se inclinó hacia delante y miró al amigo a los ojos.

—El segundo consejo —pronunció despacio— es una prueba...

—¿Una prueba?

—Has recorrido un trecho del camino y la fe en el poder de Jesús, que tú posees en sumo grado, porque te llamó de la muerte, está creciendo en ti...

—¿Y bien? —Lázaro sentía que una cierta inquietud le llegaba al corazón.

—Y así la voluntad se está cumpliendo: tú, que estás vivo, estás heredando de él las palabras mágicas y mágicos signos. ¿Por qué no experimentar tus poderes?

El amigo de Jesús dio un salto.

—¿Estás loco? ¿Cómo podría escapar a las consecuencias de una tentativa así? Aunque solo fuese probándolo, ¡los tendría a todos en contra!

El maestro lo miraba, sentado e imperturbable:

—Piensa, una prueba así solo puedes posponerla. Sé prudente, eso sí. Pero trata de descubrir si el que estás recorriendo es verdaderamente el mismo camino del profeta que te ha salvado...

Lázaro comenzó a caminar por la estancia. El maestro dejó que se calmase; después se levantó y lo cogió por los hombros:

—Escúchame. No precipitemos las cosas. Ahora descansa y reza al Altísimo. Será él quien te inspire, como ha hecho hasta ahora. Sabes que tu búsqueda continúa, pero no sabes qué resultados tendrá. Te he provocado con esta propuesta para ayudarte a estar dispuesto a todo. ¿Lo comprendes?

—Sí —dijo Lázaro—, pero tengo miedo.

—Es un síntoma de sabiduría —comentó el maestro de justicia, y con un fuerte abrazo saludó a su misterioso huésped.

La vía romana subía hacia las puertas de la ciudad, abarrotada de mercancías y viajeros. Lázaro no había esperado tanta animación.

—Es jornada de carreras, en el hipódromo. Ahora nadie quiere perderse el espectáculo. Solo los esenios, en las montañas, desdeñan esta diversión pagana...

El resucitado le dio las gracias a aquel viajero locuaz y siguió el flujo de los visitantes que, por grupos, discurrían sobre las apuestas que jugarían a favor de uno u otro equipo. Algunos contaban el dinero e intercambiaban pronósticos en voz alta.

Muchos mendigos estaban dispuestos al borde de las calles mostrando las huellas de sus enfermedades. Tendiendo las manos y pronunciando lamentos, trataban de interceptar a su favor parte de aquel flujo de riquezas.

—¡Piedad de mí, hermano, las piernas no me sostienen!

—¡Ayúdame! ¡En la guerra he perdido los dos brazos!

—¡Una monedilla para mí, bendito del Altísimo, soy paralítico!

—¡Una ayuda a un pobre ciego!

Lázaro no conseguía apartar la mirada de aquel espectáculo de sufrimiento exhibicionista. Los más temerosos, que ocupaban las segundas filas y no osaban alzar la voz, lo movían a mayor compasión.

Se acercó a un ciego y le puso en la mano una moneda.

—¡Hoy es tu día afortunado! —proclamó aquel con convicción.

—Esperemos —respondió él; después, agarró la mano del hombre y preguntó—: ¿Cómo te llamas?

El otro calló por un momento, sorprendido por la atención que le prestaban. Con los ojos que miraban al vacío pareció mirar a su alrededor en busca de ayuda. Después dijo:

—Soy... Rubén, amigo. Hijo de Marcos. ¿Por qué me lo preguntas?

Estaba alarmado y Lázaro trató de tranquilizarlo.

—No temas, soy nuevo aquí y... solo quería hacerte una pregunta...

—¿También tú? Los guardias del templo ya han pasado, ayer y el otro día también. ¿Tú quién eres?

Antes de que Lázaro pudiese responder, un hombre con el rostro y los brazos desfigurados por señales de terribles quemaduras se acercó con porte amenazador:

—¿Qué sucede, Rubén? ¿Este hombre te molesta?

—Otro espía del sanedrín —respondió el ciego, encerrando la mano de Lázaro en la suya para impedirle que se alejase—. Pero esta vez solo, por lo que entiendo... —añadió con una mueca de satisfacción.

El recién llegado se enfrentó al extranjero con hostilidad:

—Soy yo quien protejo a estos pobres mendigos...

«Y te aprovechas de ellos...», pensó Lázaro.

—Y, por tanto, es conmigo con quien debes hablar, si hay problemas, ¿entendido?

—No estaba haciendo nada malo... ¡y no soy un espía del sanedrín!

Pero el otro no quería dejarlo pasar. De hecho, metió una mano bajo la túnica y

mostró que tenía un cuchillo. Otros indeseables se acercaron, curiosos.

—¿Y qué quieres, entonces? —insistió el hombre quemado—, ¿quizá este pobre ciego te ha robado?

—No...

—¿Te ha ofendido de alguna manera en vez de agradecer tu caridad?

—Solo estábamos hablando... —se defendió Lázaro.

—¡Quería informaciones! ¡Sobre nosotros, como los otros! —gritó el ciego, teniéndolo aún más agarrado.

El protector del grupo intercambió un gesto de entendimiento con alguno que se encontraba entre la muchedumbre de paso. El resucitado se dio cuenta y trató de liberar la mano, pero rápidamente el cómplice al que el otro había pedido ayuda lo agarró desde atrás por la espalda y le hizo sentir la punta de un arma contra la columna vertebral.

—Ahora síguenos —susurró— y no armes escándalo. Esta es nuestra ciudad, podemos matarte de inmediato, aquí, en medio de todos, y estar ya en sitio seguro antes de que caigas al suelo.

Lázaro asintió y se dejó llevar.

—¡Dadle una buena lección! —les dijo el ciego mientras se alejaban. Otros mendigos se rieron de él en la cara, abiertamente, mientras desfilaban delante de ellos.

Entraron en la ciudad y pronto giraron en un estrecho callejón lateral. Cuando llegaron a la entrada de una casa, el hombre que tenía a Lázaro lo introdujo violentamente en ella, empujando un portón que se cerró de inmediato a sus espaldas. El resucitado cayó al suelo y, antes de que pudiese levantarse, el otro le pegó un puntapié en el costado.

—No eres un espía del sanedrín, ¿no? —le gritó con violencia—. ¿Y entonces qué quieres? ¡Estos hombres son nuestros! ¿Te mandan de Jerusalén? ¡Habla! —Seguía golpeándolo con toda la fuerza de su cuerpo robusto, mientras él volvía a ponerse de pie a duras penas.

Después, de repente, un puñetazo al estómago le provocó a Lázaro un terrible ataque de dolor. La cabeza comenzó a darle vueltas y sintió que estaba a punto de desvanecerse. «Me mata», pensó, y volvió a caer al suelo.

El otro se detuvo y empezó a registrarlo. Le cogió el dinero. Lo cacheó aún y sintió que, en un bolsillo interior, había algo duro y afilado.

Lázaro trató de protestar, una vez se hubo recuperado de la sensación de náuseas y los vértigos, pero el hombre, con un gruñido de satisfacción, ya le había quitado los tres triángulos de oro y ahora lo observaba con gran interés.

—¡Pero aquí hay un pequeño tesoro! —dijo. Después, descargó otro puntapié, dispuesto a golpear con más fuerza aún al extranjero indefenso.

En un instante, Lázaro consiguió recuperarse y balbuceó:

—Yo... yo soy... un mago...

El otro se paró en seco.

—¿Quién eres? —preguntó con desprecio.

—Soy un mago egipcio... soy... un sanador...

El hombre lo agarró por el cuello de la túnica y lo empujó. Con el rostro enfurecido pegado al suyo, le dijo:

—Escucha, cerdo: solo tengo que coger tu oro y romperte un poco la cara para quitarte a ti y a tus amigos las ganas de venir a robar nuestras ganancias... ¿Quieres que, en cambio, te mate por creerme un idiota?

Lázaro le respondió con la voz más firme posible:

—Cógelo todo, pero los triángulos de oro devuélvemelos, están... malditos...

El otro vaciló; después lo empujó de nuevo al suelo y le dio otro puntapié. Pero con menor convicción. Después comenzó a caminar nerviosamente por la estancia y, tomando una decisión repentina, salió cerrando el portón.

Lázaro estaba en el suelo, sin resuello. Trataba de poner orden en sus pensamientos, pero el pánico lo dominaba: aquel hombre se había llevado los triángulos de Jesús.

Llegó la noche. En la estancia, de la que era imposible salir, Lázaro había conseguido levantarse. Encontró también agua, bebió y se refrescó.

Con el paso del tiempo, sus esperanzas de supervivencia aumentaban; seguía preguntándose qué harían con él y cómo podría hacerse de nuevo con los triángulos.

Más tarde, en la oscuridad de la noche, el portón se abrió.

El hombre que le había golpeado estaba acompañado por otros dos, que llevaban antorchas. Su carcelero lo apostrofó con aspereza:

—¡Ven, sanador!

Le hicieron salir y lo empujaron por el callejón desierto. Después, salieron de la ciudad y abandonaron el camino, adentrándose en el campo.

Ninguno hablaba.

Lázaro temió por su vida:

—Estáis cometiendo un error. ¡Yo no he hecho nada malo y vuestros asuntos no me interesan!

Pero aquellos hombres no le respondieron.

Tras recorrer un largo trayecto, el grupo se adentró en un bosquecillo.

En un claro en el centro de una densa arboleda ardía un fuego, rodeado por una pequeña muchedumbre.

A Lázaro lo pusieron en el medio y, volviéndose alrededor, vio que parecía que todos los mendigos de Jericó se hubieran dado cita en aquel lugar. Órbitas vacías, miembros rotos y recompuestos en las posturas más extrañas, cuerpos mutilados o desfigurados por tajos o quemaduras lo rodeaban por todas partes. Casi todos sonreían con sarcasmo, mirándolo con odio.

A su lado, el hombre que le había golpeado por la tarde, alzó la voz sobre el murmullo general:

—¡Aquí está amigos! ¡Os he traído a un sanador... de Egipto! —y, al decir esto, le alzó el brazo al cielo, provocándole un ataque de dolor en el costado en el que más veces le había golpeado. Lázaro emitió un lamento y todos rieron.

—El sanador tiene cierto problema para sanarse a sí mismo... —comentó el jefe de aquella banda, suscitando otra carcajadas y algún chiste vulgar. Después, con un gesto, atrajo de nuevo la atención de todos y prosiguió, con voz más seria—: Sin embargo, él podría curar con seguridad a *uno* de vosotros...

Silencio.

El hombre sonrió con malevolencia e insistió:

—¿No lo habéis entendido?

Lázaro notó que ahora se percibía cierto embarazo.

—Conocéis a sanadores, ¿no? Bien, he aquí a otro. Lleva consigo unos signos mágicos que, dice, solo él puede usar... —Y mostró al público los tres triángulos de oro, que brillaron al fuego.

A la vista de aquellos objetos, la reacción de los mendigos fue sorprendente.

—¡Ahí están! —gritó uno. Quien podía se había alzado e indicaba al amigo aquellos tres objetos como si los reconociese.

El hombre que mostraba las tres figuras se quedó patidifuso.

—¿Qué significa? —preguntó.

Pero a su alrededor ciegos, cojos, paralíticos se habían excitado a la vista de aquellos signos. Algunos de ellos lloraban, otros alzaban los ojos y las manos al cielo, en una oración desordenada.

—¡Silencio! —gritó el hombre del centro, enfurecido.

También Lázaro estaba impresionado.

—¡Ese signo es el signo de Jesús, el sanador de Bartimeo! —gritó uno de la multitud.

El jefe se recuperó:

—¡Raza de bestias! ¡Os creéis todas las fábulas! Bartimeo fingía estar ciego, ¡lo sabéis! ¡El tal Jesús se limitó a desenmascararlo y él dijo que lo había curado! Y desde entonces no hacía más que repetirlo... ¡Teníamos que haberlo matado!

Ante aquella amenaza, volvió el silencio.

Aquella noticia hizo que a Lázaro le diera un salto el corazón.

Su carcelero, en cambio, estaba satisfecho por el efecto de sus palabras.

—Pero no temáis —prosiguió—. ¡Esta noche no morirá ninguno de vosotros! En realidad... —dijo indicando con una siniestra sonrisa al extranjero—, quizá tengamos una curación, ¡una verdadera curación!

Nadie hablaba. La atmósfera estaba cargada de expectación. Lázaro percibió el susurro del viento entre las ramas de los árboles. Cerró los ojos y murmuró una oración, aunque no sabía bien, en aquel momento, a qué dios encomendarse. Cuando volvió a abrirlos, el otro estaba frente a él, observándolo con una mirada sarcástica:

—Ahora nos divertiremos —dijo—. Escoge a uno, el que tú quieras, y cúralo,

aquí, delante de todos. Y nosotros te dejaremos libre...

Lázaro extendió la mano:

—Dame mis amuletos, no puedo hacer nada sin ellos.

El otro se los devolvió; después se situó detrás, señalando con un amplio gesto a aquella asamblea de desesperados a la espera.

El resucitado miró a su alrededor. No había ningún leproso que no hubiese podido sentarse en medio de los demás. Todos tenían discapacidades más graves que una simple mano seca. Pero algunos, sentados o tendidos delante del resto, eran parálíticos. Se adelantó y señaló a uno de estos.

—Traedlo aquí —dijo.

De inmediato transportaron a sus pies al hombre que había sido elegido. Era un joven. Lo miraba con ojos llenos de terror.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lázaro, sonriéndole y tomándole una mano.

—Malco —respondió aquel con un hilo de voz.

—¡Malco! —dijo Lázaro, haciéndose oír de todos—, ¿quieres curarte?

El otro asintió con un gesto descompuesto de la cabeza, pero sin conseguir pronunciar palabra y mirándolo siempre con aquel intenso terror en la mirada.

Lázaro levantó la mano que tenía los tres triángulos, puso la otra sobre el enfermo y casi gritó:

—¡También yo lo quiero! ¡Sé curado porque yo digo: *Dhanamjaya!*

El cosmos entero pareció detenerse un momento que pareció a todos una eternidad.

El joven enfermo emitió un gemido. Bajó la mirada sobre toda su figura, que permanecía inerte por el mal. La cabeza, la mano, temblaron, convulsas. Hizo un esfuerzo. Después abandonó la cabeza al suelo y se rindió, gritando y llorando, al peso invencible de aquel cuerpo que permanecía insensible.

Lázaro, con los ojos velados de lágrimas, vio el dolor insuperable en el rostro del hombre al que había decepcionado. Después, bajó la cabeza. Se sentía vacío, deseaba morir.

Terrible resonó la voz de su acusador:

—¡Charlatán... Asesino! ¿A quién querías engañar? —Después, el hombre se volvió a la asamblea y gritó con violencia—: ¡Matadlo! ¡Matadlo vosotros! ¡Con las manos, los pies, a mordiscos!

Y mientras los incitaba, se acercó a Lázaro y le lanzó un puñetazo en pleno rostro con toda la violencia de la que era capaz. El impacto fue percibido por todos; inmediatamente, la sangre comenzó a salir a borbotones de la nariz del extranjero.

—¡Matadlo! —gritó una vez más el energúmeno, y lanzó otro puñetazo mientras Lázaro estaba delante de él, inmóvil, sin tratar siquiera de protegerse.

En un momento, la muchedumbre estuvo sobre él.

Manos huesudas agarraron a Lázaro de todas partes y lo tiraron al suelo. Oyó gritar e imprecicar. Alguien le pegó en la nariz herida; otro le apretaba la costilla

dolorida de la tarde. Él gritó de dolor; después, su mente se nubló. Tuvo tiempo de sentir la angustia de la muerte que se apoderaba de él.

Se desmayó.

—¡Aquí está, el resucitado!

Lázaro apenas había abierto los ojos. Un hombre con la mitad del rostro desfigurada por cicatrices y con un solo brazo estaba inclinado sobre él y le dirigía una sonrisa torcida. Un ciego, que reía sumisamente, le pasaba una pieza de paño mojada.

—Resucitado y falso sanador —bromeó a su vez.

Lázaro se apoyó en los codos y, a la luz de las antorchas que iluminaban la estancia, se fijó en los dos auxiliadores y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

El hombre de rasgos deformados dejó de sonreír:

—Ha pasado que un hombre malvado ha dejado para siempre de ofender las esperanzas de los más desgraciados...

El ciego, siempre en tono alegre, intervino:

—Mientras un falso sanador ha sido desenmascarado... de inmediato ha sido perdonado porque teníamos la prueba de que también él fue curado...

Lázaro se sentó. Respiraba con la boca abierta; la nariz y el costado le dolían mucho. Pero su mente había recuperado su inquieta lucidez:

—¿Es verdad que el ciego al que Jesús curó en la vía romana ha muerto?

—Así es, lo sospechábamos y hemos tenido la confirmación esta noche...

Lázaro inclinó la cabeza, turbado.

El hombre que lo miraba con intensidad siguió hablando:

—Vivíamos en el terror, Lázaro de Betania. Hombres malvados como el que te ha golpeado se aprovechan de nosotros sin ningún escrúpulo. Y nosotros no sabíamos reaccionar. Las ofrendas que recibíamos por la calle son todo lo que tenemos, es nuestra vida...

—Y ahora que habéis matado a aquel hombre os castigarán, ¿no es así?

El ciego respondió con voz resignada:

—Nos necesitan. Muerto un patrón, vendrá otro. Para nosotros no cambia mucho...

—Ya —dijo el otro—. Tú, en cambio, has encontrado lo que buscabas... —Y mostró a Lázaro un triángulo de oro en todo semejante a los tres que el ciego tenía levantados en la palma de la mano.

Lázaro los cogió todos y los sobrepuso: eran idénticos. Por primera vez se dijo también que tenían el mismo peso.

El ciego le explicó:

—El hombre al que Jesús curó de la ceguera era Bartimeo, un compañero mío de

desventuras y amigo. Después de haber recibido aquella gracia quería seguir a Jesús, convertirse en discípulo suyo. Él le dijo que se quedara, que esperara, que cuidara de sus amigos, especialmente de los más desafortunados. Lo convenció prometiéndole volver. Al final se fue y Bartimeo hizo lo que le había dicho... mientras le dejaron hacerlo.

El resucitado escuchaba y, entretanto, observaba los cuatro triángulos:

—Entonces, teníais vosotros su joya, la que Jesús le entregó, como a los otros, en el momento de la curación. ¿Pero no le dijo también una palabra en una lengua incomprensible?

El ciego pronunció despacio:

—*Hrsi... kesa. Hrikesa*. Bartimeo repetía constantemente esta oscura palabra. Muchos de nosotros la aprendimos... —Después sonrió de nuevo, divertido, y añadió —: Pero cuidado, nosotros ya la hemos probado. No funciona. Al menos, no sola, o no pronunciada por nosotros... ¿te acuerdas?

Lázaro le devolvió la sonrisa y dejó que los hombres lo cuidaran como pudieran.

La estación de los monzones amenazaba el valle con sus oleadas regulares de lluvias torrenciales por la tarde y un bochorno sofocante durante el resto del día y de la noche.

En la oscuridad, atravesada por los reclamos de los pájaros nocturnos, Tommaso, tendido sobre la estera que le servía de lecho, permanecía inmóvil y trataba de concentrarse para regular la respiración. Trataba de limitar la sudoración, para poder entregarse al sueño del que tenía tanta necesidad después de una jornada de trabajo.

El *pandit* estaba lejos. Sin sus historias, relajarse, por la noche, era más difícil para todos. El italiano pensó que aquellos relatos se habían convertido en la despedida natural del día para toda la comunidad, como la fábula crepuscular de los niños.

Aquel pensamiento lo distrajo y lo tranquilizó.

Pocos minutos después, dormía un primer sueño profundo. Sus miembros se relajaban lentamente, disolviendo poco a poco los puntos de tensión acumulados durante las horas de fatigas.

De repente se despertó, presa de un oscuro presagio. No habría sabido decir si había pasado solo una hora o buena parte de la noche.

Sus sentidos estaban alertas, como si el silencio hubiese sido rasgado por un fuerte golpe. Una percepción de peligro lo invadió. Pero no tenía ni idea de lo que la había desencadenado.

Estaba oscuro, como al principio.

Sin embargo, los pájaros y los depredadores nocturnos callaban.

Se volvió, permaneciendo tumbado. Escrutó las sombras y comenzó a dudar de sí mismo.

Después, un relámpago: un insólito resplandor de luz, apenas perceptible contra la pared.

Se levantó de un salto.

En aquel momento oyó un grito lejano:

—¡Fuego! ¡Auxilio!

Salió fuera y entendió todo: vio parte del techo de una de las cabañas más alejadas presa de las llamas.

En aquel momento, otros habitantes de la aldea se asomaban al exterior.

—¡Un incendio! ¡Necesitan ayuda! —gritó.

Muchos le respondieron y comenzaron a correr hacia donde estaba el peligro.

Él volvió a entrar en la cabaña, en busca del jarrón, uno de los pocos artículos indispensables que el *pandit* tenía consigo.

Perdió tiempo; después agarró el recipiente y se precipitó fuera.

Al salir al porche se bloqueó. Su vista dominaba el centro habitado y eso le permitió percatarse de una amenaza aún más grave: ahora las cabañas atacadas por las llamas eran dos. La que había divisado primero ardía con más fuerza. De la otra, en cambio, apenas se elevaba un incierto resplandor.

Pero la segunda no estaba al lado de la primera. Estaba en el otro extremo de la aldea.

«¡Nos atacan!», pensó.

Vio que todos corrían hacia la cabaña que con su fuego atraía principalmente la atención. Temían, sin duda, que el incendio se propagase.

Él corrió hacia el segundo foco y lo alcanzó en un momento.

Aquí, para ayudar, solo estaban los habitantes de la cabaña afectada y unos pocos vecinos: mujeres, niños, dos viejos.

Trató de organizar las ayudas, gritó y se impuso al pánico de aquellos desgraciados. Consiguió que formasen una cadena de recipientes desde un abundante estanque de las lluvias del día, no muy lejos del lugar del desastre.

—¡Dejad que se pierda esta casa! —ordenó—. ¡Coged agua, tierra, mantas, esteras y sofocad cualquier mínima llamita que afecte a alguna de las cabañas vecinas!

Los auxiliares hicieron todo lo que pudieron. Pero eran pocos, débiles y estaban asustados. Los niños lloraban, los viejos maldecían y estorbaban.

Tommaso los incitó a continuar y después corrió en busca de ayuda.

Mientras corría, rogó que quien había prendido aquellos incendios no hubiese transmitido ya el fuego a otra cabaña, por la otra parte del centro habitado.

Llegó sin aliento adonde había más gente. Gritó y se agitó llamando la atención de cierto número de hombres aptos y los envió a vigilar el fuego hasta aquel momento más olvidado.

Después, sin poderse llevar detrás a nadie, corrió hacia la cabaña del *pandit*, esperando haber tenido la intuición justa.

Atravesó el centro de la aldea, llegó delante de la casa e intuyó la presencia de una llama detrás de la habitación.

—¡Malditos! —exclamó.

Se precipitó detrás del pequeño edificio, dio la vuelta a la esquina a toda velocidad. Entonces le golpeó en el estómago un bastón que lo esperaba en la oscuridad.

Trastabilló, llevándose las manos a la parte golpeada.

La cabeza comenzó a darle vueltas. Vio, apoyada en el suelo, pocos metros más allá, una antorcha encendida.

Dijo:

—Pero qué... —Y otro golpe, esta vez en la boca, lo dejó tendido en el suelo.

Sintió que iba a desmayarse, pero la adrenalina acumulada en aquellos momentos de tensión lo mantuvo despierto.

Su asaltante debió de pensar que estaba sin sentido, porque dejó de golpearlo y empezó a atacarlo con palabras atroces:

—¡Extranjero hijo de puta! ¡Siervo del diablo!, ¡lacayo de Khali! ¡Morirás entre las llamas de esta casa maldita!

Tommaso se quedó quieto, con el rostro apretado contra la hierba.

Conocía aquella voz airada y alterada. Su asaltante no había venido de fuera: ¡era un habitante de la aldea!

Sin dejar de amenazarlo y maldecirlo, el hombre se acercó a recuperar la antorcha. Después volvió hacia él.

Cuando estuvo casi encima, Tommaso se movió rápidamente. Rodó sobre un costado un par de metros; después, consiguió saltar poniéndose en pie y paró el golpe que el otro trataba de infligirle con el bastón.

La antorcha cayó de nuevo a tierra, pero los dos, que ahora luchaban cuerpo a cuerpo, se habían visto las caras.

—¡Rajiv! —gritó el italiano—. ¿Estás loco? ¿Qué estás haciendo?

—¡Bastardo! ¡No volverás a molestar a mi mujer!

Tommaso era más fuerte que el indio, un joven y huesudo campesino, pero este era presa de un ataque de furor y de histeria y lo manifestaba con puñetazos, mordiscos y arañazos. En cierto momento, el indio le escupió a Grozio en el rostro. Había comprendido que no lograría hacerlo sucumbir y la impotencia lo enloquecía aún más.

—¡Vuelve al infierno que te ha engendrado! —gritó. Después se rindió, abandonó el intento y se derrumbó. Lloraba y seguía maldiciendo al extranjero.

—¡Mátame, serpiente! ¡Así podrás quedarte con mi mujer!

Tommaso lo miraba, respirando con dificultad y luchando contra la náusea. Agarraba en la mano el bastón y refrenaba el impulso de estamparlo en la cabeza del idiota que seguía ofendiéndolo.

De lejos llegaban las voces de los auxiliadores. De las dos cabañas incendiadas se elevaban altas llamas: vivos resplandores se proyectaban sobre la oscura arboleda que tenían detrás.

—¿Has hecho todo esto... por celos? —preguntó, incrédulo, Grozio, aguantando un nuevo impulso homicida.

—¡Mi Anja solo tiene ojos para ti! —Lloriqueó el otro.

«Anja», pensó Tommaso. Los dos se habían casado solo un mes antes. También él había participado, como todos, en la ceremonia y en los festejos. La esposa era bellísima, la muchacha más bella de la aldea.

Recordó también que la primera de las dos cabañas incendiadas era la de los nuevos esposos.

La segunda era la de los padres de ella.

Se puso de rodillas y puso una mano en la espalda del joven.

—Reza para que esta noche no muera nadie —susurró—. ¡En caso contrario, seré

yo mismo quien te corte el cuello delante de todos!

Aquella terrible amenaza le salió espontánea del corazón. Él mismo la escuchó perplejo. Comprendió que era natural pronunciar aquellas palabras de inexorable condena dirigidas a un culpable.

Vaciló.

El otro se tendió en el suelo y lanzó su último desafío:

—¡Eso es lo que quieres, admítelo! ¡Mátame ahora mismo! ¡Quémame! ¡Quémame!

Pero algo se había roto en el corazón del discípulo del *pandit*.

Era cierto, se dijo. Muchas veces, el día de la fiesta, se había detenido con la mirada en las formas perfectas de la esposa. Había fantaseado, en un momento de perezoso abandono, en la dulzura de su próxima noche de bodas.

¿Sus pensamientos lascivos habían sido tan evidentes?

Tomó una repentina decisión.

Tiró al suelo el bastón y agarró al indio por los hombros.

—¡Levántate! —le ordenó—. Esta noche no morirá nadie... y tampoco mañana...

Lo arrastró hacia los gritos de estímulo de los habitantes, empeñados en evitar que el incendio se propagase.

El *pandit* no había querido desvelar a Tommaso el motivo por el que se había alejado de la aldea.

Hacía un mes, con gran estupor del discípulo y de todos los campesinos de la zona. Ninguno recordaba la última vez que había ocurrido una cosa así. Y aunque ardiera en deseos de saber qué le había llevado a ausentarse, Grozio decidió respetar la voluntad del viejo sabio.

Cuando el *pandit* volvió a la aldea, no le preguntó siquiera dónde había estado ni qué había encontrado. Y fue este, en cambio, quien le preguntó a Tommaso qué había ocurrido de importancia durante su ausencia.

Ya le habían hablado del incendio y del misterioso pirómano, seguramente venido de fuera, cosa de la que todos estaban convencidos, que lo había prendido para desaparecer luego en la noche.

El hombre, visiblemente contento de estar en casa, escuchó con gran atención la narración de Tommaso y descubrió, pensativo, la verdad.

De inmediato, venció las dudas del veneciano, aprobando sin vacilar lo que había hecho.

—Has superado la tercera prueba, Tommaso. Has descubierto el secreto del tercer *chakra*.

—¿De qué modo, maestro?

—El tercer *chakra* se encuentra un poco por debajo del esternón y está asociado a las partes de la conciencia relativas al control, al poder y a la libertad. El tercer

chakra permite a una persona ser plenamente ella misma, ser fácilmente ella misma, porque le procura una satisfacción y un contento completos...

—¿Y esto tendría que ver con el incidente de aquel joven esposo, ofendido y celoso, y... con mi deseo de matarlo? —inquirió, ansioso, el italiano.

—Cuando a la parte del cuerpo ocupada por el tercer *chakra* llega la *kundalini*, la energía vital, la conciencia adquiere un gran sentido de justicia y de moralidad. Por eso conseguiste dirimir una cuestión muy difícil de la mejor de las maneras. Eres libre en ti mismo y, por tanto, libre de condicionamientos en el juicio, sobre él... y sobre ti. No por casualidad el tercer *chakra* es conocido también como el «Centro del Poder»...

Tommaso reflexionó sobre aquellas palabras.

Estaba contento por haber superado el examen al que había sido sometido sin preaviso del mismo.

El *pandit* concluyó:

—Tu culpa era mínima, al parecer. Cualquiera hombre apreciaría la belleza de Anja, también en el día en el que se convierte en esposa de otro, que la ama inmensamente. Pero ahora sabes que también la más pequeña debilidad puede agigantarse en el ánimo del hombre inseguro de sí mismo. Y justamente has sido indulgente con aquel ser semejante a ti, como lo fuiste contigo mismo no dedicándote a pensar en tus miradas complacidas. Has comprendido que eras responsable del momento de locura de aquel joven: matarlo habría significado herir también tu conciencia.

Tommaso se levantó y sonrió.

—Te lo agradezco —dijo—. Y espero no olvidarme nunca.

Otra etapa de su viaje: después del lago de Tiberíades, en el corazón de Galilea, el mar. El auténtico, sin límites. El Mediterráneo: el corazón del Imperio de Roma.

Lázaro se había detenido, admirado y atemorizado, en la altura que dominaba la bahía de Sidón. Al norte veía las murallas de la ciudad fenicia, la escollera que protegía el puerto interior, los otros espigones, los muelles abarrotados donde se efectuaban las operaciones de carga y descarga de mercancías de todo el mundo conocido.

Sobre todo dominaba la fortaleza, ocupada por los romanos. Y aún más al norte, en la cumbre de una colina, se destacaba el esplendor de los mil colores del templo de Eshmún, el dios de la curación, elevado sobre un podio de rocas cuadradas de más de veinticinco metros de alto.

El pecho del viajero se elevó en un profundo suspiro. Jerusalén, la única ciudad que podía parangonarse con la que estaba a sus pies, conocía una animación similar solo con ocasión de las fiestas principales. Aquí, en cambio, el ir y venir de gentes de toda raza era incesante.

Lázaro dirigió un pensamiento al amigo ausente que le había restituido la vida: «¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Quieres desafiar al dios pagano en su terreno? ¿Curar más y mejor que él?».

El viento no le dio respuesta.

El resucitado volvió a la calzada principal, que se alejaba un poco de la costa para hacer su entrada en la ciudad por la gran puerta este. Confundido entre la multitud, se dio cuenta de que aquella misma confusión que lo inquietaba, le permitiría sentirse uno más.

Su llegada a Sidón no sería noticia.

Decenas de enfermos, casi todos acompañados por amigos y familiares, esperaban en fila ordenada ser admitidos al interior del templo.

—Esculapio es un dios paciente —oyó comentar—, así que nosotros debemos serlo. —Las palabras iban dirigidas a un hombre tendido sobre una camilla, húmedo por los sudores de una fiebre alta, que respondió solo con una débil mirada, como si aquello no le preocupase ahora.

Lázaro registró la información contenida en aquel fragmento de conversación: Eshmún se había convertido en Esculapio. Con el apoyo de Roma, fiera adversaria en otro tiempo, el panteón de los griegos había vencido al de los fenicios.

Avanzó despacio, tratando de no hacerse notar demasiado. Más adelante, cerca ya de la entrada, otra persona bien informada explicaba a un enfermo:

—Si conseguimos que nos dejen entrar, esta noche dormirás en el interior del templo. Soñarás, si el dios te lo concede, y mañana, al despertar, sin duda estarás mejor...

Lázaro hizo su entrada en el edificio sagrado. Las altas paredes y las preciosas columnas de mármol estaban decoradas con brillantez. En el centro, sin embargo, la sala estaba vacía y había un espacio para que los enfermos pudieran tenderse para el sueño que debería liberarlos de sus sufrimientos.

Dio una amplia vuelta por la sala.

En un profundo nicho, una especie de capilla lateral cerrada por una cortina oscura y no muy iluminada, observó las barreras de madera que rodeaban un extraño monumento. Era un lecho de piedra. Sobre las paredes, grabada desde hacía siglos, una serie de pinturas representaba escenas eróticas: un dios, con un vistoso pene en erección, copulaba con diversas divinidades femeninas. Símbolos cósmicos enriquecían aquellas visiones: el Sol, la Luna, la lluvia, espigas de grano maduras, racimos de uvas y otros frutos de la tierra.

No conseguía apartar los ojos de aquellos dibujos, aunque experimentaba, al mismo tiempo, la instintiva repulsión del hebreo que consideraba aquel arte no como otra cosa que la exhibición de la perversión de los paganos.

Una voz divertida lo arrancó de su turbación.

—¿Tienes nostalgia de los ritos antiguos, extranjero?

Se volvió. Un sacerdote del templo, vestido y perfumado como una mujer y con una expresión insinuante pintada en el rostro, lo miraba con una abierta sonrisa.

—Hoy aquí esperamos solo, con sueños agitados, la gracia del dios que cura. Pero hubo un tiempo en este lugar sagrado en que se sabían invocar las fuerzas que generan la vida sana, ¡la vida en todo su esplendor!

Lázaro no tuvo tiempo de decir al hombre que aquella cuestión no le interesaba. El otro lo miraba con el aire de querer quedar con él para pasar un buen rato.

—¡Mira! —le dijo, indicándole el lecho—. Sobre este lecho, cada novilunio, las sacerdotisas de la fertilidad han ofrecido durante siglos sus propios cuerpos. Tenían las piernas abiertas para recibir el don del varón. Mostraban los senos generosos, para besar y excitar. Soltaban sus largos cabellos olorosos sobre la piedra del único altar en el que se consumaba un sacrificio que, en vez de quitar algo al hombre, le daba todo...

A pesar suyo, Lázaro se descubrió muy interesado por aquella lección. El sacerdote captó aquel sentido de fascinante sorpresa en los ojos del visitante y se le acercó.

—Eres joven —insinuó— verdaderamente tienes vigor... —Observaba su rostro, la espalda, las pantorrillas y los pies llenos de polvo, mientras giraba a su alrededor con paso lento. Después acercó su rostro al del desconocido:

—No perdamos tiempo aquí. —Le propuso bajando la voz con aire de entendimiento mutuo. Después, cogiendo por sorpresa al extranjero, buscó con la

mano, en medio de sus piernas, el punto del cuerpo que esperaba haber excitado con sus palabras. Lázaro, que no podía ocultar los efectos de aquellas imágenes y de aquellos discursos, retrocedió de inmediato como si el sacerdote hubiese tratado de atravesarlo.

El hombre explotó en una carcajada lasciva:

—¡Ah! ¡Ingenuo! ¡Vicioso e ingenuo!

El resucitado, con el rostro sonrojado y airado, trató de irse. Pero el otro lo agarró por un brazo y le susurró al oído:

—¡Vete corriendo y gritaré que has robado una ofrenda al dios!

El amigo de Jesús se detuvo. No quería llamar la atención.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, readquiriendo firmeza.

—Dime de dónde vienes —preguntó el otro.

—Vengo de Betania, en Judea...

—¡Un hebreo! —exultó el fenicio.

—¿Y bien? —protestó Lázaro, liberándose con un tirón de la presa del sacerdote.

—Un hombre de aquí se ha convertido desde hace pocos meses en el nuevo profeta de la religión de los antiguos. ¡Él y sus secuaces están convencidos de que es necesario renovar el culto de Astarté, la diosa bella, la diosa de la vida!

Lázaro trató de mostrarse menos inexperto:

—Pero la diosa tiene su templo en la ciudad, ¡siempre lo ha tenido!

—Dices bien —comentó el otro—, pero Astarté debe ser adorada en los bosquecillos sagrados, con colegios de jóvenes mujeres consagradas al placer, con hombres jóvenes dispuestos a apartarse con ellas y a cumplir el rito en medio de la asamblea iluminada por las antorchas y por la luz de las estrellas... Nuestro compatriota ha vuelto a cultivar semejantes jardines...

—¡No me interesa! —protestó Lázaro y, de nuevo, aunque con calma, trató de alejarse.

El sacerdote permaneció quieto, viendo como se alejaba. Después añadió:

—Y lo más importante es que ese profeta se dice enviado... de un santón de Galilea...

El resucitado se detuvo. Se volvió:

—¿De quién hablas?

—De un cierto Iesul. Un sanador, dicen. Y he aquí que en los dos profetas, un fenicio y un galileo, el culto de Eshmún y el de Astarté, el principio masculino, sanador, y el femenino, generador, vuelven a unirse. ¿No te parece interesante?

Lázaro reflexionaba. ¿Qué estaba descubriendo?

El sacerdote se rehízo de nuevo:

—*Esto* te interesa, veo...

—¿Y si así fuese?

—¿Quieres conocer al profeta de Astarté? Se esconde, ¿sabes? Muchos ven con suspicacia sus prácticas, aunque se le conceden las jóvenes, la noche, por temor de la

diosa. Ese hombre tiene un gran poder en la lengua: habla con una elocuencia extraordinaria. De vez en cuando, protegido por un denso grupo de secuaces, aparece en la plaza o en el puerto y tiene un discurso inspirado... La gente lo escucha, discute, se entusiasma y, antes de que lleguen los romanos a disolver la muchedumbre que se reúne, él ya ha huido. Pero, entretanto, ha conseguido citar, a quien tenga oídos para entenderlo, para un rito nocturno que después se desarrolla puntualmente aquí alrededor, en las colinas o donde pueda plantarse un palo sagrado, que se yergue hasta el cielo...

Lázaro callaba. Las palabras del fenicio lo incordiaban. Pero la huella era demasiado preciosa.

—¿Entonces? —preguntó, desvergonzado, el sacerdote—. ¿Quieres conocer al profeta... y sus ritos?

El judío sonrió:

—Me bastaría oírlo hablar en la plaza, por ahora...

—Es para hoy, no temas.

Esperaban desde hacía una hora, deambulando entre los puestos del mercado. Al sacerdote lo reconocían e intercambiaba a su vez señales de entendimiento con sus conocidos, todos hombres y a menudo con vestimentas preciosas y séquito de sirvientes.

—¿Solo los ricos están aquí por el profeta? —preguntó Lázaro, incómodo.

—El mensaje del profeta se dirige a todos —respondió el fenicio con arrogancia. Después siguió bromeando—: La diosa no hace acepción de personas, basta que estén... dotadas. Y, como sabes, ¡el dinero compra muchas cosas, pero no la virilidad!

De repente, cierta agitación pareció adueñarse de la plaza. Alguien apretó el paso, llevándose detrás a un amigo. Otros indicaban un punto de la amplia calle. Se oyeron gritos, silbidos e incitaciones.

—¡Ven! —dijo el sacerdote, animándose.

Lázaro lo siguió. Continuaron tras la muchedumbre mientras pudieron.

En el centro de tanta excitación, en pie sobre un escabel, estaba un hombre que llevaba una preciosa túnica recamada, que resplandecía al sol. Sobre el pecho, bien visible, saltaba un triángulo equilátero tejido en oro. El hombre alzaba los brazos con un amplio gesto teatral y reclamaba la atención de la gente que lo rodeaba:

—¡Escuchadme! ¡Abrid los oídos, gentes de toda estirpe! ¡Os hablo en un lenguaje que toda mente puede entender si el oído está abierto!

De la muchedumbre se elevaban gritos estimulantes:

—¡Habla, profeta! ¡Háblanos de tu señora!

Alguno se reía, pero muchos seguían con atención los gestos y las palabras del hombre que dominaba sobre todos.

—¡Os anuncio la nueva era de Astarté! ¡Os anuncio la vida que no muere! ¡La

energía que atraviesa todas las estrellas y alcanza el centro de nuestro ser! ¡Os anuncio la alegría de la comunión con la diosa, con la tierra, con la madre de todos nosotros! ¡Abrid los oídos de vuestra mente para comprender la grandeza del misterio que está dentro de vosotros y que en el placer se manifiesta! ¡Reconoced vuestro origen y encontraréis la meta de vuestro andar por el mundo!

Ahora el público seguía en silencio las palabras del orador. Lázaro tuvo que admitir que su retórica ejercía una fascinación magnética sobre los oyentes. Y mientras el hombre consagrado a Astarté seguía hablando, él no conseguía dejar de mirar aquel gran triángulo de oro en el pecho. Observó que tenía el vértice vuelto hacia abajo y se dio cuenta de que aquel símbolo aludía al eterno principio femenino de la tierra dispuesta a ser fecundada por el semen del dios, como la mujer está dispuesta a recibir la potencia generativa del hombre.

El profeta, al que todos miraban concentrados, continuaba inspirado:

—¡Vuestros padres sabían cómo rendir honor al principio de la vida! Por eso construyeron primero ciudades con murallas altísimas y puertos acogedores para las grandes naves que transportan aún hoy la abundancia del Oriente a todas las partes del mundo. ¡Eran poderosos y respetados! Fecundaron nuevas tierras por todas partes con el semen de la civilización y de la riqueza. ¡Y todo esto porque conocían el secreto de la creación del mundo!

Lázaro miró a su alrededor. A todos los rincones de la plaza llegaban los acentos de aquel discurso lleno de energía. También el sacerdote de Eshmún, a su lado, escuchaba con la boca abierta.

Volvió a mirar al profeta y se preguntó en qué podía habersele manifestado Jesús como sanador. Después, abrió de par en par los ojos, como si de repente hubiese caído en la cuenta de algo.

En aquel momento, su acompañante lo sacó de sus pensamientos, dándole con el codo:

—¿Has oído?

—No, ¿qué?

—Ha dado cita para esta noche —le susurró el fenicio. Después, se le acercó al oído y añadió—: Y he entendido bien el lugar al que ha hecho mención...

Lázaro volvió a mirar al orador y se percató de que tan repentinamente como se había elevado su voz se había ocultado, consiguiendo atravesar la muchedumbre y desaparecer. Detrás de él ya resonaban, ásperas, las voces de un manípulo de soldados romanos que, sin muchas contemplaciones, golpeaban con las espadas a todos los que alcanzaban gritando:

—¡Largo! ¡Dispersaos! ¡Estas aglomeraciones están prohibidas!

También él y el sacerdote se alejaron rápidamente.

—¿Entonces, vendrás? —le preguntó el otro.

Lázaro no vaciló:

—Iré, seguro. ¿Has entendido realmente el lugar de la cita?

—Confía en mí —respondió seguro el acompañante. Después le rodeó la espalda con una familiaridad irritante. Él supo contenerse.

Quedaron una hora antes de la cita y luego se separaron.

El recorrido hacia el lugar del encuentro fue tortuoso y Lázaro temía el asalto de alguna hiena o de un león de montaña. Pero avanzaron rápidamente, gracias a la guía del sacerdote y, después de haber superado una serie de cimas y depresiones llenos de vegetación, vislumbraron, en una oscuridad casi completa, el brillo de fuegos dispuestos en torno a un claro.

Cuando estuvieron más cerca, oyeron también el resonar de cantos e instrumentos. Entre ellos, destacaba, obsesivo, el batir de un tambor que evocaba el ritmo del corazón de un hombre.

Lázaro estimó que, en aquel claro perdido habían confluído un centenar de personas. Otras aún llegaban desde el bosque, como hacían ellos dos en aquel momento.

El escenario para el rito había sido preparado con sencillez, pero era del todo fascinante.

Las hogueras eran tres, dispuestas como los tres vértices de un triángulo equilátero. De este modo, los puntos de luz reproducían el diseño que resaltaba sobre la túnica del profeta.

En el centro del área así delimitada había un alto palo clavado en el terreno y una estela de piedra, depositada en el suelo como si fuese un lecho y cubierta por blandos cojines revestidos de seda de color púrpura.

Tumbada en aquel precioso lecho estaba una mujer joven, completamente desnuda, con las piernas y los brazos abiertos. Movía la cabeza al ritmo del tambor que resonaba en la oscuridad. El blanco de su piel destacaba sobre el fondo oscuro de la púrpura. Sobre su vientre, con el vértice vuelto hacia el monte de Venus, había sido dibujado un triángulo.

Colocadas detrás de ella, a lo largo del lado que hacía de base del simbólico recinto, otras once mujeres, con vestidos blancos, entonaban una letanía.

El resto del claro se estaba llenando de hombres exclusivamente. Entre ellos, observó el resucitado, personas de diversas nacionalidades e incluso algunos oficiales romanos.

Pasaron largos minutos de espera. Ahora, el número de los que participarían en la ceremonia se había duplicado, pero ya no salía nadie de la vegetación circundante.

La música, el tambor, las voces callaron.

El profeta de Astarté, con su túnica preciosa, avanzó desde el vértice del triángulo hacia el centro, llevando en la mano derecha una ramita de olivo. Lo acompañaba un muchacho, con una corona de laurel en la cabeza, que sostenía un precioso vaso lleno de agua. Acercándose a la mujer, el celebrante empapó las hojas en el agua y aspergió

con abundancia el cuerpo que tenía a sus pies, recitando oraciones.

Después entregó la ramita al joven asistente, que se alejó hacia atrás.

Ahora el silencio era completo.

El profeta elevó los brazos al cielo y gritó:

—¡Adón! ¡Tammuz! ¡Osiris!

Lázaro escuchaba con la máxima concentración. En la larga pausa que siguió a aquella invocación de un dios cananeo, de uno babilónico y de otro egipcio, cada uno de los presentes mantuvo la cabeza inclinada en señal de respeto. Con aquellos tres nombres, pensó el judío, habían sido evocadas todas las divinidades de los pueblos allí representados.

El profeta continuó:

—¡Baal Shamín! ¡Baal Addir! ¡Baal Eshmún! ¡Y todos vosotros, dioses de la potencia del cielo, creadores de vida! ¡Estad presentes en mí, en mi principio vital! ¡Yo os invoco a todos e invoco al Uno, poderoso señor celeste, esposo de Astarté, diosa de la tierra! ¡Madre de los vivientes! —Después, bajó la mirada hacia la mujer tumbada y añadió, en voz más baja—: ¡Estad en mí, para que el cumplimiento del rito no sea para mí juicio de condena, sino, por vuestra misericordia, se revele fuente de vida eterna!

Dicho esto, se quitó la túnica por la cabeza y, sin volverse, la dejó caer al suelo, detrás de sí. Ahora también él estaba desnudo. Lázaro vio que, sobre el vientre, con el vértice coincidente con el ombligo, estaba dibujado un triángulo idéntico al pintado sobre el cuerpo de la muchacha, aunque dispuesto en sentido opuesto.

El pene del hombre estaba en erección, como demostración de una enérgica virilidad.

Sin añadir palabra, el celebrante se arrodilló entre las piernas abiertas de la mujer. Después se tendió sobre ella y la penetró despacio. La joven gimió y, de repente, en la espesura del bosque, volvieron a oírse el batir del tambor, el canto, el sonido de los instrumentos.

Al ritmo de aquella música obsesiva, del ritmo creciente, el hombre empujó en más acometidas su miembro en la profundidad del vientre de la mujer y, al fin, arqueando la espalda y llevando la cabeza hacia atrás, dio un grito liberador e invocó tres veces el nombre de «El», el principio supremo.

Extrajo después el pene y lo apoyó en el centro del triángulo pintado en el vientre de la mujer. Goteaba esperma y sangre: la prueba, visible para todos, de que se trataba de una virgen.

Ante aquella visión, la asamblea prorrumpió en un obscuro grito de euforia. Después, mientras otros tambores se unían al que había acompañado la ceremonia, una irrefrenable excitación se apoderó de todos. Invadieron el área sagrada, arrastraron al centro a las mujeres dispuestas en espera y dieron vida a una orgía sin freno. Los cuerpos se confundieron en un delirio colectivo.

Lázaro, turbado por aquel espectáculo, se sustrajo al amontonamiento y las

contorsiones dando unos pasos atrás y escondiéndose en la oscuridad. Desde detrás de un seto siguió mirando la escena. Vio así que el profeta se encaminaba, con calma, entre la masa excitada, recuperaba su túnica y se alejaba hacia el bosque, solo.

El resucitado se acercó al celebrante mientras se estaba vistiendo y lo llamó:

—¡Sacerdote de Astarté!

El hombre, sorprendido, se volvió hacia él, pero no lo veía y empezó a escrutar la oscuridad del claro.

—¿Quién eres que ignoras el cumplimiento del rito? —preguntó.

Lázaro respondió con decisión:

—Me niego a unirme a la orgía bestial, porque conozco el origen *puro* de la vida que allí se celebra...

—¿Y cuál sería esta pureza de la que hablas? —El profeta estaba dispuesto a la polémica y, sin esperar respuesta, añadió—: La pureza en sí es muerte. No cede nada a la tierra, al contrario, ¡se aleja de ella! —Después dio unos pasos, separando ramas bajas, en la dirección desde la que había sido interpelado—. ¡Muéstrate! —gritó—. No te haré ningún mal. Sé ya que, si hablas de pureza y desprecias la alegría de la vida, debes ser un judío...

Mientras el otro hablaba, Lázaro se deslizó entre los árboles y se plantó ante él. Desde aquí lo apostrofó de nuevo:

—¡Sacerdote de Astarté!

El otro se volvió bruscamente, sorprendido.

—¿Qué quieres?

El judío sonrió y comentó:

—¡Veo que oyes muy bien! ¿A quién se lo debes?

—A la benevolencia de los dioses —dijo el profeta—. ¿Acaso lo dudas?

Lázaro se adelantó y se mostró, a la incierta luz de la luna. Los dos se miraron; los ecos de las músicas y el ritmo de los tambores parecieron atenuarse a lo lejos.

—También tu respuesta está preparada, como tu arte oratoria. Con tu voz y la firmeza de tus argumentos arrastras a los oyentes a un culto que no puedo compartir... ¿También esta habilidad se la debes a la benevolencia de los dioses?

—¿Quién eres? —preguntó el fenicio.

—Soy Lázaro de Betania. Un judío, por tanto, como has imaginado bien. Fui resucitado de la muerte por el mismo maestro que te devolvió el oído y la palabra. Porque tú eras sordo y mudo o, como máximo, balbuceabas algunas frases, ¿no es así?

—¿Tú conociste a Jesús? ¿Has... caminado con él?

—Se llamaba Jesús y era originario de Nazaret, en Galilea... Éramos amigos, sí, pero yo mismo no esperaba que pudiese hacer tanto por mí. Hasta el día de mi enfermedad mortal y de mi muerte.

El sacerdote de Astarté tocó con reverencia el brazo del amigo de Jesús.

—Fueron mis parientes quienes me llevaron a él —dijo—. Yo no sabía quién era.

Vivía aislado del mundo. A nadie se le ocurría pensar en explicarme pacientemente los acontecimientos que ocurrían fuera de mi familia. Juntos ante él, le pidieron que me ayudase...

—¿Y él qué hizo?

—Me miró y me sonrió. Después me llevó aparte, lejos de la pequeña muchedumbre que lo seguía a todas partes. Cuando estuvimos solos, me metió los dedos en las orejas y me tocó la lengua con un dedo después de haberlo mojado en su saliva. Después, miró al cielo y dijo una palabra que no pude oír. Pero, inmediatamente, me percaté de los sonidos. Asustado, retrocedí y me di cuenta, con un susto aún mayor, de que hablaba correctamente...

Lázaro asintió ante aquel relato y preguntó a continuación:

—¿Y la palabra que pronunció al curarte, la hiciste repetir, una vez curado?

El profeta negó:

—No. La dijo una sola vez y después yo, en la euforia del momento, mientras mis parientes se alegraban conmigo, no tuve la presencia de espíritu de hacerle ninguna pregunta...

Lázaro frunció el ceño:

—¡No uses tu lengua para mentir! —dijo, enfrentándose a él con aire amenazador.

—Es así —insistió el otro—. Después, él se marchó rápido. Dijo...

—¿Dijo?

—Que no revelara a nadie que aquello había ocurrido.

—¿Y vosotros qué hicisteis?

—Estábamos asombrados. La noticia se difundió por la ciudad y, como ocurre a menudo, algunos la creyeron verdadera, pero los más se encogieron de hombros y negaron que de Galilea pudiera venir alguna verdad, ¡y mucho menos un poder divino de curación!

Lázaro reflexionó un momento. En el bosque alguien comenzaba a alejarse del lugar en el que la orgía llegaba a su término.

—Sé que no me estás diciendo toda la verdad —afirmó con seguridad.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—El símbolo que has hecho coser en tu túnica, la figura que trazas con las tres hogueras del rito: la misma que has hecho pintar sobre el vientre de aquella desgraciada muchacha y sobre tu...

—¿El triángulo sagrado? Pero es un símbolo antiquísimo, que, gracias a mí, muchos están redescubriendo. Representa la unión del principio masculino y el femenino. Es la clave de bóveda del universo, así como el cielo se extiende sobre la tierra e, inundándola con su semen, la fecunda...

—Un símbolo olvidado, dices bien. ¿Y a ti quién te lo recordó? —preguntó entonces Lázaro.

El fenicio vaciló; después respondió con poca convicción:

—Tuve... tuve una revelación... de parte de la diosa...

Lázaro se aproximó al sacerdote y lo agarró por la túnica. Acercó su rostro al del otro y le susurró:

—¿Has vuelto a balbucear? ¡Mientes! Jesús te dio aquel símbolo y tú lo interpretaste como te pareció bien, ¿no es así?

—¿Qué... qué quieres decir?

—Quiero decir que él te dio un triángulo de oro —dijo Lázaro. Luego hurgó entre sus ropas y sacó a la luz su pequeño tesoro—: Te entregó un triángulo, en todo igual a estos. ¿Ves? Yo tengo cuatro y sé que están relacionados entre ellos. ¡Cada uno corresponde a una palabra de curación distinta y juntos, símbolos y palabras, revelan el secreto de aquel hombre santo al que tus ritos no honran con seguridad!

El fenicio retrocedió con los ojos fijos en la mano abierta que Lázaro le tendía.

—¿Entonces? —le insistió el judío.

Ahora, el profeta miraba al amigo de Jesús con sincero estupor:

—Él no dijo nada contra los dioses de esta ciudad. No me enseñó una ley distinta. Me indicó la vía de la escucha y de la predicación, de la búsqueda de la verdad y en pos de su anuncio... y yo la he seguido. Haciéndome explicar nuestras antiguas tradiciones divinas, he comprendido que él era el profeta del Sanador y, por tanto, de Eshmún, mientras que yo debo ser el de la Madre, es decir de Astarté... ¿Por qué quieres negar que esta vía mía sea la justa? ¡Él no lo hizo!

Lázaro bajó la mirada y, con calma, expuso los fragmentos del misterio en su posesión. Después respondió:

—También tú, como todos los demás, has visto solo un aspecto del gran secreto y has creído que lo era todo. Entre quienes fueron curados por Jesús, uno se ha convertido en guía secreto de una parte pura de Israel; otro ha partido para Egipto; un tercero ha combatido contra los romanos; un cuarto se ha dedicado, hasta donde ha podido, al sostenimiento de los desgraciados como él... y tú has buceado en la memoria de tu pueblo, recabando lo que te parece un tesoro. Pero la verdad, la verdadera fuente de la vida para todos, está *más allá* de estas intuiciones; cada uno de los principios en los que habéis creído después de haber encontrado a Jesús contiene en sí algo bueno, porque es una parte de verdad. Pero a mí se me dio de nuevo la vida, no la curación de una parte del cuerpo. Soy yo, pues, quien puede comprender el todo, ¿lo entiendes?

Pero el otro sacudía la cabeza. Después se animó y habló con el orgullo del neófito:

—¡No! ¡Tú querrías matar la esperanza que está en mí y que yo transmito a esta gente! ¡Quieres negar el eterno principio de la unión sagrada entre cielo y tierra, entre hombre y mujer!

Lázaro se cuidó de no agredirlo de nuevo. Ahora temía perderlo. Después se recuperó:

—Escúchame. A ninguna de las personas que estoy buscando les he pedido que

me siga o que renuncie a lo que está haciendo, a aquello en lo que cree. No conozco, en realidad, un camino mejor y mucho menos una verdad que pudiera obligarlos. Y, sin embargo, Jesús mismo no se detuvo con ninguna de ellas, sino que prosiguió su camino: no se quedó en Egipto, no combatió a los romanos, no vivió haciendo obras de caridad y consuelo... y no compartió con la gente el culto de la diosa. ¿No te dice nada todo esto? Es como te he dicho: cada uno de vosotros solo posee una parte del misterio. Te pido solo que no te opongas a mi búsqueda de toda la vida. ¿Lo entiendes?

El profeta de Astarté miró al cielo. Entre las ramas vio resplandecer miles de estrellas:

—Entre el cielo que está sobre nosotros y la tierra que pisamos está, bajo nuestros ojos, cada nuevo día. Y a cada estación se renueva, si lo queremos ver, el secreto de la vida que no muere. ¿Y tú crees que existe un misterio más grande que este?

—No lo sé. Pero sé que quien te curó lo creía. Murió por esto. ¿Quieres oponerte a su voluntad?

El hombre vaciló aún. Después inclinó la cabeza.

—No —respondió.

—Entonces entrégame tu triángulo y repítame la palabra que te curó. Solo así Jesús, que te entregó estos signos para que permaneciese viva su predicación, habrá dejado una huella que no se dispersa y que no niega la tuya... sino que la completa.

En aquel momento, los tambores callaron. En el repentino silencio, un ave nocturna emitió su llamada, dueña de nuevo de la oscuridad.

—Sígueme —dijo el profeta—. En mi casa tendrás cuanto buscas.

Se trataba solo de una oscura mención.

Y se le había escapado incluso al culto Tommaso Grozio. No a Huang, que sabía qué historia se ocultaba detrás.

Junto a aquella gran masa de agua que nosotros, los europeos, llamamos mar y los asiáticos llaman lago, no lejos del monte Irquann, admiramos las cabezas sepultadas del ejército de Gengis. Muchos sabían de su existencia, pero pocos osaban acercarse, porque temían el influjo maligno de aquellos muertos...

Al chino no le sorprendía que el veneciano hubiese pasado por alto aquella pista. Solo quien conociera los acontecimientos podía interpretarla bien.

—La masa de agua que nosotros llamamos mar y los asiáticos lago es, sin duda, el mar Caspio —había supuesto con seguridad el italiano—, y sabemos, en efecto, que el ejército mongol llegó hasta allí. ¿Pero qué quería decir Marco Polo al hablar de «cabezas sepultadas»? ¿Y además de «muertos»?

Huang no había respondido a los interrogantes.

Tommaso llevaba a cabo su trabajo habitual de traducción, y había comprendido de inmediato la importancia de aquella cita.

Pero había decidido también que solo se ocuparía de ella después de estar sobre las pistas de Apolonio de Tiana.

Y ahora estaba allí, en la orilla de una gran fosa, exactamente donde sugería el viajero del siglo XII: a diez leguas del monte Irquann, no lejos del Caspio, en la base de una estribación rocosa.

—¿En qué piensas, extranjero?

El chino no respondió, pero no era posible equivocarse: los cuerpos de piedra, de la altura de un hombre, apenas habían sido sacados de la tierra, y reproducían sin duda las facciones de los mongoles. Ahí estaban, pues, los «muertos» de los que hablaba Marco Polo.

Una cuadrilla de obreros había excavado una jornada entera para sacar a la luz dos, una pequeña parte del tesoro del que todos sabían en el valle y del que nadie quería ocuparse. Las autoridades caucasicas, que debían ocuparse de otras cosas, habían dejado vía libre a Huang, sin renunciar, no obstante, a poner a su lado a un encargado gubernativo: un tipo gordinflón y mofletudo que rápidamente había hecho amistad con el extranjero.

El chino había recorrido media docena de aldeas antes de conseguir reunir a los

trabajadores necesarios, y solo la promesa de una óptima paga había convencido a los hombres a acercarse al lugar maldito.

Había valido la pena.

Huang descendió al fondo de la fosa y observó con atención a uno de los guerreros liberados de la tierra.

Lo habían vestido, como si estuviese vivo, sus creadores de carne y hueso de algún siglo anterior, a los que probablemente se asemejara en todo y por todo. Llevaba una armadura ligera, de piel de caballo endurecida en orina animal, que le permitía gran agilidad y facilidad de movimientos. Al brazo llevaba un pequeño escudo de madera con el que se protegía el rostro. Y, bajo las ropas sueltas, destacaba una túnica de seda de trama apretadísima, destinada a atenuar el impacto de las flechas enemigas. La estatua estaba adornada con un armamento de batalla completo: un arco de madera, tendones y cuerno, además de dos aljabas llenas de flechas, una lanza de púas, una cimitarra y un puñal atado a la pierna. Sobre las botas, unas placas de hierro protegían las pantorrillas.

Un detalle llenó de euforia el corazón del chino: el primer guerrero tenía una pierna profundamente astillada, mientras que un brazo del segundo estaba además separado y apoyado en el suelo.

Los obreros atribuían esas mutilaciones a la escasa perspicacia de quien había montado las estatuas, pero él sabía que no era así.

Huang dirigió la mirada hacia lo alto.

A la orilla de la fosa, unos trabajadores titubeantes esperaban una orden suya.

—Por hoy ya hemos hecho bastante —observó—. Volvamos al campamento. Continuaremos mañana.

Los hombres, contentos de poder alejarse, colocaron en su sitio las herramientas y abandonaron el lugar de las excavaciones. Ninguno de ellos parecía especialmente curioso y ninguno se preguntó nada acerca de aquel extraño «ejército».

Por la noche, sin embargo, ante el fuego, el compañero de Tommaso tuvo que responder a las preguntas del encargado del gobernador.

—Extranjero, ¿por qué te interesan tanto aquellas estatuas sepultadas? Están ahí desde hace siglos y nunca han atraído la atención de nadie. Incluso, su mala fama siempre ha espantado a los habitantes de la zona. Al menos hasta que han visto tu oro...

El chino, extendiendo hacia delante los brazos para calentarse algo, explicó:

—Te lo revelaré con gusto. Pero solo si muestras la paciencia necesaria...

El otro asintió complaciente y Huang contó:

—Los mongoles siempre tuvieron grandes generales, hábiles tácticamente, audaces y ayudados por la disciplina de las tropas. Entre los comandantes más importantes estuvieron los cuatro hijos nacidos a Gengis Kan de su primera mujer, Borte. Eran Jochi, Chagatai, Ogedei y Tolui, todos distinguidos en la batalla.

»Los generales de mayor rango habían sido, sin embargo, compañeros de armas

del caudillo durante las luchas entre las tribus y, entre ellos, Jebe y Subotai no tenían rival. En el curso del impetuoso avance a través de Asia ellos dos llegaron a las cercanías del mar Caspio. Las tierras de Occidente eran para ellos completamente ignotas, pero no les faltaba coraje y afrontaron la empresa. Partieron con solo veinte mil hombres y un gran deseo de conquista en el corazón. Pronto derrotaron a dos ejércitos de soldados de montaña de piel blanca, atravesaron las cimas nevadas en pleno invierno, batieron a los turcos en primavera. Después, se encontraron con hombres altos, rubios y de ojos azules, que se enfrentaron a los nómadas cerca de un gran río. Mientras los arqueros asiáticos llenaban el aire de flechas, los blancos atacaron y solo pudieron ver desvanecerse a los caballeros en el humo levantado por los fuegos de estiércol encendidos por las mujeres mongolas. Y cuando el humo se dispersó, los blancos descubrieron que este no solo escondía a arqueros de armaduras ligeras, sino también a caballeros armados con lanzas, espadas y mazas. Los adversarios de los nómadas se replegaron de forma desordenada y fue una masacre.

»Aquella noche, ebrios de victoria, Jebe y Subotai cenaron sobre un gran cajón de madera, en cuyo interior estaban ahogando a tres príncipes blancos. No los habían pasado a filo de espada porque, según la tradición nómada, la sangre de un guerrero respetado no debe verterse sobre la tierra. Vencida esta gran batalla, los comandantes decidieron regresar. Miraron el río más grande que habían visto nunca y se reunieron finalmente con Gengis Kan. Cuando llegaron a él, en las estepas de la gran madre Asia, resplandecían de oro y de joyas, sus caballos iban cargados de rollos de seda y sacos de monedas, y muchas ciudades lloraban aún su paso...

—¿Quieres decir, quizá, que los guerreros sepultados, de cuyo origen la gente de estos lugares había perdido la memoria, están relacionados con el paso de los mongoles?

—Así es —respondió Huang—. Yo he llegado hasta aquí por encargo de mi emperador. Él desea recoger las huellas de nuestro glorioso pasado, y me ha encargado organizar una expedición para encontrar las estatuas y llevarlas a China...

—Te proporcionaremos toda la ayuda posible —replicó el hombre—, sobre todo si tu señor paga bien. Necesitamos mucho dinero para combatir a los bandidos y a los pueblos de las montañas...

Después bostezó.

—Perdóname. Tu historia es muy interesante, pero se ha hecho tarde...

Saludó y se refugió en su tienda, mientras el chino se quedaba reflexionando delante de las últimas hogueras.

Pasada una hora, también Huang se levantó.

Pero no fue a acostarse.

Esperó que se apagaran las últimas voces en el campamento y después se dirigió en silencio hacia la zona de las excavaciones, armado con una pequeña pala y una simple lámpara.

Sabía qué buscar y, precisamente por eso, había ordenado a los obreros que

sacasen a la luz los dos guerreros de cabeza.

Ahora, simplemente, tenía que recoger los frutos de una paciente espera de años.

Descendió a la fosa, apoyó la lámpara en el suelo y hundió la herramienta entre las dos estatuas.

En pocos minutos, sintió que tocaba algo metálico.

Se inclinó y excavó frenéticamente con las manos.

Era una caja de hierro. La acercó a la luz y la abrió, sacando un pergamino.

Redactado en los densos y bajos caracteres mongoles, pudo leerla sin problemas.

Y, lentamente, silabeó estas palabras:

Devadatta Dhanamjaya Janardana.

Huang se sentó en el suelo, turbado por la emoción.

Por tanto, la tradición transmitida por sus antepasados decía la verdad.

Los guerreros de arcilla habían sido cocidos para celebrar las grandes gestas de Gengis Kan, pero, sin duda, los nómadas no habrían gastado tanto tiempo y energías por este único motivo. No, ellos poseían un gran secreto. Huang sabía por qué habían sepultado un centenar de estatuas en las cercanías del mar Caspio, próximo al límite extremo de sus conquistas. Cuando en el futuro regresaran allá, la fórmula habría permitido curar a los guerreros. A los de terracota y a los de carne. Y, gracias a aquel rito, se ganarían nuevas batallas.

El chino lloró de alegría.

Por fin tenía entre las manos la fórmula tan deseada de la curación. Tenía entre las manos el primer secreto de Gengis Kan.

—Sabía que tu historia era muy sospechosa, y he hecho bien en seguirte...

Huang se recuperó como de un sueño.

El encargado del gobernador había hablado con tono sarcástico desde el borde de la fosa, sobre él.

—¿Y bien? ¿Qué está escrito en ese pergamino? Si es interesante para ti, seguro que lo será también para mis jefes...

El chino permanecía mudo.

Enfocó la figura baja y rechoncha del burócrata, recortada contra el negro del cielo nocturno, observó su sonrisa sardónica y sintió que la rabia ascendía rápidamente en su interior.

Nadie lo separaría de un descubrimiento tan importante.

—¿No quieres responderme, pues? Tengo que llamar a...

Huang agarró al caucasiano por un tobillo y lo arrastró a la fosa.

Antes de que pudiese reaccionar, le echó la mano al cuello y apretó con todas sus fuerzas.

El hombre agitó desesperadamente piernas y brazos, jadeando y pateando las paredes de tierra del agujero excavado por los obreros.

Después emitió un gemido sofocado. Se oyó el rumor de huesos que se rompen. El encargado del gobierno exhaló el último suspiro de su vida.

«¡Idiota!», pensó Huang, levantándose. «Dormirás para siempre junto a los guerreros de Gengis Kan».

Salió de la excavación y se alejó con su tesoro.

Cuando el alba despertó a los obreros, el enviado del emperador de China ya estaba lejos.

—El europeo del que me hablas no mentía. En un tiempo, quizá en la época de los griegos y de los romanos, este desierto todavía era verde y estaba recorrido por grandes ríos y, verdaderamente, rico en vida. Hoy solo la vegetación más resistente es capaz de adaptarse al clima árido...

Huang observaba estupefacto el gran olmo.

Lo había visto, desde muy lejos, dominar con su denso follaje el panorama de piedras que se extendía alrededor, mientras a lomos de asno se acercaban para buscar la frescura. Y, una vez más, aquella extraordinaria mancha de verde, en medio del gris de la rocalla, le confirmaba que Marco Polo decía la verdad.

Lo llaman valle de los olmos, y dicen que son cincuenta, plantados allí desde hace milenios. Nosotros contamos hasta treinta y nueve, dispersos por una región vasta de cuatro días de viaje. Hoy, en el centro de tan extraña arboleda, se erige un monasterio, muy similar a una fortaleza, habitado por eremitas que visten una simple y pobre túnica de lino blanco...

Tras llegar al olmo, el chino y el novicio se sentaron a comer. También el muchacho llevaba la túnica que había conmovido al veneciano, la misma que vestía Apolonio y cuya mención en el diario había llevado a Huang a adentrarse en el desierto de Siria.

Por orden del gran maestro, aquel día el muchacho había acompañado al huésped extranjero, que había llegado al monasterio la noche anterior, en un reconocimiento por el valle.

Y aunque mostrase el debido respeto, y su reconocimiento por tanta atención, al superior de la comunidad le resultó de inmediato evidente que el forastero no iba en busca de soledad para la meditación.

Por eso, a la mañana siguiente, abandonó las vacilaciones y se dispuso a recibirlo en su celda.

—Mira por la ventana —le dijo cuando estuvieron solos—. ¿Qué ves?

Huang observó el exterior.

—Veo una fila de jóvenes: recorren de dos en dos el sendero que, desde este lugar escondido, lleva a la cresta del valle. Y también ayer, antes de alejarme con tu novicio, he visto esto. ¿Adónde van?

—Se apartan de la comunidad, pero, como son nuevos adeptos, no les pido que se adentren en el desierto. Hoy las costumbres son menos duras que en otro tiempo y hemos perdido las costumbres que caracterizaban a nuestros antiguos progenitores...

—¿Qué harán, una vez solos en el valle?

—Lucharán consigo mismos y con el desierto, con esta planicie desolada apenas adaptada a la vida de las cabras. Comerán un bocado de queso y beberán un sorbo de agua. Y, cuando vuelvan aquí, a la caída de las sombras, su ánimo se habrá depurado de mucha de la inmundicia depositada por el mundo...

El chino sintió escalofríos al ver que caminaban descalzos.

La piedra habría atormentado sus pies hasta hacerlos sangrar.

—Nuestro mismo fundador vestía así y viajaba descalzo. Pero no temas... — Sonrió el monje—. Pasada su primera semana, se le permitirá a quien sufra llevar calzado. No queremos el mal de nadie y, en el fondo, son novicios en sus primeras armas. Más adelante, ellos mismos establecerán el grado de sacrificio que su cuerpo y su espíritu puedan soportar.

Huang se volvió hacia el religioso:

—¿Por qué me haces ver y me cuentas todo esto?

El hombre mostraba una expresión impenetrable. Después dijo, simplemente:

—Ellos saben lo que buscan... ¿y tú?

El chino no se echó atrás. Extendió los brazos y reveló:

—Me interesa vuestra secta, maestro, y la fuente de vuestro saber. ¿Puedes hablarme del fundador de la comunidad?

—Nosotros no tenemos una fe particular, extranjero. O quizá recojamos todas las fes del mundo. Nosotros profesamos una forma de vida basada en la ascesis, la sobriedad y la meditación. En cuanto a nuestro fundador, era un sabio, viajero por todas las tierras del planeta. Se llamaba Apolonio. Antes de venir aquí y crear la comunidad, visitó a hombres de religión de todas las razas. Y a nosotros nos dio pocos preceptos fundamentales...

—¿Cuáles?

—Viajar y caminar sin llevar nada consigo. Nutrirse de alimentos vegetales y no de carne: afirmaba, en efecto, que el alimento más puro es el producido por la tierra y que la carne trastorna y agota el alma. Precisamente para no ser turbado, excluía el vino de sus magras comidas...

Huang hizo un gesto de impaciencia.

—¿Solo eso?

—Sus otras enseñanzas piden no matar a ningún ser para no turbar el equilibrio de la vida en el mundo, no experimentar envidia, atrevimiento y odio, mantenerse libres de la calumnia y del resentimiento. Son pocos preceptos, pero bastan para diseñar una existencia perfecta. Nosotros los respetamos con toda la fuerza de nuestro corazón.

—¿Nada más?

El hombre lo miró con dureza.

—¿Qué buscas, extranjero?

Huang extrajo de la túnica una hoja de pergamino, y mostró al monje la flor de loto de ocho pétalos dibujada por Marco Polo en su diario.

—¿Has visto este símbolo alguna vez?

Él respondió con seguridad.

—¡No! ¿Qué significa?

El chino volvió a guardar su tesoro.

—Eso es precisamente lo que tengo que descubrir. Y como no podéis serme útil de alguna manera, hoy mismo partiré para continuar mi búsqueda en otra parte...

Las trompetas difundieron en el aire sus profundas notas, y la voz profunda de los instrumentos descendió de la cima de la montaña hacia el abismo del valle.

Huang examinó los contrafuertes del templo, que parecían fundidos con las empinadas paredes de roca, y se preguntó cómo habían podido construir en alto unos hombres un edificio tan grandioso. Después oyó un tintineo tan puro que solo instrumentos forjados por manos divinas podrían emitirlo.

No era difícil encontrar el lugar buscado. Todos en el Tíbet sabían dónde estaba.

El templo de las campanillas doradas surge allí donde la respiración se fatiga hasta fluir por las bocas, y es, ciertamente, el más famoso de Asia. No por la virtud de sus monjes ni por la riqueza de los tesoros que encierra. Sino por la profunda doctrina que allí se enseña.

Si eres un hombre sabio y temeroso de Dios, lector mío, a ese templo debes dirigirte...

—¿Me buscabas, extranjero?

A sus espaldas había aparecido un monje bastante anciano: sonriente, descargaba su cansancio en un bastón.

La cabeza rapada y una túnica de color naranja que le caía en diagonal delante del cuerpo indicaban su religión: era un seguidor de Buda.

—Sí, maestro. Os buscaba porque me han indicado que, en el Tíbet, sois el más experto conocedor de las religiones del mundo...

El monje sonrió:

—Quien me atribuye ese mérito exagera. Pero es cierto que me intereso por otras creencias y, sobre todo, por otros fieles. Son sus corazones lo que me gusta escrutar, más que su fe. Siéntate y dime que te ha traído a mí...

Huang se sentó con las piernas cruzadas sobre un cojín.

A dos pasos de él, una alta balaustrada de madera ofrecía a los ojos del visitante el inmenso panorama, mientras el aire sutil de las alturas le cosquilleaba la nariz.

También se sentó el monje.

—¿Y bien?

—Estoy buscando noticias sobre la vida y las obras de un antiguo sabio que vivió hace muchos siglos. Se llamaba Apolonio y venía de una ciudad del Asia Menor. La tradición cuenta que viajó también por estas regiones. ¿Habéis oído hablar de él?

—Sí, aunque su existencia siga siendo en gran parte un misterio para mí... —respondió el otro.

Huang tuvo un sobresalto.

No esperaba descubrir con tanta facilidad algo allá arriba, en el techo del mundo.

—¿Y qué sabéis de él? Os lo ruego, satisfaced mi curiosidad...

—No tengo problemas para contentarte. Nosotros conocíamos al hombre del que hablas como Gautama, uno de los grandes sabios que han honrado con su visita este templo y las celdas que le son anexas. Las crónicas sostienen que llegó hasta nosotros a la edad de cuarenta años y que se detuvo aquí un lustro, durante el cual su permanencia no fue continua...

—¿Y adónde se dirigió, alejándose de aquí?

El monje extendió los brazos.

—¿Quién lo sabe? Quizá aún más a Oriente, hacia la China o el Japón, quizá a otra parte: era muy sabio, pero no se cansaba de buscar la fuente única de la que creía que se derivaba aquella sabiduría. En todo caso, en cualquier lugar en el que estuviera antes o después de estar alojado en nuestra casa, siempre dispensó con largueza sus conocimientos para extender el mensaje divino. Y, como era modesto, nunca hablaba en primera persona, sino que hacía referencia a la sabiduría y a la enseñanza de algún maestro más antiguo y sabio que él. Además, no se limitaba a las palabras, sino que demostraba el valor de sus doctrinas con la práctica. Sé que, al dejar los valles del Buda, viajó hacia la India, para volver después a la tierra de los dos ríos, en Mesopotamia. Y también allí entró en contacto con los iluminados e iniciados del lugar...

Huang había escuchado estupefacto aquel relato.

—¿Cómo podéis conocer todas estas cosas de su vida, y de los años sucesivos a su permanencia aquí, si afirmáis que sabéis poco más que el nombre?

—Los sabios y los ascetas con los que vivió le enseñaron cómo permanecer en comunicación con ellos mientras se encontraba de viaje por el mundo. En realidad, ellos habían adquirido, y a él le transmitieron, aquellos poderes latentes en todo hombre y que solo unos pocos consiguen controlar y dominar: la clarividencia, la telepatía, la bilocación. No sé si todo esto es verdad. Cierto es que las noticias relativas a Gautama llegaron en cantidad a nuestro monasterio...

El chino mostró al hombre de religión la flor de loto de ocho pétalos.

—¿Qué sabéis de esto?

El viejo miró a Huang como si quisiera alcanzar con su mirada el fondo de su corazón.

Después se levantó fatigosamente y se arrodilló ante una estatua de madera de Buda, lacada en colores vivos. A sus pies ardían diversas lamparillas. El monje encendió dos nuevas, una por sí mismo y otra por el forastero. Cerró los ojos y puso las manos sobre las rodillas. Solo después de haber cumplido este pequeño rito volvió a mirar al extranjero.

—¿Crees de verdad —le preguntó— que yo te puedo revelar algo más de cuanto ya sabes?

El enviado de Pekín se retrajo, sorprendido por aquel desafío.

—¿Qué queréis decir?

—En tu voz, en tus gestos y en tu mirada se lee una gran ansia de saber. Comprendo que estás en el umbral de un oscuro misterio. Pero hoy, quizá, nadie en el mundo pueda responder a tu pregunta.

Huang miró a su alrededor.

—¿Qué buscaba, pues, en un lugar como este Apolonio?

—También él buscaba una confirmación. La confirmación de una esperanza: que toda religión tiene en sí una parte de la verdad y que ninguna puede tenerse como su única propietaria. Y cuando partió sabía ya que el culto sin ídolos y símbolos es el más elevado de todos.

Después añadió:

—Ahora ve. Te he dicho lo que sabía...

El monje acompañó a Huang hasta arriba de la larga escalinata que conduciría al visitante a los pies del templo.

Luego intercambió con sinceridad el saludo.

Sin embargo, aunque su rostro pareciese sonriente, su corazón estaba lleno de angustia.

De vuelta a la gran galería en la que había recibido al chino, hizo una seña a un novicio. Después se sentó y esperó. Unos instantes después, se abrió una cortina y apareció un segundo huésped.

El recién llegado se situó ante el monje.

—¿Ha descubierto mucho?

—No. Las huellas de Apolonio son ya lábiles, y se confunden con las de otros miles de hombres que han recorrido estas tierras...

—Sin embargo, tú no estás contento...

El viejo budista suspiró.

—Este hombre es tenaz. Una gran sed de venganza lo anima, y estoy seguro de que acabará por descubrir lo que le interesa.

El indio reflexionó un momento.

—¿Crees que deberíamos hacer algo para detenerlo?

El monje rechazó con fuerza aquella hipótesis.

—¡Absolutamente no! No podemos oponernos al curso de los acontecimientos. El Mal y el Bien deben hacer su camino y llegar a enfrentarse...

—¿Y cómo nos comportaremos cuando llegue el momento?

El tibetano sonrió.

—Como nos dicte el corazón. Actuaremos a escondidas, según las enseñanzas de Lázaro. Y después, sabes bien que la parte más dura nos espera a nosotros...

—Es cierto...

Esta vez fue el budista quien preguntó.

—¿Crees que tu discípulo fallará?

—¿Quién puede preverlo? —respondió el huésped. Y, levantándose, añadió—: Como has dicho tú, cuando el Mal y el Bien hayan hecho su recorrido, sabremos...

—¿Vuelves a la aldea?

—Sí, una ausencia de un mes es mucho más de lo que puedo permitirme...

El monje dirigió al huésped una señal con la cabeza y unió las manos como muestra de saludo ante su rostro.

No lo acompañó al exterior.

No era necesario.

Y el *pandit*, con el corazón transido por mil preocupaciones, se encaminó a pie hacia la llanura.

— ¡Auxilio! ¡Auxilio!

El campesino, confusa silueta oscura a la escasa luz del crepúsculo, manoteaba desesperadamente en el agua invocando socorro.

Pero a aquella hora no quedaba ya nadie a orillas del río.

En la estación de los monzones, una vez abandonado el trabajo de los campos, hombres y mujeres pasaban el tiempo preparando aperos, cuidando los animales, y reparando, en caso necesario, las cabañas. Se dedicaban, en suma, a todas las ocupaciones para las que no había lugar en el período de la siembra y la recolección.

Y Tommaso, que vivía con ellos pero no era uno de ellos, se acercaba cada noche a la orilla del río, poco antes de la hora en la que consumiría junto al *pandit* una cena frugal. Reflexionaba en aquel tiempo en los acontecimientos de los últimos meses. Y fantaseaba sobre las aventuras y peligros que probablemente estaba corriendo en aquel momento Huang.

Así había ocurrido también aquel día.

—Auxilio... Auxilio...

La voz del hombre se hacía cada vez más débil.

No podía perder tiempo.

Se levantó la túnica que llevaba mañana y tarde, y se metió en el agua oscura. Las lluvias habían engrosado el río y la corriente no daba tregua: cuando llegó hasta el campesino, estaba ya agotado.

El hindú, aterrorizado porque no sabía nadar, se debatía y agitaba desordenadamente los brazos, tragaba agua y escupía. No fue fácil agarrarlo y, cuando consiguió pasarle un brazo alrededor de la espalda, se aferró a él con todas las fuerzas que le quedaban.

Tommaso se sumergió y tragó agua.

El hombre, al aferrarse a él, le transmitió todo su pánico y su miedo.

El veneciano comenzó a manotear y gritó furioso:

— ¡Estate quieto! ¡Déjate llevar y saldremos!

Pero el otro no le hizo caso y continuó agitándose. Aunque obstaculizado en sus movimientos, Grozio se movió con las piernas y el brazo libre hacia la orilla desde la que había saltado.

La vio acercarse lentamente, pero fue una ilusión, y se sorprendió al pensar que lanzándose no había pensado ni por un momento que hubiese podido no lograrlo.

La corriente era demasiado fuerte, y el peso del hombre, ya desvanecido, demasiado grande.

Antes de perder, a su vez, el sentido, Tommaso tuvo tiempo de dedicar un pensamiento a Giordano Bruno. Sumergido en el agua y con la vista nublada, le

volvieron a la mente las llamas de la hoguera del Campo de' Fiori.

El maestro había muerto en el fuego, él se ahogaría.

Comprendió hasta qué punto la vida podía ser incongruente, y se desmayó.

Vuelto al mundo, abrió los ojos y vio sobre sí el cielo. La luna, semiescondida por las nubes, aclaraba la tierra junto a él. Trató de levantar la cabeza, pero no lo consiguió.

Una ligera lluvia le bañaba el rostro: sediento, pasó la lengua por los labios para atrapar alguna gota.

Sintió voces cerca y comprendió que se encontraba aún a la orilla del río.

No estaba muerto.

Un fuerte sentido de gratitud le invadió el corazón.

—Había mandado a Amartya a buscarte. Llegó justo cuando te lanzabas al agua. Corrió a buscar ayuda y, por fortuna, cuando te han sacado aún estabas vivo. Estos son los hombres que te han salvado...

El *pandit*, inclinado sobre él, señaló el grupo de campesinos que habían encendido una hoguera a pocos pasos de ellos.

Tommaso se incorporó para sentarse.

La cabeza le daba vueltas y sentía grandes deseos de vomitar. Debía de haber tragado mucha agua turbia del río. Después observó en el suelo la silueta del hombre al que había tratado de llevar a la orilla.

—¿Todavía no se ha despertado? —preguntó.

—Está muerto —respondió el *pandit*—. No consiguió sobrevivir...

El veneciano se agarró la cabeza entre las manos y lloró.

—No debes llorar. Has hecho todo lo que has podido. Ese hombre estaba borracho: lo han dicho sus hijos, que están en la otra orilla y lo han visto alejarse de la casa. Debe de haberse metido en el río sin darse cuenta. Evidentemente, había llegado su hora...

El italiano se enjugó las lágrimas, mientras el *pandit* le ponía una mano en el hombro.

—Has superado la cuarta prueba, Tommaso. Has descubierto el secreto del cuarto *chakra*.

Grozio elevó la vista, interrogante.

—El cuarto *chakra* se encuentra en el centro del pecho, y por eso lo llamamos también el *chakra* del corazón. Es muy importante...

El maestro indio escrutó la superficie negra de las aguas, y prosiguió.

—En el cuarto *chakra* reside nuestro espíritu, nuestro verdadero Yo, que es eternamente puro e inalterable, como un diamante escondido dentro de nosotros, testigo de todas nuestras acciones. Toma vida cuando nuestra atención se torna consciente y se liga finalmente al Espíritu. Cuando dejamos de identificarnos con nosotros mismos o de dejarnos dominar por condicionamientos. Y comenzamos a

movernos en el Espíritu, que es nuestra verdadera naturaleza.

Tommaso reflexionó.

Como de costumbre, el significado de las palabras del anciano no era inmediatamente comprensible. Pero hizo un esfuerzo, y tuvo una intuición.

—Cuando aquel hombre se me aferró, quedé casi ahogado. Me sentía que me estrujaba en el desesperado intento de conservar la vida. Y en aquel momento deseé salvársela a cualquier precio.

El *pandit* asintió.

—No me sorprende. El *chakra* del corazón favorece las manifestaciones de la piedad y del amor. Nos regala el sentido de responsabilidad y un comportamiento puro hacia los otros. Cuando está completamente iluminado por la *kundalini*, todas nuestras preocupaciones, dudas y temores son destruidos. Nos abandonamos a una confianza y una seguridad completas, y por eso podemos acudir en socorro de los otros.

—Pero no he conseguido mantenerlo con vida...

—No importa. No podías salvarlo y quizá no fuera justo. Pero lo que cuenta es otra cosa...

—¿Qué cosa?

—Has experimentado el abrazo de este hombre, has probado lo que él probaba como si lo probases tú mismo. Has sentido un amor pleno y has deseado salvarlo, a cualquier precio. Eso es lo que cuenta. La *kundalini* ha fluido irrefrenable en tu cuerpo, y te ha movido a lanzarte a las olas...

Tommaso inclinó la cabeza y volvió a llorar.

No lo conmovían su altruismo ni su coraje. No era tan presuntuoso. Lo emocionaba el flujo del amor de hombre a hombre, de criatura a criatura.

Comprendió de repente que había sido, por un breve instante, instrumento del Bien universal.

Y rezó para que ocurriese de nuevo.

Tommaso terminó de dar los últimos retoques a la tablilla de madera, añadiendo una nota clara sobre el fondo, que significaba esperanza.

El cuadrito no medía más de cinco palmos por tres y había tenido que poner toda su atención y su pericia en la realización de la obra. Hacía mucho tiempo que no pintaba y se había dado cuenta rápidamente de que ya no tenía la mano firme y el ojo para los detalles que lo habían caracterizado en los años de Benarés. Además, no estaba acostumbrado a trabajar con prisas. Pero precisamente por eso se sentía ahora más satisfecho: las dificultades no lo habían detenido y había cumplido su tarea.

Cuando el *pandit*, el día anterior, le había referido la petición de la mujer, no había ocultado su estupor.

—Nunca había oído que cultivasen unos usos semejantes.

—He sido yo quien les ha hablado de tu arte a los habitantes de la aldea. Y el deseo de esta mujer nace del corazón. Te ruego que aceptes...

—De inmediato me pongo a trabajar. —Había consentido el veneciano, deseoso de ser útil a la comunidad que lo acogía, y ahora se encaminaba con el maestro hacia el centro de la aldea.

La mujer lo miró agradecida, y tomó de sus manos la tablilla sin decir una palabra.

Después examinó largo rato el rostro del marido, que Grozio había retratado de memoria. Sus ojos se humedecieron y besó repetidamente, entre las lágrimas, la efigie del hombre con el que había compartido una vida entera.

Al fin, rodeada por los hijos y por toda la aldea, lanzó la tablilla a las llamas, que ya ardían altas.

En pocos minutos, el fruto de la laboriosidad de Tommaso quedó reducido a cenizas junto al cuerpo del indio, y él se sorprendió una vez más de la entereza de aquella gente ante la muerte. Sin gritos, sin lamentos, sin imprecaciones contra dios, sino la aceptación de un destino ya escrito.

La rueda de la vida había completado otro giro y las aguas del inmenso país serían, una vez más, alimentadas por los despojos de uno de sus innumerables hijos.

Antes de que el sol comenzase la parábola descendente, las cenizas del difunto quedaron esparcidas por el gran río que recorría el país.

En el camino de vuelta, el *pandit* se percató de que el discípulo sollozaba.

—¿Por qué lloras, Tommaso?

El italiano ocultó el rostro al maestro, tapándolo. Pero, como el otro insistía, recordó:

—Hace exactamente dos años, en este mismo día, quemábamos el cuerpo de Nicola.

—¿Y qué llena tu corazón de tristeza?

—Saber que no hice todo lo que estaba en mi mano para salvarlo.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿No me has dicho que le habías prodigado todos los cuidados?

El veneciano no respondió.

No era eso lo que le dolía.

En realidad, se sentía responsable porque el amigo más joven lo había seguido en la fuga de Roma confiando en él, en su sabiduría y en su experiencia. Y no había sobrevivido a la diáspora.

—Lo conduje a través del desierto del exilio, maestro. Y no fui capaz de guiarlo a la luz. Yo he visto el fin del desierto, él no. Su muerte pesará siempre sobre mi conciencia...

—¿Y entonces —insistió el *pandit*—, por quién derramas tus amargas lágrimas? ¿Por él o por ti mismo?

—¿Qué quieres decir? —replicó indignado el veneciano.

Había notado insinuarse la nota de duda en la voz del viejo, y se alejó de él irritado, sin esperar respuesta.

Desde aquel momento, no intercambiaron más palabras hasta la noche. Cuando Grozio se presentó ante el *pandit* para pedirle ayuda.

—Me has pedido que te explique el sentido de tus lágrimas, Tommaso, y me alegro de que te haya invadido una sospecha fundamental... En virtud de eso has superado la prueba. Has descubierto el secreto del quinto *chakra*.

Y, ante la mirada interrogativa del discípulo, el *pandit* se dispuso a explicar.

—El quinto *chakra* se encuentra en la base de la garganta, y es el *chakra* de la diplomacia, de las relaciones puras con los otros y de la gozosa separación. Cuando la energía vital de la *kundalini* lo abre, elimina todos nuestros sentidos de culpa y remordimientos y nos da una voz gentil y compasiva. Las tendencias a dominar a los demás o a sentirse dominados por los otros, la sensación de superioridad o de inferioridad y todos los celos se eliminan cuando este *chakra* es alimentado por la *kundalini*.

Tommaso observaba al *pandit* perplejo.

—No comprendo. Es cierto que me siento culpable por la muerte de Nicola. Lo he admitido yo mismo. ¿Pero qué tiene que ver esto con el quinto *chakra*?

El maestro lo miró como se mira al niño que finge no haber comprendido.

—Creo que me has entendido demasiado bien... El sentido de culpa no nace de una efectiva responsabilidad tuya. Muchas veces has sostenido que hiciste todo cuanto pudiste para que el destino sonriese a tu amigo. Y estoy convencido de que es

cierto. Tu sentido de culpa viene de otra cosa muy distinta...

—¿De qué?

—Tú te sentías superior a él. Más experto, más agudo, más inteligente, más dúctil. No te mortificas en el dolor por su muerte, sino por tu incapacidad. Te sorprende y te amarga —concluyó mientras Tommaso se sonrojaba— no haberte mostrado a la altura de las expectativas. Tus expectativas sobre ti mismo, no las tuyas...

—Maestro...

—¡Silencio!

El tono del *pandit* se había hecho cortante.

—La muerte de Nicola Pisani no daña tus afectos, sino tu orgullo. Por eso aún, al cabo de tanto tiempo, sufres hasta las lágrimas: el amor propio ofendido no ha dejado aún de herir tu corazón. Pero hoy, ante el dolor puro de aquella mujer y a mis preguntas, la duda se ha insinuado finalmente en tu ánimo. Y ahora sabes...

—¿Qué sé?

—Donde acaba el dolor del orgullo herido y comienza el dolor por el inocente ofendido y traicionado que vive en nosotros. Solo si experimentas esa conciencia, el quinto *chakra* te permite percibir la unión y el hecho de que todos somos parte integrante del universo...

Grozio sabía que el *pandit* tenía razón y no opuso resistencia. Aunque le costara admitirlo hasta en el secreto de sus pensamientos, siempre se había considerado el mentor del compañero más joven. Pero los acontecimientos, desgraciadamente para Nicola, no habían justificado esta su pretensión.

Preguntó sumisamente:

—¿De qué modo me daré cuenta en el futuro de que el quinto *chakra* está operando en mí?

—Del mismo modo en que ha operado hoy. Sabrás que la energía vital de la *kundalini* atraviesa el quinto *chakra* cuando sigas libremente la intuición y el conocimiento del otro se convierta para ti en un flujo libre. Ya no te servirán mis preguntas para provocar el paso y tus objetivos se realizarán entonces con gran facilidad. Te parecerá que el prójimo, el vecino y el lejano, proveerá a tus necesidades sin ningún esfuerzo por tu parte. Y no tendrás necesidad de imponerte por la fuerza o con la astucia...

—Será un auténtico estado de gracia.

—En realidad, el quinto *chakra* es conocido también como el *chakra* de la abundancia. Pero recuerda: solo dejando fluir la intuición, solo abandonando el vano orgullo de la superioridad, podrás recibir la riqueza del universo y de los hombres que lo habitan...

Comenzaron a comer y de nuevo cayó entre ellos el silencio.

Nada más se dijo hasta la mañana siguiente.

—Poseo cinco... y no me atrevo a encontrar otros. Hace meses que indago. Ahora también parece que los espías del sanedrín se han cansado de darme caza... — Lázaro mostraba a la anciana señora sus cinco triángulos de oro—. Míralos. ¿Te recuerdan algo?

Ella tomó uno de ellos con la mano temblorosa y comenzó a mirarlo intensamente.

Estaba de nuevo en Cafarnaúm, no lejos del lago de Galilea, después de haber encontrado e interrogado a hombres y mujeres de muchas ciudades y aldeas de aquella región de Judea, siempre en busca de personas curadas por Jesús.

Había conocido ya tantas historias que podría escribir un libro. Pero, entre quienes habían quedado sanos por obra del profeta de Galilea, algunos habían hecho que se perdieran sus huellas y estaban escondidos; otros negaban haber estado enfermos; y los que, en cambio, tenían el coraje de admitirlo, no eran los primeros curados de una determinada enfermedad.

Aquel con la suegra de Simón, el jefe de los discípulos al que Jesús había llamado Pedro, era su primer contacto con el grupo de quienes habían formado parte de su séquito, después de casi un año de la muerte del crucificado.

Ahora la mujer parecía vencida por la emoción. La pequeña joya le recordaba sin duda algo.

Lázaro se sentó y esperó a que la anciana se decidiese a responder. Con delicadeza, le cogió el triángulo de la mano y lo dejó a la vista, delante de ella:

—Has visto otro, antes de ahora, ¿no es así?

La mujer asintió y dijo:

—Sí.

—¿A quién se lo dio? ¿Quién era el enfermo al que curó Jesús para entregárselo después?

Una sonrisa suavizó las arrugas de aquel rostro marcado por años de trabajo:

—Era yo.

Lázaro se sorprendió.

—¿Tú? No imaginaba...

La mujer extendió la mano y acarició el rostro del resucitado.

—Yo soy una de las personas que buscas, aunque nunca habría pensado que mi historia tuviese importancia alguna.

Lázaro se miró reflejado en aquellos ojos oscuros:

—¿Y de qué te curó?

—De una fiebre insistente que me asaltaba a menudo, de repente, y me dejaba sin fuerzas días y días. Cada vez iba a peor. El día en que Jesús vino a nuestra casa por

primera vez, lo seguía gente que discutía y se agitaba por las palabras que había pronunciado hacía poco en la sinagoga. Entraron por aquella puerta cinco: él, Pedro, Andrés y dos pescadores como ellos: Santiago y Juan...

—Sus primeros discípulos.

—Entonces aún no habían decidido si lo seguirían como discípulos. Se lo habían encontrado de camino, se puede decir, y no sabían si considerarlo un loco o un santo. Aquel día, por ejemplo, él había insistido en venir aquí...

—Y tú estabas mal...

—Nada más entrar, Pedro pidió a la gente que se alejase o, al menos, que se calmase. Cerró la puerta y le dijo a Jesús que yo sufría y que no sabía cómo podría prepararles algo de comer...

—¿Y él?

—Él se acercó. Me sonrió, me tomó esta mano y me ayudó a levantarme. Recuerdo que me dolían todos los huesos, sudaba y tenía una gran sed. Quería pedirle que me dejara en paz, pero, apenas estuve en pie, me sentí mejor inmediatamente...

—¿Y después?

La mujer se echó a reír:

—Y después nada. Estaba bien y preparé la cena.

También Lázaro sonrió. La mujer lo miró con ternura y se levantó.

—Ahora te prepararé algo a ti también. Mírate: ¡pareces salido del sepulcro en este mismo momento!

El resucitado aceptó aquella espontánea hospitalidad. Mientras ella preparaba la comida, él incluso se quedó frito, tendido en la sencilla arca que ocupaba un lado de la pequeña estancia. Ella lo dejó descansar, prolongó sus preparativos y lo despertó cuando ya la noche envolvía la ciudad, para compartir con él una comida caliente después de meses de comidas improvisadas.

Comieron. Lázaro se sentía bien y contó a la anciana sus aventuras de aquellos últimos tiempos. Después volvió a su misión:

—¿Jesús, al curarte, pronunció quizá una palabra en lengua extranjera?

—Sí.

—¿La recuerdas?

—Dijo: *Kamaduh*. No sé qué significa, pero repito esa palabra cada mañana y cada noche y pienso que es eso lo que me hace estar bien.

—¿Y el triángulo?

—También me lo dio.

—¿Lo tienes aquí contigo?

—No, lo tiene Pedro. Lo tenía ya antes, como amuleto. Yo se lo dejé usar, porque iban sin pausa de aquí para allá y tenían muchos enemigos. Temía por él y creía que aquel objeto lo protegería. También aquí, a Cafarnaúm, llegaban voces sobre sus trabajos y sobre la fama creciente de Jesús. Después supimos que había sido condenado y muerto...

—Y, desde entonces, Pedro no ha vuelto. ¿Es así?

La mujer asintió con tristeza.

—Está escondido. Otros discípulos han vuelto a hacer lo que hacían antes. También él pesca aún, creo, pero se ha puesto al servicio de alguien de la costa oriental del lago, donde los enemigos de Jesús tienen menos poder y él puede escapar rápidamente a Híppus, o hacia Gándara... o incluso a Damasco.

—Estás sola, entonces...

—Estoy sola desde hace muchos años. Ahora, que Jesús está muerto, todos reniegan de él y también yo he sido interrogada y vigilada durante mucho tiempo. Soy vieja, aunque esté bien. ¿Pero para qué me sirve, ahora, mi salud?

En Híppus, la mayor parte de la población era de lengua y cultura paganas. Bajo un pórtico que daba a una plaza del mercado, Lázaro vio a un maestro que impartía lecciones de geometría a sus jóvenes alumnos. Hablaba en griego.

La escena llamó la atención del resucitado más que los templos y los altares de la ciudad en los que se quemaba incienso a los dioses. Mientras aquel hombre, con aire de importancia y con la severidad necesaria para mantener la disciplina, explicaba su materia, iba trazando sobre una pizarra figuras geométricas que los niños copiaban en sus tablillas.

Una de ellas era un triángulo.

Lázaro se acercó, fijando la mirada en aquel dibujo como si asistiese a una revelación.

El maestro se interrumpió y miró al extranjero con aire interrogativo. También los alumnos se volvieron hacia él. Uno de ellos empezó a reírse disimuladamente.

—¿Qué quieres? —preguntó el enseñante en griego.

Lázaro no entendió.

El otro, resoplando, decidió hablarle en arameo:

—¿Te interesa la geometría?

El resucitado asintió:

—Maestro, ¿me darías una lección solo a mí?

—¿Una sola? Es imposible que aprendas algo en una sola lección...

—Tengo que mostrarte algo. ¡Te pagaré!

—Eso es obvio —comentó el griego con cierta arrogancia. Después, examinó atentamente a su interlocutor y, por su aspecto, pensó que se trataba de un pobre campesino sin tierra.

—¿De verdad puedes pagar? —preguntó, descarado.

Lázaro mostró medio denario.

—Bien —concluyó el enseñante—, ven aquí esta tarde, dos horas antes del crepúsculo, ¿de acuerdo?

Lázaro se presentó puntual. El maestro lo hizo entrar en una pequeña estancia. Dejó limpia de cosas la mesita que ocupaba el centro e hizo acomodar a su huésped.

—Así, pues, ¿qué queréis saber?

El amigo de Jesús sacó de su mochila los cinco triángulos iguales y los dispuso sobre la mesa.

El hombre sintió curiosidad.

—Veo que sois rico —comentó.

—No es el oro lo que me interesa, sino como símbolo de la luz. Me interesan las figuras... o «la figura» —dijo Lázaro.

El griego superpuso las joyas.

—Cinco triángulos iguales —constató—. Equiláteros, diría...

—Imagina que sean seis —lo interrumpió el visitante.

El maestro miró al extranjero con mayor atención. Después aceptó con un gesto de la cabeza aquella curiosa indicación:

—Seis triángulos. Tienen en total treinta y seis lados iguales y dieciocho ángulos iguales. De sesenta grados, si sabes qué significa...

Después, el griego se levantó y sacó su pizarra de un pequeño baúl. Dibujó con mano firme un triángulo equilátero y empezó a señalar los ángulos y el centro. Mientras tanto explicaba lo que le era notorio de aquella figura.

Lázaro escuchaba y reflexionaba. Después urgió al maestro:

—¿Pero... qué figura podrían componer las seis piezas juntas?

El otro tomó los cinco objetos y los dispuso en forma radial en torno a un centro común.

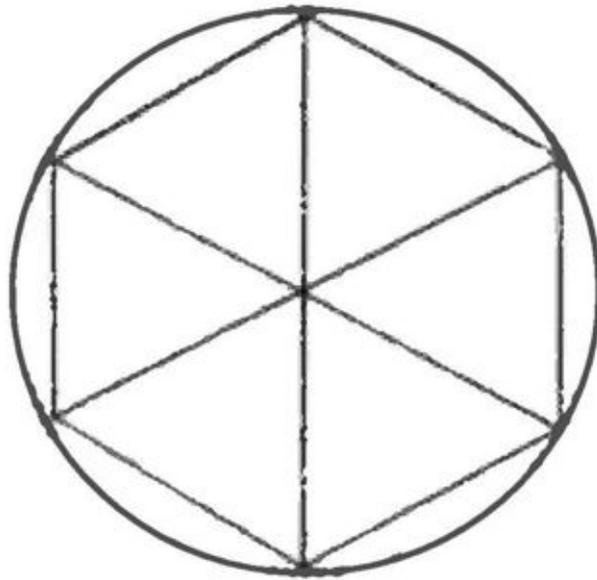
—Falta uno —concluyó—, pero, como ves, podría salir un hexágono con seis lados iguales y seis rayos iguales que parten del centro, cada uno de la longitud de un lado del triángulo...

Lázaro miraba aquella imagen fascinado:

—¿La suma de las seis figuras... genera una séptima... completa?

—Como ves —respondió el enseñante—. Y la primera propiedad que parece interesante en esta figura es que se inscribe exactamente en un círculo, que tiene el mismo centro del hexágono y, como radio, el lado de cada uno de los triángulos.

El hombre dibujó la figura, con el círculo, alrededor, encerrándola.



—El círculo —dijo Lázaro— sería... una octava figura...

El griego frunció el ceño:

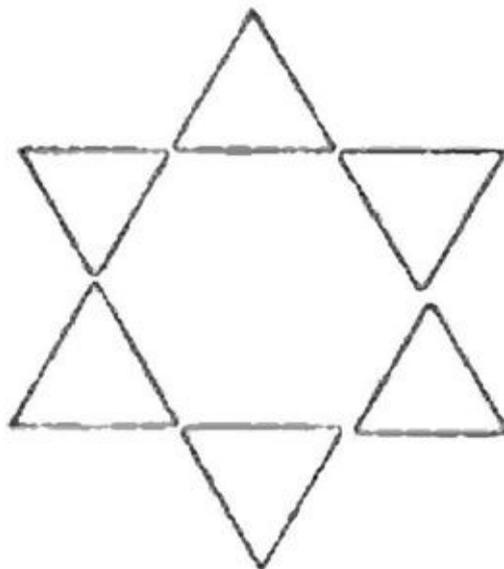
—¿En qué piensas?

—En los números: seis elementos unidos que se completan en una séptima realidad evocan un número sagrado, para nosotros, los hebreos: el mundo fue creado por el Altísimo en siete días y el séptimo, el sábado, es para nosotros día sagrado. Por esto celebramos nuestra fe encendiendo un candelabro con siete luces...

—Siete luces —añadió el maestro— como los siete planetas...

—Sí —comentó Lázaro—, pero aquí los siete elementos son desiguales: seis luces, si queremos e... e...

—Es un universo cerrado, que las recoge. Pero ahora atención... —El sabio cogió cada uno de los triángulos por el vértice orientado al centro del hexágono y lo hizo rotar hacia el exterior. Cuando hubo terminado mostró al huésped el resultado.



El resucitado dio un salto, impresionado:

—Es...

El griego sonrió:

—Una estrella de seis puntas, si añadimos el triángulo que falta: seis rayos de luz que parten de un núcleo de fuego.

Lázaro se puso a caminar por la estancia:

—Entonces, la séptima figura es la fuente de la energía luminosa que irradia al exterior...

Estaba excitado.

—Esto os turba —observó el matemático, dirigiéndose a Lázaro con mayor respeto—. ¿Puedo preguntaros por qué?

El viajero que había interrumpido aquella mañana su lección lo miró como si no lo viese.

—El séptimo —dijo— soy yo.

La noche siguiente se encontraron de nuevo. Después de su primer encuentro, el griego se había vuelto cordial y lo había invitado a cenar con él.

—Este género de misterios me fascina mucho —había concluido—. Y además yo soy seguidor de los pitagóricos, los antiguos sabios que enseñan que en el número y en las figuras, que del número toman forma, se contiene todo el universo y todos sus secretos...

Durante la comida, después de que Lázaro le hubiese contado el acontecimiento del encuentro de aquellos cinco fragmentos, la curiosidad del matemático aumentó enormemente. Nunca había oído hablar de Jesús, dijo, pero sabía que Galilea y Judea eran tierras de profetas, de enviados de Dios, de sanadores.

—Y vuestro templo, en Jerusalén —continuaba— está considerado uno de los más santos del mundo...

—Puede que sí —le respondió Lázaro—, pero el profeta que distribuyó estos signos no consideraba aquel edificio como el centro de su fe...

—¿Y cuál era, entonces, el lugar que él consideraba sagrado? —preguntó el griego.

Lázaro reflexionó largo rato, antes de responder:

—El centro de todo el cosmos era él. Porque donde estaba su persona la potencia de Dios se manifestaba para la salud de los hombres.

Conversaron aún largo tiempo. El único argumento que dejó perplejo al enseñante fue el relato de la resurrección del mismo Lázaro. Esta vez, después de haber escuchado a su huésped, se quedó confuso:

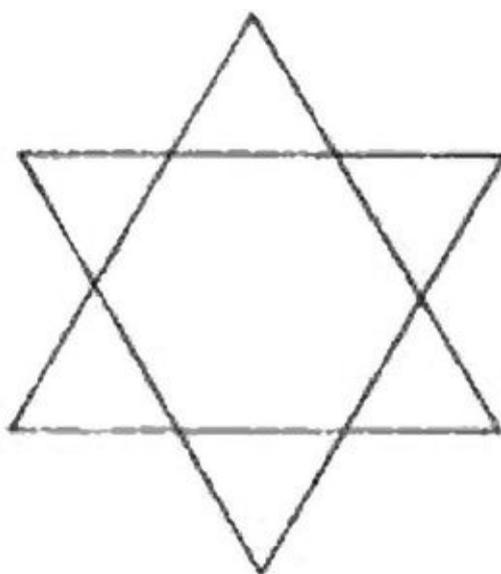
—¿Me habláis de una resurrección de la muerte... de un cuerpo ya sepultado? ¿No es mejor entender una resurrección del alma? Vos fuisteis despertado, no lo niego, pero, digamos, de las tinieblas del error...

Lázaro sacudió la cabeza:

—Amigo, sois libre de no creerme, yo estaba muerto y todos me lloraban desde hacía días: mis hermanas, mis amigos y conocidos, todos los que me habían visto, enfermo, empeorar día tras día y, al final, ceder a la muerte. Después vino Jesús, me llamó fuera, yo oí su voz y salí a la luz: vivo como me veis aquí, comiendo con vos.

El griego calló y continuó mirando a los ojos a aquel hombre extraño que le llevaba el eco de inquietantes conocimientos. Después, sin añadir palabra sobre aquellos argumentos, vació la mesa y extendió sobre ella un rollo de pergamino sobre el que había dibujado la estrella que habían compuesto la primera noche. En el dibujo, sin embargo, había ahora dos novedades. Lázaro las vio y pidió aclaraciones.

—Bien, observad —comenzó a exponer el matemático—. La estrella que trazamos ayer se puede obtener cruzando dos triángulos equiláteros: uno con el vértice hacia arriba; el otro, en cambio, vuelto hacia abajo...



—¡Dos triángulos entrelazados! —Lázaro pensó en el símbolo femenino y en el masculino del profeta de Sidón y recordó el episodio a su enseñante.

El otro confirmó:

—Lo he hecho pensando precisamente en aquella simbología, la única, que yo conozca, que hace uso del triángulo para comunicar un principio doble del universo e indica así, en su fusión en una sola figura, la energía que todo lo genera y todo lo conserva en la vida. Ahora observa también: nuestra estrella tiene seis puntas y doce lados iguales, pero está basada en un doble triángulo. Tenemos, pues, una secuencia ordenada que contiene el tres, subrayado dos veces, el seis... y el doce. ¿En qué os hacen pensar estos números?

El resucitado no vaciló:

—El tres es número sagrado para nosotros, y repetido dos veces es como decir... el sagrado por excelencia. El seis, en cambio, indica una incompletitud, que debe ser colmada por un principio superior. Es casi un número infausto... Pero el doce... no sabría.

El griego continuó:

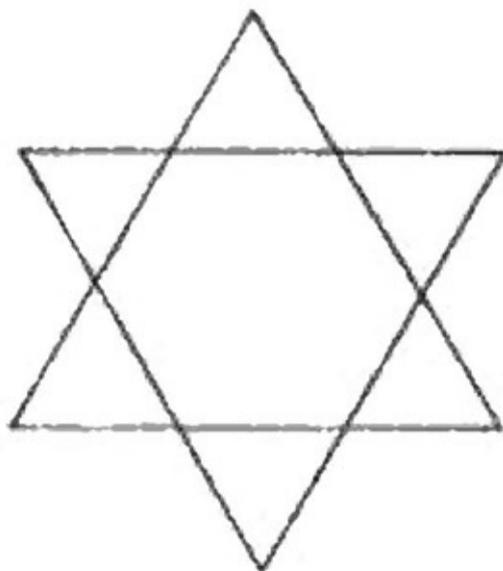
—El doce es símbolo de perfección, desde siempre. ¿En qué os hacen pensar las doce horas del día, las doce horas de la noche, los doce meses del año, las doce constelaciones...?

Lázaro escuchaba extasiado. El matemático continuó. El efecto de sus palabras sobre el judío lo divertía:

—Y no es todo. ¿Veis estos números que he asociado a cada vértice de la estrella?

—Sí, el cinco, después el dos, después el cinco, después el dos... ¿Qué significa?

—Significa que, en la serie de los números que no admiten divisores, el tres, que está en la base de nuestra figura y es él mismo uno de estos números, va precedido del dos y seguido del cinco. Tenemos así la secuencia: dos, tres, cinco, formada por tres números primos que tienen como centro el tres. Ahora observad que la suma de los números de dos vértices consecutivos es siempre siete, con independencia del vértice que se escoja para comenzar la cuenta. El siete, número sagrado, es por eso un invariante en la secuencia basada en el perímetro de la estrella...



—De nuevo el siete... —interrumpió Lázaro, reflexionando para sí.

—No he terminado —continuó el griego—. La suma de todos los doses y cincos de la estrella, más el número tres, sobre el que todo se basa, es veinticuatro, es decir dos veces doce, que es como decir la perfección de las perfecciones: un número cósmico, ¿comprendéis?

Lázaro se levantó, sin dejar de mirar el dibujo y los números.

El maestro de Hippus comentó satisfecho la compleja arquitectura de referencias cruzadas:

—Tres y de nuevo tres, doce y de nuevo doce...

—Es un seis que se completa en un siete, fuente de toda luz. —Lázaro estaba de nuevo emocionado—. No sé cómo recompensaros —dijo, metiendo la mano en su bolsa.

—Dejadlo —dijo el griego sonriéndole—. Me basta con que me tengáis al corriente de vuestras investigaciones. —Después se levantó y se puso delante de su huésped. Le puso una mano en el hombro y añadió—: Esto no es solo geometría. Es cierto: no me atrevo a creer en vuestra afirmación de que habéis sido resucitado. Además, el cuerpo es una cárcel odiosa: ¿para qué serviría recuperarlo después de haberlo dejado? Pero toda la secuencia de curaciones de la que me habéis hablado me hace pensar en un consuelo profundo, en una manifestación de poder divino que la imagen a la que vuestro Jesús se asocia parece confirmar. Tenéis que contarme vuestros próximos descubrimientos. ¿Lo prometéis?

Lázaro le preguntó:

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Apolonio, de Tiana, en Capadocia. Nunca habréis oído hablar de mí. Pero no soy un simple maestro de provincias...

—¿No? ¿Y quién sois, entonces?

—Soy un hombre que busca la verdad. He abandonado escuelas mucho más prestigiosas para buscarla con sacrificio de mí mismo.

El resucitado sonrió ante aquella declaración de tal límpido orgullo. Se acercó al griego, lo miró a los ojos y le dijo:

—Amigo. Por ahora no puedo revelarte todos los aspectos de este secreto. Pero juro que, si encuentro mi camino, iré algún día a contártelo.

Aquella noche durmió en casa del enseñante. La mañana siguiente continuó recorriendo la costa oriental del lago.

En los días sucesivos, Lázaro creyó reconocer a Pedro en el más robusto de un pequeño grupo de hombres que descargaban de una barca el pescado de la noche. Pero se equivocaba.

Después vio a uno que trataba con modales bruscos el precio de sus mercancías con algunos compradores. Pero cuando se acercó para mirarlo mejor, el otro casi le gritó:

—¿Tienes dinero que gastar? ¡Si no, ya te estás dando la vuelta, que aquí no se hace caridad!

Una mañana, al fin, fijó su atención en un marinero que mantenía la barca en posición a fuerza de brazos, con las piernas casi completamente metidas en el agua, mientras los otros descargaban sin anclar, para volver a partir de inmediato. Sobre la nave, que era un poco más grande que la media, el patrón estaba erguido e incitaba a los demás. El hombre con las piernas en el agua daba la espalda al resucitado, pero él lo llamó desde la orilla:

—¡Pedro!

Él se volvió lentamente y lo miró sin responder. Era él y Lázaro estaba seguro, había reconocido al amigo de Jesús que lo llamaba. Pero lo rechazó inmediatamente,

con decisión:

—¿Qué haces ahí mirando? ¡Aquí no hay ningún Pedro y no hay trabajo para ti!

Lázaro permaneció confuso un instante. Después levantó los brazos y se excusó:

—¡Te he confundido con otro! —dijo, de modo que todos pudieran oírlo. Después se volvió hacia el patrón—: ¿Seguro que no hay trabajo?

Este lo confirmó con un gesto brusco y se volvió a dar órdenes a sus pescadores.

Poco después, el resucitado se alejaba por la orilla. El discípulo, en cambio, salía al lago con los otros, tras un banco de peces avistado al comienzo de la batida nocturna.

Todo se había desarrollado en pocos segundos, pero la escena no había pasado desapercibida a un falso intermediario del mercado de Betsaida, que desde hacía meses controlaba a Pedro por encargo del sanedrín.

Dos horas después, como el espía había previsto, Lázaro estaba de nuevo en aquellos parajes y vigilaba las últimas operaciones del equipo al que el marinero había ocultado su propia identidad.

Después, cuando el trabajo hubo terminado, el enérgico pescador de Galilea se encaminó por la calle que llevaba al interior, llevando detrás, envueltos en un trozo de tela, los peces que constituían su paga por la noche de trabajo.

El espía, que tiraba de una carrito lleno de cestas, se puso a seguirlo. En la ciudad, en la confusión del mercado, vio que los dos se encontraban de nuevo y, esta vez, demostraban que se reconocían.

Apenas cerrada la puerta, se abrazaron.

Pedro reprendió benévolamente al amigo de Jesús:

—¿Cómo se te ocurre venir a llamarme por mi nombre en medio de todos?

Lázaro estaba arrepentido:

—Tienes razón, pero el tiempo pasa y la prudencia, ahora, parece excesiva. ¿Por cuánto tiempo seguirás escondido?

El discípulo sacudió la cabeza, desconsolado.

—Pensaba que durante poco tiempo —dijo—, pero la espera se hace larga y nuestras esperanzas se debilitan. Quizá tengas razón tú, quizá nuestros peores enemigos comiencen a bajar la guardia...

Lázaro miró al pescador a los ojos:

—¿A qué esperanzas te refieres?

El otro lo miró incrédulo:

—Sabes bien a qué me refiero. Jesús dijo muchas veces que resucitaría y tú mismo eres la prueba de que sabía de qué hablaba.

—Pero no está ocurriendo, ¿no?

—No. No por ahora, al menos...

Lázaro se sentó en el suelo en una de las viejas esteras que adornaban aquel

agujero. Pedro lo imitó y se puso delante de él, en silencio, con la espalda apoyada en la pared, las piernas replegadas y los brazos sobre las rodillas: parecía un muchacho cansado del juego en el que ha gastado todas sus energías.

El resucitado miró al hombre que, como el Nazareno había dicho, debía guiar a sus hermanos.

—¿Has trabajado toda la noche? —le preguntó solícito.

—Sí.

—¿Quieres que prepare algo de comer? ¿Quieres... dormir?

Pedro le dirigió una sonrisa amarga:

—Es otro el cansancio que me abate. No puedo seguir así. Deberé irme de aquí también. Embarcarme, quizá a Tiro, a Sidón. He vivido casi toda mi vida en el lago y he sobrevivido también a sus imprevistas tempestades. Debería poder hacerlo como marinero, ¿no?

Lázaro dejó que se desahogase su amigo desilusionado. Después atrajo su atención y, con un gesto solemne, sacó de la bolsa los cinco preciosos triángulos.

Pedro lo miró y exclamó:

—¡Por fin un signo! ¿Cómo los has conseguido?

El resucitado respondió escogiendo bien las palabras, que resonaron en la penumbra de la estancia como una solemne provocación:

—Los tengo porque Jesús quería que los encontrase. Uno tras otro. Y ahora sigo un hilo que atraviesa toda la existencia del Maestro. No sé aún adónde me llevará, pero he comprendido que no puedo detenerme... —Después se echó hacia delante. El jefe de los discípulos miraba aquellas figuras como hipnotizado. Lázaro atrajo sobre sí su atención—: También tú me ayudarás y así desarrollarás finalmente parte de la misión que se te encomendó.

—¿Y cómo? —preguntó el otro, emocionado.

—Entregándome dos cosas preciosas. En primer lugar, el triángulo que me falta, el que está ligado a la curación de las fiebres de tu suegra...

—Aquí está —dijo Pedro de inmediato, e indicó una esquina de su gastada túnica—. Está cosido en el interior. —Y, sin decir nada más, arrancó la costura y juntó su joya con las otras—. Ahora son seis —constató—. Un número feo: debe haber ciertamente un séptimo...

Lázaro sonrió:

—Veremos... Ahora, entrégame la otra cosa que necesito.

Ahora Pedro se animaba:

—Sí, hay también una palabra misteriosa...

—Ya la conozco: *Kamaduh*, ¿no es así?

—Sí...

El resucitado se apoyó en la pared y se relajó:

—Conozco también las otras cinco... —y contó su viaje, su búsqueda y sus descubrimientos, incluidos los más recientes y su encuentro con la suegra del

pescador—. Ahora te toca a ti —concluyó.

Pedro reflexionaba aún sobre lo que había oído. Miró a Lázaro como si no hubiese comprendido sus últimas palabras.

—¿A mí? ¿Y qué puedo hacer yo, que no conozco casi nada de toda esta historia?

Lázaro le urgió:

—Puedes decirme de nuevo, sin omitir el más mínimo detalle, todo lo que recuerdes del milagro que le devolvió la vida. Comienza cuando llegaste a saber que estaba enfermo...

Después de haber escuchado el relato de Pedro, Lázaro siguió discutiendo con él los misterios aún sin resolver de las horas decisivas de su vida. El testimonio del discípulo confirmaba que Jesús había retrasado deliberadamente la ida a Betania, después de haber sabido que su amigo estaba gravemente enfermo. Y no lo había hecho por miedo a ser detenido. Se había movido, en cambio, rápidamente después de saber que al enfermo ya se le habían agotado las últimas esperanzas de curación.

—Quería estar seguro de que yo hubiese muerto, sin la menor duda —concluyó Lázaro—. No debía curarme, debía resucitarme, ¡y delante de muchos testigos reunidos para llorar sobre mi tumba!

—Hay una cosa que no sabemos —dijo Pedro—. Si a todos los que fueron curados por primera vez de una determinada enfermedad, Jesús les confió una palabra y un símbolo... ¿por qué no hizo lo mismo contigo?

—Quizá porque yo era el único que no pude ver a mi salvador en acción —propuso Lázaro.

—¿Y tus hermanas? Ellas hablaron con Jesús, le reprocharon, incluso, que no fuese antes en tu ayuda...

Lázaro se mostró dubitativo:

—Si hubiesen recibido algo de él, Marta o María me lo hubiesen dicho...

Pedro pensaba: «Quizá... quizá no lo hayan hecho porque Jesús les impusiera que esperaran el momento oportuno».

En aquel momento, con un fuerte golpe, la puerta se abrió y cuatro hombres irrumpieron en la estancia. Pedro dio un salto; Lázaro se llevó la mano a la bolsa buscando el cuchillo.

Uno del grupo, apuntando con una espada al cuello de Pedro, intimó la rendición:

—¡Quietos! ¡Los dos! Hay otros hombres, aquí fuera...

Lázaro dejó de rebuscar e hizo ademán de alzarse. Pero uno de sus adversarios lo cogió por los hombros y lo obligó a permanecer sentado. También Pedro tuvo que sentarse ante él.

—¿Quién os manda? —preguntó el resucitado.

—No eres tú quién hace las preguntas. Por eso, responde: él es Simón, llamado Pedro, y esto lo sabíamos desde hace algún tiempo. ¿Tú, en cambio, eres Lázaro de

Betania?

Pedro lanzó una mirada al amigo. Lázaro reaccionó con rapidez:

—Te equivocas. Yo también soy uno de los discípulos de Jesús. Me llamo Tadeo y soy de Jerusalén...

El espía se agachó y miró a Lázaro a los ojos:

—Tadeo, ¿no?

—Sí conocíamos a este Lázaro del que hablas, pero huyó hace tiempo, hacia Oriente...

Pero las palabras del amigo de Jesús quedaron truncadas por un agudo lamento de Pedro. Con gesto decidido, el espía había propinado un profundo corte en el brazo del discípulo. La sangre empezó a caer rápidamente, Lázaro trató de reaccionar, pero fue inmovilizado por unas manos firmes.

—No me digas cosas que ya conozco... —prosiguió el jefe del grupo sin dejar de mirarlo.

—Lázaro huyó, sí. Pero podría haber regresado después de todo este tiempo... — y, dirigiéndose a sus hombres, ordenó—: ¡Llevalos fuera!

Pedro trató de protestar:

—¡No podéis arrestarnos! Estamos en territorio autónomo. ¡Apelamos a las autoridades de la Decápolis!

El espía sonrió con malicia:

—Bravo, Pedro, has dicho bien. Solo has equivocado los tiempos: de día estáis bajo la protección de las autoridades paganas... de noche, en cambio, la sombra del templo os alcanza. Por eso viajaremos como buenos amigos, sin dar que hablar. Y al alba estaremos ya en Judea, ¿contento? —Y, con un gesto, los hizo salir fuera.

En la semioscuridad, los dos vieron que estaban esperándolos un grupo de hombres y varios caballos. Por lo demás, la calle estaba desierta.

El espía susurró a Lázaro:

—Coraje, Tadeo. Tu viaje casi ha acabado y la última parte, como ves, no es a pie...

Dos caballos, en efecto, estaban preparados para él y para Pedro.

—¡Monta! —le urgió uno de los guardias.

Lázaro montó y, a su lado, también hicieron subir a Pedro a un animal libre. Pero apenas el discípulo estuvo sentado y hubo agarrado las riendas, Lázaro dio un puntapié a la panza del caballo del amigo, que se movió de lado, tirando al suelo al espía del sanedrín.

Rápidamente, Lázaro dio un puñetazo también al costado del caballero más próximo, que se dobló hacia delante gimiendo de dolor. El caballo del hombre golpeado se espantó y comenzó a girar sobre sí mismo y a relinchar con fuerza. El resucitado incitó con decisión al propio animal y gritó a Pedro:

—¡Sígueme!

También dos de los guardias, que ya estaban montados, se pusieron de inmediato

en movimiento tras ellos. Los demás perdieron tiempo, antes de lanzarse también en su persecución.

Lázaro tomó la dirección del lago. Pedro le gritó:

—¡Ve hacia el sur! ¡Hacia la torre de guardia!

El resucitado pensó que la idea era buena: alguno de los guardias de la torre se preguntaría quién estaba siguiendo con armas a dos hombres por las calles de la ciudad y daría la voz de alarma.

Pero cuando iban juntos por la orilla se dio cuenta de que tres de sus perseguidores los precedían por la vía costera, para cortarles el camino. El pánico se apoderó de él y se volvió hacia atrás. Pedro lo alcanzó inmediatamente, se detuvo y echó pie a tierra.

Tras ellos, a poca distancia, los dos perseguidores más próximos incitaban a sus animales.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lázaro—, ¡van armados!

Pedro tiró de él:

—¡Ven! —Y se dirigió a la carrera hacia la orilla.

Las primeras tripulaciones se aprestaban a salir a pescar. Los dos fugitivos llegaron a una barca y empezaron a empujarla hacia el lago.

—¡Eh! ¿Qué hacéis? ¡Ladrones! —gritaron los pescadores, cogidos por sorpresa.

Uno de ellos agarró a Pedro por la túnica, pero el discípulo, que le llevaba un palmo, le dio un puñetazo. Lázaro amenazaba a otro hombre con un remo. En aquel momento, sus perseguidores llegaron a la orilla gritando. El hombre que combatía con Lázaro se volvió sorprendido y él aprovechó para darle un empujón decidido. Después golpeó al primero de los dos guardias que se echaban sobre él con las espadas desenvainadas. El otro, en cambio, cargó para dar un mandoble, pero, antes de golpear, vaciló, recordando que la orden era capturar vivos a estos hombres. Aprovechando su vacilación, Lázaro saltó a la barca.

Inmerso en el agua hasta la cintura, Pedro empujó la barca hacia el lago, saltó a bordo y maniobró con pericia para alejarse rápidamente. Sin prestar atención al dolor de la herida del brazo, el pescador de Galilea consiguió alejarse de la orilla en pocos minutos.

Se sumergieron en la oscuridad, mientras las luces de la ciudad y las amenazas de los perseguidores se perdían tras ellos.

Lázaro se sentó y empezó a palparse el cuerpo. Su tesoro estaba a salvo.

—¿Adónde vamos? —preguntó a Pedro, que seguía remando con energía.

—Adonde tengamos aún algún amigo... —respondió el otro.

—¿Nos seguirán?

El discípulo sonrió:

—No tan velozmente. Requisarán una barca, pero no conozco a ningún guardia del Templo que entienda de pesca, oficio poco noble. ¡Y un pescador obligado por la fuerza a remar detrás de nosotros no puede hacerlo con la energía que yo estoy

poniendo!

Más adelante izaron una pequeña vela.

Una hora después, quienes aún permanecían en la orilla opuesta del lago vieron llegar y desembarcar a dos desafortunados pescadores.

Uno de ellos, quién sabe cómo, estaba herido en un brazo.

Llamaron a la puerta sin ninguna delicadeza.

Tommaso fue a abrir y se detuvo sorprendido. A la entrada de la cabaña había al menos quince hombres, con los rostros marcados por la rabia reprimida; en las manos llevaban bastones, hachuelas, dos o tres cuchillos largos.

—¿Dónde está? —preguntó sin ceremonia el que parecía el jefe.

—¿El *pandit*? —respondió Tommaso.

—¿Y quién, si no? Tú estás. ¿Estás solo?

Tommaso trató de mantener la calma.

—Sí, estoy solo.

—¿Y él?

El italiano vaciló. Se dijo de nuevo que, esta vez, el maestro había exagerado. Y volvió a pensar en su diálogo de unas horas antes.

—¿Por qué, Tommaso? ¿Por qué no aceptas seguirme?

El italiano no había respondido y se había encerrado en un silencio obstinado. Estaba atormentado por una duda, pero no tenía el coraje de hablar. Después, visto que el maestro insistía, murmuró:

—No podemos violar de este modo las reglas de la comunidad...

El *pandit*, sorprendido más que entristecido, había extendido los brazos.

—Estaré de vuelta a primera hora de la noche. Y te ruego que no te alejes. Deseo encontrarte aquí a mi regreso. Y, si puedes, prepárame algo de cenar...

—¿Entonces?

La hostilidad de aquel grupo de fieras era cada vez más evidente. Tommaso tuvo miedo de enfrentarse a ellos, también porque, se dijo, en su corazón no compartía el comportamiento de su anfitrión. Y ahora se encontraba, solo, pagando las consecuencias.

—Dejémoslo —intervino uno de atrás—. Sabemos donde ha ido. Vayamos allá y resolvamos el asunto a nuestro modo. Si es necesario, mataremos a esa rata de alcantarilla ante los ojos del *pandit*. ¡En esta ocasión, será él quien aprenda algo de nosotros, visto que la vejez le oscurece la mente hasta ese punto!

Todos acogieron aquella sugerencia; algunos con evidente complacencia.

Tommaso se dio cuenta de que debían de haber bebido, mientras pasaban unas horas juntos incitándose mutuamente al escándalo y a la condena de su jefe espiritual.

Temiendo lo peor, reaccionó:

—¡No, esperad! ¿Queréis mancharos de sangre impura antes de haber hablado con el maestro y pedirle una explicación? Y además os juro que no ha ido donde

pensáis —mintió—. Ha hablado de ciertas hierbas que curan los dolores de las piernas que sufre desde hace tiempo. Estará de vuelta del bosque... mañana. Venid aquí entonces y discutid con él. Después decidiréis qué hacer.

El que había hablado primero escrutó al extranjero.

Tommaso le sostuvo la mirada, mientras rezaba en su interior, para ser convincente.

—Haremos como dices —concluyó el indio. Después se volvió y convenció a los otros—. Después de todo, estamos airados con el *pandit* precisamente porque él es nuestro guía. Es imposible que haya enloquecido hasta ese punto y quiera desafiarnos. Y mañana lo comprobaremos. ¿No es así?

Y se marcharon. Alguno se lamentaba de su escasa determinación.

A la hora de la cena, el anciano sabio regresó puntualmente a la pequeña cabaña.

Y no estaba solo.

Tommaso hizo un gesto de desaprobación, pero no se atrevió a culpar al viejo del motivo de sus miedos en presencia de un testigo. Después se fijó en la figura que caminaba junto al *pandit* a la luz decreciente del crepúsculo y tuvo la confirmación de sus peores sospechas.

Era Pintar, el paria de la aldea.

Sus vidas estaban en peligro, y a su miedo se unió la rabia por no haber sido escuchado.

El italiano sacudió la cabeza, contrariado, y abrió la puerta de la cabaña a los dos recién llegados.

Pintar habitaba fuera de la aldea, y su chabola era la más miserable de todas.

Llevaba pintado en la frente el signo de su impureza, y sobrevivía de los pocos peces que conseguía capturar en las aguas del río. Únicamente el *pandit*, entre todos los habitantes de la zona, se atrevía a acercarse a él. Y solo gracias a la inmensa estima de la que gozaba. Si no hubiese sido por eso, ni siquiera el viejo sabio habría podido permitirse mantener relaciones con él. Por eso Tommaso se había negado a seguirlo aquella tarde.

Acoger al paria en casa, sin embargo, y sentarlo a la mesa con él era demasiado incluso para el maestro. A aquella frecuentación, desde algunas semanas, atribuían muchos en la aldea las últimas malas cosechas, la muerte misteriosa de algunos búfalos, la enfermedad grave de un niño.

Ante el infortunio, la superstición había tomado la delantera.

Muchos habían jurado que ahora el impuro debía estar completamente aislado, como prescribían las más antiguas y sagradas leyes.

Grozio estaba asustado y, al cerrar la puerta de la casa, dio una larga ojeada alrededor, esperando que nadie se percatase de lo que ocurría. Pero sabía que la noticia se difundiría rápidamente en la comunidad, y ya imaginaba que, probablemente aquella noche, no cabría el acostumbrado relato del maestro, sino un áspero encuentro, de consecuencias imprevisibles.

Se dirigió a los dos con decisión:

—¡No podemos estar aquí juntos! Hoy por la tarde, han venido muchos a buscarte, maestro, y para obligarte a interrumpir las relaciones con él... —concluyó indicando con un gesto al paria, pero sin mirarlo.

El *pandit* reaccionó con firmeza:

—¿Te han amenazado? —preguntó, seco.

—No, pero...

—Entonces, comeremos juntos. Si, en cambio, quieres irte, ¡hazlo rápido! ¡Así todos verán que te separas de mí!

Tommaso se avergonzó. Solo su mente, habituada a seguir reglas racionales de comportamiento, le decía que tenía razón. El resto, lo sabía, era cobardía.

No se atrevió a darse por vencido y sirvió al *pandit* los platos que, con gran cuidado, había preparado para él. Con la secreta intención, aunque no quisiera admitirlo ni siquiera a sí mismo, de empeñarse después en defensa del sabio... o de abandonarlo a su destino.

—¡No está bien lo que has hecho, maestro!

La puerta se había cerrado sobre la oscuridad. El paria apenas había dejado la casa, y Grozio no había resistido el impulso de manifestar de inmediato su reprobación al indio. No se juntarían muchos hombres y mujeres a escuchar los relatos, pero vendrían armados y aún más borrachos y excitados. Tommaso quería saber cómo harían frente a sus armas.

—¿Por qué me regañas, discípulo occidental?

Grozio captó la ironía con la que el *pandit* revelaba su no pertenencia a la tierra del Ganges, pero no se preocupó por ello. E incluso, introdujo en la voz una nota de afecto, casi protectora.

—¡Conozco lo bastante vuestra cultura para saber lo que no puede permitirse siquiera un maestro de sabiduría!

—Háblame de ello, entonces...

—Como tú mismo me has contado más de una vez —replicó el veneciano—, Brahma, el dios de la creación, generó a los hombres sacándolos de las diversas partes de su cuerpo. De ahí surgieron las cuatro castas. Los brahmanes son los sacerdotes y custodios de la ciencia, y nacieron de su boca. Los *chatrías*, guerreros y gobernantes, vinieron de los brazos de la divinidad. Los *vaisias*, los agricultores, los pastores y los comerciantes, se originaron en su vientre. Y, en fin, de los pies de dios

nacieron los *shudrás*, los siervos.

—Es un verdadero pecado que, en esta historia, no haya lugar para gente como Pintar...

Tampoco esta vez tuvo en cuenta el italiano la ironía del viejo.

—Brahma, en realidad, pensó en todos —concluyó— y creó a los parias del polvo que cubría sus pies. Pero, precisamente por tal motivo, no forman parte del sistema de castas... ¿Y tú cómo juzgas a los intocables, Tommaso? ¿Qué piensas del hecho de que vivan en los márgenes de las calles, despreciados por la gente y privados de cualquier consuelo? ¿No crees que también ellos son hijos de Dios?

El veneciano retrocedió, sorprendido.

Había querido jugar en el campo del indio y era él, ahora, quien le recordaba una de las principales enseñanzas de la religión en la que había nacido.

Sintió que le invadía la vergüenza y una nueva conciencia.

No dijo más, abrió la puerta y salió fuera.

Siguió el sendero, aprisa, llamando a grandes voces:

—¡Pintar! ¡Pintar!

Su intuición se reveló certera.

En los márgenes de la aldea, el paria había sido interceptado por el grupo de exaltados que lo esperaban desde primera hora de la tarde. Ahora lo rodeaban y lo injuriaban.

Él estaba tendido en el suelo y lloriqueaba, pidiendo piedad.

Ya lo habían golpeado y solo el temor de mancharse con su sangre impura los detenía para no hacerlo pedazos.

Mientras se le acercaba, Tommaso oyó a uno que gritaba:

—¡Prendámosle fuego! ¡Es el único modo! —Y ya acercaba al cuerpo tendido la antorcha.

—¡Quemadme también a mí! —gritó el italiano con la fuerza de la desesperación, irrumpiendo en el círculo.

Hubo un momento de irreal silencio. Todos miraban al extranjero. Se oía solo el crepitar de las antorchas y el llanto infantil del desgraciado.

Fue él mismo quien intervino:

—¡No, déjalos hacer! —gritó—. Estoy cansado. ¡No tengo nada! ¡No soy nada! ¡Quiero morir!

Uno de los hombres se enfrentó a Tommaso, mirándolo con unos ojos cargados de odio.

—¿Entonces? —preguntó con aspereza—. ¿También tú quieres recibir?

Tommaso sintió que lo invadía una rabia impotente.

—¡Locos! ¡Y ciegos! —gritó.

Después arrebató de las manos a su adversario la antorcha encendida y empezó a hacerla rotar alrededor de sí mismo y del paria.

Los otros se detuvieron, pero uno gritó:

—¡Dale!

Y de la oscuridad surgió, silbando, un cuchillo, lanzado por un hábil cazador, que hirió a Tommaso en el brazo con el que mantenía en alto el fuego.

Un intenso, frío dolor recorrió la espalda del discípulo de la sabiduría. Dejó caer la antorcha, emitió un gemido y cayó de rodillas.

Todos gritaron, triunfantes, y fueron a lanzarse contra él y contra Pintar.

En aquel momento, fortísima, resonó la voz del *pandit*.

—¿Qué sucede?

El viejo emergió de entre los matorrales. Estaba tranquilo y emanaba toda su autoridad de los ojos abiertos de par en par en una mirada llena de incredulidad.

—¿Alguien debe morir? —preguntó.

Después, sin esperar respuesta, avanzó hacia el centro de la pequeña muchedumbre, recogió la antorcha encendida que estaba en el suelo, se tendió entre el estupor general sobre el cuerpo del paria y, sin vacilación, doblando el brazo sobre su espalda, prendió fuego a la ligera túnica que lo protegía de la brisa de la noche.

Un grito de estupor se elevó del grupo.

En un instante, el viejo estaba envuelto en una explosión de llamas, que envolvió también los largos cabellos blancos sobre la nuca.

Tommaso, arrodillado allí al lado, sintió que el calor de las llamas le abrasaba el rostro y reaccionó inmediatamente, echándose sobre el sabio y tratando de sofocar el fuego con su cuerpo.

Otras manos, que habían dejado caer las armas de inmediato, se apresuraron a apagar el fuego.

Pocos segundos después, todo había acabado.

El *pandit*, tendido sobre la hierba húmeda, contemplaba las estrellas. Dos hombres, confusos, balbuceaban excusas. Todos los demás habían escapado. Pintar procuraba taponar la herida de Tommaso.

Tres días después, el viejo accedió a comentar lo sucedido con su pupilo.

—Has superado una prueba inesperada, Tommaso. Y has descubierto el secreto del sexto *chakra*.

El italiano, desorientado, no sabía qué decir. Sin duda, había sido muy atrevido al pretender corregir, por primera vez, al *pandit*. A criticarlo porque había querido provocar la sensibilidad de sus hermanos, exasperándolos. Y no comprendía, además, si el otro hablaba en serio o simplemente se estaba burlando de ellos.

—Explícate, maestro... —pidió, prudente.

—El sexto *chakra* se encuentra en el centro de la frente y precisamente por eso lo llaman también «el tercer ojo». Es el *chakra* del perdón y de la piedad. El perdón es el poder abandonar la rabia, el odio y el rencor, y descubrir en humildad la nobleza y la generosidad del espíritu. Es el *chakra* que disuelve el egoísmo, los condicionamientos, las costumbres, las falsas ideas y todas nuestras identificaciones erradas. Es la puerta estrecha que abre el camino a la conciencia por su ascenso hacia

el destino final, que es el séptimo centro.

Ahora estaba seguro de que el maestro no bromeaba. Sin embargo, aún no comprendía.

—Yo no he dado el perdón... Pensaba en realidad que era justo evitar el peligro que nos has hecho correr... Te he criticado. Te he... odiado. ¡Y he odiado a Pintar aún más!

—Cierto. Sin embargo, has sido capaz de recibir el perdón, y esto te hace igualmente meritorio.

—¿Qué perdón?

—Has recibido el perdón de Pintar. El paria de la aldea había pedido tu ayuda y tú se la negaste. Él, con gran bondad de ánimo, ha querido igualmente sentarse a nuestra mesa, y su gentileza ha significado su perdón para ti...

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que yo lo haya aceptado?

—Me lo dice el calor con el que lo has ayudado, en el momento de decidir si abandonarlo a su propio destino o arriesgar la vida por él...

El italiano no escondió su embarazo. Después se defendió, turbado por la capacidad de introspección del sabio:

—No he tenido mucho mérito en todo esto.

—No inmediatamente, quizá. No se me escapa el hecho de que te negaras a tocarle la mano. Y tampoco se me ha pasado por alto tu atención a no contaminar la comida a causa de su presencia...

—¿Y entonces?

—Después, sin embargo, algo ha cambiado. Escucha... —El *pandit* se sentó—. El sexto *chakra* está relacionado con la parte profunda del ser, lo que llamamos Espíritu, y con lo que consideramos espiritualidad. Es el lugar en el que se encuentran las verdaderas motivaciones y, de hecho, desde este nivel de conciencia se dirigen nuestras acciones y nuestras vidas. Es el *chakra* que guía las percepciones extrasensoriales, es decir todos los sentidos interiores que corresponden a los exteriores y que, juntos, forman la comunicación de espíritu a espíritu. Es el *chakra* que permite comprender cómo los eventos del mundo físico no son otra cosa que la manifestación de la creación común entre los seres implicados en esos mismos eventos. Has tenido, al menos, un mérito: escuchar tus sentidos interiores y dejarte guiar por ellos...

Esta vez, Tommaso asintió:

—Yo... me he fiado de una voz que venía del centro de mi mente. Una voz fuerte y clara, que me ha invitado con palabras seguras a afrontar cuanto estaba aconteciendo. Y aunque desease seguir su consejo, he temido estar loco.

El *pandit* sacudió la cabeza.

—Lo que has oído es la música del sonido interior, el sonido que se oye y no depende de acontecimientos externos. Tu gente lo considera el fruto de una enfermedad, pero nuestra tradición lo tiene por el requisito indispensable para un

crecimiento espiritual completo. Solo quien siente y escucha el sonido interior puede alcanzar el séptimo *chakra*.

Después, el *pandit* sugirió al alumno:

—Ahora, ve a buscar a Pintar. No se atreve aún a salir de su cabaña y medita irse para siempre. Encuéntralo y ruégale que vuelva aquí. Cenaremos de nuevo juntos... algún día la gente comprenderá.

Tommaso salió de la cabaña.

Y aquella noche, por voluntad suya y del maestro, el paria Pintar fue el principal invitado al relato de las historias de India.

El alba, en Jerusalén, iluminaba débilmente el jardín de las sepulturas. De los dos guardias del templo dedicados a la vigilancia del sepulcro de Jesús, uno dormía en el suelo, envuelto en su capa, y el otro estaba sentado sobre una roca, masticando con aire distraído una brizna de hierba.

Las mujeres observaban la escena a cierta distancia. En las manos tenían aceites perfumados.

—Nos han dicho la verdad —constató María de Magdala—. Los romanos se han cansado de vigilar el cuerpo del maestro. Ahora tendremos que habérmolas con los hombres del sanedrín...

Su amiga estaba muy preocupada.

—¿Cómo haremos para hacer rodar la piedra?

María se mordió los labios. Estaba claro que no tenían ninguna posibilidad de prestar los cuidados habituales al cadáver. El maestro egipcio que las instruía en aquella delicada tarea les había recomendado mucho que vigilaran la estanqueidad del embalsamamiento. Durante meses, esto había sido posible gracias a la tolerancia de los romanos con respecto a toda forma de culto que no pusiera en peligro la seguridad pública. Pero el sanedrín no tendría la misma comprensión.

—Valor —dijo. Y las dos seguidoras de Jesús avanzaron entre los olivos.

Apenas las vio llegar, el guardia se levantó, llamó a su compañero y esperó con aire desdeñoso a que se acercaran. Cuando estuvieron al alcance de la voz, se dirigieron a ellas con dureza:

—¿Qué habéis venido a hacer? ¡Aquí está sepultado un malhechor! El sanedrín ordena que cese todo acto de... —iba a decir «culto», pero se corrigió a tiempo y dijo simplemente...— cuidado, con respecto al cadáver del crucificado...

María permaneció tranquila y sondeó las intenciones del soldado.

—¿Quieres decir que no podemos venir más aquí?

El hombre no había recibido otras disposiciones y se limitó a confirmar lo que le habían ordenado:

—No podéis entrar. El sepulcro permanecerá sellado para siempre...

María miró a su compañera, que tenía los ojos bajos, dolorida.

—Vendremos todas las mañanas... a decir una oración por el difunto. Nosotras y las otras mujeres que lo conocieron...

El soldado dibujó una sonrisa maligna, que intercambió con su colega. Aquella referencia a las mujeres que seguían a Jesús hacía nacer en ellos pensamientos lascivos.

—¿No sería mejor correr tras un hombre vivo y sano? —bromeó con estilo vulgar, mientras su mirada espiaba, siguiendo la túnica de la mujer bajo el velo, las

célebres formas de prostituta de las que tanto se hablaba.

María se dirigió a su amiga:

—Alejémonos. Estos hombres no son dignos de escuchar nuestras palabras.

Al día siguiente, a la misma hora, volvieron junto a un grupo más numeroso de mujeres y, acercándose lo máximo posible a la entrada de la tumba, entonaron un canto, recitaron un salmo de lamentación y quemaron incienso.

Entre ellas estaban Marta y María, de Betania, las hermanas de Lázaro.

Cuando dejaron la casa de Salomé, una de las mujeres más ricas del grupo, que las hospedaba, unos espías siguieron a las dos amigas de Jesús. Las tenían sometidas a vigilancia desde hacía meses, aunque sin demasiada discreción.

Aquella mañana, Lázaro, ya habituado a moverse en la clandestinidad, siguió de lejos a sus hermanas y también a sus vigilantes.

Más tarde, con la ayuda de un mozo del mercado al que había dado una pequeña moneda, consiguió hacer llegar un mensaje a María de Magdala.

La mañana siguiente, entre las oraciones y los cantos, la mujer pudo comunicarse con las hermanas del resucitado:

—Vuestro hermano está vivo. Está en la ciudad y quiere veros...

Las dos mujeres se asustaron:

—¿Y cómo haremos? ¡Estamos vigiladas continuamente!

—No es difícil. —Sonrió la joven—. Mañana saldréis una vez más... pero no seréis vosotras, serán solo vuestras ropas vestidas por dos esclavas de Salomé, circulando por las calles de la ciudad hasta aquí. Prolongaremos la oración el tiempo necesario para que los hombres del sanedrín se queden merodeando por aquí, mientras Lázaro entra en la casa y habláis...

Y al día siguiente, los tres hermanos volvieron a abrazarse después de meses de separación y de ansiedad.

El resucitado les habló rápidamente de sus investigaciones, mostró a las hermanas los seis triángulos y les dirigió la pregunta que lo había movido a arriesgarse al encuentro:

—Vosotras fuisteis a hablar con Jesús cuando yo estaba ya sepultado. Vosotras le recriminasteis que no hubiese llegado a tiempo y él os prometió que me devolvería la vida, aquí y en la eternidad. ¿No es así?

—Sí, es como te habíamos dicho muchas veces... —confirmó María.

—¿Pero sabíais que Jesús se entretuvo a propósito en Galilea, después de haber recibido la noticia de mi enfermedad, esperando para que yo muriese?

Ambas vacilaron.

—¿Quería que tú murieses? —preguntó, turbada, María.

—Sí, quería que yo muriese y que fuese sepultado en una tumba igual a aquella en la que él yace ahora... pero hay algo más importante que debo preguntaros y, si

sabéis, «debéis» responderme.

Aquel tono sorprendió a las dos mujeres.

—Nunca te hemos ocultado nada... —dijo Marta.

Lázaro la miró a los ojos y preguntó:

—Al resucitarme, ¿pronunció Jesús una palabra en una lengua desconocida?

Las hermanas se miraron.

—No —dijo Marta, decidida—. Recuerdo hasta el más mínimo detalle de aquel día. Ordenó hacer rodar la piedra, oró al Dios del cielo y le dio gracias como si la gracia que pedía ya le hubiese sido concedida. Después calló un instante y al fin dijo solo: «¡Lázaro, sal fuera!». Y tú saliste, envuelto aún en las vendas de la sepultura...

—¿Y no os entregó, después, un objeto de oro, similar a este o... en forma de una figura de seis lados que pudiera estar en el centro de la estrella que forman estos juntos?

—No —respondió Marta.

—No —confirmó María.

Lázaro se sentó, pensativo. La puerta del misterio se cerraba de nuevo. Sintió que lo invadía un profundo cansancio.

María lo observaba ahora con los ojos muy abiertos, como arrebatada por una conciencia nueva.

—¡Tú... —dijo con voz trémula— estás buscando... el secreto de la resurrección!

Lázaro asintió; tenía la cabeza entre las manos y lloraba, despacio, desahogando la tensión de aquellos meses difíciles.

—¿Y piensas que Jesús te lo había dejado en herencia? —preguntó Marta, dubitativa—. ¿Y, entonces, por qué no hacerlo directamente? ¿Por qué estos misterios, este símbolo disperso en tantas manos distintas? ¿Este tiempo que pasa inútilmente mientras su promesa de volver entre nosotros no se realiza? —Ahora la mujer desahogaba toda su desilusión.

María reprendió a su hermana:

—¿Ya no crees en la promesa del maestro?

Pero antes de que la mujer pudiese responder, Lázaro tomó la palabra con voz grave:

—Jesús resucitará... cuando yo haya abrazado su camino recorriéndolo por completo... —Después alzó la vista y miró a sus hermanas—: Este es el «tiempo necesario» del que hablaba a menudo. Es el que sirve para hacer de mí, que estoy vivo, un hombre que pueda dar la vida a su vez...

Marta se sentó.

—No entiendo... —dijo resignada.

María, en cambio, se animó de nuevo, tomó las manos del hermano entre las suyas y dijo:

—Yo, en cambio, entiendo una cosa. Si debes recorrer todo el camino del maestro, ahora te falta una parte, la más larga, y es su juventud. Y aquella parte tiene

un solo testigo...

—¿De quién hablas? —preguntó Lázaro con el ceño fruncido.

—De su madre. La mujer que lo engendró y vivió con él hasta su mayoría de edad. Hasta el día en el que se hizo alguien para todos nosotros, comenzando a predicar y a curar.

Marta escuchaba y asentía:

—Tienes razón —dijo—. María de Nazaret tiene la última clave que buscas. Y esa es tan importante que, para no tener ella nada que temer, como todas nosotras, mujeres, la tiene en custodia lejos de aquí.

Acercaron al enfermo en una camilla de cuerda.

Los hombres se abrieron en dos grupos a su paso, y Huang pudo examinarlo de cerca, valorando las condiciones. Había sido descabalgado, le habían dicho, y su animal le había caído encima. Aparecía desnudo, inmóvil, paralizado. Trataba de hablar, pero no lo conseguía. De sus labios salían sollozos desesperados. Y solo los ojos, increíblemente encendidos, atestiguaban al mismo tiempo terror y deseo de vivir. El tórax aparecía aplastado, y las largas manchas azules difusas por todo el cuerpo no daban buenas esperanzas. El chino consideró que estaría muerto en pocas horas.

Después oyó elevarse una voz fuerte sobre la muchedumbre, acompañada por un toque de platillos, que venció los murmullos de los mongoles Tannu-Ola:

—¡Aquí está! ¡Dejadlo pasar! ¡Es el chamán de nuestra tribu! Es el chamán, pero nadie lo ha nombrado como tal. Ha nacido así. Es el hombre sabio que escucha a los espíritus, es el hombre que lleva en sí la energía de la vida, es el que ve en la oscuridad, donde vosotros no distinguís más que sombras indiferenciadas.

El acólito del religioso se acercó al moribundo. Después se apartó a su vez e invitó a los demás a ensanchar el cerco. Debían dejar libre el espacio necesario para el rito.

Apareció el chamán.

Huang lo observó con gran atención.

El hombre estaba cubierto por una larga capa de pieles cosidas que le llegaba hasta los pies. Una máscara revelaba los ojos pero confundía sus rasgos. Su figura parecía delgada, la mirada absorta, concentrada en su propia misión. Se movía como si estuviese solo y no parecía tener en cuenta la presencia de la tribu ni oír de algún modo las voces.

Se acercó a la camilla y, mientras el clamor preñado de expectación disminuía finalmente, cogió un puñado de polvo, recitando fórmulas susurradas y devolviendo la tierra al suelo grano a grano.

Entonces tronó la voz de otro de sus ayudantes:

—Es el chamán. Ha llegado a cumplir su obra. Él, que ha aprendido a comprender y guiar las energías del universo con un solo fin: curar a los enfermos. Desde hace muchos milenios posee este poder, y lo pone al servicio del mundo. Nadie sabe cómo lo adquirieron sus antepasados. Quizá aprendieran observando la naturaleza en tiempos tan antiguos que nadie conserve el recuerdo. Y por eso parece que lo tengan desde siempre. O quizá lo recibieran de los dioses, generosos en su bondad. Pero ninguno de ellos tiene este poder de por sí. Es un poder destinado al bien. Y el bien es, por su naturaleza, de todos los hombres.

Un segundo toque de platillos anunció que la breve presentación ritual había terminado.

Tras el silencio general, el chamán comenzó a golpear las paredes del tambor que llevaba atado al vientre. Lo tocaba con una gruesa maza, cubierta de piel, y extraía del instrumento un sonido profundo y sombrío, que provocaba temblores, tan potentes para hacer vibrar los pechos de todos. Lo tocó primero suave y lentamente y después cada vez con mayor violencia, mientras su cuerpo se adaptaba poco a poco a aquel ritmo nocturno.

El hombre cerró los ojos, y fue como una señal que diera.

Todo el pueblo de los nómadas se puso a danzar con él en torno a la camilla. Bien con movimientos lentos y circunspectos, bien con sacudidas de los brazos y de las piernas. Cada uno seguía su tiempo, y en nada se asemejaba aquel baile violento y desarticulado a lo que Huang había visto en sus viajes.

Sobre todo dominaba la voz del sanador, que se transformó en breve en un potente grito, capaz de elevarse por encima del alboroto causado por centenares de cuerpos frenéticos. Envuelto en las sombras de la oscuridad que había descendido sobre las laderas de la montaña, el hombre se agitaba cual demente, ya no dueño de sí mismo. Su cuerpo era guiado por una voluntad independiente. Él pronunciaba y gritaba fórmulas indistinguibles, mientras sus manos tocaban ligeramente el cuerpo semidesnudo del enfermo, que sudaba copiosamente a pesar del frío polar.

El enviado de Pekín tuvo miedo: un espíritu, un demonio, se había apoderado de la carne de los nómadas. Los instrumentos creaban ya un alboroto impetuoso. El chamán, el enfermo y los pastores volvieron de aquella música desgarrada a la realidad. A Huang le costó concentrarse. Miró a su alrededor, mientras el humo, la luz de las antorchas y el sonido obsesivo del tambor le nublaban las ideas: «¿Dónde estoy?», se preguntó, «¿y quién es toda esta gente?».

Después, de repente, todo acabó.

El chamán cayó a tierra y la música cesó de golpe.

Los nómadas, jadeantes, salieron poco a poco del delirio en el que estaba sumido su corazón y callaron.

Todos pusieron sus ojos en la camilla.

Pasaron largos instantes de esperanza y de espera.

El moribundo emitió un sollozo desesperado. Pero no sucedió nada. El hombre no recuperó el movimiento de los brazos y de las piernas...

Y a Huang le dio un vuelco el corazón.

Había esperado que al chamán, con el privilegio de una relación directa con los espíritus de los antepasados, le fuese concedido el honor de sanar al enfermo. Pero no había sido así.

Desilusionado, se alejó de la muchedumbre y se acurrucó junto a su propia tienda, ante el fuego.

Percibía el descorazonamiento de los pastores, que tenían que decir adiós a su

compañero.

Y reflexionó: ¿qué haría ahora?

Transcurrió una hora, durante la cual mil pensamientos e hipótesis se agolparon en su mente. Después, cuando la hoz de la luna aparecía ya alta en el cielo, se levantó y se acercó a la cabaña del sanador.

Una lucecita iluminaba débilmente el refugio del chamán. El hombre descansaba, ayudado por sus acólitos.

Huang lo observó y dijo:

—¡Padre!

El chamán, sintiéndose llamar de aquel modo, se elevó sobre los brazos. Aunque parecía agotado, hizo un esfuerzo y concentró la vista en el recién llegado:

—¡Huang, hijo mío! ¿Eres tú de verdad?

—¡Soy yo, padre! Duerme ahora y no te fatigues...

—¡No, no! Hace tanto tiempo que no nos veíamos... —Después, añadió, indeciso —: ¿Has sido tú quién me ha hecho llegar las palabras mágicas?

El chino bajó la cabeza:

—Sí, he sido yo. Con la ilusión de que pudiese cumplirse de nuevo el milagro de nuestros antepasados...

El viejo sacudió la cabeza.

—¡Has dicho bien: ilusión! E insensato yo que te he hecho caso...

Huang se acercó a su progenitor. Le tomó una mano entre las suyas.

—¿Te sientes muy cansado?

Él respondió suspirando:

—Ya sabes cómo son las cosas... Mientras danzo en torno al enfermo, pierdo la conciencia de mí mismo. Y debo perderla. Solo así me convierto en el puente sobre el que caminan las energías de los espíritus para reunirse con las energías del mundo; solo así la voluntad divina fluye en mí y habla a las fuerzas de la naturaleza. Si yo no fuese hombre del sacrificio, todo eso no podría acaecer. Y no podría tratar de curar a mis compañeros... Pero me cuesta.

El hombre se interrumpió y, de nuevo, fatigosamente, trató de levantarse. Cayó otra vez sobre la estera, lamentándose:

—He perdido las energías de la juventud y, cada vez con más frecuencia, esta misión me deja extenuado. Quizá un día mi mismo espíritu abandone el cuerpo, deseoso finalmente de paz. Pero no puedo sustraerme al destino. Ni siquiera cuando la tarea es demasiado ardua o, incluso, imposible de realizar...

En alusión a lo ocurrido poco antes, Huang captó un reproche evidente, dirigido claramente a él.

—¿Tú crees que la fórmula es insuficiente?

—Yo creo que está incompleta. Pero creo que, aunque estuviese completa, no funcionaría...

—No entiendo adónde quieres llegar —replicó impaciente el visitante.

El sabio sonrió y, en su mirada, apareció una chispa de ironía.

—Yo, hijo mío, siempre he tratado de comportarme según la justicia. Pero no basta. El hombre que traduzca aquella fórmula en actos debe ser mucho más. Debe ser un gran sabio. Y tú —aquí el sonido se hizo duro—, tú que buscas solo el poder, no podrías utilizarla aunque la poseyeses. Tu ánimo no es puro...

El chino enrojeció.

—La que consideras avidez de poder, padre, es voluntad de recuperar aquello a lo que tenemos derecho. Nuestros antepasados conquistaron el secreto de la curación. Nos lo quitaron, pero no por eso debemos resignarnos...

La mirada del chamán se hizo gélida.

—Nos lo quitaron porque lo entregamos al más sanguinario de los conquistadores. Y, como viajas por cuenta del Hijo del Cielo, dime: ¿qué harás el día en el que el secreto esté de nuevo en tus manos? ¿Se lo entregarás a tu amo? ¿O lo usarás para ti?

Como el hijo no respondía, continuó, desdeñoso:

—Iluso, si crees que todo se traduce en una fórmula. Antes de cualquier fórmula, existe una regla: respeta al hombre y la naturaleza. No puedes dañarte a ti mismo, no puedes dañar a los otros, no puedes dañar a la Madre Tierra. Si no observas estas leyes, ninguna fórmula valdrá para salvarte...

El chino bajó la mirada.

Sabía que, si la fórmula hubiese funcionado, el viejo hablaría ahora en otro tono. Pero había resultado de otra manera.

Huang renunció a discutir y salió de la tienda sin saludar siquiera. Lo perseguía la voz del hombre que lo había engendrado:

—¡Oigo ya el llanto de los niños y de las mujeres! ¡Veo el rostro de los muertos, destrozados por las espadas! Te ruego, hijo, que no vendas tu corazón a las fuerzas del mal...

El chino se tapó las orejas y se esforzó por no escuchar.

Después montó a caballo y abandonó Mongolia para siempre.

La tierra de sus padres.

Tras dejar el templo de las campanas de oro, según el monje tibetano, Apolonio se había encaminado hacia la India. ¿Pero con qué fin?

El diario de Marco Polo ofrecía al respecto un solo indicio.

Cerca de los bosques del norte del país, viven escondidos y como ascetas hombres prodigiosos. Son llamados, al modo griego, gimnosofistas, que significa «sabio desnudo».

Ellos afirman que pertenecen a una secta llamada «digambara» y, ciertamente, andan por la selva y las ciudades completamente desnudos. Pero

tal acto de impudicia no parece ofender ni a hombres ni a mujeres. Tanto que nosotros mismos tuvimos que habituarnos rápidamente a verlos en aquel estado...

En aquel pasaje pensaba Huang al observar la escena que se le presentaba ante sus ojos.

Un hombre de delgadez esquelética estaba sentado en un rincón de la calle. Su cuerpo no mostraba el brillo natural de la carne: recubierto completamente de ceniza, tenía un aspecto opaco y grisáceo. Los cabellos caían sobre la espalda en una trenza larguísima, mientras la barba aparecía mal rasurada sobre las mejillas. Un simple taparrabos, colocado sobre los lomos, le cubría los genitales, escondiéndolos a la vista.

El asceta tenía la mirada fija delante de él y un brazo elevado hacia el cielo.

—Está así parado desde hace una semana —susurró al oído del chino un hombre—, y todos nosotros esperamos que mantenga esa postura hasta que el brazo se quede rígido. El sabio se convertiría entonces para nosotros en un signo siempre presente de la necesidad de mirar al cielo, más que a la tierra...

Huang observó, suspicaz, a su vecino.

—¿Y vos quién sois?

—¿Qué importa eso? —contestó el indio, que parecía persona de alto rango—. Sea yo quien sea, soy capaz de percibir la curiosidad en vuestros ojos... Una gran curiosidad y una gran urgencia. ¿Qué necesitáis?

—Querría interrogar a ese hombre santo. ¿Creéis que es posible?

El indio se mostró dubitativo.

—Quizá esta noche, cuando la muchedumbre se haya dispersado. Pero el sabio no sale nunca de su estado de meditación. Solo así puede sostener este gran esfuerzo físico. No será fácil inducirlo a hablar...

—Trataré de hacerlo. Y, si me ayudáis, sabré daros adecuada recompensa.

El hombre se inclinó.

—La búsqueda del conocimiento no tiene precio. No necesito compensaciones. Después de la puesta de sol, me encontraré aquí con vos...

Y fue de palabra.

Aquella misma noche, mucho tiempo después de que el sol hubiese concluido su camino en el cielo, Huang y el indio se encontraron finalmente solos en presencia de gimnosofista.

Entretanto, este no había modificado su postura y ahora, como muchas horas antes, miraba fijamente el rostro que tenía ante sí, mientras el brazo derecho indicaba el cielo.

El chino estaba admirado y, al mismo tiempo, preocupado por tanta constancia.

Hasta que, animado por el indio, planteó al viejo sus preguntas.

—¿Qué quieres enseñarnos con tu postura, sabio?

El extranjero no obtuvo respuesta.

—¿Por qué señala tu brazo hacia arriba?

Ni un soplo salió de la boca del hombre.

Huang, desconcertado, miró a su acompañante y probó una vez más.

—¿Cuánto tiempo piensas permanecer entre nosotros?

Pero tampoco esta vez respondió el indio. Desanimado, Huang decidió hacer una última tentativa.

—¿Has oído hablar de un antiguo sabio griego llamado Apolonio?

El chino no obtuvo en respuesta una sola palabra.

—¿Qué puedo hacer? —dijo el enviado de Pekín vuelto hacia el indio—. ¿Dónde puedo encontrar a un compañero de este hombre, un superior suyo, alguien que responda a mis preguntas?

El otro sacudió la cabeza.

—Entre los gimnosofistas no existe jerarquía. No tienen jefes, no tienen templos, no tienen regla. Puedes fácilmente descubrir la presencia, pero me temo que te encontrarás siempre con el muro de silencio...

—¡Escuchad!

Huang y el indio se volvieron, sorprendidos, hacia el asceta.

Si no hubieran estado seguros de haber oído su voz, habrían pensado que estaban soñando. Las palabras salían de sus labios sin que un solo músculo del rostro cambiase de postura.

El hombre había hablado, pero seguía mirando fijo hacia delante.

—Una mañana, allá donde discurren dos ríos similares al Ganges y al Brahmaputra, un gimnosofista encontró a un hombre de nombre Apolonio. Descubierta la recíproca sabiduría, decidieron caminar juntos tres días, durante los cuales intercambiasen conocimientos y saberes. A la mañana del cuarto día se separarían, contentos por el beneficio obtenido.

»La noche precedente a su separación era oscura y limpia, apenas iluminada por las estrellas y por la incierta claridad de la lámpara que guiaba su camino.

»El gimnosofista dijo: “Apolonio, quiero exponerte el contenido de otra de nuestras *Upanishad*”.

»Y preguntó: “¿Qué ves en el cielo?”.

»“Es una noche de novilunio”, replicó el griego, respirando el aire fresco a pleno pulmón.

»“Exacto”, prosiguió el indio. “Mira, pienso que tus filósofos estuvieron cerca de la verdad cuando parangonaban el Ser con una esfera celeste. Pero su naturaleza es semejante a la de la Luna, más que a la del Sol o de uno de los planetas. Observa, en efecto, cómo esta se desvela a nuestra vista de noche en noche hasta su plenitud, y cómo después se oculta hasta extinguirse aparentemente. Ahora dime: ¿cuál de estas noches crees que representa mejor la identidad del Ser?”.

»“Seguramente la noche del plenilunio”, respondió Apolonio.

»“No es así”, rebatió el otro, sacudiendo ligeramente la cabeza. “Esa es la noche de la máxima ilusión. Es, en cambio, en la noche del novilunio cuando el Ser se niega en cuanto Luna y se manifiesta en cuanto No Ser. Es en esta noche cuando esencia y existencia vuelven a ser todo Uno y a garantizar la regeneración y la subsistencia, vivificando por Sí el universo. Así, te propongo invertir los términos engañosos de la cuestión, y llamar noche de la ausencia a la primera y noche de la presencia a la segunda. Solo de este modo, una evoca necesariamente la otra, y esto sobre la base de nuestro sentido interior, más que de una experiencia razonada. Por eso, en nuestra tradición, la decimosexta noche está consagrada al *brahmán*. En ella no está permitido matar ningún ser vivo, aunque sea una lagartija”.

»Y después de detenerse un instante sumido en sus pensamientos, concluyó:

»“Sabe, en fin, que no hay diferencia real entre el *brahmán*, el Ser y el Sí Mismo. También tú, en efecto, eres Él, querido amigo: el buje de la rueda de las existencias, y los rayos son tu yo. Deja que gire hasta que se detenga o suspende el movimiento para mirar más allá”.

»Apolonio escuchó este relato y lo meditó en su corazón.

»A la mañana siguiente, los dos hombres se separaron y cada uno siguió su camino.

»El griego llevaba consigo el bagaje del conocimiento occidental, enriquecido con la sabiduría del gimnosofista. El gimnosofista llevaba consigo el bagaje del conocimiento oriental, adornado por la filosofía del griego.

»Ambos sacaron fruto de aquel encuentro.

El asceta calló y, como siempre durante aquel largo día, su inmovilidad parecía total.

Huang había escuchado con extrema atención la historia de Apolonio y del gimnosofista, y quería dirigir al indio otras preguntas.

Era, sin embargo, evidente que no obtendría respuesta.

—¿Qué ha querido enseñarme? —preguntó a su acompañante cuando se hubieron alejado.

—Quizá que llegar a la fuente del saber es extremadamente difícil —reflexionó—, o que el conocimiento nace siempre de la mezcla de culturas...

—¿Y basta?

—No... —se detuvo el otro—. Yo creo que te ha querido ofrecer también una indicación sobre el camino que seguir.

—¿O sea?

—¿Dónde se encontraron el gimnosofista y Apolonio?

—Allá donde corren paralelos dos grandes ríos semejantes al Ganges y el Brahmaputra...

—¡Exacto! Eso ha dicho el asceta...

El hombre de la túnica blanca palideció y agarró a Huang por un brazo.

—¡Que el cielo sea loado! ¡Finalmente estás entre nosotros!

El chino se encontraba en la ciudad de Arbil, en Mesopotamia, y durante tres días la había recorrido de arriba abajo en busca de una pista.

Sin éxito.

Hasta que se encontró por casualidad con aquel individuo. No podía equivocarse: su indumentaria valía más que mil palabras.

Deteniéndolo con un pretexto, le había pedido que lo escuchara, recitándole el pasaje de Marco Polo.

En Arbil, en la tierra de los dos ríos, se enseñan doctrinas tan extrañas y vastas que mil libros no bastarían para dar cuenta de ellas. Y la más extraña de todas es la que se basa en la sentencia de un antiguo maestro: «Nadie nace o muere sino en apariencia»...

La reacción del hombre había sido inmediata, de tal manera que cogió a Huang completamente de sorpresa.

—¿Por qué das gracias al cielo por mi llegada?

El babilonio lo miró perplejo; después, su rostro se abrió en una gran sonrisa de comprensión.

—Lo he comprendido —dijo bajando la voz—, no sabes si puedes fiarte de mí. Es justo... —Y le dijo al oído—: Nos encontraremos esta noche detrás de los muros de la vieja sinagoga desacralizada...

Después le volvió la espalda y se sumergió rápidamente entre las miles de voces y gritos del mercado.

Huang, sorprendido, se dio cuenta de haber sido atrapado por alguien, pero decidió prestarse al juego: cualquiera que fuese, lo llevaría igualmente a su meta.

Por la noche, no tuvo necesidad de hacer preguntas.

Situados en el lugar indicado, dos hombres enfundados en amplias capas le hicieron sigilosamente señal de seguirlos. Entraron al patio de la sinagoga, lleno de arbustos y de inmundicias, y buscaron una puertecilla escondida entre la vegetación.

Una vez abierta, se introdujeron en el sótano del templo abandonado.

Y aquí, su actitud cambió por completo.

Descubrieron sus rostros, se arrodillaron ante Huang y, con la cabeza inclinada, le estrecharon las manos.

—Bienvenido, enviado de Dios.

—Nuestra vida, gracias a ti, cambiará...

El chino, turbado por aquella acogida, les hizo seña de incorporarse y los dos hombres, ya levantados, lo condujeron a través de un largo corredor que descendía

rápidamente hacia abajo. Cuando solo la luz de las antorchas aclaraba la oscuridad absoluta y la humedad comenzaba a penetrar en sus huesos, llegaron a una segunda y pesada puerta de hierro.

—¿Estás dispuesto, maestro? —preguntaron a Huang—. Los hermanos han sido advertidos...

El chino asintió y la puerta se abrió de par en par ante él.

Lo que vio lo dejó sin aliento.

Dispuestos en círculo en torno a un gran brasero central, en el que ardía una llama altísima, estaban dos filas de hombres cubiertos con la túnica de lino blanco que había aprendido a reconocer hacía tiempo. Sus rostros estaban afeitados; los cabellos, cortos; las miradas, puras, como de quien estuviese a la espera de un acontecimiento decisivo y resolutivo.

Todos pusieron los ojos en él.

Huang entró en la sala y uno de los presentes fue a su encuentro.

También este se arrodilló ante él, bendiciéndolo y dándole las gracias.

—Me llamo Burpal —dijo— y puedo testimoniarte en nombre de todos nuestra alegría por tu llegada...

—No me conocéis —respondió el chino—, solo uno de vosotros me ha visto, y hoy por primera vez. ¿Cómo podéis fiaros de mí?

El jefe de la secta sonrió.

—Solo un hombre muy ingenuo habría indagado como has hecho tú, citando a nuestro maestro a la luz del sol, delante de testigos y en una ciudad en la que la autoridad combate cualquier herejía. Solo un ingenuo... o un espía. Y tú, ciertamente, no tienes el aspecto de un espía...

—Entonces, sabéis de quien quiero hablaros...

—Así es, extranjero venido de lejos. Estás aquí para hablarnos de Apolonio de Tiana.

—¿Sabes también a qué pensamiento suyo me refiero?

—Naturalmente —replicó aquel con seguridad—, y, si me permites, completo yo por ti la cita. Procede de una obra titulada *Principios últimos de la vida*, y dice así: «Nadie nace o muere sino en apariencia. El morir no es otra cosa que el paso de la sustancia a la esencia y el nacer, al contrario, de la esencia a la sustancia. Nada de lo que es eterno podrá perecer jamás. El alma, revestida del cuerpo, experimenta la infancia, la juventud, la vejez, para abandonarlo después y, tras un cierto período, revestir otro». Era el pensamiento de nuestro fundador a propósito de la muerte y de la reencarnación. Y él, como vieron sus contemporáneos, curaba a los enfermos y devolvía la vida a los ya sepultados. ¿Necesitas algo más para probar nuestra fe?

—No, esto es suficiente...

Un murmullo de excitación se difundió entre los adeptos.

—Bien —suspiró el babilonio—, desde hace siglos, los creyentes de Apolonio esperan que un mensajero llegue finalmente a desvelar el corazón de su enseñanza,

como él mismo prometió. Y hoy, ese día ha llegado...

—Aún no, maestro —lo detuvo Huang.

—¿Qué quieres decir? —replicó aquel, mientras el entusiasmo de los fieles se transmutaba en repentina desilusión.

Huang no respondió de inmediato.

Alzó un brazo, invitándolos al silencio, y se desplazó al centro de la asamblea.

No podía equivocarse. Si no los hubiese convencido de que estaba de su parte, lo habrían matado. Sintió que el sudor le empañaba la espalda.

Después, con voz solemne, recitó:

—*Devadatta Dhanamjaya Janardana.*

Al oír aquellas palabras, un grito surgió de las gargantas de los miembros de la secta.

Todos cayeron de rodillas.

Y el jefe de los apolonianos afirmó con voz sofocada:

—Estos son los sonidos mágicos que esperábamos... ¿Por qué dices que el día aún no ha llegado? ¿Quieres destruir nuestra esperanza?

Huang dejó pasar un largo momento, hasta que el silencio hubo tomado de nuevo posesión de la asamblea.

Después proclamó:

—Hermanos míos, no todas las palabras de la santa fórmula están aún en nuestras manos. Soy un mensajero, como decís vosotros, enviado de los miles de seguidores de Apolonio dispersos por Oriente y Occidente. Trabajo indignamente por la causa común: sacar a la luz el secreto de nuestro maestro. El secreto que él mismo, una vez conquistado, deseaba difundir entre sus gentes. Secreto que desapareció con él y que, por tanto, estuvo perdido. Pero mi búsqueda aún no ha acabado. Y necesito vuestra ayuda...

—Habla —replicó el maestro de la secta— y haremos por ti todo lo que sea necesario...

Huang le puso una mano en el hombro, y le pidió con dulzura:

—Háblame de nuestro amado fundador. Dime qué hizo por vosotros aquí, en esta ciudad.

El hombre habló:

—Cuando llegó a Arbil, era muy anciano. Fundó la secta, rica de los mejores ingenios de la región, porque sentía la necesidad de legar al mundo una síntesis de su saber. Y enseñó a muchos de los nuestros. Después desapareció, antes de haber difundido su última y más escondida enseñanza...

—¿Murió en esta ciudad?

—No, como he dicho, desapareció. Un día, cuando había cumplido ya ochenta años, salió a pie de Arbil y no volvió. Nadie lo volvió a ver y nadie sabe lo que lo

llevó a la muerte. Por eso su tumba nunca ha existido. La hemos buscado mucho tiempo, pero ha escapado a nuestros esfuerzos...

—¿Y dónde, según vuestra tradición, adquirió Apolonio su sabiduría?

—Sabemos solo que todo nació en Persia. Cuando fundó nuestra escuela, su saber era completo, y él mismo contaba que había adquirido los conocimientos primeros, fundamentales, en la misma Persia...

—¿Dónde en Persia? ¿Dónde?

—En Saveh, la ciudad de los Magos.

Huang, inmóvil, saboreó la revelación.

Ahora sabía dónde se encontraba la fuente del secreto. Pero sabía también que no alcanzaría la grandeza solo.

Necesitaba a Tommaso Grozio.

Y la sabiduría de su sensibilidad pura.

Tommaso gemía, impactado por una sensación de opresión como nunca había experimentado.

Soñaba y parecía moverse en sueños.

No por ello experimentaba menos angustia al encontrarse cara a cara con su padre.

Aquella escena volvía periódicamente a animar sus noches, y siempre tenía el mismo final.

—La verdad está en las manos de Dios, hijito...

—La verdad está en las manos de quien la busca con sinceridad.

El padre lo examinaba, sorprendido por tanta tenacidad.

—Nunca habrías pensado que al ingresar en los dominicos acabarías así. Gracias a mi influencia siempre he conseguido salvarte de los peores inconvenientes. Pero tampoco yo podré hacer nada si vas a Roma. El destino de Bruno está marcado, y acercándote tanto a la pira del hereje te arriesgarías a ser quemado tú también. ¿Es esto lo que quieres?

—No, no es esto lo que busco. Pero no puedo dejar solo a mi maestro en su última hora...

—¡Tu maestro, tu maestro! —se desahogaba el hombre—. ¿Qué te ha dado, sino ansias y el desprecio de tus compañeros?

Tommaso no respondía, y el padre le suplicaba:

—Si no quieres hacerlo por ti o por mí, ¡hazlo por tu madre!

Era entonces cuando, sin más palabras, la figura del padre se reducía de repente hasta desaparecer.

Pero aquella noche fue diferente.

Consumado el drama de la separación, Francesco Grozio volvió a aparecerse a Tommaso.

Estaba a punto de morir, tendido sobre un lecho y envuelto en sábanas blancas. Flaco y consumido por la edad, llenaba con dificultad con su propia figura parte de la gran cama. Alrededor del hombre, el pavimento y las paredes blanquísimas reflejaban la luz de dos altas lámparas, también ellas blancas. Solo dos estatuas, una pareja de Venus semidesnudas, adornaban la estancia vacía.

El hijo veía al padre, pero el padre no veía al hijo.

El hereje se acercó al moribundo y percibió el estertor. Observó el retículo de arrugas sobre el rostro, y los ojos encendidos, testimonio de una vida que no se rendía al próximo fin. Hizo por hablar, pero de su boca no salió ningún sonido. Extendió la mano, para tomar en la suya la de su padre, pero los dedos hendieron el aire, sin agarrar nada.

Se vio a sí mismo llorando sin consuelo.

Después, el padre abrió los ojos y extendió un brazo ante sí.

—Luz —jadeó—, más luz...

Y, aunque en el sueño sintiese su propia naturaleza incorpórea, percibió el tacto del padre en la mejilla.

El hombre sonrió, feliz, y murió.

Tommaso vio venir a su encuentro una luz blanquísima que lo inundó y de nuevo cambió todo.

Desde el día de su partida de Roma, cuando comprendió que no volvería a ver a su padre, había experimentado una gran sensación de aislamiento y de soledad, como si se encontrase encerrado en una concha. Como afligido por una ceguera y sordera peligrosas, había encontrado dificultades para ver y oír realmente a las personas a su alrededor.

Ahora, sus ojos y sus oídos se abrieron. Las voces le llegaban ahora fuertes, los rostros se le aparecían claros en todos sus detalles. El contacto con el mundo era de nuevo completo.

Su rostro ya no estaba bañado por las lágrimas.

Tommaso renacía a una nueva vida.

—Has superado la séptima prueba. Has descubierto el secreto del séptimo *chakra*, el más grande de todos...

Tommaso, turbado por el sueño, miró al maestro.

Apenas se habían levantado, y había querido contárselo inmediatamente. Cuando aún todos los detalles estaban vivos en la memoria, y antes de que los minutos y las horas diluyeran aquella violenta emoción.

—El séptimo *chakra* se encuentra en la parte superior de la cabeza y abraza el conjunto de los nervios y el maravilloso misterio representado por nuestro cerebro. El séptimo *chakra* recapitula todos los *chakras* precedentes y sus respectivas cualidades, y por eso se le llama también *chakra* de la corona. Es la última piedra miliar del desarrollo de la conciencia humana, porque nos permite entrar en un nuevo reino de la percepción y nos regala una cognición directa y absoluta de la realidad. En este nivel, la realización del Sí Mismo es completa.

—Mi padre estaba tan vivo, tan presente...

—Lo que has experimentado es pura empatía, sentido de la unidad, experiencia de lo que experimenta la otra persona como si estuvieses dentro de ella, como si tú fueses ella. —Y añadió—: ¿Recuerdas el paso de la primera prueba? ¿Recuerdas el día en el que conociste el secreto del primer *chakra* y la energía vital, la *kundalini*, se despertó finalmente dentro de ti?

—¡Claro!

—Hoy has cerrado el ciclo de las pruebas con otro sueño. Y si aquel día tu sueño

me causó preocupación, hoy me transmite alegría. El sueño es, al mismo tiempo, la más falsa y la más auténtica de las experiencias, y nada puede ser más verdadero que el deseo madurado por ti al término de este largo camino...

—¿De qué deseo hablas?

—Como el *chakra* de la raíz te guiaba a una nueva relación con tu madre, el *chakra* de la corona te conduce a una nueva relación con tu padre. Un día, todo diálogo con él se interrumpió, y no importa cómo ocurrió, no importa de quien fuese la responsabilidad. Lo que cuenta es solo esto: tu padre, allá donde esté y haga lo que haga, ha vuelto a formar parte de tu vida. Tú eres él y él es tú...

Tommaso quería hacer una pregunta al *pandit*, pero se decidió solo después de una larga vacilación:

—¿Crees que aún estoy vivo, maestro? Esta noche, mi sueño ha sido muy diferente del pasado. Yo he visto morir a mi padre...

El maestro dirigió al discípulo una mirada llena de afecto.

—No lo sé. No puedo saberlo. Pero mira bajo la superficie... Tú has hecho las paces con el hombre que te ha dado la vida. Y en ese momento has experimentado la luz interior...

—Sí, es verdad. Ha sido entonces cuando me he sentido renacer a una nueva vida...

—La luz interior surge de la parte más profunda de tu ser, un punto de conciencia que brilla de inteligencia. Nosotros la llamamos también Luz Blanca: es el elemento más sutil de los que componen el universo, y su percepción marca el cumplimiento de tu itinerario a mi lado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el italiano, repentinamente alarmado.

—Que yo no tengo más que enseñarte. Esto es cuanto aprenderás concretamente del sueño: de ahora en adelante, sabrás mantener tu independencia de toda autoridad. La respetarás pero te conservarás libre de ella. Y serás libre incluso...

—¿Incluso?

—Incluso de la autoridad divina...

Aquella misma noche, como si el destino hubiese preordenado un plano claro para todos ellos, Huang volvió a la aldea.

Cansado y hambriento, apareció a la caída del sol montado en su cabalgadura.

El *pandit* y el italiano lo acogieron entre gritos de alegría.

—Tengo muchas cosas que contaros —fueron sus primeras palabras—, pero ahora deseo algo de comer...

Habían pasado un año, tres meses y catorce días.

Ahora, se dijo a sí mismo el *pandit*, podía cumplirse la fase final de la lucha entre el Bien y el Mal.

Y nadie podía saber cuál sería el resultado.

—**D**etente, extranjero. Vas por el camino equivocado...

Lázaro, sin aliento, se volvió hacia el hombre sentado delante de la entrada de su pequeña casa, que lo había interpelado con amabilidad. La hora era cálida y la subida al monte más empinada que cuanto hubiese previsto. El viejo le alargó una copa llena de agua y él la cogió con gratitud. Al alzar la cabeza para beber todo el contenido tuvo un ligero vértigo. Esta vez, se dijo, había exagerado verdaderamente. Nunca, después de la terrible prueba del desierto en las proximidades de Qumrán, había exigido tanto a su cuerpo.

—¿El camino equivocado? —preguntó, devolviendo la copa—. ¿Y dónde crees que me dirijo?

El otro se sorprendió.

—Hacia el templo de Apolo, obviamente, al que se llega atravesando el bosquecillo de Dafne... —dijo, haciendo un guiño al forastero.

—Bosquecillo de Dafne... —repitió el resucitado como si aquella indicación no le interesase en absoluto. Llegado a Antioquía tras un viaje de tres semanas, no había pensado en las divinidades de la ciudad. Era cierto, se dijo: la capital de la provincia romana de Siria era célebre por los cultos orgiásticos que se tenían en honor del dios griego en las selvas que circundaban a Oriente las fuertes murallas.

Cerró los ojos, quemados por las gotas de sudor que le caían de la frente, y recordó las escenas vistas en Sidón.

El viejo lo sacó de sus reflexiones.

—Por hoy, tu camino ha terminado —dijo—. Entra. Una estera, un cojín, un pedazo de queso de cabra y dos olivas no los puedo negar...

Lázaro lo agradeció de nuevo con una inclinación de cabeza.

—Os pagaré —prometió.

—Veremos —sonrió aquel, levantándose y dándole paso al interior de su morada.

Comieron juntos, intercambiándose algunas noticias sobre los lugares circundantes. Lázaro observó que el hombre que lo había hospedado infundía en él una paz que no experimentaba desde hacía tiempo. Descubrió que vivía en la falda del monte de toda la vida y que nunca se había movido de allí.

—¿Y por qué tendría que hacerlo? —preguntó con aire divertido, mostrando en una abierta sonrisa la boca desdentada—. También voy en contadas ocasiones a la ciudad. Una vez al año, cuando es la procesión del dios, entro pronto por la mañana por la Puerta de Hierro, atravieso el canal del acueducto y recorro lentamente toda la vía central. Me gusta observar, antes de que todo se llene de una multitud excitada,

los preparativos de la fiesta, las columnas repintadas, los adornos... Pero antes de media mañana estoy ya de vuelta. Me siento fuera y escucho las músicas, que el viento, benévolo, trae hasta aquí...

Lázaro escuchaba y se dejaba tranquilizar por la sencillez del personaje.

—¿Y a qué dios adoras? —le preguntó, curioso.

El hombre se puso serio.

—Adoro la tierra que me da lo que le entrego. El cielo, que me ofrece el agua, la luz, el calor. Adoro... la respiración de mis cabras, mientras la tienen... Son todas divinidades que no necesitan de sacrificios en un templo. El mundo entero es el verdadero templo. ¿Nunca os habéis quedado una noche entera, en invierno, sentado y despierto, al aire libre, a contemplar las estrellas? ¿Nunca habéis observado su discurrir mientras el tiempo, dentro de vos, no significa ya nada?

—No —admitió Lázaro. Y se dio cuenta de que había encontrado a un hombre menos ingenuo de lo que había pensado. Por eso calló, a la espera de alguna nueva provocación de aquel sabio.

Pero el viejo pasó a otro asunto.

—¿Y qué buscáis en Silpio? —preguntó con aire distraído—. No lo habita... casi nadie.

Lázaro sintió curiosidad por aquella extraña vacilación.

—¿Por qué decís «casi»?

—Porque la subida es difícil y el monte es árido, inhóspito. De vez en cuando encuentran refugio en él asesinos, bandas de gente que de día descienden a la ciudad para perpetrar un robo y, por la noche, rápidamente, se esconden en cualquier gruta...

—Un lugar ideal para un fugitivo —comentó Lázaro, acechando la reacción del viejo.

—¿Sois un fugitivo? —Se sorprendió el anfitrión—. No creo. No os habrías detenido aquí todo este tiempo. Cuando vienen patrullas de soldados a la caza de malhechores, yo soy de los primeros a los que interrogan, ¿lo sabéis?

Lázaro se inclinó ligeramente hacia delante y miró al hombre, que dejó de cortar queso.

—Entonces sabéis todo lo que ocurre aquí alrededor, ¿no es así?

El hombre esbozó una sonrisa divertida.

—Puede que sí...

El resucitado continuaba mirándolo:

—Busco a un hombre y a una mujer. Joven él. Mayor ella. Podría ser su madre...

—Una extraña pareja —comentó el campesino—. ¿Hebreos, como vos?

—Sí, hebreos. Por lo que sé, podrían haberse refugiado aquí hace dos, tres meses. Pero no son buscados. No aquí en Antioquía...

—¿Y por qué habrían venido?

—Buscan paz. Es ella la que se esconde. Él la ayuda y sigue, así, la voluntad del hijo de la mujer... que está muerto. ¿Los habéis visto? ¿O habéis oído hablar de

ellos?

El viejo respondió sin vacilar:

—No, me acordaría de su paso. Y sabría de su presencia en el monte. Podéis ahorraros el trabajo...

Lázaro no insistió, aunque le costaba tener que admitir la posibilidad de haber seguido una pista equivocada.

—Descansad ahora —propuso el otro—. Os despertaré cuando todas las estrellas estén encendidas en el cielo. Y, si queréis hacerme feliz, velaréis conmigo en el silencio.

—Ahora mira en dirección norte.

Estaban envueltos en la oscuridad, pero, sobre sus cabezas, el cielo parecía una alfombra tachonada de frías gemas. La voz del viejo guiaba a Lázaro en una exploración nunca intentada antes. Y, a medida que procedía en su ilustración, el hombre se animaba, cada vez más a gusto frente a aquel espectáculo nocturno, y daba confianza al extranjero como si le estuviese mostrando sus propios tesoros.

—La Osa Mayor está muy baja en el horizonte. Prosiguiendo hacia el este, se ve la Lince y después, en Géminis, Cástor y Pólux, que resplandecen en pareja...

Cada parte de la explicación iba intercalada por largos silencios. El resucitado no estaba ya en condiciones de valorar cuánto tiempo pasaron en aquella contemplación.

—Ahora sale de Géminis hacia el cenit, pero lentamente... ahí está el Auriga. Aquella que reluce con fuerza es Capella. Sobre el Auriga se ve Perseo.

Habían colocado detrás de la cabeza los dos cojines, único lujo de la chabola del pastor. Estaban tendidos sobre la hierba, cómodos y relajados.

—Al oeste está Casiopea. Si la miras largo rato, te parecerá que comienzas a elevarte del suelo. Y, en efecto, el peso de tu cuerpo comienza de alguna manera a disminuir, si insistes en ese ejercicio.

Lázaro se concentró y, pasados unos minutos, descubrió que era cierto. No solo estaba mirando las estrellas: estaba viajando en medio de ellas.

Pasó un largo rato. Después la voz continuó, llevándolo de vuelta a sí mismo desde distancias infinitas, desde silencios que penetraban en su conciencia y la vaciaban:

—Ahora prosigue hacia el oeste, permaneciendo en altura. Descubre Cefeo... y el Dragón, poco más abajo de él.

El amigo de Jesús nunca se había sentido mejor. Una profunda emoción tomaba forma en él. Se sentía pequeño, con el pecho dulcemente oprimido por un sentimiento de gratitud y de paz...

—... Y la Osa Menor... y Hércules...

Sintió que lo invadía la conmoción sin que pudiese oponer ninguna resistencia.

—Y ahí está la Lira...

Comenzó a lagrimear, pero sin ansiedad, en realidad: con calma y continuidad.

El viejo calló, escuchando la respiración sostenida del forastero, la vibración de su cálida turbación. Dejó pasar un tiempo indefinido, que a Lázaro le pareció tan largo como su vida entera. Después bajó la mirada y, con firmeza, sorprendió al huésped con el mismo tono usado para describir las maravillas celestes:

—Él la acompaña rodeándola de veneración. Le presta todo cuidado, como si fuese su madre... O su diosa protectora descendida a la tierra para guiarlo. De vez en cuando escribe, recoge recuerdos de un pasado que ninguno de ellos quiere dejar morir...

Lázaro se volvió hacia el pastor y le sonrió con gratitud. Comprendió que había conquistado la confianza de aquel hombre que nunca, ni siquiera bajo tortura, revelaría lo que sabía.

El viejo respondió a su sonrisa:

—Ella es una mujer extraordinaria, en efecto. Han estado aquí una hora como máximo, pero ha dejado el perfume de su dulzura y de una profunda armonía interior...

Lázaro explicó:

—Es la madre del hombre que me ha devuelto la vida después de mi muerte. Un enviado de Dios del que, no sé cómo, he merecido su amistad. Él ahora está muerto, asesinado por sus enemigos...

—Y ella lleva dentro el dolor de este golpe —concluyó el viejo. Después continuó, con vivacidad—: Pero no solo hay esto en ella. La he observado y escuchado. Hay en su alma también la espera de algo...

Lázaro asintió:

—Su hijo, Jesús de Nazaret, llevó a cabo en el curso de su vida muchas curaciones milagrosas. Hacia el final de sus días dijo muchas veces que resucitaría de la muerte...

El pastor calló y volvió a observar el cielo. Era allí, pensó Lázaro, donde buscaba habitualmente sus respuestas.

La estrella Polar siguió firme en su puesto durante el resto de la noche.

El contacto de María fue una larga caricia.

—Lázaro —dijo, repitiendo el nombre que Juan le había anunciado poco antes.

—Soy yo —respondió él—, el hombre que más que cualquier otro debe algo a tu hijo...

Se sentaron. Sobre una mesa improvisada, en el centro de la gruta, estaban extendidos pergaminos y había instrumentos para escribir.

Juan cogió uno de aquellos rollos y se lo dio a Lázaro.

—Lee —le dijo.

El resucitado observó la línea que le indicaban y empezó a leer en alta voz.

—Estaba a la sazón enfermo un tal Lázaro de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana...

Pero Lázaro se interrumpió y elevó la mirada hacia la mujer:

—¿Qué sentido tiene, María?

Ella lo miró con estupor. Tampoco Juan lo comprendía. El pastor, que lo había acompañado hasta aquel lugar secreto y bien protegido, callaba, sentado en el umbral y ajeno a los grandes secretos de los que se discutía allí dentro.

La madre de Jesús respondió con firmeza:

—Sirve para recordar. A la espera de que se cumpla el misterio...

Lázaro sacudió la cabeza:

—El misterio, madre, está en nuestras manos, ahora: de un modo que aún no conozco, el cumplimiento de la promesa de Jesús depende de nosotros.

María se levantó. Miró a Juan, que miraba a su vez a Lázaro como si se hubiese vuelto loco.

Él no se descompuso, pero sacó de su túnica los seis triángulos de oro.

La mujer los vio y se llevó las manos a la boca, con los ojos abiertos como platos en una expresión casi de espanto.

—Los reconoces, ¿verdad? —preguntó Lázaro—. Él los tenía consigo y se los daba a los hombres a los que devolvía la salud utilizando diversas palabras de curación, una por cada fragmento. A mí, a quien él resucitó, como recordáis y escribís aquí, no me dio ninguna. Pero quiso que, después de su muerte, encontrase todos estos fragmentos, uno a uno. Pues bien, tengo seis: son las puntas de una estrella, pocas dudas caben. Esta noche he llorado, porque ese hombre bueno, que os protege, nutre su alma con la contemplación de las estrellas y por eso de su corazón solo sale el bien, en vez de egoísmo y pasiones...

María recogió los seis fragmentos y los sopesó.

—No los había vuelto a ver... —dijo. Después empezó a recordar—: En origen formaban una figura única. Fue Jesús quien quiso separarlos. Lo encargó a un orfebre de Damasco. Fue su primer viaje, antes de adentrarse un tiempo en el desierto de Judea, más allá del Jordán. Desde entonces solo pasó por casa una vez... para dejarme esto... y ninguna palabra —y, diciendo esto, la madre de Jesús sacó del pecho un colgante de oro, que llevaba al cuello y oculto con cuidado dentro de los pobres vestidos de humilde ama de casa. Levantó aquel objeto precioso y lo mostró al discípulo y al resucitado—. Dijo que lo conservase yo, porque era el origen de su vida mortal. Algún día, me encomendó, se lo entregarás a un hombre justo, cuando llegue el momento de su nacimiento a la vida eterna...

El colgante no era un triángulo.

Era el centro de la estrella, un hexágono con seis lados iguales.

Juan recompuso la figura entera. Ocupaba por completo la palma de una mano.

—¿Y Jesús —preguntó el discípulo a María—, cómo la obtuvo?

—En la Persia de los safávidas, amigos míos, no hay lugar para ninguna fe que no sea el islam chiíta. Han promovido las artes y la cultura, han creado riqueza con tráficos y comercios, han combatido con éxito a los sunitas del imperio otomano. Pero el precio pagado por quien no se quiere adaptar a su dominio es alto...

El sacerdote zoroástrico no añadió más e iluminó a sus huéspedes mientras descendían unas estrechas y resbaladizas escaleras de piedra.

En Saveh, el único templo de la antigua religión del fuego que quedaba en toda Persia, estaba escondido en las profundidades de la roca de la ciudad.

El gobernador de la capital sabía que existía y toleraba que, una vez a la semana, los fieles de Ahura Mazda, el Señor Supremo, se reunieran allí para celebrar sus ritos, según las instrucciones del profeta Zoroastro. Pero nada de todo esto debía trascender al exterior, si no se quería desencadenar la ira de los mulás contra los seguidores de una religión que, muchos siglos antes, en la época de los aqueménidas y los sasánidas, había sido abrazada incluso por las dinastías persas reinantes.

—Después llegó Mahoma —concluyó el sacerdote—, y todo se hizo más difícil...

Habían llegado al corazón del lugar de oración.

Allá abajo, en la oscuridad más total, solo brillaba la pequeña llama del fuego eterno, dándoles luz e impidiéndoles caer. A tientas encontraron las paredes de la cripta, y en ellas se apoyaron en silencio, admirando el símbolo de aquel culto extraordinario.

—Es una luz débil pero indestructible —dijo, orgulloso, el sacerdote—, encendida desde hace milenios y nunca apagada, y es suficiente para inflamar el corazón de los fieles.

El hombre se sumió unos instantes en oración.

Después, con su lámpara, encendió las antorchas colocadas en las paredes.

Y ellos vieron.

La llama surgía de una piedra oscura, apoyada en una gran roca plana y redonda, similar a una muela de molino. Ni leña ni otro material combustible parecía alimentarla, y era como si se originase de la nada.

«Cierto», pensó Tommaso, «nace de una mezcla de pez y petróleo, no distinta de la usada por Gengis Kan para incendiar las ciudades de sus enemigos...».

Aquí, sin embargo, el fuego tenía providencialmente un fin de paz.

Grozio dio una ojeada alrededor.

La estancia en la que se encontraban tenía forma circular y dimensiones restringidas. Los fieles de Zoroastro no permanecían mucho rato delante de la llama y no se arrodillaban, como ocurría en las iglesias cristianas: contemplaban simplemente

el símbolo de la energía creadora, concentrando en él su atención y sus invocaciones.

Tommaso buscó aún una vez más una huella de la que sacar inspiración. Pero en vano. Y un movimiento de descorazonamiento agitó su ánimo.

Nada parecía llevar en aquel templo a las indicaciones recibidas por Huang en Arbil: si Apolonio de Tiana había pasado por allí, no había dejado huellas.

En cuanto a *El libro de las maravillas* de Marco Polo, el enigma parecía igualmente insoluble.

—Cítame de nuevo —lo invitó el sacerdote— el pasaje del libro del que hablas.

Y Grozio recitó, escuchado en silencio por el zoroástrico, el *pandit* y Huang.

—Persia es una región grande y noble, pero, en el presente, está devastada por los tártaros.

Allí se encuentra, sin embargo, una ciudad que se llama Saba y de la que hablaron los tres reyes que fueron a adorar al Cristo cuando nació.

En aquella ciudad están sepultados, en efecto, los tres Magos, en una bella sepultura, y allí se encuentran aún todos enteros y con cabellos. Uno tiene por nombre Baltasar, otro, Melchor y otro, Gaspar. Messer Marco preguntó más veces en aquella ciudad por estos tres reyes: nadie se supo decir nada, sino que habían sido sepultados antiguamente.

Para saber más, desde Saba, viajando tres jornadas, encontraron un castillo llamado Galasaca, es decir, en francés, «castillo de los adoradores del fuego». Es cierto que los habitantes del castillo adoran el fuego, y os diré por qué. Ellos dicen que, antiguamente, tres reyes de aquel barrio fueron a adorar a un profeta recién nacido y que llevaron tres ofertas: oro, para saber si era un señor terreno; incienso, para saber si era Dios; y mirra, para saber si era eterno.

Y cuando fueron donde Dios había nacido, el menor fue primero a verlo, y le pareció que tenía su misma edad; y después, el mediano, y después el mayor, y a cada uno le pareció que tenía su misma edad; y contando cada uno lo que habían visto se maravillaron, y pensaron ir todos juntos. Yendo juntos, a todos les pareció lo que era, es decir, un niño de trece días. Entonces le ofrecieron el oro, el incienso y la mirra, y el niño lo cogió todo. Después de lo cual, él donó a los tres reyes una pequeña cajita cerrada, y ellos partieron para regresar a su país.

Cuando les tres Magos hubieron cabalgado numerosas jornadas, quisieron ver lo que el niño les había dado: abrieron la caja y encontraron en ella una piedra. Cristo se la había entregado para invitarlos a mantenerse firmes en la fe recién abrazada, como una roca. Cuando vieron la piedra se maravillaron mucho y la echaron en un pozo. Pero, al echarla en el pozo, un fuego ardiente descendió del cielo y cayó dentro. Cuando los reyes vieron esta maravilla, se arrepintieron de lo que habían hecho. Cogieron aquel fuego y lo

llevaron a su país para ponerlo en una iglesia. Y aún lo hacen arder y lo adoran como a Dios; y honran todos los sacrificios con aquel fuego; y cuando se apaga, van al original, que está siempre encendido. Nunca encienden el fuego sagrado si no es del original.

Así es cómo y por qué adoran el fuego los de Persia.

Y todo esto contaron en verdad a messer Marco Polo.

Terminado el relato, los cuatro hombres permanecieron en silencio.

Tommaso, el *pandit* y Huang sentían que un hilo misterioso unía los Magos a Jesucristo, y estos, a las indagaciones secretas de Marco Polo, y todo eso a la búsqueda que ahora ellos mismos llevaban a cabo.

Pero aún no veían la trama y el recorrido.

Así, el seguidor de Zoroastro reanudó el discurso:

—El viajero europeo creyó que el culto del fuego nació de la piedra donada a los tres reyes por el profeta Jesús, pero se equivocaba. No sabía que nosotros adoramos esta llama desde hace milenios, mucho tiempo antes de que nacieran otras religiones, hoy más difundidas que el mazdeísmo... —Y dirigió una inclinación a los visitantes extranjeros.

—Tú mismo afirmas, sin embargo, que conoces la historia de los tres Magos...

—Cierto, y estoy convencido de que están verdaderamente sepultados en esta ciudad: nuestra tradición lo afirma. Pero nadie sabe ya dónde se encuentran las tumbas. Además, no está dicho que los Magos vivieran nunca en Saveh ni que hayan estado siquiera aquí. En cuanto a la sepultura, probablemente vuestro predecesor quisiera adornar su propio relato. Y hay un detalle que me induce a pensarlo más que otros...

—¿Cuál?

—Que los tres reyes se hayan conservado con barba y cabellos. En Persia nunca hemos tenido la costumbre de embalsamar los cadáveres.

—¿Por qué?

—Nosotros sostenemos que el cuerpo es impuro y creemos que el alma lo abandona tres días después de la muerte. Antes, los cuerpos se exponían en lugares elevados para que los buitres les arrancaran la carne. Pero hoy, las autoridades musulmanas nos impiden practicar esta usanza, y las Torres del Silencio permanecen vacías. Para evitar discusiones o represalias, sepultamos a nuestros difuntos...

Tommaso estaba desconcertado.

Muchas veces, en aquellos últimos años, habían encontrado confirmación de que ni *El libro de las maravillas* ni el diario de Marco Polo mentían. Ahora, sin embargo, sospechaba que el sacerdote zoroástrico tenía razón y que el equivocado fuese el viajero veneciano.

—¿Qué te hace dudar? —le preguntó el *pandit*.

—Son muchas las cosas que no comprendo —respondió Grozio—, pero una ante

todas.

—¿Cuál?

—Marco Polo no podía no saber que, para la cristiandad, los despojos de los Magos se encuentran en Europa, en Alemania, en la ciudad de Colonia. Allí se conserva un arca que contiene las reliquias momificadas. Según nuestra tradición, fueron descubiertos por santa Elena en el curso de su peregrinación a Tierra Santa. Ella las llevó a Constantinopla, junto con otros importantes testimonios de la religión cristiana, como la vera cruz de Jesús, donándolos a la basílica de Santa Sofía. Después, fueron conducidos a Milán, desde donde Federico I, soberano del Sacro Imperio Romano, los mandó a Colonia en 1164. En Europa existen numerosos testimonios que cuentan esta historia en detalle. ¿Por qué, entonces, Marco Polo ni *El libro de las maravillas* insisten en decir que los Magos estaban sepultados aquí?

Y añadió inmediatamente en tono preocupado:

—Y, sobre todo, si no son los Magos, ¿a quién encontró verdaderamente Apolonio aquí?

Naturalmente, ni el *pandit* ni Huang podían responder a estas preguntas.

Cuando Huang regresó a la aldea, en India, Tommaso y el *pandit* habían escuchado con avidez el relato de sus aventuras, acogiendo como un mensaje de salvación la sugerencia que recibiera en Arbil: trasladarse a Saveh, en Persia, la ciudad llamada Saba por Marco Polo.

Grozio, confortado por los resultados de las indagaciones del chino, se puso rápidamente manos a la obra, preguntándose si los Magos podían representar verdaderamente la clave de bóveda de su búsqueda.

Debía descubrir los vínculos entre ellos, Apolonio y Lázaro.

Pero no era sencillo.

Tommaso recordaba bien el pasaje del evangelio de Mateo que contaba la venida de los Magos a la cuna de Jesús.

Jesús nació en Belén de Judá, en el tiempo del rey Herodes. Unos Magos fueron de Oriente a Jerusalén y preguntaban: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Hemos visto aparecer su estrella y hemos venido para adorarlo». Al oír estas palabras, el rey Herodes se turbó y, con él, toda Jerusalén. Reunidos los sumos sacerdotes y los escribas del pueblo, se informó por ellos del lugar en el que debía nacer el Mesías. Le respondieron:

«En Belén de Judá, porque así está escrito por medio del profeta: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres verdaderamente el pueblo más pequeño de Judá: de ti saldrá, en efecto, un jefe que apacentará a mi pueblo, Israel”».

Entonces, Herodes, llamó secretamente a los Magos e hizo que le dijeran con exactitud el tiempo en el que había aparecido la estrella y los envió a

Belén, exhortándoles: «Id e informaos con precisión sobre el niño y, cuando lo hayáis encontrado, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarlo».

Oídas las palabras del rey, partieron. Y la estrella, que habían visto cuando apareció, los precedía hasta que alcanzó y se detuvo sobre el lugar en el que se encontraba el niño. Al ver la estrella, experimentaron una grandísima alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrados, lo adoraron. Después, abrieron sus cofres y le ofrecieron oro, incienso y mirra. Advertidos en sueños para que no volvieran a Herodes, retornaron a su país por otro camino.

Era un pasaje de significado oscuro, que la tradición oficial de Roma tomaba simplemente como símbolo de la gran reverencia, del temor y de la obediencia que el mundo entero mostraba y debía al Hijo de Dios. Así se lo habían enseñado en Venecia, en el colegio dominico. Pero a su maestro, Giordano Bruno, aquel pasaje le había sugerido siempre un significado más amplio y profundo, como si el vínculo entre los personajes tuviese otras raíces y superase los límites del encuentro en Belén.

A Bruno le había faltado tiempo para indagar en los documentos antiguos y, sobre todo, para viajar en busca de las fuentes de aquellos conocimientos.

La tarea había pasado a Tommaso.

¿Quiénes eran, qué eran realmente los Magos?

La palabra «magos», esto lo sabía bien, venía del griego y era un título reservado a los sacerdotes del culto de Zoroastro. Un culto nacido, como tenía a bien recordar el jefe de la comunidad mazdeísta de Saveh, mucho antes que el cristianismo y que el islam. Pero lo que los reyes sacerdotes hicieran concretamente a diario, en el desarrollo de su propia misión, estaba envuelto en el misterio: qué prerrogativas, qué poderes, qué dotes tenían, nadie lo sabía.

A Giordano Bruno y a Grozio no se les escapó que la misma palabra griega «magos», en el Evangelio de Mateo se traduce como «sabio»; en los Hechos de los Apóstoles se vertía como «chamán». Ni que allí no tenía ciertamente un significado halagüeño: era el famoso episodio de Elimas, oponiéndose a Pablo durante su misión en la isla de Salamina. Y siempre en los Hechos de los Apóstoles el mismo término despreciativo, «chamán», se refiere a Simón Mago, que trató de corromper a Pedro en Samaria.

¿Qué tenían en común Elimas, Simón Mago y los tres Magos?

¿Y por qué la Iglesia distinguía entre dos «chamanes» y los tres «sabios» que habían rendido honor a Jesús?

Quizá porque, se había dicho Tommaso, ni siquiera la Iglesia de Roma podía permitirse infravalorar a los Magos.

Las jerarquías eclesiásticas, aunque siempre dispuestas a distinguir al bueno del malo, a exaltar su propia misión y la figura de Cristo, despreciando cultos y profetas

distintos, sabían algo de los Magos que impedía reducirlos al estado de «chamanes».

«¿Qué sabían?», se preguntaba Tommaso.

¿Y qué tenía que ver este secreto con Jesús?

Si había una respuesta, observaba Grozio, se había perdido en los siglos, y nadie había hecho verdaderamente un esfuerzo para sacarla a la luz.

Al contrario, mucho se había hecho para confundir las aguas, incluso en tiempos recientes, cuando la tradición canónica ya estaba establecida y había disminuido el peligro de contaminación con los paganos.

Tommaso sabía que, en la *Biblia del rey Jacobo*, se citaba a los Magos con un término arcaico que indicaba al mismo tiempo al filósofo, al científico y al personaje importante: mucho más que un simple «sabio». Pero aquella tradición había sido condenada y nadie más había vuelto a arriesgar el cuello indagando sobre ella.

Al perderse por completo el significado original y más profundo de la palabra «magos», cada uno ligaba la figura y los cometidos de los Magos al papel que le resultaba cómodo, contentándose con el sentido más obvio.

Como, según Mateo, estaban dedicados a la observación de las estrellas, los maestros teólogos de Tommaso habían concluido que eran astrólogos, y la procedencia de Oriente los había llevado a indicar un origen persa.

Quizá, admitían en Roma, los Magos fuesen sacerdotes de Zoroastro.

Pero nada más.

Y Grozio reflexionó amargamente sobre el hecho de que, cuando huyó de Italia, muchos de sus más eminentes correligionarios no distinguían la astronomía de la astrología. Y que, por eso, en consecuencia, los Magos no eran verdaderos científicos, como él sostenía, en cambio.

Por desgracia, ni siquiera su sed de conocimientos había podido conducirlo más allá.

Y ahora, encerrado en el corazón del único templo zoroástrico de toda Persia, dudaba que alguna vez llegara a descubrir verdaderamente la naturaleza secreta de los Magos.

Había pasado demasiado tiempo desde los acontecimientos que tenían que ver con ellos.

Y demasiadas fuerzas se habían prodigado en el intento de borrar de la memoria el recuerdo y el significado.

—¿Es todo?

Huang fue quien hizo la pregunta.

El chino había esperado obtener del sacerdote de Mazda mejores informaciones, y a duras penas lograba contener su impaciencia.

—Sí, el templo es este y ninguno más...

—¡No es posible, no es posible! —gritó el asiático—. ¡No podemos estar equivocados!

El hombre no replicó, desconcertado.

Después añadió, vacilante:

—Nuestro culto se desarrolla aquí dentro, ante el fuego eterno... pero bajo esta estancia hay una segunda...

—¿Por qué no lo has dicho antes? —preguntó Huang, acercándose, amenazador, al persa.

Tommaso extendió el brazo y detuvo al compañero de investigaciones.

Después se volvió al sacerdote.

—¿Qué esconde esa estancia?

—Nada —respondió el sacerdote, sacudiendo la cabeza—, por eso la olvidaba. Fue usada un tiempo como cámara del tesoro. Pero desde hace ya siglos está vacía: los mulás obligan a nuestra gente a entregar sus propias ofrendas a las autoridades y nosotros, para sobrevivir, hacemos grandes sacrificios...

—¿Cómo se entra en la estancia de la que hablas?

El hombre, por toda respuesta, tocó en la semioscuridad un punto de la pared que estaba a espaldas del fuego eterno. Conocía bien la ubicación, porque no anduvo a tientas y la encontró con gran seguridad.

Una puerta secreta se abrió en el muro y los cuatro se encaminaron a una breve escalera que llevaba abajo.

La celda del tesoro, como había dicho el sacerdote, se encontraba perfectamente alineada con el templo superior y aparecía completamente vacía. Sin embargo, aunque pareciese abandonada desde hacía mucho tiempo, ni polvo ni telarañas la ensuciaban, y el aire que se respiraba no olía a cerrado, como si un soplo purificador barriese de vez en cuando aquellas paredes.

—¿Estás seguro de que ningún conducto la conecta con el exterior?

—¡Claro! —respondió el zoroástrico—. De siempre atribuíamos la bondad del aire que se respira en esta estancia a la grandeza de los espíritus que la frecuentaron en la antigüedad...

Los cuatro hombres levantaron las antorchas, pero nada emergió de la oscuridad.

—Aquí abajo no hay nada, ya os lo he dicho. Yo mismo entro muy rara vez...

—¿No hay otras puertas secretas? —preguntó Huang.

—No —respondió el sacerdote.

Tommaso sintió que la desilusión se apoderaba de su corazón.

Después advirtió algo bajo sus pies. El pavimento de piedra no era liso. Unas líneas lo marcaban, diseñando una inscripción.

—¡Bajad las antorchas! —ordenó con voz sofocada.

Y, cuando la luz inundó el pavimento, vieron un gran símbolo trazado en la blanda piedra.

Era una flor de loto de ocho pétalos.

De repente comprendieron que estaban junto a la meta.

Tommaso le pasó su antorcha a Huang y se arrodilló en el suelo.

El dibujo era en todo semejante al trazado por Marco Polo en su diario.

El viajero veneciano había estado allí en el curso de su indagación: ahora estaba seguro. ¿Pero por qué había dibujado aquella forma misteriosa en sus apuntes?

Bastaron pocos segundos y Grozio lo comprendió.

El veneciano había estado en Saveh, pero no había querido reproducir todo lo que había visto.

Alrededor de la flor de loto había inscrita, en efecto, una frase.

—Es una fórmula antigua... —Tommaso sintió un escalofrío e, incluso a la escasa luz de las antorchas, sus compañeros se dieron cuenta de que estaba pálido.

Después la observó mejor y dijo:

—No es una de las lenguas de la tierra de la que yo provengo. Es una lengua oriental... —Se volvió sorprendido hacia el *pandit*—. Es sánscrito... la lengua en la que se compusieron los libros sagrados de tu religión.

—Pronúnciala, Grozio —prorrumpió Huang, en el colmo de la excitación—. Solo tú puedes hacerlo, porque solo tú has adquirido el conocimiento interior necesario para transformar esas palabras en realidad. Pronúnciala y finalmente sabremos si hemos cumplido la misión confiada por el Hijo del Cielo...

—No la pronuncies, Tommaso —lo invitó en tono tranquilo el *pandit*—. No sabes cuál es el significado real de esas palabras, ni qué consecuencias conllevan. Podríamos morir los tres y el secreto de la fórmula moriría con nosotros...

—¡Pronúnciala, Grozio!

—¡Renuncia, discípulo!

Tommaso se volvió a mirar a los dos hombres, imponiéndoles silencio sin proferir palabra alguna.

Ahora lo sabía.

Habían alcanzado el corazón de la secta de Lázaro.

Y a él le tocaba desvelar el secreto.

En Hippias, Lázaro se encontraba de nuevo ante el vivaz espectáculo de los intentos de los escolares para luchar contra la distracción para seguir las enseñanzas del maestro griego.

Aquel día se hablaba de música. Pero, en vez de hacer cantar a los niños una canción alegre, el seguidor del pitagorismo trataba de introducirlos en los misterios de las proporciones matemáticas de la armonía. Para hacerlos percibir, decía, la mística belleza del movimiento regular de las esferas celestes.

El resucitado, que seguía aquellos esfuerzos manteniéndose separado, sonreía para sí ante tanto empeño.

En un momento, uno de los estudiantes se acordó de él y, sin ninguna timidez, lo señaló:

—¡Es el extranjero que quería una lección solo para sí! —susurró a los compañeros.

Los niños comenzaron a mirarlo y a bromear sobre su aspecto de viandante fatigado. El maestro se volvió en la dirección indicada por muchos y, reconocido el misterioso investigador de Judea, se acercó a recibirlo con un abrazo.

Sorprendidos, los niños enmudecieron.

—¿Has regresado porque has descubierto algo importante? —preguntó con ansia Apolonio.

Lázaro sonrió:

—Sí. Ahora veremos si eres verdaderamente un amante de la verdad, como te definiste.

—Espera solo un poco —respondió el griego—, terminaré la lección y después iremos a mi casa.

La excitación del maestro era evidente para todos. Y levantó aún más escándalo cuando cerró lo más rápido posible el argumento que antes estaba tratando con tanto empeño y se olvidó de encargar a los alumnos una tarea para los días sucesivos.

Así, mientras desfilaban bajo los ojos divertidos del judío, los niños lo miraron con cierta consideración.

Inmediatamente después, los dos hombres se encaminaron juntos por la calle principal intercambiándose las últimas noticias, sin perturbarse por el ir y venir de la muchedumbre y por los gritos de las contrataciones.

El resto de la tarde y las primeras horas de la noche estuvieron dedicadas a un rápido debate. Era ya de noche cuando Apolonio resumió muchos razonamientos:

—Comprendo tus emociones —le dijo a Lázaro, sirviéndole una ronda más de bebida—. También yo, que me he inspirado toda la vida en el ideal de la imperturbabilidad del sabio, no consigo dominar mi corazón mientras mi mente corre

lejos a imaginar las consecuencias de cuanto me has contado...

Lázaro asintió, pensativo. Se sentía mejor, ahora que había podido exponer con el mayor orden posible todo lo que había descubierto. En silencio, se quedó mirando al hombre que le estaba dedicando una atención tan desinteresada. Entre ellos, colocada en el suelo, yacía la estrella de seis puntas que pocos días antes un hábil orfebre de Antioquía había recompuesto en una única pieza.

—Hay una pregunta que me atormenta desde que te he vuelto a ver hoy — prosiguió el griego.

Lázaro miró al maestro:

—Habla, al menos no seré solo yo el hombre de las dudas...

El matemático se sentó:

—Comprendo que me hayas pedido consejo cuando me encontraste por primera vez: me viste explicar a los niños cuestiones de geometría que, obviamente, te interesaban y yo te ayudé a leer las propiedades de la estrella que llevas contigo. Pero ¿por qué has vuelto a mí, ahora que tienes la confirmación de formar parte de un diseño tan grande?

Lázaro explicó:

—Te lo había prometido. No quisiste que te pagase, pero me pediste que viniese a contarte mis descubrimientos... Y, volviendo de Antioquía, estaba de camino...

El griego se puso serio:

—No bromees, Lázaro de Betania. Todo lo que me has contado, tu resurrección milagrosa, las seis puntas correspondientes a seis curaciones, las seis palabras misteriosas, el séptimo elemento en manos de la madre del profeta Jesús... Todo me hace pensar que estamos en el umbral de un misterio sagrado. No puedes haber vuelto a mí únicamente por respeto a una vaga promesa.

El resucitado bajó la mirada. La estrella brillaba, mudo testigo de tantos interrogantes. Apolonio tenía razón: era el momento de llegar al fondo, siguiendo la intuición que lo había conducido hasta él.

—A mi relato le falta aún una parte —comenzó—. Y esta parte habla de gentes extranjeras, gentes de las que no conozco la lengua ni la fe... gentes que infunden en mí un oscuro temor...

Vaciló.

El griego lo animó:

—También yo soy un extranjero —dijo—, sin embargo, conmigo puedes hablar...

—No se trata solo de la lengua y del origen: estas personas no parecen provenir de un lugar del mundo, por lejano que sea. Parecen... venir del cielo, guiadas por conocimientos superiores.

Apolonio notó la turbación del amigo.

—¿Pero de quien estás hablando?

—De hombres que María recuerda con el nombre de Magos: se presentaron en el momento del nacimiento de Jesús. Eran extranjeros ricos y sabios, adoradores del

fuego, maestros en la ciencia de los astros, magos potentes, pero, sobre todo... suscitadores de profetas.

El matemático volvió la mirada a las llamas que ardían en el camino. Aquellas palabras, pronunciadas con temor, suscitaban en él recuerdos y sorprendentes asociaciones.

—¿Magos? —preguntó, reflexionando.

—Como te he dicho, es el nombre con el que María, la madre de Jesús, lo recuerda —confirmó Lázaro. Después añadió—: Escucha: he venido a ti porque pienso que tienes un conocimiento más vasto que el mío a propósito de las gentes del mundo que nos circunda. También el maestro de justicia de los esenios, que ellos tienen como enviado de Dios, a la vista de esta estrella, no sabía qué pensar. Como es lógico. Su mente está ocupada por las tradiciones de Israel: los Patriarcas, la Ley, los Escritos y los Profetas. Pero los acontecimientos asociados a este símbolo tienen un origen más antiguo, más lejano y más vasto... Necesito la ayuda de un alma pura, distinta de la mía. El alma de un hombre en busca de la verdad, pero no implicado en los hechos, y que me ayude a verlos a una luz a la que no estoy acostumbrado a pensar. ¿Lo entiendes?

Apolonio miró al resucitado; después volvió a mirar al fuego.

—Lo entiendo —respondió. Después se concentró, como si estuviese pensando para otro, y con voz firme dijo—: Te ayudaré, si puedo. Pero antes conviene que quede clara una cosa.

—Dime.

—Yo puedo conocer parte de la ciencia del mundo. Pero tú y solo tú eres el iniciado en un saber del que no comprendemos aún sus dimensiones. No esperes de mí respuestas que te abrevien el camino: la vía es tuya, y eres tú quien debe recorrerla por voluntad de un dios que te ha escogido y que nos es ignoto.

Lázaro asintió...

—Bien —concluyó el griego—. Y ahora cuéntame con calma lo de estos sabios extranjeros.

La mañana siguiente, los alumnos del maestro de Capadocia tuvieron una nueva sorpresa: el enseñante los saludó, con calor y con muchas recomendaciones. Por unos días, dijo, la escuela permanecerá cerrada, a la espera de un nuevo maestro, un joven de talento hecho venir de Gadara, que tomase posesión de su puesto, dado que él tenía que ausentarse para un largo viaje.

A su lado, estaba el misterioso extranjero ya preparado para reanudar su camino. Dispersándose en grupos por el mercado, los niños hacían hipótesis fantasiosas sobre aquel curioso personaje que se llevaba al sabio griego.

Los dos partieron hacia mediodía. Apolonio había colocado sus textos y sus instrumentos más valiosos en una alforja grande y después la había fijado a la silla de

un asno adquirido aquella mañana.

Mientras salían, Lázaro comentó con mucha consideración aquellos preparativos:

—Otro se hace cargo de tu escuela y para partir has gastado buena parte de tus ahorros...

—Es la ocasión más importante de mi vida —respondió decidido el griego—. Además, he viajado más de lo que crees y he tenido otras escuelas, en Capadocia y en Siria. En cualquier sitio, enseñando, he encontrado con qué ganarme el pan, ¡pero nunca he aprendido tanto como puede ocurrirme contigo!

Se dirigieron al norte.

Apolonio se había decidido por aquella dirección porque otras hipótesis sobre el lugar de origen de los Magos le parecían menos probables:

—¿Observadores de estrellas y adoradores del fuego? —había dicho—. No puede tratarse de maestros egipcios. Por los otros dones que ofrecieron a la familia, el incienso y otros productos, podríamos pensar, en cambio, en Arabia... Pero de aquellas tierras surgen, ciertamente, riquezas, no una profunda sabiduría. ¿Recuerdas la gesta de Salomón? La reina de Saba llegó a él con espléndidos dones, pero lo interrogó largo rato para hacer suya, al menos, parte de su sabiduría...

—¿Tú conoces nuestras tradiciones, los escritos de nuestros sabios y profetas?

Apolonio sonrió:

—Te he recordado que tú eres el bendecido... Mientras yo solo soy un pobre estudioso...

Lázaro miró al amigo.

—¿Y por qué, entonces, ir al norte?

—Porque es la vía para Oriente: pasaremos por Damasco, rodearemos el gran desierto arábigo y después descenderemos siguiendo el Éufrates, hasta donde se une con el Tigris. Desde allí entraremos en la región del imperio de los partos que llaman Susiana. Evitaremos las grandes ciudades y nos adentraremos en el altiplano, siguiendo las pendientes de los montes Zagros...

La descripción de aquel itinerario intimidó al resucitado:

—Es un viaje larguísimo. ¿Es seguro que esta sea la meta?

Apolonio asintió con firmeza:

—Heródoto, el gran explorador, describe en sus *Historias* las tradiciones y las creencias de los adoradores del fuego, que viven entre aquellas montañas. Y a esto añade que, en Oriente, de Mesopotamia al valle del Indo, se cultiva desde hace milenios la ciencia de la observación de las estrellas...

En las semanas sucesivas, en las pausas del lento proceder y durante la larga navegación por el gran río de Babilonia, Lázaro tuvo ocasión de aprender muchas cosas de su locuaz compañero. A cambio, Apolonio lo interrogaba continuamente a propósito de Jesús y de sus milagros.

—Esta no solo es sabiduría —comentó un día mientras estaban acampados en la periferia de la gran ciudad de Susa...

—¿Y qué es? —preguntó Lázaro.

—Es poder. Es decir: la fuente de todo poder.

Después de casi dos meses de viaje, las áridas gargantas del altiplano iraní los acogieron con su aspereza.

En un pueblo grande, centro de tránsito y de intercambio para los pastores de la región, Lázaro y Apolonio vieron por primera vez un templo en el que se adoraba el fuego.

El sacerdote, orgulloso de poder dar hospitalidad a dos extranjeros, los acompañó al aula sacra, donde la llama ardía perenne gracias a su atento cuidado.

—¡Ay si el fuego se redujese! —recordó el persa—. El ciclo de la vida, el vigor del bien se interrumpirían y fuerzas oscuras se abatirían sobre nuestra ciudad, sobre nuestras familias, sobre los rebaños, sobre los pastos, sobre los pocos campos cultivados. Los torrentes se secarían, el cielo no daría más sus bienes: la luz del sol y el agua...

—¿Pero el encendido de un nuevo fuego alejaría estas desventuras? —preguntó Apolonio.

El sacerdote se entristeció:

—No existe un fuego nuevo, como dices tú. ¡El fuego que nosotros adoramos es eterno y es el único!

El griego respondió:

—No quería ofenderte —dijo—. Perdona mi ignorancia...

—No importa —contestó el otro—. Tú vienes de lejos y, seguramente, has pensado en el rito que se cumple en Ctesifonte, la capital de los partos que nos dominan desde hace siglos y, nómadas salvajes que eran en el origen, tratan de ennoblecerse recuperando la cultura persa...

—Hablad de este rito —lo estimuló Lázaro.

El persa explicó:

—Ya los últimos reyes de los persas se atribuyeron el honor de dejar extinguir el fuego sacro a la muerte de cada soberano y marcaron el inicio de un nuevo reinado con el rito del reencendido. Todo esto para significar que el universo muere y renace con un nuevo señor del mundo...

Estas últimas palabras fueron subrayadas con una expresión de disgusto. Lázaro y Apolonio se miraron en silencio y esperaron que el sacerdote expresase toda su doctrina. Después de una pausa, continuó:

—¡Es una locura! Nosotros, verdaderos adoradores del fuego, sabemos que se trata de una vulgar blasfemia: ¡nadie puede atribuirse el poder de la vida!

Lázaro sintió que lo invadía una profunda emoción:

—¿Queréis decir... que la vida que muere debe ser dejada en la oscuridad porque su muerte demuestra... que esa no era una vida verdadera?

El persa captó la ansiedad contenida en aquella pregunta. Miró al extranjero y lo interrogó a su vez:

—¿Dudáis, quizá? ¿Nunca habéis asistido a la muerte de un hombre, o incluso solo a la de un pájaro, de una flor? Lo único que podemos hacer, ante la muerte, es dejar que los vivos se alimenten del cuerpo de los muertos. Y, de hecho, nosotros dejamos los restos de nuestros difuntos expuestos sobre la cima de altas torres, para que las aves puedan devorarlos.

Apolonio intervino:

—Pero el dios que dio el fuego de la vida... ¿no sería él quien realmente lo conserva eternamente? ¿No podría él, él solo... reavivar la llama que se extingue?

El sacerdote dio un paso atrás, turbado.

—¿Quién sois? —preguntó, inquieto.

El griego calló, pero Lázaro habló con voz firme, mostrando al persa la estrella de seis puntas que, a la luz del fuego, dio un destello de luz:

—Yo soy Lázaro de Betania, en Judea. Y estoy... resucitado de la muerte.

El viejo Baltasar fue acomodado en la sede central de la gran sala excavada en el corazón de la montaña de Shirkuh. La noticia recién llegada del sur era para él y rápidamente lo llamaron de su celda, revestido de preciosas vestiduras, venerado como un príncipe en el día de su ascenso al trono.

Aquellos ritos y aquellas atenciones sorprendieron a muchos. Hasta aquel día, en efecto, Baltasar había ocupado un papel de segundo plano en la comunidad. Durante años, mientras los ojos se lo habían permitido, había seguido escrutando las estrellas y apuntando pacientemente los fenómenos que parecían turbar el equilibrio celeste. De día, en cambio, alternaba momentos de meditación de las antiguas escrituras con simples trabajos manuales: cultivaba un pequeño huerto, fabricaba con sus manos sencillos aperos e instrumentos de uso cotidiano.

Vivía en paz, permanecía casi siempre en silencio, saludaba a todos con un gesto de la cabeza y una ligera sonrisa, no pedía nada a nadie. Parecía no tener nada que enseñar y no ejercía autoridad alguna. Desde que su edad lo había habilitado para participar en el consejo supremo de los ancianos, él se sentaba en su sede y escuchaba paciente, asintiendo a las palabras de cada uno de los participantes, como si siempre estuviese de acuerdo con todos.

Era el único de toda la comunidad que no parecía trabajar por su desarrollo, por la educación de los más jóvenes, por la mejora de las relaciones con el exterior.

Ninguno de los alumnos de la escuela conocía el verdadero motivo de tanta originalidad y muchos acababan considerándolo un personaje curioso e inocuo.

Pero aquel día, después de tantos años, algo se había puesto en movimiento y el viejo Baltasar se había convertido de repente en el protagonista de un acontecimiento misterioso que llenaba la atmósfera de una indefinible tensión.

La excitación se leía en las miradas de los monjes más ancianos, que convergían hacia la sala central apresurando el paso e intercambiándose miradas cargadas de significado.

Cuando todos los miembros más destacados entraron, con sorpresa escucharon al maestro supremo leer muchos de sus nombres en una lista nunca usada antes. Después, los llamados fueron invitados a salir. Al término de esta precisa selección, ante el pacífico anciano se sentaban, envueltos en un silencio solemne, veinticuatro hombres en total.

Sin perder más tiempo, a una señal del maestro, dos de los presentes abrieron una puerta secundaria, que daba a una pequeña estancia lateral. En ella, un hombre estaba a la espera.

—Pasad —dijo la autoridad suprema. Y señalando a Baltasar, añadió—: Poneos frente al último de los ancianos del profeta de Occidente.

El hombre era el sacerdote zoroástrico al que Lázaros y Apolonio encontraron al pie de los montes Zagros. Avanzó lentamente y miró con temblor al anciano a quien le había indicado. Tenía delante a una leyenda viviente y lo sabía. También muchos de los presentes se habían sorprendido cuando oyeron aquel título atribuido al humilde personaje del que casi ignoraban su presencia entre ellos.

Todos estaban pensando lo mismo: los ancianos del profeta de Occidente eran los que, treinta años antes, habían partido hacia las tierras que estaban más allá del Tigris y el Éufrates, habían recorrido el desierto de Arabia y alcanzado las llanuras a lo largo de la costa del mar del poniente. Aquella peregrinación, de fin desconocido, había sido un recorrido sobre la tierra, pero había seguido una vía trazada en el cielo, en busca, se decía, de un gran tesoro o de una extraordinaria revelación.

—¡Venerable! —dijo el maestro girándose hacia Baltasar—: Tu espera ha finalizado. Tus compañeros murieron con la esperanza de ver este día y ahora ha llegado. Observa el don que este hombre ha traído para ti...

Hizo una seña al hombre que habían hecho entrar y este extendió la mano y mostró al anciano una estrella de oro de seis puntas.

Baltasar no reprimió la emoción:

—¡Hermanos! —exclamó, poniéndose en pie. Después, tomó la joya de las manos del visitante y la levantó, con mano trémula.

—¡Hermanos! —repitió—. La estrella de la inmortalidad ha vuelto. La estrella de seis puntas que contiene en sí el tres, el siete y el doce en perfecto equilibrio y es testigo de la manifestación del poder antiguo de la humanidad ha llegado hasta nosotros. ¡Solo un hombre, al que está reservado el don más grande de los dioses y lo renueva por todos nosotros puede tenerla consigo!

El maestro prorrumpió en una oración:

—¡Ahura Mazda sea alabado por la eternidad!

—¡Alabado sea! —respondieron a coro todos los demás.

—¡Alabado Zoroastro, el profeta!

—¡Alabado sea!

Pero el anciano, que mantenía levantada la joya, dirigió la mirada en torno y, con solemnidad, dijo:

—No, hermanos. El Poder que está en el origen de este don está en el origen de todo bien y de toda fe conocida. Él es antes de Ahura Mazda, antes de toda divinidad cuyo nombre es pronunciado con temor en las distintas partes del mundo y en diversas lenguas. Él es desconocido también para ti, maestro, que eres digno de guiar esta comunidad de justos que cultivan el fuego eterno y la sabiduría. Él, en efecto, es más que un dios: es el Principio y no tiene fin y, respecto a él, todos los demás principios, que los hombres llaman dioses, son como las puntas de esta estrella...

El mismo maestro abrió de par en par los ojos al escuchar aquellas palabras.

—¡Su nombre es impronunciable —concluyó el anciano con voz inspirada—, su naturaleza, incognoscible; su potencia... es la vida que bulle en cada uno de nosotros!

Lázaro y Apolonio esperaban bajo las tiendas del campamento organizado con sorprendente rapidez por sus guías.

Se habían hecho conducir sobre las cumbres nevadas y azotadas por los vientos del Shirkuh. Habían seguido al sacerdote del fuego, convencidos para fiarse de él más de su tembloroso estupor que de sus argumentos.

Ahora, mientras los hombres de la escolta preparaban para ellos una comida caliente, al aire límpido y frío contemplaban las extensiones del desierto de Kavir, hacia el norte, y las del desierto de Lut, al este.

Dos días antes, después de haberlos invitado de nuevo a fiarse de él y haberlos saludado con profunda deferencia, el sacerdote los había dejado y había trepado por la dura pendiente.

Ahora, Lázaro reflexionaba, inquieto: habían confiado al persa la estrella de seis puntas. La joya, era evidente, constituía para el extranjero un tesoro sagrado. ¿Pero habían hecho bien en darle crédito? Al recibir el astro resplandeciente y al colocarlo con cuidado en un bolsillo interno del hábito, el hombre había pronunciado palabras enigmáticas:

—Ahora la estrella volverá a entrar en su casa. —Después, mirando a Lázaro, había añadido—: Pero *tú* serás el rey de aquella casa.

La voz de Apolonio sacó al amigo de sus reflexiones:

—¿En qué estás pensando?

El resucitado respondió poniendo voz a sus propios pensamientos:

—Que si hubiesen querido simplemente apoderarse de la estrella, estos hombres habrían podido precipitarnos en una de las gargantas que hemos atravesado...

—Entonces nuestra espera tiene un sentido —concluyó de acuerdo el griego.

—¿Adónde crees que habrá ido? —preguntó Lázaro tras una pausa.

Apolonio observó la vertiente de la montaña. No se veían construcciones ni pasos

a una gruta que un grupo de ascetas podría utilizar como sede de su vida retirada.

—En la cima del monte debe de haber fijado su morada algún santón solitario. Quizá un anciano célebre por su austeridad y su sabiduría...

—Quizá —añadió el judío—, uno de los magos que fue a visitar a Jesús pocos días después de su nacimiento...

—Y que lo encontró, secretamente, en los años de su iniciación en los misterios de una fe nunca abiertamente anunciada a ningún pueblo. Misterios que alguien conserva entre estas montañas...

Lázaro reanudó el hilo de su común razonamiento:

—¿También tú, entonces, piensas que Jesús estuvo aquí?

El amigo miraba la inmensa extensión del desierto.

—Tienes razón: no hay otra explicación —respondió—. Según el testimonio de María, Jesús recibió como don la estrella cuando era un recién nacido. Inmediatamente después, se desencadenó contra su vida una terrible y desconsiderada persecución: otros muchos niños fueron asesinados con el único objeto de matarlo también a él. Después, su familia huyó a Egipto y allí vivió los años de la infancia, nutriéndose con viva inteligencia de los misterios de aquella tierra. A continuación, volvieron a Nazaret y el muchacho creció como un buen heredero del pueblo de Abraham: conoció el templo y sus ritos, estudió los profetas y sus promesas, escuchó la pobre predicación de la sinagoga...

—Y tampoco esta satisfacía sus preguntas... —interrumpió Lázaro.

—Cierto. Apenas se hizo un hombre, comenzó a pasar períodos cada vez más largos en el desierto al este del Jordán. Seguramente llevaba consigo la estrella, cuyo auténtico origen no conocía ninguno de sus parientes...

Una pausa. No era la primera vez que, en el curso del viaje, los dos trataban de reconstruir aquel recorrido.

—La estrella lo guio... —continuó Lázaro.

—Sí, lo comprendo. La mostró a comerciantes y monjes solitarios en el desierto. La mostró también a los esenios, que debieron de considerarla como un amuleto de algún execrable culto pagano...

—Al fin, arriesgándose cada vez más a que alguien quisiera robársela, la mostró a la persona adecuada. Alguien que le indicó la vía del Oriente, la vía de los adoradores del fuego, seguidores de un profeta que vivió seiscientos años antes que él...

Apolonio frunció el ceño:

—¿Entonces, el dios que le donó el poder de curación y resurrección... es el dios de esta gente? ¿Y por qué no lo anunció abiertamente, acompañando su misión con prodigios?

Lázaro sonrió:

—He hablado de un profeta poderoso que vivió hace seiscientos años... pero el mundo es aún más antiguo, amigo mío... ¿No comprendes? Cada una de las religiones que conocemos se atribuye poderes de salvación. ¡Pero aquí estamos

hablando... de quien conoce verdaderamente estos poderes!

El día después, hacia la caída de la tarde, el sacerdote volvió al lugar donde estaban.

No parecía haber pasado tres días enteros expuesto a la furia del viento. Su rostro, en realidad, expresaba más gozo que cansancio.

Lázaro le preguntó de inmediato por la estrella y el hombre le reveló que ya no la tenía consigo.

—¿A quién se la has dado? —exclamó el resucitado.

La respuesta del persa le sorprendió:

—La he restituido a quien se la ofreció a Jesús, hace muchos años. Será él, que te espera, quien te la mostrará de nuevo.

Y, sin perder tiempo, los condujo antes de la oscuridad a la invisible hendidura en la roca que hacía de entrada a la serie de galerías donde vivía la comunidad de magos del Shirkuh.

En la sala solo estaban ahora tres. Lázaro, de pie, estaba en frente del anciano con vestiduras reales y el maestro de la comunidad.

—No te pongas rígido —le recomendó el maestro—. Debes comprender la enorme importancia de cuanto está sucediendo. Como portador de la estrella, tú podrías ser...

Vaciló. Su ciencia y su experiencia lo hacían jefe indiscutido de una comunidad de iniciados. Pero aquellas horas turbaban su fe y sometían a dura prueba sus más profundas esperanzas. Miró al anciano y este prosiguió:

—Podrías ser el nuevo profeta de la inmortalidad.

Aquellas palabras resonaron en la sala casi como amenazadoras.

Lázaro extendió los brazos:

—Es lo que soy, os lo he revelado. Os he hablado de Jesús de Nazaret hasta su muerte en cruz y su sepultura. Os he dicho que él me resucitó. Ahora sabéis que hizo dividir la estrella en siete partes: una se la dio a su madre; seis, los rayos, se los dio a seis hombres que curó de seis enfermedades diferentes. A cada uno le reveló una palabra de curación... Y yo, renacido, fui encargado de recoger toda esta herencia, reunirla y...

—Devolverla a su origen —concluyó el anciano, sonriendo.

El resucitado acogió aquella sonrisa y se sintió estimulado:

—¡Entonces me creéis!

El anciano recobró un aire grave:

—No saques conclusiones apresuradas, Lázaro de Betania. Antes de nada, nosotros pensábamos que Jesús era el preescogido... Y, en cambio, después de los años de formación que vivió en estas montañas, hablando solo conmigo, y después de

su predicación pública, la estrella vuelve... traída por otro... ¡Otro de quien no habíamos oído hablar, mientras aquel hombre extraordinario ha muerto incluso como un malhechor!

Lázaro inclinó la cabeza, amargado:

—¿Pensáis, entonces, que yo soy... un ladrón, un... traidor?

El anciano se levantó y se le acercó. Lázaro levantó la mirada y encontró aquellos límpidos ojos claros, sorprendentes en un hombre de Oriente.

—El poder del que estamos hablando —pronunció con cuidado el viejo— es el sueño de muchos espíritus elegidos y de profetas y sacerdotes de muchas religiones. ¿Tú, tú solo, llevarías el peso?

El resucitado sostuvo la mirada indagadora y respondió despacio:

—Sí. Si esta es la voluntad de los dioses.

El anciano empezó a recorrer la sala. Después se volvió, miró aún a Lázaro, que esperaba una palabra, y dijo:

—Si eres el resucitado, la muerte no te dará miedo. —Después se acercó de nuevo y concluyó, decidido—: ¿Quieres poder? Bien: podrías obtener la nada y perderte en ello...

—¿Qué significa? —preguntó, inquieto, el amigo de Jesús.

—Lo descubrirás pronto —respondió Baltasar—. Vive con nosotros y espera, paciente, la revelación de tu verdadera naturaleza...

Era aún él mismo. Veía con sus propios ojos, percibía voces y sonidos con sus propios oídos, reconocía el lugar y a las personas. Pero sabía también que se encontraba ante su propio cuerpo bañado por el sudor y animado por una respiración afanosa. Fluctuaba en el aire, y también se daba cuenta de esto.

Los otros no se percataban de él, incluso cuando se ponía frente a ellos. Él, en cambio, los veía y escuchaba.

Si una voz, del mundo de antes o de este en el que vivía ahora, le hubiese preguntado: «¿Quién eres?», habría respondido inmediatamente: «¡Soy Lázaro de Betania!». Y lo habría hecho con convicción, así como ahora iba repitiendo aquella firme conciencia como si fuese su única garantía frente a un peligro inminente.

Delante de él, sin embargo, estaba su cuerpo, tendido en una camilla. Sentados alrededor de ella estaban Baltasar, el maestro y Apolonio.

El amigo que lo había seguido desde Hippius hasta allí no ocultaba su ira:

—¡Lo habéis envenenado! ¡Si sospechabais de él, hubieseis podido someterlo a otras pruebas y, en cambio, lo habéis envenenado... a escondidas!

Bajo los ojos fluctuantes, para él invisibles, de Lázaro, Baltasar respondió al extranjero con palabras duras:

—Comprendo tu turbación —dijo, impasible—, pero no teníamos otra opción: si este hombre ha vuelto de la muerte, no temerá la muerte.

—¡Entonces podría morir verdaderamente! —exclamó Apolonio, horrorizado.

El otro asintió.

—Sí. Es difícil que su cuerpo venza el veneno que le hemos hecho beber... —dijo y, a un movimiento irritado del griego, añadió—: Sin embargo... no es imposible. Este veneno tiene su origen en una rara fórmula que sirve para poner un alma *delante* de la muerte: es ella, después, quien decide verdaderamente qué hacer consigo antes de que las energías vitales del cuerpo queden definitivamente comprometidas...

El maestro de matemáticas y geometría, el cultivador de la filosofía pitagórica, estaba sentado, resignado, al lado del compañero de aquel increíble viaje.

Toda la escena se desarrollaba ante los ojos del alma de Lázaro, que fluctuaba a un par de metros sobre las cabezas de los presentes, mientras el cuerpo de Lázaro permanecía tendido, inconsciente.

El Lázaro que observaba todo se dijo: «Estoy muriendo, entonces», y no se sorprendió ni se asustó. Sintió, en cambio, que una fuerza, dulce pero firme, lo elevaba. Una profunda indiferencia lo invadió: era cansancio, era necesidad de reposo, era desapego de todo deseo y pasión, era un flexible compromiso con algo más grande.

Debajo de él permanecían su cuerpo y los tres seres vivos que lo escrutaban con ansia.

Lázaro se percató de que Apolonio lloraba y se preguntó: «¿Por qué?».

Pero ya su pensamiento estaba en otra parte.

Vio un largo túnel, con un punto luminoso, al fondo, muy lejos de él. A lo largo de aquel espacio estaba viajando en dirección a la luz. Todo ocurría sin hacer ningún esfuerzo y, sin embargo, inexplicablemente, no sin su asenso.

Después vio cosas que creía haber olvidado. Vio los años de la infancia, a sus jóvenes padres, las hermanitas, los juegos, las peleas. Los compañeros de Betania, la sinagoga. Las turbaciones de la adolescencia y de la juventud...

No conseguía detenerse en ningún asunto concreto, pero, en rápida visión, recordaba todo, sabía todo de sí, como no lo había conocido antes. Se observaba como podía haberlo observado otro, toda la vida.

Entretanto la luz aumentaba. Ahora lo envolvía todo.

En aquella claridad distinguía aún más nítidas algunas figuras: un soldado romano que, un día, había participado en el saqueo de Betania y, aunque solo, con su espada y su arrogancia había representado a sus ojos asustados todo el poder secular de Roma. Vio a un hombre, que se decía enviado de Dios, predicar gritando el deber religioso de rebelarse contra el ocupante. Vio a amigos queridísimos partir con él abandonando su familia entre lágrimas. Vio un matrimonio, al que había sido invitado, en Caná de Galilea y... Sintió de nuevo, no en el paladar, sino en el corazón, el sabor de un vino buenísimo...

Ahora el túnel acababa. Un mundo de luz se abría ante él.

Se preparó para un abrazo. Para una rendición definitiva. Sintió una gran paz.

Y en aquel momento... Supo algo nuevo.

Aquella conciencia repentina lo golpeó. Fue como si se hubiese detenido bruscamente. Todo se detuvo. La fuerza que lo elevaba lo atrajo aún un poco, después... Vaciló.

—¡Yo —dijo, como si alguien lo estuviese escuchando— ya he estado... *Más allá!*

Apenas hubo formulado este pensamiento, estaba de nuevo en la estancia en la que yacía su cuerpo. De nuevo veía cuanto acontecía en su mundo.

Apolonio, Baltasar y el maestro estaban ahora inclinados sobre su cuerpo, que ya no yacía inmóvil, sino presa de una agitación febril.

—¿Habéis oído? —decía Apolonio.

—Sí. No cabe duda —respondía el anciano con una nota de alegría en la voz—. Ha dicho: «¡Yo ya he estado... *más allá!*».

—Y ha pronunciado estas palabras con sincera sorpresa —comentó el maestro.

—¿Y qué significa? —preguntó el griego.

Baltasar se levantó. Su rostro estaba radiante:

—Significa que no nos ha mentado y que debemos rendirnos a la evidencia: un hombre cualquiera ha sido resucitado por Jesús y ahora es él quien ha de enseñarnos la vía de la vida. ¡Él tiene el poder y todos nosotros, siguiéndolo, podremos redescubrirlo en nosotros!

Ahora, el Lázaro que asistía a la escena se puso al lado de su propio cuerpo. Miró los labios, tomó la respiración en lucha contra la feroz opresión de la creciente parálisis.

Trató de identificarse en aquella masa para él distante, sufriente, limitada y amenazada. Probó un movimiento de rebelión. Le invadió el rechazo de sí mismo. Se imaginó de nuevo enfermo, fatigado; le pareció verse viejo y doliente.

Gimió bajo el peso de aquella visión.

En aquel momento, también salió un gemido de la boca del hombre, casi al principio de un llanto desesperado, de niño.

En aquel momento, apenas antes de que ocurriese, supo que sería de nuevo uno.

Dos meses después, dos hombres a caballo recorrían un valle estrecho entre las laderas de montañas salvajes. Era su último tramo a través de los montes Zagros. Ante ellos se extendía hasta donde alcanzaba la vista una llanura verdeante uniforme.

—El valle del Tigris —anunció Apolonio, con una nota de alivio en la voz.

—¡Por fin! —comentó el amigo—. Si no hubiese asistido ya a muchos cambios en mi pobre vida, me juraría a mí mismo no atravesar nunca más cadenas de montañas...

Prosiguieron en silencio. Aquella nueva etapa del viaje planteaba con urgencia el problema de la meta.

Despidiendo a Lázaro, después de haberlo abrazado largo rato, el anciano había dicho que estaba dispuesto a abandonar este mundo, ahora que su misión estaba cumplida:

—Viviré de nuevo mis últimos años como un monje anciano que intrigue a muchos jóvenes estudiantes con su humilde presencia.

Pero después, poniéndose serio, había mirado al preelegido y, con voz trémula, le había preguntado:

—Puedo osar pedirte... En suma...

Lázaro le había sonreído con calor y lo había abrazado. El anciano había estallado en llanto. Eran lágrimas de gozo y alivio, como un hombre que había llevado a cabo una gran empresa gracias a años de adiestramiento aunque se sorprenda del éxito.

—También yo —dijo el resucitado— saldré de aquí entre las miradas curiosas de los alumnos, que pensarán que han visto pasar a un visitante, un comerciante... Como máximo, un sacerdote o un maestro de alguna fe o disciplina. Y así será siempre para quien me encuentre sin saber. Es justo: la ocultación seguirá siendo la mayor defensa de este don inmenso y la garantía que eso es verdaderamente para todos.

El anciano bajó la cabeza y dio un paso atrás. Sentía que debía dejar partir a aquel hombre sin más ceremonias.

Lázaro recibió aquel mudo homenaje y concluyó:

—Comprendo que me preguntes adónde iré y cuándo manifestaré mi poder. He decidido dar comienzo a una nueva vía, que tendrá en sí misma, como las que ya conocíamos, el secreto del Poder que todas tienen en común. Los hombres le darán el nombre y las características de una nueva religión y la ligarán a Jesús de Nazaret. Como ocurre siempre, muchos la considerarán la única vía de salvación. Pero quien tenga ojos para ver podrá descubrir lo que nosotros ya sabemos bien: en su esencia, ella indica, como todas las demás, un centro que no está lejos del corazón de todo hombre.

Y, tras pronunciar estas palabras solemnes, el resucitado se alejó en compañía de su fiel amigo extranjero.

Ahora avanzaban con facilidad, hacia la extensión cultivada y habitada por poblaciones numerosas.

Por la noche, junto al fuego, afrontaron la cuestión que no habían osado tocar en aquellas semanas de viaje.

—He... pensado... —comenzó Apolonio.

—¿Has pensado? —lo animó Lázaro.

—Bien, en resumen... me he preguntado qué haré yo a tu lado... *Quién* seré yo...

El griego calló.

También el profeta permaneció en silencio. La respuesta a esa interrogación no vendría de él.

—Soy joven... —dijo el griego.

—Eres joven —admitió el resucitado.

—Te he acompañado para aprender y me he tropezado con un misterio más grande que yo. Me has enseñado las palabras de curación, y así podré recorrer el mundo curando los sufrimientos del cuerpo. Pero, sobre todo, me has enseñado que todo hombre puede descubrir en sí la fuente del Poder, del bien y de la vida: en consecuencia, allá donde vaya enseñaré a todos el deber de buscar la verdad.

Lázaro sonrió al amigo:

—Has dicho bien, hombre del conocimiento.

Apolonio miró el fuego.

—Nuestros caminos se separan, Lázaro de Betania. No sé dónde iré, ni lo quiero saber ahora. Estoy seguro de que algún día, recorriendo los caminos del mundo, aprenderé del acontecimiento que tú has hecho posible y que sabrá bien, porque nace de la antigua fuente pura de la que no ha habido miedo de beber. Entonces juzgaré también yo, de los frutos de amor y sabiduría, si el don de la vida ha encontrado una nueva vía para atraer a los hombres a sí... Yo, entre tanto, quiero ir en busca del origen con los instrumentos que tengo: escucha, memoria, comparación, síntesis...

Lázaro se levantó. Lo mismo hizo el amigo.

Se abrazaron. Apolonio sintió que lo invadía una fuerza inextinguible.

Al irse a dormir, Lázaro le dijo:

—Dormiré profundamente. Mañana, escoge el caballo que prefieras y aléjate a la luz del alba.

Tommaso se recuperó.

Como despertándose de un largo sueño, abrió los ojos y vio sobre el suyo el rostro del *pandit*.

—¿Qué ha pasado?

El hombre le bañó el rostro con agua.

—Has hecho la elección justa...

Grozio se incorporó para sentarse y escrutó la oscuridad que lo rodeaba.

La cabeza le dolía mucho, pero recordó dónde se encontraba: la cámara del tesoro del templo zoroástrico, en Saveh, en Persia.

—El sacerdote ha ido a buscar ayuda...

—¿Por qué? —replicó el italiano.

Pero no tuvo respuesta.

La débil luz de dos antorchas, plantadas a la fuerza en las fisuras del muro, hacía menos impenetrable la oscuridad del subterráneo.

Tommaso, apoyado en el *pandit*, trató de arrodillarse.

Sin embargo, cuando su mano tocó la carne fría de un cuerpo, volvió a caer al suelo.

Huang yacía a su lado.

Grozio observó, confuso, a su maestro.

—Dime, te lo ruego. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Huang?

—El chino ha muerto.

—¿Muerto? ¿Y cómo es posible? ¡Aquí dentro solo estamos tres!

—Lo has matado tú... —replicó con sencillez el *pandit*.

—¡No os creo! —retrocedió, horrorizado, el italiano.

—Sin embargo, es así —confirmó el maestro. Y explicó, con voz cansada—: Lo has matado tú, con la fuerza de tu intención de bien. Has decidido no pronunciar la frase, ¿cierto?

Tommaso asintió.

Era cierto: recordaba bien esta última elección.

Y ahora recordaba con claridad también la expresión de odio plasmada en el rostro del chino.

Lo último que había visto antes de desmayarse.

—Ha bastado eso para que Huang muriese —continuó en voz baja el viejo sabio—. Si hubieses decidido lo contrario, aún estaría vivo y yo estaría muerto.

—No entiendo...

—Hoy se han encontrado el Bien y el Mal. No hay nada más que entender. El Bien ha triunfado...

—Entonces, yo...

—Sí, Tommaso. Has sido instrumento de una larga batalla. Y si la batalla ha sido vencida, el mérito es tuyo...

Tommaso señaló el cuerpo exánime de Huang.

—¿Era verdaderamente necesario todo esto?

—Era necesario que ocurriese. El secreto de nuestra secta estaba amenazado, y el Bien y el Mal debían encontrarse. Ahora, la historia del hombre puede encontrar un nuevo inicio.

Solo entonces comprendió Grozio, y una expresión de maravilla se dibujó en su rostro.

—¿Tú, maestro, formas parte de la secta de Lázaro?

El sabio indio sonrió:

—Sí...

El sacerdote de Zoroastro se había ocupado de todo.

Favorecido por la oscuridad de la noche, y desafiando la prohibición de las autoridades musulmanas, los extranjeros fueron acompañados junto al amigo muerto allá donde ellos mismos habían pedido.

Y allí los habían dejado solos.

Ahora, en la cúspide de la Torre del Silencio, Tommaso y el *pandit* velaban el cuerpo de Huang.

El viento soplaba frío, mientras una pálida luz, levantándose a Oriente, anunciaba el alba. Con la salida del sol, el aire se calentaría y el ojo agudo de los buitres avistaría desde lo alto el cadáver del chino.

Tommaso observó con compasión el cuerpo del hombre que durante largos años lo había acompañado en las tierras de Asia. Y aún no comprendía qué llama había devorado su corazón hasta decretar la muerte.

—¡Viejo!

—Dime...

—¿Qué papel ha tenido Huang en toda esta historia?

El *pandit* respondió:

—Uno de sus antepasados era el chamán que transmitió a Gengis Kan el secreto de la curación de los soldados. Era un miembro de la secta de Lázaro, el más joven y brillante de la época, y estaba sinceramente convencido de que el mongol habría usado aquel poder con buen fin. Estaba convencido de que incluso las muchas muertes de las guerras de Gengis habrían sido un precio adecuado que pagar por un mundo unido y sin más conflictos...

—Estaba loco...

—No. Era increíblemente confiado en sus semejantes. De todos modos, ni siquiera él conocía el secreto de los secretos, el que el conquistador trató en vano de

conseguir durante toda la vida. No había sido promovido aún al umbral más elevado del saber...

Tommaso, ansioso, preguntó:

—¿Entiendes... el poder de traer al hombre de la muerte y devolverlo a la vida?

El *pandit* se volvió hacia Grozio.

—Sí, has dicho bien...

El italiano sintió un escalofrío.

—¿Por esto combatía Huang?

—Sí, y es una suerte que haya sido derrotado. Nadie sabrá nunca qué habría hecho con su nuevo poder...

—¿Y qué ocurrió con Gengis Kan?

—Nunca descubrió lo que buscaba y, de este modo, el mundo fue desgarrado por un destino de luchas y dolores. Quien guiaba la secta en aquel período decidió que, desde entonces, el conocimiento nunca llegase a hombres de poder. Nunca más...

Grozio reflexionó sobre lo que acababa de oír.

Después preguntó:

—¿Qué sucederá ahora?

El sabio indio sonrió:

—Has superado la prueba, Tommaso. Al escoger entre mi invitación y la orden del chino, has escuchado tu corazón y descubierto el secreto del octavo *chakra*.

—Explícate mejor...

—El octavo *chakra* se encuentra en la nuca y está ligado al aura que rodea el cuerpo de cada uno. Pone directamente en comunicación al individuo con el mundo y le permite ser uno con el mundo. Solo pocos pueden percibir la presencia. Porque han cumplido la realización del sí mismo y conocido profundamente el sí mismo del otro. Quien ha alcanzado este nivel es digno de alcanzar la meta, de adquirir el mantra de la vida y de la muerte: el objetivo de Huang, el objetivo de Gengis Kan, el premio de los justos...

Tommaso continuó sin palabras.

El *pandit* le reveló:

—El mantra de la vida y de la muerte pertenece al sistema de pensamiento más elevado, y el sabio que lo practica abandona el modo ordinario de percibirse a sí mismo y de percibir el mundo. Opera sobre los flujos vitales y lleva a cumplimiento en la realidad cuanto ha generado primero con la potencia del pensamiento. Descubre así un reino en el que el tiempo es sin medida ni finalidad, el reino interior, el santo reino semejante a un inmenso loto de ocho pétalos...

—Ahora comprendo la relación entre el loto de ocho pétalos y la secta de Lázaro... —intervino Tommaso.

El viejo asintió. Y continuó:

—El mantra de la vida y de la muerte se ha conservado, practicado y legado sin interrupción durante muchos siglos y siempre se ha transmitido al más meritorio. De

cualquier lugar de la tierra que fuera su procedencia. De cualquier religión y cultura de su pertenencia. El mantra confiere poderes místicos, que escapan a la comprensión y a la autoridad de los gobernantes. Por eso estas gentes combaten nuestra secta con ferocidad: cuanto menos comprenden con quiénes tienen que ver, más se lanzan contra los portadores de la nueva sabiduría.

Después concluyó solemnemente:

—No hay poder bajo el cielo más grande que la taumaturgia. No existe misterio ni sabiduría ni prodigio más grande que este: sanar las carnes, reponer la sangre derramada, apartar el aliento mefítico de la muerte. Así le acaeció a Lázaro, padre de nuestros padres. Así lo hizo él. Y así, su estirpe, hasta que el ciclo del Bien esté completo.

Dijo aquellas últimas frases como si estuviese anunciando una profecía, como siguiendo un ritual, pronunciando una oración, lanzando una advertencia.

Como si aquellas palabras, de boca en boca, hubiesen recorrido el camino accidentado de los siglos para llegar hasta ellos.

Como si, por sendas tan inaccesibles y misteriosas, estuviesen destinadas a iluminar todos los siglos posteriores.

Grozio preguntó:

—¿Y los Magos?

—Solo en rarísimos casos, los papeles del hombre de poder, del sacerdote y del iniciado coinciden. Los Magos fueron precisamente de estos.

—Eran verdaderamente personajes más complejos de lo que siempre creímos...

—No solo sacerdotes, no solo astrónomos o astrólogos poseían un saber más antiguo, que les permitía matar a los demonios o reducirlos a esclavitud y curar a los enfermos. Destacaban por el respeto que tenían a la luz espiritual y por el rechazo de las tinieblas, y en mérito de ello gozaban de gran reverencia...

Tommaso reflexionó sobre lo que el *pandit* le contaba.

Ahora todo le parecía más claro.

En cuanto sabios, los Magos habían sido los primeros astrónomos de la historia.

En cuanto hombres de poder, habían sido reyes, del gobierno en la tierra de Persia en el tiempo de Babilonia y de la Media.

Pero antes aún, se trataba de sacerdotes. Y, en cuanto sacerdotes, seguían la estrella, su símbolo religioso, hacia el lugar de nacimiento de un rey. Según Mateo, los Magos habían sido las primeras autoridades religiosas que adoraron a Cristo. Y, de los tres dones que llevaban consigo, el más importante era el último, la mirra, porque de esta planta se obtenía el crisma con el que Jesús fue ungido para identificarlo como mesías, rey y sanador de origen divino. Eso indicaba que los Magos habían llegado hasta el pesebre de Belén con plena conciencia de la importancia religiosa y cósmica de aquel nacimiento.

—Tu suposición es exacta —confirmó el *pandit*—. Los Magos consideraban al soberano que habían ido a adorar como un representante de dios, el único dios, el dios

de todo tiempo y lugar, venerado también por la revelación zoroástrica.

El italiano miró escandalizado al maestro indio.

—¿Quieres decir que mi religión deriva del culto de Mazda?

—No. Ninguno de nosotros sabe de quién recibieron, a su vez, los Magos la enseñanza divina. Eso prueba, en cambio, que todas las religiones han nacido en la historia de una sola raíz.

Tommaso meditó largo rato aquella lección.

Después preguntó:

—¿Fueron los Magos quienes transmitieron la enseñanza del mantra de la curación a Apolonio de Tiana?

El *pandit* hizo un leve gesto con la cabeza.

—Fueron ellos, pero indirectamente, a través de Lázaro, que recibió como don el secreto más grande...

—¿Y de dónde viene todo esto?

—De la lejana Saveh, en la región de los montes Zagros. Allí ha encontrado refugio siempre la casta de los Magos en los momentos difíciles, cuando el poder les negaba su ayuda y era más prudente apartarse del mundo...

—Entonces, nuestra presencia en la ciudad...

—La tradición que se cuenta de los Magos en Saveh viene construida profesionalmente durante siglos, para alejar de ellos todo peligro. Pero el templo de Saveh ha sido verdaderamente en la antigüedad —y aquí la mirada del *pandit* se encendió— uno de los centros principales de la religión de Ahura Mazda y de nuestra secta...

El italiano dudaba:

—Maestro, hay aún algo que no entiendo...

—Dime.

—Lázaro era judío, los Magos eran zoroástricos, tú eres hindú, yo soy cristiano... ¿Cómo se concilia todo esto?

—Es sencillo. Tú has llegado al gran secreto a través del descubrimiento de los *chakras*. Lázaro y Apolonio se unieron a partir de la antigua numerología y el pitagorismo. Otros siguieron y quizá un día seguirán caminos diversos... Pero observa lo que cuenta: existe una sabiduría antigua, de origen divino y de la que no conocemos la raíz primera, a la que todo vuelve al fin. El cometido de quien posee esta sabiduría es extender el bien por los caminos del mundo...

—¿A eso se dedica la secta de Lázaro?

—Sí —asintió el viejo—. Lázaro, una vez recibida la iluminación, fundó la secta a la que yo mismo pertenezco y cuyo misterio has tratado de despejar con todas tus fuerzas.

—El mismo Lázaro —añadió el maestro indio mientras un destello le brillaba en la mirada— llevó a cabo su primera misión como iluminado en Palestina...

Tommaso abrió unos ojos como platos por la sorpresa y saboreó el gusto de aquel

descubrimiento extraordinario.

Sabía a qué aludía el *pandit*.

Después se esforzó por contemplar la historia de los hombres y vio finalmente la trama y el recorrido del hilo que unía la antigua religión de la India y los Magos, estos a Cristo y Jesús a Lázaro y Apolonio.

Era un hilo que nacía de una sola fuente, que la historia se había encargado después de diseminar en mil sendas diversas, en muchos cultos y creencias de los pueblos.

A esta reflexión, de nuevo lo invadió la benéfica sensación que ya había experimentado otras dos veces: el día en que había recibido el encargo del emperador Wan-Li y la noche en que Huang se le había manifestado como Zhang-Hou, poderoso dignatario de la corte. En aquellas ocasiones, a pesar de que las cosas no se desarrollasen como estaba previsto, se había sentido parte de un designio más grande, renunciando a oponerse a los acontecimientos.

Ahora descubría que le tocaba a él llevar adelante el hilo de la historia.

Su destino se había realizado.

Al final, preguntó:

—¿En qué consiste exactamente el mantra de la vida y de la muerte?

Y el viejo recitó a Tommaso aquellas palabras extrañas:

—*Devadatta Dhanamjaya Janardana...*

Grozio las reconoció.

Eran las palabras de la frase que rodeaban la inscripción del loto de ocho pétalos, en el subterráneo del templo de Mazda.

—Esta es la fórmula del secreto más grande, el secreto de la vida y de la muerte...

Tommaso repitió para sí aquellas palabras musicales y al mismo tiempo oscuras.

—Recuerda: su eficacia depende del ánimo puro de quien la pronuncia, del control de todas las fuerzas que en él se combaten. Y no olvides la antigua leyenda de la lucha entre los dioses y los demonios, que una vez te conté: como Kaca, nunca podrás utilizar la fórmula para ti mismo...

El italiano asintió y, tras una breve pausa, afirmó:

—Devolveré a Huang a la vida...

El maestro indio dio su aprobación.

—Es una elección de gran sabiduría. El Bien no puede existir si no está el Mal para contrastarlo. Saber que Huang está en el mundo te ayudará a cumplir mejor tu destino...

Tommaso se levantó y se acercó al enemigo muerto.

Por Oriente, ya estaba amaneciendo.

Con la primera claridad del día, los dos guardias del templo yacían adormilados. La vigilancia del sepulcro del crucificado continuaba, pero el peligro del golpe de mano parecía ya remoto a todos.

Habían pasado casi dos años exactos desde el día de la sepultura.

También las oraciones matutinas de las mujeres se habían hecho más raras: ahora venían solo una vez a la semana, en grupos cada vez menos numerosos.

El hombre que había atravesado el jardín con paso ligero sonrió deteniéndose ante las dos figuras bien abrigadas.

Se inclinó y, con un dedo, dibujó en la tierra húmeda una estrella de seis puntas. Después trazó un círculo, en el que aquella figura se inscribía perfectamente.

—Seis puntas... —murmuró—, un corazón de fuego que hace siete y un círculo... para que venga el octavo día.

Se sentaron.

Si alguien hubiese pasado por allí habría asistido a una escena curiosa: sentado, con la espalda recta, las piernas cruzadas en la postura del loto, el hombre parecía velar a dos pobres militares exhaustos y el lugar que estaban encargados de defender.

Pasados algunos minutos, el resucitado borró su dibujo, se levantó y se inclinó hacia la gran piedra que sellaba la sepultura.

Sonrió, observando a los dos hombres que reposaban tranquilos, como niños.

«Sé qué hacer», se dijo.

Y se alejó.

Aquella noche, en una posada de Jerusalén, en el barrio de los extranjeros, entre soldados borrachos y operarios del templo que se disputaban unas magras victorias a los dados, Lázaro concluyó su asunto.

Ante él estaba un hombre muy robusto, de expresión ruda y modales bruscos. Después de haber escuchado la propuesta del forastero, había reído y blasfemado:

—¿Solo esto... por treinta denarios de plata? —preguntó, incrédulo y suspicaz.

—Treinta denarios por hacer lo que te he dicho... y por desaparecer de la ciudad...

—¿Y por cuánto tiempo? ¡Yo vivo aquí!

Lázaro respondió, tranquilizador:

—Un mes será suficiente. Después podrás volver aquí y seguir viviendo tu vida...

El hombre amenazó:

—¿Y si, en cambio, saliera todo a la luz? Esa tumba interesaba a muchos, hasta hace unos meses: a los romanos y a los saduceos...

El resucitado se inclinó hacia delante y miró al otro a los ojos:

—¿Dirás que has cogido dinero para violar una tumba?

La respuesta fue decidida:

—¿Y por qué no?

Ahora era el hombre quien miraba al forastero que había propuesto tan curioso encargo.

Lázaro sostuvo aquella mirada; después sonrió y respondió, enigmático:

—Hazlo... quizá te crean.

Dos días después. A la hora convenida.

Lázaro observaba, bien escondido, a los tres hombres a los que había pagado, que actuaban con facilidad: un guardia dormía, el otro dormitaba con la cabeza apoyada en la gran piedra. Los dos fueron noqueados con mano firme y arrastrados algo más lejos.

Hicieron rodar la piedra a toda prisa.

Todo como estaba acordado. Después, los tres hombres se dispersaron veloces, dándose grandes palmadas en las espaldas por el buen trabajo recién concluido.

El profeta de la vida avanzó lentamente. El momento era solemne, pero había que actuar sin ser visto.

—Veinticuatro meses desde el día de la muerte de Jesús —dijo—. Un ciclo de doce, por dos veces.

Sus palabras se perdieron en el silencio. Solo los olivos, algunos de ellos de antigüedad de siglos, hacían de testigos de lo que ocurría.

La puerta estaba abierta: una boca negra abierta hacia el jardín. Y muda.

Se detuvo delante de ella, apretó en la mano el amuleto y pronunció cuidadosamente las seis palabras de curación. Después, elevó los ojos al cielo y a la tierra, miró aquella oscuridad inmóvil, pronunció la séptima palabra y, al final, exclamó:

—¡Jesús, sal fuera!

Dicho esto, se volvió, pasó por detrás de la tumba y se encaminó, con paso decidido, entre las rocas y las grutas del valle fuera de Jerusalén.

Un minuto después ya estaba lejos: un forastero cualquiera, llegado a la Ciudad Santa por la Pascua, que dejaba la ciudad al término de las fiestas.

El muerto salió, después de algún tiempo, el necesario para liberarse él solo de las vendas que lo tenían prisionero.

Salió y miró, cegado, la luz de la mañana.

Dos hombres yacían desmayados algo más lejos. Sus armas estaban abandonadas sobre el terreno.

El resucitado balbució tímidamente:

—Lázaro... ¿dónde estás?

Silencio.

Un soldado emitió un débil gemido.

El hombre se encaminó hacia la ciudad.

En busca de sus discípulos.

Epílogo

¡Dejadlos solos!

El eclesiástico alejó con palabras secas a los guardias.

Después, el hombre que tenía frente a sí rompió el silencio:

—¿Cómo habéis hecho para encontrarme?

—Nosotros sabemos todo, joven amigo. Y la indicación de vuestra presencia en Occidente llegó a Roma cuando abandonaste el Cuerno de Oro para llegar a Grecia.

—¿Debo considerarme prisionero de la Inquisición?

El cardenal no respondió, dejando pasar unos minutos y observando a su forzado huésped. Así que aquel era Tommaso Grozio, el discípulo de Giordano Bruno, el hereje sobre cuyas huellas Bellarmino había lanzado sin éxito a sus esbirros más peligrosos.

—Decidme al menos quién sois...

Tommaso no tenía miedo.

El purpurado suspiró, y se resolvió a hablar.

—Soy el cardenal Madruzzo.

Grozio enmudeció por la sorpresa. Tenía delante a uno de los máximos exponentes de la Curia romana, protagonista de la Iglesia de Trento y de la Contrarreforma. No entendía qué estaba sucediendo. No era esto lo que había esperado volviendo a Europa y a Italia para desarrollar su misión de iluminado.

—¿Qué queréis de mí? ¿Por qué no me hacéis arrestar?

El eclesiástico miró al veneciano.

—Podría preguntaros qué hacéis en Roma, donde sabéis que corréis gran peligro. Pero, en el fondo, ya lo sé. O quizá no me interesa...

Tommaso, cada vez más desorientado, no supo cómo replicar y esperó.

—Quiero, en cambio, daros esto...

Con gran sencillez, Madruzzo entregó a Grozio una hoja manuscrita, doblada en cuatro.

—¿Qué es esto? —preguntó inseguro el exdominico.

Después, sin esperar respuesta, abrió la hoja.

Y reconoció inmediatamente la caligrafía de Giordano Bruno.

Levantó el rostro, estupefacto, hacia Madruzzo.

—Es el memorial que Bruno presentó *in extremis* a la Santa Inquisición. Durante todos estos años lo ha tenido en custodia el cardenal Bellarmino. Solo yo, además de él, lo conozco. Y no he tenido dificultad para sustraerlo. Leed...

Eminentísimos cardenales, excelencias del Santo Oficio, al fin me he decidido. Si verdaderamente puede servirme para conservar la vida, estoy

dispuesto a poner a disposición de la Santa Madre Iglesia mis más importantes descubrimientos.

Y en consecuencia.

Documentos en mi poder, ahora cuidadosamente escondidos, reunidos a través de mil pruebas del desierto de Egipto y correspondientes a la más antigua raíz de nuestra fe, afirman esto.

Después de una vida dedicada al trabajo y a la silenciosa asistencia a sus hermanos, Nuestro Señor Jesús murió a la venerable edad de setenta y ocho años, y fue sepultado junto a su madre y parientes. Cerraba así su existencia terrena uno de los más grandes profetas nunca aparecidos sobre la faz de la tierra. Pero quedaba aún vivo, único superviviente de los padres de nuestra religión, Lázaro. El amigo de Jesús, del que pocos conocían su misión real, continuó largo tiempo haciendo el bien por los caminos del mundo. Si vos me dejaseis la vida, podría llevar a término investigaciones fundamentales para nuestra fe y para la salvación de los creyentes todos. Os exhorto por ello...

Tommaso cerró los ojos, abrumado por aquella revelación.

Jesús había vivido hasta la vejez.

También sobre este punto los evangelios no decían la verdad.

Pero no era aquel aspecto concreto lo que más turbaba el ánimo de Grozio. Sabía desde hacía mucho tiempo que quedaba mucho por comprender de la vida de Cristo.

Lo que más lo turbó fue aquella mención a Lázaro, del todo inesperada.

Su maestro sabía o, al menos, se había acercado a la verdad. Y, en un momento de debilidad, había esperado intercambiar sus conocimientos con la vida, salvándose del Santo Oficio.

Cuando hubo terminado de leer, Tommaso Grozio miró al hombre que lo había detenido en el mismo momento en el que, aquella mañana, atravesaba las puertas de la Ciudad Santa.

El cardenal explicó:

—Bellarmino no sabía cuánto conocíais vos y Pisani de los estudios y de las ideas de Bruno. Y no podía tolerar que os alejaseis de Roma, con el riesgo de que difundieseis por el universo católico teorías tan extravagantes. —Madruzzi sonrió levemente—: Bellarmino, mi docto colega, cegado por la misma teología, no sé si se ha dado cuenta nunca de que la verdad más grande de este escrito no se refiere a Cristo. Consideraba la alusión a Lázaro una estupidez...

Grozio comprendió. Lentamente comprendió.

—Vos sois...

Madruzzi lo miró a los ojos, con franqueza y respeto.

—Sí, lo soy. Soy un miembro de la secta. Pero nunca he alcanzado las cumbres espirituales a las que vos habéis ascendido en Oriente.

—¿Cómo sabéis...?

—Os he dicho que nosotros lo sabemos todo. No insistáis...

Y añadió:

—Vos tendréis el manuscrito y decidiréis qué hacer. Sois el único que tiene la autoridad y el discernimiento necesarios. Yo, por mi parte, he evitado su difusión pública, poniendo en peligro la obra de nuestros hermanos. Y haré que este nuestro encuentro permanezca completamente reservado. Seguid, sin embargo, mi consejo. Alejaos de Roma...

Madruzzi se levantó.

Después de haber dirigido un rápido gesto al joven veneciano, salió de la estancia.

Tommaso, sin habla, apretó entre las manos el memorial de Giordano Bruno.

Y se sentó a reflexionar.

Las sombras de la noche descendían sobre el Tíber.

Sentado sobre la orilla, Grozio leyó una vez más las líneas iniciales de la pesada hoja manuscrita que tenía sobre las rodillas. Torcidas y temblorosas, habían sido redactadas por una mano agitada, la mano de quien sabía que tenía pocas posibilidades de supervivencia. Y le volvió a la memoria, con fuerza dolorosa, el aspecto desequilibrado y delirante de Bruno la noche precedente a la hoguera.

Suspiró y dirigió una mirada a la orilla opuesta del río, recorrido por gabarras que llevaban sus mercancías a los barrios más alejados.

Después se decidió.

Rompió el manuscrito de su maestro.

Lo hizo pedazos lentamente, con resuelta calma, dejando que se dispersaran los fragmentos por las aguas del Tíber.

Había dedicado su existencia a la búsqueda de la verdad. Pero ahora sabía que no siempre la verdad se presenta al mundo.

Nadie debía alimentar siquiera la sospecha de que los seguidores de Lázaro velaban sobre los hombres.

Se echó la capa sobre él.

Incluso en Roma, en aquella estación, hacía frío.

Dejó la ciudad aquella misma noche, dirigiéndose hacia el norte.

Ya no se sentía solo.

Nota histórica

Giordano Bruno, el gran filósofo italiano, murió en la hoguera el 17 de febrero de 1600, después de un proceso que duró ocho años.

La última sesión del procedimiento contra él se celebró el 20 de enero. En aquella ocasión, el cardenal Bellarmino se presentó llevando consigo, abierto, un último memorial de defensa, dirigido por el imputado al papa Clemente VIII.

El texto no se tomó en consideración por nadie porque, como se declaró, habían expirado los últimos cuarenta días concedidos al hereje para enmendarse.

En aquella sesión, Bruno fue condenado a muerte.

El contenido de aquel mensaje extremo se desconoce: aquel documento existió, como atestiguan escrupulosamente las actas oficiales del proceso, pero nadie, excepto Bellarmino, pudo leerlo.

Al menos, no antes de la muerte de su autor.

Con respecto a las mágicas historias de la India, el libro es deudor del espléndido *Gods, Demons and Others*, de R. K. Narayan.